KASS MORGAN

LOS 100

SOBREVIVIRÁS A LO DESCONOCIDO

UNA NUEVA SERIE DE Syfy



SOBREVIVIRÁS A LO DESCONOCIDO

KASS MORGAN

Traducción de **Victoria Simó**



Índice



A mis padres y a mis abuelos, con amor y gratitud

Capítulo 1
Clarke

Cuando la puerta se abrió despacio, Clarke supo que había llegado la hora de morir.

Se quedó mirando las botas del guardia y se preparó para que la atacara el terror, para que la inundara una ola de pánico brutal. En cambio, al incorporarse sobre un codo en la cama y notar cómo la camiseta se despegaba del colchón empapado de sudor, no sintió nada. Solo alivio.

La habían trasladado a una celda individual como castigo por haber agredido a un guardia, pero Clarke no sabía lo que era la soledad. Las voces acechaban por todas partes. La llamaban desde cada rincón de la oscura celda. Llenaban los silencios entre los latidos de su corazón. Le gritaban desde los más profundos recovecos de la mente. No quería morir, pero si tenía que perder la vida para silenciar aquellas voces, estaba lista.

La habían confinado acusada de traición. La verdad, sin embargo, era mucho peor de lo que nadie podía imaginar. Y si por algún milagro salía absuelta del segundo juicio, ni aun así descansaría. Sus recuerdos eran más oprimentes que las paredes de cualquier celda.

El guardia carraspeó y cambió de postura para cargar el peso del cuerpo sobre la otra pierna.

—Prisionera número 319, póngase en pie, por favor.

Era más joven de lo que ella esperaba y el uniforme parecía inmenso en su escuálido cuerpo; hacía poco que lo habían reclutado.

Alimentarse a base de rancho militar durante unos cuantos meses no basta para ahuyentar el fantasma de la malnutrición que asola las míseras naves periféricas, Walden y Arcadia.

Clarke inspiró profundamente y se levantó.

—Extienda las manos —ordenó el guardia sacándose unas manillas metálicas del bolsillo del uniforme azul.

El roce de la piel del chico le provocó un estremecimiento. Clarke llevaba meses sin ver a nadie, desde que la habían trasladado a la nueva celda y, claro, sin tocar a ningún ser humano.

—¿Le aprietan demasiado? —preguntó el guardia. Aunque lo dijo en tono brusco, su voz contenía una nota de piedad que encogió el corazón de Clarke. Hacía tanto tiempo que nadie salvo Thalia, su antigua compañera de celda y su única amiga en el mundo, se compadecía de ella…

Clarke negó con la cabeza.

—Siéntese en la cama. El doctor ya está en camino.

—¿Lo van a hacer aquí? —preguntó ella con voz ronca; las palabras le arañaban la garganta al salir.

La inminente llegada de un médico significaba que habían decidido prescindir del segundo juicio. Tampoco le extrañó. La ley de la colonia dictaba que los condenados adultos fueran ejecutados en el acto; los menores, en cambio, eran confinados hasta que cumplían los dieciocho y luego se les concedía una última oportunidad de demostrar su inocencia. Últimamente, sin embargo, se ejecutaba a los jóvenes a las pocas horas del segundo juicio por crímenes de los que, hacía unos pocos años, habrían salido absueltos.

A pesar de todo, a Clarke le costaba creer que fueran a ejecutarla en la celda. Por morboso que sonase, esperaba con ilusión el paseo final hasta el hospital en el que había pasado infinidad de horas durante sus prácticas médicas —una última oportunidad de experimentar viejas sensaciones, aunque solo fuera el olor a desinfectante y el zumbido del sistema de ventilación— antes de perder para siempre la capacidad de sentir.

El guardia habló sin mirarla a los ojos.

—Tiene que sentarse.

Clarke retrocedió unos pasos y se sentó muy tiesa al borde del camastro. Aunque sabía que la soledad distorsiona la percepción del tiempo, no se podía creer que llevara casi seis meses allí encerrada, en completa soledad. El año que había pasado en compañía de Thalia y de su otra compañera de celda, Lise —una tía dura que solo había sonreído una vez en todo ese tiempo, precisamente cuando los guardias se llevaron a Clarke—, había durado una eternidad. Sin embargo, no cabía otra explicación. Seguro que hoy era su cumpleaños, y el único regalo que recibiría sería una inyección que le paralizaría los músculos hasta que su corazón dejara de latir. Después, lanzarían su cuerpo sin vida al espacio, como era costumbre en la

colonia, para que surcase la galaxia a la deriva por toda la eternidad.

Una figura cruzó el umbral; un hombre alto y enjuto que entró en la celda con brío. Tenía el pelo canoso, largo hasta los hombros, y aunque la melena le ocultaba en parte la insignia bordada en el cuello de la bata, a Clarke no le hacía falta verla para saber que tenía delante a uno de los asesores médicos más importantes del Consejo. Había pasado casi todo el año anterior a su confinamiento pegada como una lapa al doctor Lahiri y no podía ni calcular las horas que había dedicado a observarlo mientras el hombre realizaba intervenciones. Los demás aprendices codiciaban el destino de Clarke y hablaron de nepotismo cuando descubrieron que el doctor Lahiri era uno de los mejores amigos de su padre. O al menos lo había sido antes de que los padres de Clarke fueran ejecutados.

—Hola, Clarke —la saludó el hombre en tono cordial, como si se hubiera cruzado con ella en el comedor del hospital y no en una celda—. ¿Cómo estás?

—Mejor que dentro de un rato, supongo.

Al doctor Lahiri siempre le había hecho gracia el humor negro de Clarke, pero esta vez su expresión se entristeció y se volvió hacia el guardia.

—¿Le importa quitarle las esposas y dejarnos a solas unos instantes, por favor?

El guardia cambió de postura, incómodo.

—Me han ordenado que extreme la vigilancia.

—Puede esperar al otro lado de la puerta —repuso el doctor Lahiri en un tono de infinita paciencia—. Es una chica de diecisiete años y está desarmada. Creo que seré capaz de controlarla.

El guardia evitó los ojos de Clarke mientras le quitaba las esposas. Tras asentir brevemente en dirección al doctor Lahiri, abandonó la celda.

—Querrá decir «es una chica de dieciocho años y está desarmada» —lo corrigió Clarke, forzando algo parecido a una sonrisa—. ¿O se ha convertido en uno de esos sabios despistados que nunca saben en qué año viven?

Su propio padre había sido uno de ellos. Olvidaba programar las luces circadianas del piso y más de una vez se iba a trabajar a las 04.00, demasiado absorto en sus investigaciones como para reparar en que los pasillos estaban desiertos.

—Aún tienes diecisiete, Clarke —dijo el médico con aquellas maneras

pausadas que solía reservar para los pacientes que acababan de ser intervenidos—. Llevas tres meses aislada.

—Y entonces ¿qué hace usted aquí? —preguntó ella, incapaz de contener el pánico que se colaba en su voz—. La ley dice que no pueden ejecutarme antes de los dieciocho.

—Cambio de planes. No estoy autorizado a decirte nada más.

—¿Está autorizado a matarme pero no le permiten hablar conmigo?

Clarke recordaba haber mirado al doctor Lahiri durante el juicio de sus padres. En aquel entonces, había interpretado su semblante enfurruñado como una señal de disconformidad con los procedimientos, pero ahora no estaba tan segura. El médico no había salido en defensa de sus amigos. Ni él ni nadie. Se había quedado allí sentado, en silencio, mientras el Consejo declaraba que los padres de Clarke —dos de los científicos más brillantes de Fénix— habían violado la Doctrina Gaia, las reglas acordadas tras el Cataclismo para asegurar la supervivencia de la raza humana.

—¿Y qué me dice de mis padres? ¿Los ejecutó también?

El doctor Lahiri cerró los ojos, como si las palabras de Clarke se hubieran materializado ante sus ojos. Horribles y grotescas.

—No he venido a matarte —le explicó él con suavidad. Abrió los ojos y señaló con un gesto el taburete que descansaba a los pies de la cama de Clarke—. ¿Puedo?

Como Clarke no respondía, el médico se acercó y se sentó frente a ella.

—¿Me enseñas el brazo, por favor?

Con el corazón en un puño, Clarke se forzó a respirar. El médico mentía. Era cruel y retorcido, pero dentro de un momento todo habría terminado.

Tendió el brazo hacia él. El doctor Lahiri se metió la mano en el bolsillo de la bata y sacó un paño empapado de antiséptico. Clarke sintió un escalofrío cuando el médico se lo frotó por la cara interior del brazo.

—No te preocupes. No te va a doler.

Clarke cerró los ojos.

Recordó la expresión de angustia que mostraba Wells cuando vio que los guardias se la llevaban a rastras de la cámara del Consejo. Aunque la rabia que la había consumido por dentro durante el juicio se había extinguido hacía tiempo, un nuevo arranque de furia la invadió solo de pensar en él, como una estrella moribunda que fulgura por última vez antes de desvanecerse en la nada.

Sus padres estaban muertos y él era el culpable.

El doctor Lahiri le tomó el brazo y le buscó la vena con los dedos.

Papá, mamá, os veo pronto.

El médico aumentó la presión en el brazo de Clarke. Había llegado el momento.

Cuando notó un pinchazo en la muñeca, inspiró profundamente.

—Ya está. Lista.

Clarke abrió los ojos. Se miró el brazo y descubrió que el hombre le había prendido una pulsera metálica a la muñeca. La recorrió con los dedos y se encogió de dolor al sentir como si veinte agujillas le perforasen la piel.

—¿Qué es esto? —preguntó frenética, apartándose del médico.

—Relájate —repuso él con una calma insufrible—. Es un transponedor vital. Registrará el ritmo de tu respiración y la composición de tu sangre. Nos proporcionará toda clase de información útil.

—¿Información útil para quién? —preguntó Clarke, aunque el terror que se agolpaba en su estómago ya le sugería la respuesta.

—Hemos hecho algunos descubrimientos extraordinarios —dijo el doctor Lahiri en un tono calcado al que empleaba el padre de Wells, el canciller Jaha, cuando pronunciaba los discursos del Día de la Conmemoración—. Deberías estar orgullosa. Tus padres lo han hecho posible.

—Mis padres fueron ejecutados por traidores.

El doctor Lahiri la reconvino con la mirada. Hacía un año, aquella expresión habría bastado para que Clarke mirase al suelo avergonzada, pero en esta ocasión mantuvo la vista al frente.

—No lo estropees, Clarke. Tienes la oportunidad de hacer lo correcto, de enmendar el abominable crimen de tus padres.

El puñetazo que Clarke le atizó en la barbilla resonó en la celda, seguido del cabezazo del médico contra la pared. El guardia apareció al instante y, en un abrir y cerrar de ojos, inmovilizó a Clarke cogiéndola por las muñecas y retorciéndoselas a la espalda.

—¿Se encuentra bien, señor? —preguntó.

El doctor Lahiri se sentó despacio y, frotándose la mandíbula, observó a Clarke con una mezcla de rabia y confusión.

—Como mínimo, ahora sabemos que sabrás defenderte de todos esos delincuentes cuando estés allí.

—¿Cuando esté dónde? —gruñó Clarke, que forcejeaba para zafarse del

guardia.

—Hoy vamos a evacuar el centro de detención. Cien afortunados delincuentes van a tener la oportunidad de hacer historia —esbozó apenas una sonrisa de suficiencia—. Vas a viajar a la Tierra.

Capítulo 2
Wells

El canciller había envejecido. Aunque hacía menos de seis semanas que Wells lo había visto por última vez, el hombre se había echado varios años encima. Nuevas vetas grises surcaban sus sienes y las arrugas que le rodeaban los ojos se habían acentuado.

—¿Me vas a decir por qué lo has hecho? —preguntó el canciller con un suspiro fatigado.

Wells cambió de postura. Se moría por decir la verdad. Habría dado casi cualquier cosa por borrar aquella expresión decepcionada del rostro de su padre, pero no podía correr riesgos; no antes de saber si su plan, tan insensato, había dado resultado.

Desvió la vista para no tener que sostener la mirada inquisitiva de su padre. Intentó memorizar el aspecto de las reliquias que decoraban la habitación y que puede que nunca volviera a ver: el esqueleto de águila de la vitrina, los pocos cuadros que habían sobrevivido al incendio del Louvre y las fotos de ciudades muertas, tan bellas que se estremecía solo de oírlas nombrar.

—¿Lo has hecho para exhibirte? ¿Querías presumir delante de tus amigos?

El canciller hablaba en el mismo tono comedido que empleaba durante las sesiones del Consejo. Alzó una ceja para indicar que estaba esperando respuesta.

—No, señor.

—¿Has sufrido un ataque de locura temporal? ¿Te drogas?

La voz del hombre dejaba entrever un brote de esperanza que, en otras circunstancias, a Wells le habría hecho gracia. Sin embargo, no había nada gracioso en la expresión de su padre, una mezcla de cansancio y perplejidad que su semblante no había vuelto a reflejar desde el funeral de

su esposa.

—No, señor.

De repente, Wells sintió el impulso de apretar el brazo de su padre con cariño, pero algo, aparte de las esposas, le impidió tender la mano hacia el escritorio. Desde que se habían reunido junto a la escotilla de liberación para despedir en silencio a la madre de Wells, no habían vuelto a salvar los quince centímetros que los separaban en todo momento, como si Wells y su padre fueran dos imanes y la carga magnética de su pena los repeliese mutuamente.

—¿Ha sido una especie de alegato político? —el padre de Wells arrugó la cara, como si la mera idea le provocase un dolor físico—. ¿Te lo ha sugerido alguien de Walden o de Arcadia?

—No, señor —repuso Wells, mordiéndose la lengua para contener la indignación.

Por lo visto, su padre llevaba seis semanas tratando de convertir mentalmente a Wells en una especie de rebelde, de reprogramar sus recuerdos para poder entender por qué su hijo, antes alumno estrella y ahora cadete de rango superior, había cometido la infracción pública más grave de la historia. Sin embargo, ni siquiera la verdad habría disipado la confusión de su padre. A ojos del canciller, nada podía justificar que su hijo hubiera prendido fuego al Árbol del Edén, al retoño que habían trasladado a Fénix justo antes del Éxodo. Wells, por desgracia, no había tenido más remedio. En cuanto se había enterado de que Clarke formaba parte de los cien que viajarían a la Tierra, se había puesto a discurrir una estratagema para unirse a ellos. Como hijo del canciller, solo una infracción pública y notoria podía garantizarle el confinamiento.

Wells recordó cómo había avanzado entre la multitud durante la Ceremonia de Conmemoración, bajo el peso de cientos de miradas, cómo le había temblado la mano cuando se había sacado el mechero del bolsillo y le había arrancado una chispa, que destelló en la penumbra. Por un momento, todo el mundo se quedó mirando en silencio las llamas que lamían el árbol. Y aunque los guardias se lo habían llevado en pleno caos, todo el mundo había reparado en la identidad del detenido.

—¿En qué demonios estabas pensando? —le preguntó el canciller, mirándolo con incredulidad—. Podrías haber incendiado el salón y haber matado a todos los presentes.

Sería mejor mentir. A su padre le costaría menos asimilar que Wells lo

había hecho para desafiarlo. O quizá debería fingir que estaba drogado durante el incidente. Cualquiera de esas dos alternativas era más amable que la verdad: que Wells había renunciado a todo por una chica.

La puerta del hospital se cerró tras él, pero la sonrisa de Wells siguió pegada a sus labios, como si le hubiera agarrotado la boca del esfuerzo de esbozarla. Seguro que su madre, aturdida por las drogas, había tomado aquel rictus por una verdadera sonrisa, y eso era lo único que importaba. Ella le había tomado la mano mientras Wells soltaba su sarta de mentiras, amargas pero inofensivas. *Sí, todo va bien entre papá y yo*. Su madre no tenía por qué saber que llevaban semanas casi sin hablarse. *Cuando te encuentres mejor, terminaremos* Decadencia y caída del Imperio romano.

Ambos eran conscientes de que la mujer no llegaría al último volumen.

Wells salió del hospital y enfiló por la cubierta B, que por suerte estaba vacía. A aquella hora, casi todo el mundo estaba ocupado: en clase, trabajando o en el Intercambio. Wells debería haber estado en clase de Historia, que era su asignatura favorita. Siempre le habían fascinado los relatos de antiguas ciudades como Roma o Nueva York, cuyos espectaculares ascensos solo se podían comparar a la magnitud de sus caídas. Sin embargo, no tenía fuerzas para pasarse dos horas rodeado de aquellos mismos compañeros que habían hecho cola para farfullarle incómodos sus condolencias. Solo podía hablar de su madre con Glass, pero su amiga estaba rara y distante últimamente.

Wells ni sabía cuánto rato llevaba pululando de acá para allá cuando fue a parar ante la puerta de la biblioteca. Dejó que el escáner se deslizara sobre sus ojos, aguardó la señal y apretó la almohadilla con el pulgar. La puerta se abrió el tiempo suficiente para que Wells cruzara el umbral y luego se cerró con un soplido, como si le hiciera un favor al dejarle entrar.

Envuelto en sombras y silencio, Wells suspiró. Los libros que habían sido evacuados a Fénix antes del Cataclismo descansaban en grandes vitrinas cerradas al vacío que reducían significativamente el proceso de deterioro. De ahí que Wells tuviera que leer en la biblioteca, y solo unas pocas horas en cada sesión. Las luces circadianas no alcanzaban el enorme salón, que permanecía sumido en un ocaso perpetuo.

Por lo que podía recordar, Wells y su madre habían pasado todas las tardes de domingo de su vida leyendo en la biblioteca. Cuando era pequeño, ella le leía las historias en voz alta. Luego, cuando se hizo mayor, devoraban a una los libros, sentados muy juntos. A medida que la enfermedad fue avanzando y las migrañas de su madre empeoraron, empezó a ser Wells quien le leía a su madre en voz alta. La víspera de su ingreso en el hospital acababan de comenzar el segundo volumen de *Decadencia y caída del Imperio romano*.

Sorteó los estrechos pasillos hasta llegar a la sección de Lengua Inglesa y luego a la de Historia, que se agazapaba en un nicho del fondo. La colección debería haber sido mayor. El primer gobierno colonial se había asegurado de enviar textos digitales a Fénix, pero menos de un siglo después un virus había borrado casi todos los archivos. Solo se salvaron los textos pertenecientes a colecciones privadas; reliquias legadas por los primeros colonos a sus descendientes. A lo largo del siglo anterior, casi todos aquellos tesoros fueron donados a la biblioteca.

Wells se acuclilló para colocarse a la altura de la G. Pulsó el cierre con el pulgar y el cristal se deslizó a un lado con un siseo, que delataba el paso del aire al recinto sellado. Tendió las manos para coger *Decadencia y caída* pero cambió de idea. Quería seguir leyendo para poder relatarle la historia a su madre, aunque eso habría sido como presentarse en su habitación del hospital con su epitafio y preguntarle qué le parecía.

—No se pueden dejar las vitrinas abiertas —dijo una voz a su espalda.

—Ya, gracias —replicó Wells, con más brusquedad de la que pretendía.

Cuando se levantó y se dio media vuelta, le devolvió la mirada una chica que conocía. Era una estudiante de Medicina que había visto por el hospital. Aquel choque de dos mundos lo enfureció. Él se refugiaba en la biblioteca para olvidar el olor nauseabundo de los antisépticos, el insufrible pitido del monitor cardíaco, que más que un signo de vida parecía una cuenta atrás hacia la muerte.

La intrusa retrocedió un paso y ladeó la cabeza. La melena clara le cayó sobre el hombro.

—Oh, eres tú.

Wells esperaba que la chica se deshiciera en sonrisas y empezara a mover los ojos con rapidez, señal de que estaba contactando con sus amigos a través del registro de córnea. Ella, sin embargo, le miraba directamente a los ojos, como si pudiera leerle la mente y desvelar uno tras otro los pensamientos que Wells tanto se esforzaba en ocultar.

—¿No querías ese libro?

Con un gesto de la barbilla, la chica señaló el estante que albergaba *Decadencia y caída*.

Wells negó con la cabeza.

—Ya lo leeré otro día.

Ella guardó silencio un momento.

—Creo que deberías cogerlo ahora —él apretó los dientes. Al ver que Wells no decía nada, la chica continuó—. Te he visto muchas veces aquí con tu madre. Deberías llevártelo.

—Solo porque mi padre sea el jefe del Consejo no significa que pueda saltarme una norma de trescientos años de antigüedad —replicó él con un leve amago de condescendencia.

—Al libro no le pasará nada por unas pocas horas. El aire no los perjudica tanto como dicen.

Wells enarcó una ceja.

—¿Y el escáner tampoco es tan sensible como dicen?

Casi todas las puertas de acceso público de Fénix estaban dotadas de escáneres, que se podían programar con instrucciones específicas. En la biblioteca, controlaban la composición molecular de todo aquel que salía, con el fin de asegurarse de que nadie abandonara la sala con un libro en las manos o escondido entre la ropa.

Una sonrisa bailó en los labios de ella.

—Hace tiempo que resolví ese problema —miró por encima del hombro hacia el pasillo en sombras que se alargaba entre las estanterías. Luego se metió una mano en el bolsillo y sacó un trozo de paño gris—. Impide que el escáner identifique la celulosa del papel —se lo tendió—. Toma. Cógelo.

Wells retrocedió un paso. Las probabilidades de que aquella chica lo metiera en un lío superaban con creces las de que tuviera un trozo de tela mágica escondida en el bolsillo.

—¿De dónde has sacado eso?

Ella se encogió de hombros.

—Me gusta leer por ahí —como Wells no respondía, sonrió y alargó la otra mano—. Dámelo. Lo sacaré yo y te lo llevaré al hospital.

Sorprendido de su propio gesto, Wells le tendió el libro.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—¿Para saber a quién deberás gratitud eterna?

—Para saber a quién culpar cuando me arresten.

Ella se metió el libro debajo del brazo y le ofreció la mano.

—Clarke.

—Wells —dijo él a la vez que se la estrechaba. Sonrió y aquella vez no le dolió.

—Por poco no consiguen salvar el árbol —el canciller miraba a Wells

fijamente, como si buscara algún signo de remordimiento o de burla en su cara; cualquier cosa que lo ayudara a entender por qué su hijo había prendido fuego al único árbol que habían podido rescatar del planeta arrasado—. Algunos miembros del Consejo querían ejecutarte allí mismo, por muy menor que seas, ¿sabes? Para salvarte la vida, he tenido que convencerlos de que era preferible enviarte a la Tierra.

Wells exhaló un suspiro de alivio. Había menos de ciento cincuenta adolescentes confinados y había dado por supuesto que se llevarían a los mayores. Pero hasta aquel momento no había tenido la seguridad de que fueran a incluirlo en la misión.

Los ojos de su padre se agrandaron de la sorpresa. Miró fijamente a Wells, como si se hiciera la luz en su mente.

—Era eso lo que querías, ¿no?

Wells asintió.

Apenado, el canciller hizo una mueca.

—De haber sabido que estabas tan desesperado por ver la Tierra, lo habría arreglado para que te unieras a la segunda expedición. Cuando tuviéramos claro que no hay peligro.

—No quería esperar. Quiero partir con los cien primeros.

El canciller entornó los ojos, como sopesando la determinación de su hijo.

—¿Por qué? Tú más que nadie conoces los peligros.

—Con el debido respeto, fuiste tú quien convenció al Consejo de que el invierno nuclear había terminado. Dijiste que el viaje era seguro.

—Sí, lo bastante seguro para cien criminales convictos que van a morir de todos modos —dijo el canciller, cuya voz destilaba una mezcla de condescendencia e incredulidad—. No quise decir que fuera seguro para mi hijo.

La ira que Wells tanto se había esforzado en tragarse estalló en aquel momento y redujo a cenizas su sentimiento de culpa. Intentó mover las manos y las esposas tintinearon contra la silla.

—Supongo que ahora yo soy uno de ellos.

—Tu madre no habría querido que lo hicieras, Wells. Solo porque a menudo soñara con la Tierra no significa que estuviera dispuesta a que te pusieras en peligro.

Wells se inclinó hacia delante, sin hacer caso del mordisco del metal en la carne.

—No es por ella por quien lo hago —dijo, mirando a su padre a los ojos por primera vez desde que se había sentado—. Aunque creo que estaría orgullosa de mí.

Era verdad, pero solo en parte. Su madre tenía una vena romántica y habría elogiado el deseo de su hijo de proteger a la chica que amaba. No obstante, se le encogió el estómago al imaginar qué habría pensado su madre de haber sabido lo que había hecho por salvar a Clarke. Comparado con la verdad, prender fuego al Árbol del Edén era una travesura de niños.

El canciller lo miró fijamente.

—¿Me estás diciendo que esa chica es la causa de todo esto?

Wells asintió despacio.

—Yo tengo la culpa de que la estéis enviando allí como a una rata de laboratorio. Me voy a asegurar de que cuente con las máximas oportunidades de seguir con vida.

El canciller guardó silencio un momento. Cuando volvió a hablar, lo hizo en tono tranquilo.

—No será necesario —el padre de Wells sacó algo del cajón del escritorio y lo colocó delante de su hijo. Era una anilla de metal que llevaba prendido un chip del tamaño de un pulgar—. Todos los miembros de la expedición han sido equipados con una de estas pulseras —explicó—. Enviarán un banco de datos a la nave que nos mantendrá al corriente de vuestra ubicación y signos vitales. En cuanto tengamos pruebas de que el entorno es hospitalario, iniciaremos la recolonización —forzó una sonrisa torva—. Si todo se desarrolla según el plan, no pasará mucho tiempo antes de que el resto de la colonia se reúna con vosotros, y todo esto —hizo un gesto hacia las manos atadas de Wells— caerá en el olvido.

La puerta se abrió y un guardia cruzó el umbral.

—Es la hora, señor.

El canciller asintió y el guardia cruzó la sala para ayudar a Wells a levantarse.

—Buena suerte, hijo —le deseó el hombre, recuperando el talante hosco de costumbre—. Si hay alguien capaz de sacar adelante esta misión, eres tú.

Tendió la mano para estrechar la de Wells, pero comprendió su error enseguida y la dejó caer a un lado. Su único hijo llevaba las manos esposadas a la espalda.

Capítulo 3
Bellamy

Por supuesto, aquel cabrón presumido llegaba tarde. Impaciente, Bellamy golpeteó el suelo con el pie, sin preocuparse por el eco que resonaba en el almacén. Ya nadie bajaba allí; hacía muchos años que los saqueadores se habían llevado cualquier cosa de valor. Había basura por todas partes: piezas de maquinaria, billetes, rollos y más rollos de cable y alambre, pantallas y monitores rotos.

Bellamy notó una mano en el hombro y dio media vuelta de un salto, en guardia, protegiéndose la cara con los puños y ladeando el cuerpo.

—Tranquilízate, hombre —exclamó Colton mientras encendía la linterna y la enfocaba directamente a los ojos de Bellamy. Escudriñó a su amigo con una expresión burlona en su rostro alargado y enjuto—. ¿Por qué me has pedido que viniera aquí? —sonrió con aire de suficiencia—. ¿Buscando porno de la Edad de Piedra entre los ordenadores rotos? No te culpo. Si yo tuviera que conformarme con lo que hay por Walden, seguro que también me volvía un depravado.

Bellamy ignoró la pulla. Aunque acababan de ascenderlo a guardia, Colton aprovechaba cualquier expedición para divertirse un poco con alguna chica.

—Tú dime de qué va todo eso, ¿vale? —dijo Bellamy, haciendo esfuerzos por fingir indiferencia.

Colton apoyó la espalda contra la pared y sonrió.

—No te dejes engañar por el uniforme, hermano. No he olvidado la primera regla del negocio —tendió la mano—. Dámelo.

—Eres tú el que se confunde, Colt. Ya sabes que yo nunca te fallo —se palmeó el bolsillo que contenía un chip cargado con créditos de estraperlo —. Ahora dime dónde está.

Al ver que el guardia esbozaba otra sonrisa petulante, a Bellamy le dio

un vuelco el corazón. Desde que habían arrestado a Octavia, sobornaba a Colton para conseguir información, y el muy idiota siempre disfrutaba como un cerdo cuando le daba malas noticias.

—Despegarán hoy —las palabras golpearon el pecho de Bellamy como un puñetazo—. Están preparando una vieja cápsula de transporte en la cubierta G —volvió a tender la mano—. Venga. Esta misión es máximo secreto y me estoy jugando el culo por ti. Estoy harto de hacer el primo.

Bellamy se quiso morir cuando una serie de imágenes desfilaron ante sus ojos: su hermana pequeña amarrada a una vieja jaula de metal, surcando el espacio a mil kilómetros por hora; su rostro cada vez más amoratado mientras intentaba respirar el aire tóxico; su cuerpo desmadejado, tan quieto como…

Bellamy dio un paso adelante.

—Lo lamento, tío.

Colton entornó los ojos.

—¿Qué es lo que lamentas?

—Esto.

Bellamy cogió impulso y le asestó al guardia un puñetazo en la mandíbula. Sonó un fuerte crujido, pero él no sintió nada salvo un revuelo en el corazón cuando vio a Colton caer al suelo.

Treinta minutos después, Bellamy trataba de entender la extraña escena que se desplegaba ante él. Se había apoyado de espaldas en la pared del pasaje que conducía a una rampa muy empinada. Montones de presos enfundados en chaquetas grises se dirigían a la pendiente, escoltados por un puñado de guardias. Al fondo, la cápsula de transporte esperaba, un aparato circular equipado con filas y más filas de asientos de seguridad que llevarían a aquellos pobres infelices a la Tierra.

Todo aquello era espantoso, pero preferible a la otra opción, supuso Bellamy. Aunque en teoría te concedían una segunda oportunidad al cumplir los dieciocho años, casi todos los menores juzgados a lo largo del último año habían sido declarados culpables. De no ser por aquella misión, estarían contando los días para su ejecución.

A Bellamy se le cayó el alma a los pies cuando atisbó una segunda rampa. Por un momento, temió que Octavia se le hubiera escapado. De todas formas, daba igual que la viera embarcar o no. Estaban a punto de

reencontrarse.

Bellamy se atusó las mangas del uniforme de Colton. Le quedaba muy justo, pero de momento ninguno de los guardias se había fijado en él. Observaban atentamente el fondo de la rampa, donde el canciller Jaha se dirigía a los pasajeros.

—Se os ha concedido una oportunidad sin precedentes de cortar con el pasado —decía el canciller—. La misión en la que estáis a punto de embarcaros es peligrosa, pero vuestro valor será recompensado. Si triunfáis, vuestras infracciones serán perdonadas y podréis empezar una nueva vida en la Tierra.

Bellamy estuvo a punto de resoplar. Había que ser muy sinvergüenza para estar allí soltando las chorradas que debía de decirse a sí mismo para poder dormir por las noches.

—Controlaremos vuestros movimientos muy de cerca con el fin de manteneros a salvo —prosiguió el canciller mientras los diez prisioneros siguientes bajaban por la rampa. El guardia que los acompañaba saludó al canciller al estilo militar antes de depositar su cargo en la nave y retirarse al pasaje. Bellamy buscó a Luke con la vista, el único waldenita que no se había convertido en un capullo después de que lo nombraran guardia, pero en la plataforma de embarque no habría más de una docena de agentes. Al parecer, el Consejo concedía más importancia al secreto que a la seguridad.

Intentó no mover el pie con impaciencia mientras la cola de prisioneros desfilaba por la rampa. Si lo pillaban haciéndose pasar por guardia, la lista de acusaciones sería interminable: soborno, chantaje, suplantación de identidad, conspiración y todo lo que al Consejo se le pasase por la cabeza. Y puesto que tenía veinte años, no sería confinado: a las veinticuatro horas de dictar sentencia, lo ejecutarían.

A Bellamy se le encogió el corazón cuando atisbó al fondo de la pasarela una familiar cinta de color rojo que asomaba entre una cortina de brillante pelo oscuro. Octavia.

Desde que habían confinado a Octavia hacía diez meses, las dudas sobre la suerte que corría su hermana no lo dejaban vivir. ¿Comía lo suficiente? ¿Había encontrado un modo de mantenerse ocupada? ¿De seguir cuerda? Aunque el confinamiento era una experiencia brutal para cualquiera, sabía que Octavia lo estaba pasando infinitamente peor que nadie.

Podría decirse que Bellamy había criado a su hermana pequeña. O al menos lo había intentado. Tras el accidente de su madre, la tutela de los

dos hermanos había pasado a manos del Consejo. No existía ningún protocolo que hiciera referencia al vínculo fraterno (las leyes de reproducción eran tan estrictas que las parejas solo tenían permiso para engendrar un hijo, a veces ninguno) y nadie en toda la colonia entendía lo que significaba tener un hermano. Bellamy y Octavia habían vivido en distintos centros de cuidados durante varios años, pero él siempre se había hecho cargo de su hermana; escamoteaba algún que otro crédito para ella cuando entraba «casualmente» en uno de los almacenes restringidos, y reñía a las deslenguadas niñas mayores que se divertían atormentando a la huérfana de carrillos regordetes y grandes ojos azules. Bellamy se preocupaba por ella constantemente. Aquella niña era especial y haría todo lo posible por ofrecerle la oportunidad de conocer una vida distinta. Cualquier cosa por asegurarse de que sobreviviese a lo que le deparase el destino.

Al ver que un guardia escoltaba a Octavia hacia la rampa, Bellamy reprimió una sonrisa. El grupo al completo arrastraba los pies con parsimonia junto a los guardias que los guiaban a la nave, pero saltaba a la vista que Octavia marcaba el ritmo. Se movía con deliberada lentitud, que obligaba al guardia que la acompañaba, y a todos los demás, a reducir el paso. En realidad, parecía más animada que la última vez que la había visto. Bellamy supuso que era lógico. La habían sentenciado a cuatro años de confinamiento, y su hermana se había resignado a aguardar su ejecución. Ahora, en cambio, una segunda oportunidad asomaba en el horizonte. Y Bellamy se aseguraría de que la aprovechase.

Haría lo que fuera necesario. Se iría a la Tierra con ella.

La voz del canciller resonaba por encima de las pisadas y de los murmullos nerviosos. Sus maneras seguían siendo de soldado, pero tras años y años en el Consejo habían acabado por adquirir esa pátina propia de los políticos.

—Nadie en la colonia sabe lo que estáis a punto de hacer, pero si triunfáis, os deberemos la vida. Sé que haréis cuanto esté en vuestra mano por asegurar vuestra propia supervivencia, la de vuestras familias y la de todas las personas que viajan a bordo de esta nave; de la raza humana al completo.

Cuando Octavia distinguió a Bellamy entre los guardias, abrió la boca de la sorpresa. Su hermano la vio sacar conclusiones a toda prisa. Ambos sabían que no lo habían nombrado agente, y eso significaba que estaba allí

en calidad de impostor. Justo cuando su hermana estaba a punto de articular una advertencia, el canciller se dio la vuelta para dirigirse a los prisioneros que seguían bajando por la rampa. Octavia giró la cabeza de mala gana, pero Bellamy advirtió que se le crispaba la espalda.

Cuando el canciller acabó de pronunciar su discurso e indicó por gestos a los guardias que terminaran de embarcar a los pasajeros, a Bellamy se le aceleró el pulso. Tenía que esperar al momento justo. Si se precipitaba, lo detendrían. Si esperaba demasiado, Octavia partiría rumbo a un planeta tóxico mientras él se quedaba allí para afrontar las consecuencias de haber dificultado el despegue.

Por fin, le llegó el turno a Octavia. Se volvió a mirar a su hermano e hizo un gesto negativo casi imperceptible para advertir a Bellamy que no hiciera ninguna tontería.

Bellamy, sin embargo, llevaba toda la vida haciendo tonterías y no tenía intención de cambiar a esas alturas.

El canciller movió la cabeza en dirección a una mujer vestida con un uniforme negro. Esta se giró hacia un cuadro de mandos situado junto a la nave y procedió a pulsar una serie de botones. Grandes números se encendieron en la pantalla.

Había empezado la cuenta atrás.

Bellamy tenía tres minutos para cruzar la puerta, bajar la rampa y entrar en la cápsula de transporte. Si no lo conseguía, perdería a su hermana para siempre.

Cuando los últimos pasajeros embarcaron, el ambiente se aligeró. Alrededor de Bellamy, los guardias se relajaron y se pusieron a charlar en voz baja. Al otro lado de la plataforma, en la segunda rampa, alguien se rio con un odioso ronquido.

2.48… 2.47… 2.46…

A Bellamy le dio tanta rabia que olvidó un momento lo nervioso que estaba. ¿De qué se reían aquellos idiotas? ¿No se daban cuenta de que su hermana y otros noventa y nueve niños estaban a punto de ser enviados a lo que podía ser una misión suicida?

2.32… 2.31… 2.30…

La mujer que manejaba el panel de mandos sonrió y le dijo algo al canciller, pero este frunció el ceño y se alejó.

Los auténticos guardias se habían apartado de la nave y ahora se apiñaban en la pasarela. O bien pensaban que tenían mejores cosas que

hacer o bien temían que aquel viejo cacharro volase en pedazos y querían ponerse a salvo.

2.14… 2.13… 2.12…

Bellamy respiró profundamente. Había llegado el momento.

Se abrió paso entre la concurrencia y se colocó detrás de un guardia rechoncho que llevaba la pistolera colgada del cinto con descuido, con la culata de la pistola a la vista. Bellamy le arrebató el arma y echó a correr rampa abajo.

Antes de que nadie entendiera lo que estaba pasando, Bellamy hundió el codo en el vientre del canciller y le aferró el cuello con un brazo de acero. La plataforma estalló en gritos y carreras, pero antes de que nadie pudiera reducirlo, Bellamy apuntó con la pistola a la sien del canciller. Ni en sueños pensaba pegarle un tiro al muy cerdo, pero los guardias tenían que pensar que iba en serio.

1.12… 1.11… 1.10…

—¡Todo el mundo atrás! —gritó Bellamy, estrujando al canciller aún más. El hombre gimió. Sonó un fuerte pitido y los números de la pantalla mudaron de verde a rojo. Quedaba menos de un minuto. Solo tenía que esperar a que la puerta de la nave empezara a cerrarse, empujar al canciller a un lado y meterse a toda prisa. No tendrían tiempo de detenerlo.

—Dejad que entre en la nave o disparo.

Se hizo el silencio en la plataforma, salvo por el chasquido de una decena de armas al ser amartilladas.

Dentro de treinta segundos, o bien estaría viajando con Octavia rumbo a la Tierra, o bien de vuelta a Walden en una bolsa para cadáveres.

Capítulo 4
Glass

Glass acababa de ajustarse el arnés cuando oyó un revuelo procedente del exterior. Los guardias rodeaban a dos figuras apostadas junto a la entrada de la nave. El lío de uniformes le impedía ver con claridad lo que estaba pasando, pero atisbó una manga verde por aquí, un poco de pelo gris por allá y algún que otro destello metálico. Luego la mitad de los guardias se arrodilló para apuntar, y Glass pudo ver por fin la escena al completo: un chico había tomado como rehén al canciller.

—¡Todo el mundo atrás! —gritó el captor con voz temblorosa. Iba de uniforme, pero no era un guardia, ni mucho menos. Llevaba el pelo demasiado largo para lo que dictan las normas, la chaqueta le quedaba estrecha y sostenía la pistola con la torpeza de alguien que no ha manejado un arma en su vida.

Nadie movía ni un dedo.

—He dicho atrás.

El sopor que la había invadido durante el largo paseo desde la celda hasta la plataforma de lanzamiento se esfumó como un cometa de hielo que cruza el cielo junto al sol, dejando tras de sí una estela de esperanza. Ella no debería estar allí. No podía fingir que estaban a punto de protagonizar una misión histórica. En cuanto la cápsula se desprendiese de la lanzadera, el corazón de Glass se rompería en pedazos. *Esta es mi oportunidad,* pensó de repente, presa del terror y la emoción.

Se desabrochó el arnés y se puso en pie. Algunos prisioneros se dieron cuenta, pero casi todos estaban pendientes del drama que se desplegaba en la rampa. Corrió al otro extremo de la nave, donde una segunda rampa conducía a la plataforma de embarque.

—Me voy con ellos —gritaba el chico dando un paso hacia la puerta, arrastrando al canciller consigo—. Me voy con mi hermana.

Un silencio de estupefacción cayó sobre la plataforma de embarque. *Hermana*. La palabra despertó un eco en la mente de Glass, pero sin darle tiempo a procesar su significado, una voz conocida la arrancó de sus pensamientos.

—Dejad que se vaya.

Glass echó un vistazo al fondo de la nave y se quedó de piedra, atónita de ver allí a su mejor amigo. Por supuesto, había oído los absurdos rumores de que Wells había sido confinado, pero no les había prestado atención. ¿Qué hacía allí el hijo del canciller? Mirando los ojos grises de Wells, que observaban atentamente a su padre, adivinó la respuesta: había seguido a Clarke. Wells haría cualquier cosa por proteger a sus seres queridos, a Clarke por encima de todo.

En aquel momento sonó un chasquido ensordecedor —*¿un disparo?*— y un resorte estalló en el interior de Glass. Sin pararse a pensar, ni siquiera a respirar, cruzó la puerta a la carrera y remontó la rampa como una exhalación. Sin ceder al impulso de mirar atrás, Glass agachó la cabeza y corrió como nunca en su vida lo había hecho.

Había escogido el momento justo. Los guardias se quedaron petrificados por un instante, como si el eco del disparo los hubiera paralizado.

Al cabo de un segundo, la vieron.

—¡Preso a la fuga! —gritó uno, y los demás se volvieron rápidamente hacia ella. El veloz movimiento activó en ellos los instintos que les habían grabado a fuego durante los entrenamientos. Daba igual que ella fuera una chica de diecisiete años. Estaban programados para pasar por alto la vaporosa melena rubia y los grandes ojos azules que solían inspirar en la gente el deseo de protegerla. Solo veían a un recluso que intentaba escapar.

Glass se abalanzó hacia la puerta, sin escuchar los gritos de ira que se alzaban a su paso. Con el pecho a punto de estallar y resollando sin aliento, recorrió como una bala el pasadizo que conducía de vuelta a Fénix.

—¡Tú! ¡Detente! —vociferó un guardia, cuyas pisadas resonaban tras ella, pero Glass no hizo caso. Si corría lo bastante y si por una vez en su vida tenía un golpe de suerte, volvería a ver a Luke. Y tal vez, solo tal vez, conseguiría que la perdonase.

Jadeando, Glass avanzó entre traspiés por un pasillo flanqueado de puertas desnudas. Le falló la rodilla derecha y se apoyó en la pared para recuperar el equilibrio. El pasillo se empezaba a emborronar ante sus ojos. Volvió la cabeza y distinguió la horma de un conducto de ventilación.

Glass introdujo los dedos en una de las rendijas y empujó. Nada. Con un gemido, volvió a intentarlo. Aquella vez, la rejilla de metal cedió. La abrió y descubrió al otro lado un túnel oscuro y estrecho repleto de cañerías envejecidas.

Glass se encaramó a la breve cornisa y se arrastró sobre el estómago hasta tener espacio suficiente para subir las rodillas. Notaba el frío del metal contra la piel ardiente. Con las últimas fuerzas que le quedaban, reptó hacia el interior del túnel y cerró la rejilla. Aguzó el oído, atenta a cualquier señal de sus perseguidores, pero no oyó gritos ni pisotones, solo el desesperado latido de su corazón.

Glass parpadeó para escudriñar la intensa penumbra y hacerse una idea de dónde estaba. El exiguo pasadizo se extendía en ambas direcciones, cubierto por una gruesa capa de polvo. Debían de ser los conductos originales de ventilación, construidos antes de que la colonia diseñara nuevos sistemas de circulación y filtración de aire. Glass ignoraba adónde llevaban, pero tenía pocas opciones. Empezó a avanzar a rastras.

Tras lo que le pareció una eternidad, con las rodillas entumecidas y las manos ardiendo, llegó a una bifurcación. Si el sentido de la orientación no le fallaba, el túnel de la izquierda debía de conducir a Fénix y el otro debía de discurrir en paralelo al puente estelar… hacia Walden, hasta Luke.

Luke, el chico que amaba, al que había tenido que abandonar hacía ya muchos meses. La persona a la que había dedicado hasta el último de sus pensamientos mientras estuvo confinada, cuyo abrazo ansiaba tan desesperadamente que a menudo creía notar sus brazos alrededor del cuerpo.

Respiró a fondo y torció a la derecha, sin saber si se dirigía a la libertad o a una muerte segura.

Diez minutos después, Glass salió sin hacer ruido del conducto de ventilación y se dejó caer al suelo. Dio un paso hacia delante y tosió cuando una pelusa revoloteó frente a ella antes de pegársele a la piel sudada. Estaba en una especie de almacén.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, unos dibujos se perfilaron en la pared; inscripciones, comprendió Glass. Dio unos pasos más y abrió unos ojos como platos. Había mensajes grabados en los muros.

Descansa en paz

In memóriam
De las estrellas a los cielos

Estaba en la cubierta de cuarentena, la zona más antigua de Walden. Cuando una guerra nuclear y biológica amenazó con destruir la Tierra, el espacio se consideró la única opción viable para aquellos que habían tenido la suerte de sobrevivir a las primeras fases del Cataclismo. De algún modo, algunos supervivientes infectados consiguieron colarse en las cápsulas de transporte… pero se les negó la entrada a Fénix y los dejaron morir en Walden. Actualmente, al primer síntoma de enfermedad, el infectado debía guardar cuarentena, apartado del resto de la población vulnerable de la colonia: de los últimos representantes de la raza humana.

Con un escalofrío, Glass trotó hacia la puerta, rezando para que el óxido no la hubiera sellado. Comprobó aliviada que la puerta se abría con un chirrido y echó a correr por el pasillo. Se quitó la chaqueta empapada de sudor; vestida con una camiseta blanca y los pantalones del uniforme de los prisioneros, podía pasar por una trabajadora, por alguien del personal de limpieza, quizá. Echó un vistazo nervioso a la pulsera que llevaba en la muñeca. No estaba segura de si ya funcionaba o si estaba diseñada para enviar datos solo desde la Tierra. En cualquier caso, tenía que encontrar la manera de deshacerse de ella lo antes posible. Aunque evitara las entradas protegidas por escáneres de retina, todos los guardias de la colonia la estarían buscando.

Solo tenía una esperanza: que dieran por supuesto que volvería a Fénix. Nadie imaginaría adónde se dirigía. Remontó la escalera principal de Walden hasta llegar a la entrada de la unidad residencial de Luke. Torció por el pasillo que conducía a su vivienda y redujo el paso mientras se secaba las sudorosas palmas en el pantalón, más nerviosa que cuando estaba en la nave.

¿Qué diría Luke cuando la viera aparecer en su casa después de nueve meses sin saber nada de ella?

Pero no tenía que decir nada. A lo mejor, nada más verla, hacía callar a Glass con un beso. Con suerte, dejaría que sus labios hablasen por él, que le dijesen que todo iba bien. Que estaba perdonada.

Glass echó un vistazo por encima del hombro y cruzó la puerta a hurtadillas. No creía que nadie la hubiera visto, pero debía llevar cuidado. Era de muy mala educación marcharse de una

Ceremonia de Emparejamiento antes de la bendición final, pero Glass no creía que pudiera soportar ni un minuto más sentada junto a Cassius, aquel depravado de mente sucia y aliento aún más asqueroso. Le recordaba a Carter, el pervertido que compartía piso con Luke y que solo mostraba su verdadera cara cuando Luke estaba fuera de guardia.

Glass subió las escaleras que conducían a la cubierta observatorio, cuidando de recogerse la orilla del vestido para no tropezar. Había sido una tonta malgastando tantos créditos en los materiales del vestido, un retal de lona que Glass, con mucho trabajo, había transformado en un vestido de noche plateado. ¿Para qué tanto derroche si Luke no estaba allí para admirarlo?

Odiaba pasar el rato con otros chicos, pero su madre no la dejaba asistir a ningún acto social a menos que fuera en pareja y, por lo que ella sabía, su hija no salía con nadie. Su madre no entendía por qué Glass no había «pescado» a Wells. Por más que su hija le explicase que a Wells y a ella solo los unía una buena amistad, la madre siempre suspiraba y murmuraba que, si no espabilaba, el día menos pensado se lo quitaría cualquier científica zarrapastrosa. Glass, en cambio, se alegraba de que Wells se hubiera fijado en la hermosa Clarke Griffin, por muy arisca que fuera. Le habría encantado poder decirle la verdad a su madre: que estaba enamorada de un chico guapo y brillante que jamás podría acompañarla a un concierto o a una Ceremonia de Emparejamiento.

—¿Me concede este baile?

Glass dio un respingo y se dio media vuelta. Cuando sus ojos se toparon con aquella mirada oscura que tan bien conocía, sonrió de oreja a oreja.

—¿Qué haces aquí? —cuchicheó, mirando a su alrededor para asegurarse de que estaban solos.

—No podía permitir que los chicos de Fénix te acaparasen —dijo Luke. Dio un paso atrás para poder admirar el vestido de Glass—. Sobre todo si estás tan guapa.

—Si te pillan, te vas a meter en un buen lío. Lo sabes, ¿verdad?

—Que lo intenten.

Luke la cogió por la cintura con ambos brazos. Cuando la música del piso inferior se animó, la hizo girar en el aire.

—¡Bájame! —le ordenó Glass, medio en susurros, medio riendo, a la vez que le golpeaba el hombro en plan de broma.

—¿Es así como tratan las damas a sus admiradores? —le preguntó él, con una horrible imitación del acento de Fénix.

—Venga —dijo ella. Le cogió la mano y soltó una risita—. No deberías estar aquí.

Luke la atrajo hacia sí.

—Debo estar donde tú estés.

—Es peligroso —repuso ella con voz queda, ofreciéndole los labios.

Él sonrió.

—Pues nos aseguraremos de que valga la pena.

Luke la cogió por las mejillas y la besó.

Justo cuando Glass iba a llamar por segunda vez, la puerta se abrió. El corazón le brincó en el pecho.

Allí estaba, con su cabello rubio ceniza y los ojos casi negros, tal como los recordaba y como se le aparecían en sueños cada noche durante el confinamiento. Él la miró boquiabierto.

—Luke —musitó Glass. La emoción acumulada durante los últimos

nueve meses amenazó desbordarla. Se moría por contarle lo que había pasado, explicarle por qué había roto con él y luego se había esfumado. Confesarle que había pasado hasta el último minuto de aquella larga pesadilla pensando en él. Decirle que jamás había dejado de amarlo—. Luke —repitió, y una lágrima cayó solitaria por su mejilla. Después de haberse derrumbado tantísimas veces en la celda, susurrando el nombre de Luke entre sollozos, le parecía irreal tenerlo allí delante, en carne y hueso.

Pero antes de que pudiera expresar en palabras aquel remolino de pensamientos, otra figura apareció en el umbral, una chica de pelo rojizo y ondulado.

—¿Glass?

Glass hizo esfuerzos por sonreír a Camille, la amiga de infancia de Luke, cuya relación con él era tan estrecha como la de Glass con Wells. Y ahora estaba allí… en la habitación de Luke. *Cómo no,* pensó Glass con amargura. Siempre se había preguntado si entre ellos dos no habría algo más de lo que Luke admitía.

—¿Quieres entrar? —le preguntó Camille en un tono demasiado educado. Apretó la mano de Luke y Glass se sintió como si fuera su corazón lo que apretaba. Mientras ella estaba confinada, rabiando de tanto que añoraba a Luke, él se había dedicado a buscar una sustituta.

—No… no, no hace falta —rehusó Glass casi sin voz.

Aunque encontrara las palabras, no tenía sentido decirle la verdad a Luke. Al verlo junto a Camille, comprendió que había sido una boba al llevar las cosas tan lejos —al arriesgar tanto— solo para reencontrarse con un chico que ya estaba pensando en otra.

—Solo pasaba a saludar.

—¿Solo pasabas a saludar? —le espetó Luke—. Después de casi un año sin responder mis mensajes, ¿se te ha ocurrido pasar a visitarme?

Él ni siquiera intentaba disimular lo enfadado que estaba, tanto que Camille le soltó la mano. La sonrisa de la pelirroja se convirtió en una mueca.

—Ya lo sé. Yo… lo siento. Os dejo solos.

—¿A qué viene esto? —preguntó Luke. Intercambió una mirada con Camille, y Glass, además de una tonta de remate, se sintió terriblemente sola.

—No es nada —se apresuró a responder. Intentaba en vano que no le temblara la voz—. Ya hablaremos… Ya me pasaré…

Esbozó una sombra de sonrisa e inspiró profundamente, cogiendo fuerzas para obligar a su cuerpo, que se negaba a separarse de Luke, a marcharse.

Se dio media vuelta, pero entonces vio de reojo la figura de un agente uniformado. Ahogó una exclamación y volvió la cara justo cuando el guardia pasaba por su lado.

Luke apretó los labios y se quedó mirando al infinito. Estaba leyendo un mensaje en su registro de córnea, comprendió Glass. Y a juzgar por su expresión, la información se refería a ella.

Él abrió unos ojos como platos, sorprendido primero y luego horrorizado.

—Glass —dijo con voz ronca—. Has estado confinada.

No era una pregunta. Glass asintió.

Luke la miró fijamente un instante. A continuación suspiró y le posó una mano en la espalda. Ella notó la presión de los dedos a través de la fina tela de la camiseta y, aunque se ahogaba de angustia, el contacto la hizo estremecer.

—Ven —dijo él, empujándola hacia dentro.

Camille se hizo a un lado enfurruñada y Glass entró en el piso a trompicones. Luke cerró la puerta rápidamente.

La pequeña vivienda estaba a oscuras; Luke y Camille no tenían la luz encendida a su llegada. Glass procuró no pensar en lo que aquello implicaba mientras veía a Camille sentarse en el sillón que la bisabuela de Luke había encontrado en el Intercambio. Glass cambió de postura; no sabía dónde sentarse. Por alguna razón, saber que era la exnovia de Luke la hacía sentirse aún más rara que su condición de fugitiva. Había tenido seis meses de confinamiento para acostumbrarse a la idea de que le habían abierto un expediente criminal, pero nunca se había imaginado que algún día estaría en casa de Luke sintiéndose como una extraña.

—¿Cómo has conseguido escapar? —le preguntó él.

Glass guardó silencio. Llevaba todo el encierro imaginando lo que le diría a Luke si alguna vez volvía a verlo. Y ahora que por fin lo tenía delante, los discursos que tanto había ensayado le parecían inconsistentes y egoístas. Él estaba bien; saltaba a la vista. ¿Por qué decirle la verdad, de no ser para recuperarlo y sentirse menos sola? Por fin, con voz temblorosa, Glass le contó rápidamente la historia de los cien y su misión secreta, la aparición de aquel chico que había tomado al canciller como rehén y la

persecución.

—Pero sigo sin entenderlo —Luke echó una ojeada a Camille, que había dejado de disimular y ahora escuchaba muy atenta—. ¿Por qué te confinaron?

Incapaz de mirarlo a los ojos, Glass desvió la vista mientras su mente buscaba una excusa a toda prisa. No se lo podía decir, ya no, sabiendo que él la había olvidado. No, si era tan evidente que los sentimientos de Luke habían cambiado.

—No te lo puedo contar —repuso con voz queda—. No lo entende…

—No pasa nada —la interrumpió él, enfadado—. Has dejado bien claro que hay muchas cosas que no puedo entender.

Por una milésima de segundo, Glass se arrepintió de no haberse quedado en la nave en compañía de Clarke y Wells. Aunque estaba con el chico que amaba, dudada mucho que en la inhóspita Tierra llegara a sentirse tan sola como en aquel momento.

Capítulo 5
Clarke

Durante los primeros diez minutos, los prisioneros estaban demasiado aturdidos por los disparos como para darse cuenta de que surcaban el espacio a velocidad de vértigo, de que eran los primeros seres humanos que abandonaban la colonia en casi trescientos años. El impostor se había salido con la suya. Había empujado a un lado el cuerpo exánime del canciller justo cuando se cerraba la puerta de la nave y luego, dando traspiés, había buscado un asiento. Clarke comprendió, por la expresión horrorizada de su rostro, que una muerte no entraba en sus planes.

A ella, en cambio, el accidente del canciller no la había impresionado tanto como lo que había visto justo antes del disparo.

Wells estaba en la nave de transporte.

Al verlo cruzar la puerta, se había dicho que estaba alucinando. Las posibilidades de que Clarke hubiera perdido la razón eran muchísimo más altas que la eventualidad de que el hijo del canciller acabara confinado. Ya se había quedado de piedra cuando, al mes de ser sentenciada, habían encerrado a Glass, la mejor amiga de Wells, en una celda de su mismo pasillo. ¿Y ahora también Wells? Increíble, pero cierto. Lo había visto ponerse en pie durante el altercado y luego desplomarse en el asiento cuando el auténtico guardia había disparado y el impostor había irrumpido en la nave cubierto de sangre. Por un momento, Clarke había sentido el viejo impulso de correr hacia Wells para consolarlo, pero algo mucho más sólido que el arnés se lo había impedido. Por culpa de Wells, sus padres habían ido a parar a la cámara de ejecución. Por más que le doliese, Wells merecía eso y mucho más.

—Clarke.

Buscó el origen de la voz y vio a Thalia, que le sonreía unas filas más adelante. Su antigua compañera de celda se había girado en el asiento; era

la única que no miraba fijamente al falso guardia. A pesar de las desagradables circunstancias, Clarke no pudo evitar devolverle la sonrisa. Thalia tenía ese don. Poco después de que arrestaran a Clarke y ejecutaran a sus padres, cuando sentía una pena tan honda que no podía ni respirar, Thalia había hecho reír a Clarke imitando a un guardia muy presumido que dejaba de arrastrar los pies y empezaba a pavonearse siempre que creía que las chicas lo estaban mirando.

—¿Es él? —articulaba ahora su amiga, torciendo la cabeza hacia Wells. Thalia era la única persona que lo sabía todo, no solo lo de los padres de Clarke sino también lo del inconfesable crimen de la chica.

Clarke negó con la cabeza, como dándole a entender que no era el momento de hablar de aquello. Thalia siguió haciendo señas. La otra estaba a punto de decirle que se callara cuando el ruido de los propulsores principales ahogó todo lo demás.

Había sucedido realmente. Por primera vez en varios siglos, los humanos habían abandonado la colonia. Clarke miró a los demás pasajeros y vio que se recogían también, como si guardaran un minuto de silencio espontáneo por el mundo que dejaban atrás.

En cualquier caso, la solemnidad de aquel instante no duró nada. A lo largo de los veinte minutos siguientes, la charla nerviosa de un centenar de personas que jamás, hasta hacía unas horas, habían pensado que llegarían a viajar a la Tierra inundó la nave. Thalia le gritó algo a Clarke, pero el escándalo se tragó las palabras.

La única conversación que Clarke podía seguir era la de las dos chicas que tenía delante, que discutían sobre la probabilidad de que el aire de la Tierra fuera respirable.

—Prefiero caer muerta nada más bajar que envenenarme poco a poco durante varios días —comentó una con expresión sombría.

Clarke estaba más o menos de acuerdo, pero no abrió la boca. No tenía sentido ponerse a especular. El viaje a la Tierra sería breve; en solo unos minutos sabrían lo que les deparaba el destino.

Miró por las escotillas, detrás de las cuales se veían deshilachadas nubes grises. La nave dio una sacudida y unos gritos ahogados interrumpieron el murmullo de la conversación.

—No pasa nada —dijo Wells, que hablaba por primera vez desde que las escotillas se habían cerrado—. Es normal que haya turbulencias al entrar en la atmósfera terrestre.

No pudo seguir hablando; los gritos de la cabina sofocaban sus palabras.

El traqueteo aumentó, seguido de un extraño zumbido. A Clarke se le clavó el arnés en el estómago y su cuerpo osciló de lado a lado, se columpió arriba y abajo y luego volvió a oscilar. Le entraron arcadas cuando un olor rancio inundó sus fosas nasales. Advirtió que la chica que tenía delante había vomitado. Clarke cerró los ojos con fuerza e hizo esfuerzos por tranquilizarse. Todo iba bien. Dentro de unos minutos habría terminado.

El zumbido se transformó en un penetrante chirrido, salpicado de horribles chasquidos. Abriendo los ojos, Clarke descubrió que las escotillas se habían agrietado y ya no mostraban un escenario gris.

Solo llamas.

Esquirlas de metal al rojo empezaron a llover sobre los pasajeros. Clarke se protegió la cabeza con los brazos pero los restos de metal le quemaban el cuello.

La nave se zarandeó con más fuerza y una parte del techo se separó con un inmenso crujido. Sonó un choque ensordecedor seguido de un golpe que le provocó calambres en todos y cada uno de los huesos.

Y tan repentinamente como había empezado, todo terminó.

La cabina se quedó a oscuras y en silencio. El humo se arremolinaba allí donde antes estaba el panel de control y el aire se impregnó de un tufo a metal incandescente, sudor y sangre.

Muerta de dolor, Clarke movió los dedos de las manos y de los pies. Le hacían daño, pero no creía que se hubiera roto nada. Se desabrochó el arnés y, apoyada en el asiento chamuscado, se puso en pie como pudo.

Casi todos los pasajeros seguían sujetos a los asientos, pero unos cuantos yacían de lado o despatarrados en el suelo. Clarke buscó a Thalia por las filas. Cada vez que sus ojos topaban con otro asiento vacío, se le aceleraba el pulso. Una terrible realidad se abría paso entre el caos de su mente. Algunos de los pasajeros habían salido despedidos durante el aterrizaje.

Clarke cojeó hacia delante, apretando los dientes cada vez que notaba un tirón en la pierna. Llegó a la escotilla y tiró de ella con todas sus fuerzas. Inspirando profundamente, salió a la Tierra.

Por un momento, solo pudo reparar en los colores, no las formas. Pinceladas azules, verdes y marrones, tan vibrantes que su cerebro era incapaz de procesarlas. Una ráfaga de viento la azotó haciéndole cosquillas en la piel e inundando sus fosas nasales de tantos aromas distintos que

Clarke renunció a tratar de identificarlos siquiera. Al principio, solo vio árboles. Cientos de ellos, como si todos los árboles del planeta se hubieran reunido para darles la bienvenida. Las enormes ramas se alzaban alegres al cielo, azul y radiante. El terreno se extendía en todas direcciones; diez veces más largo que cualquier cubierta de la nave. La magnitud del espacio era casi inconcebible, y Clarke, de repente, se sintió ligera como una pluma, como si estuviera a punto de salir flotando.

Era vagamente consciente de las voces que sonaban a su espalda. Cuando se dio media vuelta, vio que unos cuantos pasajeros salían de la nave tras ella.

—Es precioso —susurró una chica de piel oscura, que acariciaba agachada las brillantes hojas de hierba con una mano temblorosa.

Un chico bajo y corpulento dio unos pasos vacilantes. La fuerza de gravedad de la colonia pretendía imitar la de la Tierra, pero aquí la sensación era muy distinta.

—Todo va bien —dijo un chico, que parecía entre confundido y aliviado—. Podríamos haber regresado hace siglos.

—No lo sabes —replicó la primera—. Podemos respirar, sí, pero eso no significa que el aire no sea tóxico —se dio media vuelta para mirarlo y levantó la muñeca mostrando la pulsera—. Esto no es ningún adorno, ¿sabes? El Consejo no las tiene todas consigo.

Una de las más jóvenes, que acababa de salir, gimió y se tapó la boca con la chaqueta.

—Puedes respirar normalmente —le dijo Clarke.

Miró a su alrededor para comprobar si Thalia había salido ya. Clarke habría querido decir algo más tranquilizador, pero era imposible saber hasta qué punto la radiación seguía contaminando la atmósfera. Solo podían esperar y cruzar los dedos.

—No volveremos muy tarde —le dijo su padre mientras se ponía una chaqueta que Clarke no conocía. Se acercó a su hija, que estaba acurrucada con la tablet en el sofá, y le revolvió el pelo—. No te quedes despierta hasta muy tarde. En los últimos tiempos se han puesto muy estrictos con el toque de queda. Creo que hay problemas en Walden.

—No voy a ir a ninguna parte —dijo Clarke, señalando sus pies descalzos y los pantalones de hospital que usaba para dormir.

Para ser uno de los científicos más famosos de la colonia, las capacidades deductivas de su padre dejaban mucho que desear. Claro que, con las horas que dedicaba a su investigación, ¿quién podía culparlo de no saber que la ropa de hospital no era lo que se dice la última moda entre las adolescentes?

—Sea como sea, será mejor que no te acerques al laboratorio —le dijo él en un tono desenfadado muy calculado, como si se le acabara de ocurrir.

En realidad, desde que se habían mudado a la nueva vivienda se lo repetía a Clarke cinco veces al día. El Consejo había concedido a sus padres un laboratorio privado a medida. Al parecer, la naturaleza de sus experimentos actuales requería que los controlaran también durante la noche.

—Lo prometo —repuso Clarke con infinita paciencia.

—Te lo decimos porque el material radiactivo es peligroso —gritó la madre de Clarke desde lejos. Estaba delante del espejo, arreglándose el pelo—. Sobre todo si no llevas el equipo adecuado.

Lo prometió una vez más. Cuando sus padres se marcharon por fin, volvió a concentrarse en la tablet, aunque se preguntó qué dirían Glass y sus amigos si supieran que pasaba la noche del viernes escribiendo un ensayo. Normalmente, a Clarke le aburrían un poco las clases de Literatura terrestre, pero aquel trabajo en concreto había despertado su interés. En vez de pedirles que escribieran sobre la visión de la naturaleza en la poesía previa al Cataclismo o algo así, el tutor les había sugerido que comparasen y contrastasen la moda de los vampiros de los siglos XIX y XXI.

Y aunque las historias eran entretenidas, debió de dormirse en algún momento, porque cuando se incorporó, las luces circadianas se habían atenuado y el apartamento se había convertido en un bosque de sombras inquietantes. Se levantó y estaba a punto de meterse en su dormitorio cuando un ruido extraño rompió el silencio. Se quedó petrificada. Había sonado casi como un grito. Se obligó a sí misma a respirar profundamente. No debería leer historias de vampiros antes de irse a dormir.

Se dio media vuelta y echó a andar por el pasillo, pero otro sonido resonó a lo lejos; un lamento que le puso los pelos de punta.

Para, se reprendió. Jamás llegaría a ser médico si dejaba que la mente le jugara malas pasadas. La oscuridad de aquella nueva vivienda la estaba poniendo nerviosa. Por la mañana, todo volvería a la normalidad. Clarke agitó la mano ante el sensor de la puerta de su cuarto y estaba a punto de entrar cuando volvió a oírlo: un gemido de angustia.

Con el corazón desbocado, giró sobre sí misma y cruzó el largo pasillo que conducía al laboratorio. A diferencia de las demás, aquella puerta no se abría con un escáner de retina, sino mediante una clave de acceso. Clarke pasó los dedos por el teclado, preguntándose si sería capaz de adivinar la contraseña. Luego se acuclilló y pegó el oído a la puerta.

La hoja vibró con el grito que sonó al otro lado. Clarke contuvo el aliento. *Es imposible.* Cuando volvió a escucharlo, sus dudas se disiparon por completo.

No solo era un grito de angustia. Era una palabra.

—Por favor.

Los dedos de Clarke volaron por encima del teclado cuando escribió la primera palabra que le vino a la mente: *Pangea*. Era la contraseña que su madre solía usar para proteger los archivos restringidos. La pantalla pitó y apareció un mensaje de error. A continuación tecleó *Elysium*, el nombre de la mítica ciudad subterránea donde, según los cuentos que los padres explicaban a sus hijos, los humanos se habían refugiado después del Cataclismo. Segundo error. Clarke buscó en su memoria otras palabras significativas. *Lucy*. El nombre con el que los paleontólogos bautizaron en su día los restos de homínido más antiguos que se han hallado en la Tierra. El mecanismo emitió una serie de señales graves y la puerta se abrió por fin.

El laboratorio era mucho más grande de lo que Clarke se había imaginado, mayor que toda su casa, y contenía filas y filas de camas estrechas, como las de un hospital.

Asombrada, su vista recorrió todos aquellos lechos, cada uno ocupado por un niño. Casi todos dormían, conectados a monitores de constantes vitales y a recipientes de goteo intravenoso, pero unos pocos estaban despiertos y toqueteaban las tablets que sostenían en el regazo. Sentada en el suelo, una niña de pañal jugaba con un oso de peluche; llevaba una vía conectada al brazo, de la

que se derramaba un líquido transparente.

La mente de Clarke buscó a toda velocidad una explicación. Aquellos niños debían de estar enfermos y requerían vigilancia constante. Era muy posible que padeciesen una extraña enfermedad, cuya cura solo conocía la madre de Clarke, o a lo mejor su padre estaba a punto de descubrir un nuevo tratamiento y necesitaba tenerlos cerca las veinticuatro horas del día. Y, claro, sus padres imaginaban que Clarke sentiría curiosidad, pero como la enfermedad era contagiosa, le habían mentido para protegerla.

Volvió a escuchar aquel grito, ahora mucho más alto. Procedía de una cama situada al otro lado del laboratorio.

La ocupaba una chica de su edad, casi la mayor de toda la sala, advirtió Clarke. Estaba tendida de espaldas, y su melena oscura se desplegaba en torno a una cara acorazonada. Al ver llegar a Clarke, la miró unos instantes en silencio.

—Por favor —dijo por fin. Le temblaba la voz—. Ayúdame.

Clarke echó un vistazo a la etiqueta que habían pegado al monitor de constantes vitales. SUJETO 121.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Lilly.

Clarke se quedó allí plantada, incómoda, pero cuando Lilly se incorporó, optó por sentarse en la cama. Acababa de empezar las prácticas y aún no había interactuado con los pacientes, pero sabía que el trato personal es fundamental en el ejercicio de la medicina.

—Estoy segura de que muy pronto te dejarán volver a casa —la consoló—. En cuanto te encuentres mejor.

Lilly dobló las rodillas y escondió la cara contra las piernas, murmurando algo ininteligible.

—¿Qué has dicho? —le preguntó Clarke. Miró por encima del hombro y se preguntó por qué en la sala no había una enfermera o algún médico en prácticas cuidando de los pacientes mientras sus padres no estaban. Si a alguno de aquellos niños les pasaba algo, no habría nadie allí para ayudarlos.

Lilly levantó la cabeza pero evitó los ojos de Clarke. Se mordió el labio para contener las lágrimas y miró al vacío.

Cuando volvió a hablar, lo hizo en susurros.

—Nadie mejora nunca.

Clarke reprimió un escalofrío. Las enfermedades no eran frecuentes en la nave; Walden no había vuelto a sufrir ninguna epidemia desde aquel último brote, que había sido controlado gracias a la cuarentena. Miró a su alrededor, buscando alguna pista que la ayudase a deducir qué clase de enfermedad se estaba tratando allí, y sus ojos se posaron en la enorme pantalla que cubría la pared del fondo. El panel mostraba un enorme gráfico en el que parpadeaban una serie de datos. «Sujeto 32. Edad 7. Día 189. 3,4 Gy. Recuento rojos. Recuento blancos. Respiración». «Sujeto 33. Edad 11. Día 298. 6 Gy. Recuento rojos. Recuento blancos. Respiración».

Al principio, Clarke no advirtió nada raro en toda aquella información. Era lógico que sus padres controlasen las constantes vitales de unos niños enfermos que estaban a su cuidado. Si no fuera porque las unidades Gy no tenían nada que ver con las constantes vitales. El Gray era una unidad de radiación, un dato que ella conocía perfectamente porque sus padres llevaban años investigando los efectos de la exposición a la radiación con el objetivo de determinar cuándo sería seguro volver a la Tierra.

Cuando volvió a mirar la cara pálida de Lilly, una escalofriante conclusión empezó a tomar forma en las profundidades de su mente. Intentó acallarla, devolverla a la oscuridad, pero la idea se imponía a cualquier otro pensamiento; una verdad tan horrible que tuvo ganas de vomitar allí mismo.

La investigación de sus padres ya no se limitaba al cultivo de células. Habían empezado a experimentar con seres humanos.

La madre y el padre de Clarke no estaban curando a aquellos niños. Los estaban matando.

Habían aterrizado en una especie de claro en forma de L, rodeado de árboles por todas partes.

No abundaban los heridos de gravedad, pero sí había los suficientes para mantener a Clarke ocupada. Durante casi una hora, se dedicó a improvisar torniquetes con mangas de chaqueta y perneras de pantalón, y ordenó a aquellos que se habían roto algún hueso que se quedasen tendidos mientras ideaba algún modo de entablillarlos. El equipo yacía esparcido por la hierba, y aunque Clarke había enviado a varias personas en busca del botiquín, no lo habían encontrado.

La nave se había estrellado en la parte corta de la L, y durante los primeros quince minutos los pasajeros se habían apiñado alrededor del amasijo de hierros, demasiado asustados y aturdidos como para hacer nada más que dar unos pasitos temblorosos. Ahora, en cambio, pululaban de acá para allá. Clarke no había localizado a Thalia, ni tampoco a Wells, aunque, la verdad, no sabría decir si la ausencia de este último la preocupaba o la aliviaba. Puede que Wells se hubiera marchado con Glass. No la había visto en la nave, pero tenía que estar en alguna parte.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Clarke, concentrándose otra vez en el vendaje de un tobillo tumefacto. La lesionada era una niña muy guapa de ojos grandes y pelo oscuro, que llevaba la melena recogida con una estropeada cinta roja.

—Mejor —repuso la herida, y se enjugó la nariz con la manga. Al hacerlo, se manchó la cara con la sangre de un corte. Clarke tendría que conseguir vendas de verdad y algún antiséptico. Todos estaban expuestos a gérmenes para los que sus organismos no tenían defensas, y el riesgo de infección era muy alto.

—Vuelvo enseguida.

Se despidió de la niña con una rápida sonrisa y se puso en pie. Si el botiquín no estaba en el claro, tenía que seguir en la nave. Corrió hacia los humeantes restos de la cápsula y empezó a rodearlos, buscando el modo más seguro de volver a entrar. Por fin, llegó a la parte trasera de la nave, que reposaba a pocos metros del lindero del bosque. Se estremeció. Los árboles crecían tan juntos en aquel lado del claro que las hojas, al tapar la luz, proyectaban en el suelo enredadas sombras que bailaban con el viento.

Pero había algo inmóvil entre todas aquellas sombras. Clarke entornó los ojos para ver mejor.

Una chica yacía en el suelo, acurrucada contra las raíces de un árbol. Debía de haber salido disparada por detrás de la nave durante el aterrizaje. Clarke corrió hacia ella, y un sollozo le subió por la garganta cuando reconoció el cabello corto y rizado y las pecas que le salpicaban la nariz. *Thalia*.

Se arrodilló a su lado. La sangre manaba de la herida que tenía en la zona de las costillas y la hierba se teñía de rojo bajo su pelo oscuro, como si la propia tierra sangrase. Thalia estaba viva, pero su respiración era irregular y superficial.

—Todo irá bien —susurró Clarke, cogiendo la mano inerte de su amiga. El viento murmuraba en lo alto—. Te lo juro, Thalia, todo irá bien.

Sonó más como una plegaria que como un intento de tranquilizar a la herida, aunque Clarke no estaba segura de a quién le rezaba. Los seres humanos habían abandonado la Tierra en su noche más negra. Al planeta le importaba un comino que se muriesen todos tratando de regresar.

Capítulo 6
Wells

El frío del atardecer hizo estremecer a Wells. La temperatura había bajado desde el aterrizaje. Se acercó a la hoguera, sin hacer caso de las miradas maliciosas que provocó su irrupción. Todas y cada una de las noches que había estado confinado, se había dormido soñando con el momento de su llegada a la Tierra. En su sueño, le tomaba la mano a Clarke mientras ambos contemplaban la Tierra maravillados. En cambio, Wells se había pasado el día rebuscando entre piezas chamuscadas del equipo e intentando olvidar la cara que había puesto Clarke cuando lo había visto. No esperaba que se le arrojara a los brazos, pero tampoco esperaba que lo mirase como si quisiera verlo muerto.

—¿Crees que tu padre ya la habrá palmado? —le preguntó un waldenita que parecía algo más joven que Wells. Varias personas soltaron risitas.

A Wells se le encogió el corazón, pero hizo lo posible por mantener la calma. Podía tumbar a unos cuantos de aquellos vándalos sin pestañear. Se había declarado campeón indiscutible del combate cuerpo a cuerpo durante la formación para el regimiento de oficiales. Por desgracia, él solo era uno y los otros, noventa y cinco; noventa y seis contando a Clarke, que por lo visto se había convertido en su mayor enemiga de todo el planeta.

Se le había caído el alma a los pies al no ver a Glass en la nave. Para horror de todos los habitantes de Fénix, la habían confinado poco después que a Clarke, y aunque Wells había frito a preguntas a su padre, no había conseguido averiguar qué infracción había cometido su amiga. Ojalá supiera al menos por qué no la habían seleccionado para la misión. Por mucho que intentara convencerse a sí mismo de que a lo mejor la habían indultado, sabía que con toda probabilidad seguía confinada, contando los días que faltaban para su inminente cumpleaños. Se le hizo un nudo en el estómago al pensarlo.

—Me pregunto si el joven canciller nos obligará a cederle una parte de cada ración —preguntó un chico arcadio, en cuyos bolsillos abultaban los paquetes nutritivos que había recogido en el caos posterior al accidente. Por lo que Wells podía calcular, las raciones que tenían les alcanzarían para un mes, menos si la gente seguía quedándose con todo lo que encontraba. Por otra parte, no era posible que esas fueran todas las provisiones; tenía que haber un contenedor con más comida en alguna parte. Lo encontrarían en cuanto hubieran acabado de inspeccionar los restos.

—O a lo mejor espera que le hagamos la cama —apostilló una chica bajita con una cicatriz en la frente.

Wells los ignoró y alzó la vista a la interminable extensión de azul intenso. Era sobrecogedor. Aunque había visto el cielo en fotografías, jamás había imaginado que el color pudiera ser tan vívido. Le impresionaba pensar que un manto azul —compuesto de algo tan insustancial como cristales de nitrógeno y luz reflejada— lo separara del mar de estrellas y del único mundo que había conocido. Se le encogió el corazón al pensar en los tres chicos que no habían sobrevivido lo suficiente como para contemplar toda aquella belleza. Sus cuerpos sin vida yacían al otro lado de la nave.

—¿Camas? —bufó otro—. Ya me dirás tú dónde vamos a encontrar una cama en este lugar.

—¿Y dónde diablos se supone que vamos a dormir? —preguntó la chica de la cicatriz, mirando a su alrededor como si esperara que unos cuantos barracones brotasen de la nada.

Wells carraspeó.

—El equipo incluye tiendas de campaña. Solo tenemos que acabar de revisar los contenedores y recoger todas las piezas. Mientras tanto, deberíamos enviar a alguien a buscar un arroyo para saber dónde vamos a levantar el campamento.

La chica miró a ambos lados con ademán teatral.

—Por mí, podemos levantarlo aquí mismo —declaró, provocando más risillas.

Wells procuró no alterarse.

—Si acampamos cerca de un arroyo o de un lago, será más fácil…

—Qué bien —lo interrumpió una voz grave—. Llego justo a tiempo para el sermón.

Wells se volvió a mirar y vio que un chico llamado Graham se dirigía hacia ellos. Aparte de Wells y de Clarke, era el único que procedía de Fénix, aunque Graham, por lo visto, conocía el nombre tanto de los waldenitas como de los arcadios, y todos lo trataban con un respeto sorprendente. Wells no quería ni imaginar lo que habría hecho para ganárselo.

—No pretendo echar sermones. Solo intento que sigamos vivos.

Graham enarcó una ceja.

—Pues es muy curioso, si tenemos en cuenta que tu padre se ha cargado a varios de nuestros amigos. Pero no te preocupes. Sé que estás de nuestro lado —sonrió a Wells—. ¿Verdad?

Este lo miró con recelo antes de asentir con cara de pocos amigos.

—Desde luego.

—Y qué —prosiguió Graham. El brillo hostil de sus ojos contradecía el tono cordial—. ¿Cuál fue la infracción que cometiste?

—No es de muy buena educación preguntar eso, ¿no crees? —Wells esbozó lo que esperaba fuese una sonrisa críptica.

—Lo siento —Graham fingió una expresión horrorizada—. Tendrás que perdonarme. Ya ves, cuando te pasas los últimos ochocientos cuarenta y siete días de tu vida encerrado al fondo de una nave, tiendes a olvidar las reglas de protocolo de Fénix.

—¿Ochocientos cuarenta y siete días? —repitió Wells—. Ya, pues no creo que te confinaran por equivocarte al contar las hierbas que seguramente robabas del almacén.

—No —dijo Graham, dando un paso hacia Wells—. No fue por eso —todo el mundo guardó silencio, y Wells vio que unas cuantas personas se revolvían incómodas, mientras que otras se echaban hacia delante para oír mejor—. Fui confinado por asesinato.

Los dos chicos se miraron a los ojos. Wells se aseguró de que su rostro no delatase lo que sentía. No quería darle a Graham el gusto de verlo impresionado.

—Oh —repuso con indiferencia—. ¿Y a quién mataste?

Graham sonrió con frialdad.

—Si hubieras pasado algún tiempo entre nosotros, sabrías que preguntar eso sí es de mala educación —se hizo un silencio tenso, antes de que Graham aligerara el tono—. Pero ya sé lo que hiciste, de todos modos. Cuando encierran al hijo del canciller, los rumores corren como la pólvora.

Ya me imaginaba que no cantarías. Pero ahora que estamos charlando tan tranquilos, a lo mejor quieres decirnos qué haces aquí exactamente. Nos podrías explicar por qué tantos de nuestros amigos están siendo ejecutados después del segundo juicio —Graham seguía sonriendo, pero había adoptado un tono bajo y peligroso—. ¿Y por qué ahora? ¿Por qué tu padre decidió tan de repente enviarnos a la Tierra?

Su padre. A lo largo de aquel día, absorto en la novedad del entorno, Wells casi había logrado convencerse a sí mismo de que la escena en la plataforma de despegue —el restallido del disparo, la sangre que se extendía como una flor oscura en el pecho de su padre— no había sido más que una horrible pesadilla.

—No nos lo va a decir, claro que no —bufó Graham—. ¿Verdad, soldado? —añadió remedando un saludo militar.

Los arcadios y los waldenitas que estaban pendientes de Graham se volvieron a mirar a Wells, ansiosos por oír su respuesta, y la intensidad de sus miradas le provocó un cosquilleo en la piel. Claro que sabía lo que estaba pasando. Por qué se ejecutaba a tantos chicos y chicas poco después de su decimoctavo cumpleaños por crímenes de los que habrían sido absueltos en el pasado. Por qué la misión se había preparado deprisa y corriendo y se había puesto en marcha antes incluso de tenerlo todo atado.

Lo sabía mejor que nadie, porque él lo había provocado todo.

—¿Cuándo podremos volver a casa? —preguntó un niño que no podía tener más de doce años.

A Wells se le hizo un nudo en la garganta al pensar en la desconsolada madre que seguía en alguna parte de la nave. No tenía ni idea de que su hijo acababa de surcar el espacio con destino a un planeta que la raza humana había dado por muerto.

—Estamos en casa —le aseguró Wells, procurando que sus palabras sonasen convincentes.

Si lo repetía las veces suficientes, a lo mejor él también acababa por creerlo.

Aquel año había estado a punto de saltarse el concierto. Siempre había sido su fiesta favorita, la única velada en la que las reliquias musicales salían de sus cámaras al vacío. Ver cómo los músicos, que casi siempre ensayaban con simuladores, arrancaban notas y acordes a las reliquias era como presenciar una resurrección. Tallados y ensamblados por manos muertas hacía mucho tiempo, los únicos instrumentos que quedaban en el universo aún creaban preciosas melodías, las mismas que antaño habían inundado las salas de conciertos de las civilizaciones perdidas. Una

vez al año, el auditorio Edén se llenaba de la música que había sobrevivido a la vida de la humanidad en la Tierra.

A pesar de todo, cuando Wells entró en la sala, una gran estancia oval rematada por un ventanal panorámico, la angustia que llevaba dentro desde hacía semanas lo aplastó como un peso. Las vistas casi siempre lo dejaban sin aliento, pero aquella noche las titilantes estrellas que rodeaban el blanco y azul de la Tierra le recordaron a las velas de un velatorio. La madre de Wells amaba la música.

La sala estaba tan concurrida como de costumbre; la población de Fénix casi al completo pululaba nerviosa por allí. Muchas mujeres estaban ansiosas por lucir sus vestidos nuevos, una hazaña carísima y capaz de desquiciar a cualquiera, que dependía de los retales que hubieras conseguido en el Intercambio. Wells avanzó unos pasos, lo que provocó una ola de susurros y miradas cómplices entre la multitud.

Intentó concentrarse en el escenario, donde los músicos se reunían ya bajo el árbol que daba nombre al salón Edén. Decía la leyenda que el arbolillo había sobrevivido milagrosamente al incendio de Norteamérica y había sido trasladado a Fénix justo antes del Éxodo. Ahora era tan alto como aquella sala y su cúpula de hojas proyectaba en los músicos un velo de sombras verdosas.

—¿Ese es el hijo del canciller? —preguntó una mujer a su espalda. El rubor encendió aún más las mejillas de Wells. Nunca había llegado a acostumbrarse a las miradas de incredulidad y admiración que despertaba a su paso, pero aquella noche lo estaban sacando de quicio.

Dio media vuelta y echó a andar hacia la puerta, pero se detuvo cuando una mano lo cogió por el brazo. Se giró rápidamente y vio que Clarke lo miraba estupefacta.

—¿Adónde vas?

Wells sonrió con amargura.

—Es que no estoy de humor para conciertos.

Clarke lo miró un segundo y luego le tomó la mano.

—Quédate. Hazme ese favor —lo llevó a dos asientos vacíos de la última fila—. Tienes que decirme qué estamos escuchando.

Wells suspiró mientras se acomodaba junto a Clarke.

—Ya te he dicho que van a interpretar a Bach —repuso él, mirando hacia la puerta como si quisiera largarse corriendo.

—Ya sabes a lo que me refiero —Clarke le entrelazó los dedos—. Este movimiento, el otro —sonrió—. Además, siempre aplaudo cuando no toca.

Wells le apretó la mano.

No hizo falta ningún tipo de presentación. En cuanto las primeras notas flotaron hacia el auditorio, la multitud guardó silencio; el arco del violinista cortó su charla nada más deslizarse por las cuerdas. Luego se le unió el violonchelo, seguido del clarinete. No habría percusión aquella noche, pero daba igual. Wells creía oír el pulso de doscientos corazones latiendo al ritmo de la música.

—Siempre he imaginado que este sería el sonido del ocaso —susurró Wells. El comentario se le había escapado, y se preparó para unos ojos en blanco o al menos para una mirada de sorpresa.

Sin embargo, el hechizo de la música también se había apoderado de Clarke.

—Me encantaría ver un ocaso —murmuró ella, apoyándole la cabeza en el hombro.

Wells le acarició la suave melena con ademán distraído.

—Me encantaría ver un ocaso contigo —se inclinó hacia ella y le dio un besito en la frente—. ¿Qué planes tienes para dentro de unos setenta y cinco años? —cuchicheó.

—Limpiar mi dentadura postiza —respondió Clarke con una sonrisa—. ¿Por qué?

—Porque acabo de decidir lo que haremos cuando salgamos juntos en la Tierra por primera vez.

Se acercaba el anochecer y las llamas de la hoguera se proyectaban en las caras de los que se habían ido acercando.

—Ya sé que todo esto es extraño, amenazador y, vale, injusto, pero estamos aquí por una razón —explicó Wells a la multitud—. Si nosotros sobrevivimos, todo el mundo sobrevive.

Casi cien cabezas se volvieron a mirarlo y, por un segundo, Wells pensó que quizás sus palabras lograsen resquebrajar las capas de rebeldía e ignorancia que habían cristalizado en ellos. En aquel momento, una nueva voz rompió el silencio.

—Cuidado con lo que dices, Jaha.

Wells se volvió a mirar y vio a un chico alto vestido con un uniforme de guardia ensangrentado. El tío que se había colado en la nave a la fuerza; el que había tomado al padre de Wells como rehén.

—La Tierra aún está convaleciente. No sabemos cuántas cochinas mentiras puede soportar.

Otro coro de risitas y bufidos se alzó en torno al fuego y Wells notó que la ira le hervía por dentro. Por culpa de aquel idiota habían disparado a su padre —a la persona responsable de proteger a toda la raza humana— ¿y tenía la desfachatez de plantarse allí y acusarle a él de contar mentiras?

—¿Perdona? —dijo Wells, levantando la barbilla con su mejor pose de oficial.

—Corta el rollo, ¿vale? ¿Por qué no hablas claro? Si no te obedecemos, nos denunciarás a tu padre.

Wells entornó los ojos.

—Gracias a ti, es probable que mi padre esté en el hospital.

Bien atendido y a punto de recuperarse, añadió Wells en silencio. Esperaba que fuera verdad.

—Eso si está vivo —apostilló Graham, y lanzó una risotada.

Wells habría jurado que el falso guardia se encogía apenado.

El hijo del canciller dio un paso adelante, pero otra voz lo detuvo, gritando desde la multitud:

—Entonces ¿no eres un espía?

—¿Un espía? —Wells casi se echa a reír al oír la acusación.

—Sí —intervino el que se había hecho pasar por guardia—. Nos espías igual que las pulseras esas, ¿verdad?

Wells observó atentamente al chico del uniforme robado. ¿Le habría

dicho alguien para qué servían las pulseras o lo había deducido él mismo?

—Si el Consejo quisiera espiaros —dijo, pasando por alto el comentario sobre los transponedores—, ¿no crees que habría elegido a alguien que pasara más desapercibido?

El impostor sonrió con aire de suficiencia.

—Podemos discutir los pros y los contras de la administración de tu padre en alguna otra ocasión. De momento, dinos una cosa: si no eres un espía, ¿qué demonios haces aquí? Nadie se traga el cuento de que te han confinado.

—Lo siento —dijo Wells en un tono que no reflejaba el menor arrepentimiento—. Apareciste vestido con un uniforme robado y tomaste a mi padre como rehén para embarcar en la nave. Creo que eres tú el que nos debe una explicación.

El otro entornó los ojos.

—Hice lo que tenía que hacer para proteger a mi hermana.

—¿Tu hermana? —repitió Wells.

La gente rompía las reglas de repoblación más a menudo en Walden que en Fénix, pero no sabía de nadie que tuviera hermanos, no desde el Cataclismo.

—Eso es —el chico se cruzó de brazos y miró a Wells a los ojos con expresión desafiante—. Ahora te toca a ti responder: ¿qué haces aquí en realidad?

Wells dio un paso al frente. No le debía a nadie ninguna explicación, y mucho menos a aquel criminal, que seguramente mentía sobre lo de su hermana y a saber sobre qué más. Entonces, un movimiento captó su atención. Clarke se dirigía hacia la hoguera desde el otro lado del claro, donde había estado atendiendo a los pasajeros heridos.

El hijo del canciller se volvió hacia el chico alto y suspiró al notar que la ira empezaba a ceder en su interior.

—Estoy aquí por la misma razón que tú —desvió los ojos hacia Clarke, que aún no podía oírle—. Hice que me confinaran para proteger a la persona a la que más quiero.

Se hizo el silencio entre el gentío. Wells les dio la espalda y echó a andar hacia Clarke, sin preocuparse de si las miradas lo seguían.

Por un momento, la imagen de Clarke lo dejó anonadado. El atardecer había transformado la luz del claro, y las motas doradas que salpicaban sus ojos verdes parecían resplandecer. Nunca la había visto tan guapa como

allí, en la Tierra.

Las miradas de ambos se encontraron y un escalofrío recorrió la espalda de Wells. Hacía menos de un año era capaz de adivinar lo que estaba pensando solo con mirarla. Ahora, en cambio, no podía ni descifrar su expresión.

—¿Qué haces aquí, Wells? —preguntó ella con un tono tenso y receloso.

Está en estado de shock, se dijo él, agarrándose a aquella triste explicación como a un clavo ardiendo.

—He venido por ti —contestó él en voz baja.

Clarke puso una cara imposible de definir, una mezcla de tristeza, frustración y compasión que viajó de los ojos de Wells a su pecho.

—Ojalá no lo hubieras hecho.

Ella suspiró y, empujándolo, pasó junto a él. Se alejó sin volver la vista atrás.

Wells se quedó sin aliento y, durante un instante, no pudo hacer nada más que tratar de recordar cómo respirar. Enseguida oyó un coro de murmullos procedente de la hoguera y se dio media vuelta para mirar, curioso pese a todo. La gente señalaba el cielo, que se había convertido en una sinfonía de color.

Primero, unas franjas anaranjadas cruzaron el azul del firmamento, como un oboe que une su melodía a una flauta para convertir un solo en un dueto. La armonía se transformó en un *crescendo* de colores cuando el amarillo y el rosa se sumaron a la música. El cielo se oscureció, lo que destacó aún más el despliegue de tonalidades. La palabra *ocaso* no podía contener el sentido de la belleza que los envolvía, y por millonésima vez desde que habían aterrizado, Wells descubrió que los términos que había aprendido para describir la Tierra palidecían ante la imagen real.

Incluso Clarke, que no había parado ni un momento desde el accidente, se detuvo en seco y echó la cabeza hacia atrás para apreciar mejor el milagro que se desplegaba en lo alto. A Wells no le hacía falta verle la cara para saber que abría unos ojos como platos y separaba una pizca los labios para coger aire, estupefacta al contemplar una imagen con la que llevaba soñando mucho tiempo. Con la que ambos llevaban soñando mucho tiempo, se corrigió Wells. Apartó la vista, incapaz de seguir mirando el cielo, y la angustia mudó en algo denso y punzante en su pecho. Era el primer ocaso que los humanos presenciaban en tres siglos, y él lo estaba admirando a solas.

Capítulo 7
Bellamy

Bellamy contemplaba el amanecer con los ojos entrecerrados. Siempre había supuesto que los antiguos poetas exageraban, a no ser que utilizasen drogas mejores que las que él había probado jamás. Ahora se daba cuenta de que tenían razón. Era un delirio ver cómo el cielo pasaba del negro al gris y después estallaba en pinceladas de color. No le entraban ganas de ponerse a cantar ni nada, pero es que Bellamy nunca había tenido veleidades artísticas.

Se inclinó y tapó el hombro de Octavia con la manta. Había encontrado el abrigo la noche anterior, asomando de uno de los contenedores de suministros, y más o menos le había roto un diente a un chico para quedársela. Bellamy suspiró y vio cómo su aliento se condensaba en vapor, mucho más visible que en la nave, donde el sistema de ventilación prácticamente te arrancaba el aire de los pulmones antes de que hubiera salido de la boca.

Miró a su alrededor. Después de que una tal Clarke hubiera terminado de examinar a Octavia y le hubiese informado de que solo se había torcido el tobillo, Bellamy había llevado a su hermana a los árboles para pasar la noche. Guardarían las distancias hasta saber cuántos de aquellos chicos y chicas eran verdaderos criminales y a cuántos, sencillamente, los habían arrestado por estar en el lugar equivocado en el momento más inoportuno.

Apretó la mano de su hermana. Él tenía la culpa de que la hubieran confinado. Él era el responsable de que estuviese allí. Bellamy debería haber adivinado que tenían un plan entre manos; llevaba semanas hablando del hambre que pasaban algunos niños de su unidad. Solo era cuestión de tiempo que hiciera algo para conseguir comida; aunque tuviera que robarla. Su hermana pequeña había sido condenada a muerte por tener un corazón de oro.

Él era el encargado de protegerla. Y, por primera vez en su vida, le había fallado.

Bellamy irguió los hombros y levantó la barbilla. Era alto para tener seis años, aunque eso no impidió que la gente lo mirase con curiosidad cuando se abrió paso entre la multitud del centro de distribución. No iba contra las reglas que los niños acudieran solos, pero era poco habitual. Repasó la lista que su madre le había hecho repetir tres veces antes de dejarlo salir de casa. *Alimento con fibra: dos créditos. Paquetes de glucosa: un crédito. Cereales deshidratados: dos créditos. Copos de tubérculo: un crédito. Barra de proteínas: tres créditos.*

Esquivó a dos mujeres que refunfuñaban delante de unas masas blanquecinas parecidas a cerebros. Bellamy puso los ojos en blanco y siguió avanzando. ¿A quién le importaba que Fénix se quedara con los mejores productos de los campos solares? Cualquiera que quisiese comer verduras debía de tener él mismo una masa blanca y fofa por cerebro.

Colocó las manos bajo el dispensador de fibra, recogió el paquete y se lo metió debajo del brazo. Había echado a andar hacia la sección de tubérculos cuando algo brillante le llamó la atención. Se volvió a mirar y vio un montón de frutas rojas y redondas dentro de un expositor. Casi nunca prestaba atención a los productos caros que se guardaban bajo llave; retorcidas zanahorias que recordaban a dedos de bruja de color naranja, horribles champiñones que más parecían zombis sorbecerebros salidos de un agujero negro que comida. Aquellas frutas, en cambio, eran distintas, con ese rosa encendido, el mismo color que brillaba en las mejillas de su vecina Rilla cuando jugaban a la invasión alienígena en el pasillo. Bueno, hasta que los guardias se llevaron al padre de Rilla y ella fue enviada a un centro de cuidados.

Se puso de puntillas para leer la cifra que marcaba el panel. Once créditos. Era mucho, pero quería tener un detalle con su madre. La pobre llevaba tres días sin levantarse de la cama. Bellamy no entendía por qué estaba tan cansada.

—¿Quieres una? —le preguntó una voz con tono irritado. El niño alzó la vista y vio que una mujer vestida con un uniforme verde lo fulminaba con la mirada—. Pídela o hazte a un lado.

Bellamy enrojeció y estuvo a punto de echar a correr. Pero después se enfadó tanto que toda la vergüenza se le pasó de golpe. No iba a dejar que su madre se quedara sin el capricho que merecía por culpa de una distribuidora amargada.

—Quiero dos —dijo con aquel tono arrogante que tanto molestaba a su madre. Cada vez que lo escuchaba, la mujer alzaba los ojos al cielo y comentaba: «Me pregunto dónde lo has aprendido»—. Y no las toquetee —añadió con brusquedad.

La distribuidora enarcó una ceja antes de volverse a mirar a los guardias que vigilaban detrás de la mesa de transacciones. A ningún waldenita le caían bien los guardias, pero a su madre le daban un miedo de muerte. Últimamente, cogía a Bellamy de la mano y cambiaba de dirección cada vez que una patrulla se acercaba. ¿Habría hecho algo que no debía? ¿Se la iban a llevar los guardias igual que se habían llevado al padre de Rilla? *No,* se dijo Bellamy. *No lo permitiré.*

Cogió las manzanas y se acercó a la mesa de transacciones. Otra distribuidora escaneó su tarjeta y se quedó mirando un momento la información del panel antes de encogerse de hombros e indicarle por gestos que se alejara. Uno de los guardias lo miró con curiosidad, pero Bellamy siguió mirando al frente. Continuó andando hasta que salió del centro de distribución. Entonces, con los paquetes bien cogidos contra el pecho, echó a correr por el camino que llevaba a su unidad residencial.

Empujó la puerta y luego la cerró con cuidado a su espalda. Estaba deseando enseñarle a su madre lo que le había traído. Entró en la zona de estar, pero las luces no se encendieron. ¿Se había vuelto a estropear el sensor? Se le hizo un nudo en el estómago. Su madre odiaba presentar solicitudes de mantenimiento. No le gustaba que vinieran extraños a casa. ¿Cuánto tiempo

tendrían que pasar a oscuras?

—¡Mamá! —gritó Bellamy, entrando en el dormitorio como una exhalación—. ¡He vuelto! ¡Ya lo tengo!

Las luces funcionaban allí, y se encendieron justo cuando el niño cruzaba el umbral. La cama estaba vacía.

Bellamy se detuvo en seco, aterrado. Su madre se había ido. Se la habían llevado. Estaba solo. En aquel momento, oyó un golpe sordo procedente de la cocina. Suspiró cuando el alivio y luego la emoción reemplazaron al miedo. ¡Se había levantado de la cama!

Corrió a la cocina. Su madre miraba por el ventanuco que daba a la tenebrosa escalera. Se cogía la parte baja de la espalda con una mano, como si le dolieran los riñones.

—¡Mamá! —gritó—. Mira lo que te he traído.

Ella jadeó con fuerza pero no se dio la vuelta.

—Bellamy —dijo como si su hijo fuera un vecino inoportuno—. Has vuelto. Deja la comida en la mesa y vete a tu cuarto. Yo iré enseguida.

Decepcionado, Bellamy se negó a moverse. Quería ver la cara que ponía su madre cuando descubriera la fruta.

—¡Mira! —insistió el niño, tendiendo las manos, sin saber si su madre llegaba a ver las manzanas en el reflejo de aquel cristal oscuro y polvoriento.

Ella torció la cabeza para mirarlo por encima del hombro.

—¿Qué llevas ahí? —la madre entornó los ojos—. ¿Manzanas? —apretó los labios y se frotó un lado de la cabeza como hacía siempre cuando volvía del trabajo. Antes de ponerse enferma—. ¿Cuánto te han…? Da igual. Vete a tu cuarto, ¿vale?

A Bellamy le sudaban las manos cuando colocó los paquetes sobre la mesa que había junto a la puerta. ¿Había metido la pata? Las luces parpadearon y se apagaron.

—Maldita sea —musitó su madre mirando al techo—. Bellamy, ahora.

Bueno, suponía que era su madre. Volvía a mirar por la ventana y su voz sonaba extraña en la oscuridad, como si perteneciera a otra persona.

Mientras se alejaba despacio, Bellamy echó un vistazo por encima del hombro. Su madre ni siquiera parecía ella misma. La vio ponerse de lado, revelando una barriga redonda e inmensa, como si escondiera algo debajo de la camisa. Bellamy parpadeó y se largó a toda prisa, convencido de que los ojos le habían jugado una mala pasada. Ignoró el escalofrío que le recorría la espalda.

—¿Qué tal está?

Bellamy alzó la vista y vio a Clarke, que, de pie a su lado, despegaba la vista de su hermana dormida para mirarlo a él. Asintió.

—Creo que está bien.

—Perfecto —Clarke alzó una ceja algo chamuscada—. Porque sería una pena que cumplieses tu amenaza de ayer por la noche.

—¿Qué dije?

—Me dijiste que si no salvaba a tu hermana, harías estallar el planeta y a todos los que estamos aquí.

Bellamy sonrió.

—Pues menos mal que solo se ha torcido un tobillo.

Ladeó la cabeza y observó a Clarke con expresión socarrona. La pobre tenía ojeras de puro agotamiento, pero las sombras de su mirada aún resaltaban más sus ojos verdes. Sintió una punzada de remordimiento por haberse portado como un idiota la noche anterior. La había tomado por la típica boba de Fénix que hace prácticas de medicina para tener algo de lo que presumir en las fiestas. En cambio, a juzgar por la tensión que contraía sus rasgos delicados y por los pegotes de sangre que llevaba en la rojiza melena, Clarke no se había sentado a descansar desde que habían aterrizado.

—Y bien —prosiguió Bellamy, recordando la confesión que había hecho Wells la noche anterior junto a la hoguera y el empujón que le había dado Clarke poco después—, ¿por qué tratas tan mal al pequeño canciller?

Clarke lo miró con una mezcla de incredulidad e indignación. Por un momento, Bellamy temió que le atizara, pero ella, al final, se limitó a negar con la cabeza.

—No es asunto tuyo.

—¿Es tu novio? —insistió él.

—No —repuso Clarke, lacónica, pero enseguida esbozó una sonrisa inquisitiva—. ¿Y a ti qué te importa?

—Solo intento hacer un censo —respondió Bellamy—. En concreto, de las chicas guapas sin compromiso que hay en la Tierra.

Clarke puso los ojos en blanco. Luego se volvió a mirar a Octavia y todo rastro de risa abandonó su semblante.

—¿Qué pasa?

Bellamy siguió la mirada de Clarke.

—Nada —se apresuró a decir ella—. Es que me gustaría tener algún antiséptico para desinfectarle ese corte de la cara. Y hay heridos que necesitan antibióticos.

—Entonces, ¿no tenemos ningún medicamento? —preguntó el chico, frunciendo el ceño con preocupación.

Clarke lo miró, sobresaltada por haber hablado más de la cuenta.

—Creo que los botiquines salieron volando cuando nos estrellamos. Pero todo irá bien —añadió rápidamente, aunque ni ella se creía la mentira que acababa de soltar, a juzgar por su expresión—. Al menos, durante un tiempo. El cuerpo humano posee una sorprendente capacidad de recuperación…

Clarke se interrumpió cuando sus ojos se posaron en las manchas de

sangre del uniforme robado.

Bellamy hizo una mueca y miró al suelo, pensando si Clarke temería por la vida del canciller. Esperaba que hubiera sobrevivido. Ya pesaban bastantes crímenes sobre su conciencia. Aunque, bien pensado, daba igual que sobreviviese o no. En la siguiente expedición llegaría alguien con el encargo de ejecutar a Bellamy en el acto, por mucho que el disparo hubiera sido accidental. En cuanto Octavia pudiera moverse, se marcharían de allí. Caminarían unos cuantos días para alejarse del grupo y buscarían un lugar donde instalarse. Bellamy se había pasado meses y meses empollándose las guías de supervivencia que había encontrado en la cubierta B y pensaba sacarles partido. Estaba listo para afrontar lo que les deparasen aquellos bosques. No podía ser peor que la llegada de otra nave.

—¿Tardará mucho en poder caminar?

Clarke volvió a mirar a Bellamy.

—Ha sufrido un esguince, así que tardará unos días en volver a andar, creo yo, y un par de semanas en estar recuperada del todo.

—¿O puede que menos?

Clarke ladeó la cabeza y esbozó una pequeña sonrisa que, por un momento, hizo olvidar a Bellamy que estaba atrapado en un planeta potencialmente tóxico con noventa y nueve delincuentes juveniles.

—¿Qué prisa tienes?

Pero antes de que pudiera responder, alguien llamó a Clarke y ella se marchó.

Bellamy inspiró hondo. Sorprendido, descubrió que aquel simple gesto le aclaraba las ideas y lo hacía sentir despierto y alerta. Tal vez el aire fuera tóxico y, sin embargo, cada vez que lo inhalaba sentía algo raro pero fascinante, como cuando una chica misteriosa pasa junto a ti sin mirarte a los ojos aunque tan cerca que puedes oler su perfume.

Dio unos pasos hacia los árboles. Pese a que tenía ganas de verlos de cerca, no le apetecía alejarse demasiado de Octavia. No reconocía ninguna de aquellas especies, pero también es verdad que el único libro sobre botánica terrestre que había podido encontrar versaba sobre plantas africanas, y Wells había dicho algo de que estaban en la costa oeste de lo que en su día fueron los Estados Unidos.

Una ramilla se partió a su lado. Bellamy se dio media vuelta y vio a una chica de rostro anguloso y pelo encrespado.

—¿Buscas algo?

—Wells dice que todos los que no estén heridos tienen que recoger leña.

A Bellamy se le encogió el estómago de rabia y respondió a la chica con una sonrisa antipática.

—No creo que Wells esté en posición de dar órdenes, así que, si te parece bien, yo me ocuparé de mí mismo, ¿vale?

Ella cambió de postura, incómoda, antes de echar una mirada nerviosa por encima del hombro.

—Largo —le dijo Bellamy, haciéndole gestos de que se marchara.

Satisfecho, la vio alejarse a toda prisa.

Bellamy estiró el cuello para otear el cielo. No se veía nada salvo un inmenso vacío en todas direcciones. Daba igual dónde estuvieran. Cualquier punto de aquel planeta sería infinitamente mejor que el mundo que habían dejado atrás.

Por primera vez en su vida, era libre.

Capítulo 8
Glass

Glass pasó el resto de la noche en el sofá de Luke, dando gracias de que Camille no hubiera preguntado por qué se negaba a dormir en la vieja habitación de Carter. Habían considerado que sería mejor que Glass se escondiese en el piso de Luke hasta el cambio de turno de las 0600, momento en el que habría menos guardias patrullando.

Se pasó toda la noche dando vueltas en el sofá. Cada vez que se movía, la pulsera se le clavaba en la piel, un molesto recordatorio de que, por mucho peligro que corriera ella, Wells estaba a cientos de kilómetros de distancia, luchando por sobrevivir en un planeta que llevaba siglos sin albergar vida. Él siempre había soñado con ver la Tierra, pero no así. No si el aire podía ser tóxico. No después de presenciar cómo disparaban a su padre.

Mientras yacía mirando el techo, Glass no podía evitar prestar atención a los sonidos que transportaba la oscuridad. El leve murmullo procedente del cuarto de Luke le encogía el corazón. El silencio era aún peor.

Justo cuando las luces circadianas empezaban a filtrarse por las rendijas de la puerta principal, la del dormitorio de Luke se abrió, y Camille y él salieron sin hacer ruido. Ellos tampoco habían pegado ojo, saltaba a la vista. Luke iba vestido con ropa de civil, pero Camille solo llevaba una de las viejas camisetas del chico, cuya orilla apenas le cubría el final de los delgados muslos. Glass se sonrojó y desvió la mirada.

—Buenos días.

La formalidad del saludo entristeció a Glass. La última vez que le había oído decir esas palabras, estaban juntos en la cama y se las había susurrado al oído.

—Buenos días —respondió por fin, arrancando el recuerdo de su pensamiento.

—Hay que quitarte esa pulsera.

Luke señaló con un gesto la muñeca de Glass.

Ella asintió, se levantó del sofá y luego cambió de postura para cargar el peso del cuerpo sobre la otra pierna, incómoda, mientras Camille los miraba a uno y a otra alternativamente. Por fin, se cruzó de brazos y se volvió hacia Luke.

—¿Estás seguro de que esto es una buena idea? ¿Y si te descubren?

Luke puso mala cara.

—Ya hemos hablado de eso —lo dijo con voz queda, pero Glass distinguió una sombra de frustración en su voz—. Si no la ayudamos, la matarán. Es lo correcto.

Lo correcto, pensó Glass. Eso era lo único que ahora significaba para él, un peso que no quería en su conciencia.

—Mejor ella que tú —replicó Camille con voz temblorosa.

Luke se inclinó y le dio un beso en la coronilla.

—Todo irá bien. La llevaré a Fénix y luego volveré directamente a casa.

Camille suspiró y le tiró a Glass una camisa y unos pantalones.

—Toma —dijo—. Ya sé que las chicas de Fénix sois más estilosas, pero así pasarás desapercibida. Nadie te va a tomar por un miembro del personal de limpieza con ese pelo.

Apretó el brazo de Luke y regresó al dormitorio. Glass y él se quedaron solos.

Ella permaneció donde estaba, sosteniendo la ropa con incomodidad, y por un momento se miraron a los ojos. La última vez que se habían visto, a Glass no le daba ningún corte cambiarse delante de él.

—¿Quieres que…? —se interrumpió y señaló con un gesto la habitación de Carter.

—Oh —dijo Luke, ruborizándose una pizca—. No, yo… Vuelvo enseguida.

Se metió en su cuarto. Glass se vistió a toda prisa mientras intentaba ignorar los susurros procedentes del otro lado de la puerta, que se le clavaban como aguijones.

Cuando Luke regresó, Glass llevaba unos pantalones grises, tan anchos que apenas se le ceñían a las caderas, y una vasta camiseta azul muy desagradable al tacto. Él la estudió, no muy convencido.

—Hay algo que falla —observó—. No pareces una prisionera, pero tampoco una waldenita.

Cohibida, Glass se atusó las costuras de los arrugados pantalones, preguntándose si Luke prefería a las chicas que se sentían cómodas con ese tipo de ropa.

—No es eso —dijo él—. Es el pelo. Las chicas no lo llevan tan largo aquí.

—¿Por qué? —preguntó Glass al darse cuenta, con una punzada de remordimiento, de que nunca se había fijado.

Luke se había dado la vuelta para buscar algo en un pequeño cubo de almacenaje que pendía de la pared.

—Seguramente porque requiere más cuidados. En Walden el agua está más restringida que en Fénix.

Se giró con expresión triunfante y le mostró una vieja gorra.

Glass esbozó una sombra de sonrisa.

—Gracias.

Rozando los dedos de Luke, cogió la gorra que le tendía y se la caló.

—Creo que aún no das el pego —señaló él, mirándola con el ceño fruncido. Se acercó a Glass y le quitó la gorra con una mano mientras con la otra le enrollaba cuidadosamente el pelo en lo alto de la cabeza—. Ya está —dijo satisfecho mientras le cubría con la gorra el improvisado moño.

El silencio se extendió entre los dos. Despacio, Luke levantó una mano y le recogió detrás de la oreja unos cuantos mechones sueltos. Mirándola a los ojos sin parpadear, dejó que sus dedos resbalaran hasta el cuello de Glass.

—¿Listos? —preguntó ella, apartándose a un lado y rompiendo así el hechizo.

—Sí. Vamos —Luke retrocedió un paso con aire tenso y la acompañó al pasillo.

En Walden no había tantas luces circadianas como en Fénix, así que, aunque en teoría había amanecido, los corredores seguían sumidos en penumbra. Glass no sabía adónde la llevaba Luke y cerró los puños para no cogerle la mano.

Por fin, el chico se detuvo ante el débil contorno de una puerta. Se metió la mano en el bolsillo, sacó algo que Glass no pudo ver y lo acercó al escáner. La puerta emitió una señal y se abrió. A Glass se le cayó el alma a los pies al comprender que, dondequiera que Luke la llevase, dejaría un rastro de contraseñas y códigos de acceso. No quería ni pensar lo que sería de él cuando el Consejo averiguase que había ayudado a una fugitiva.

Por desgracia, no había otra opción. Después de despedirse de su madre una última vez, Glass esperaría a que los guardias la encontrasen. No intentaría volver a ver a Luke. No podía pedirle que arriesgase la vida. No después de lo que Glass le había hecho.

Una débil luz parpadeó una pizca antes de proyectarse turbia y amarillenta sobre una maquinaria que Glass no reconoció.

—¿Dónde estamos? —preguntó, y su voz resonó con un eco extraño.

—En uno de los antiguos talleres. Aquí era donde reparaban las máquinas fabricadas en la Tierra antes de que lo reemplazasen todo. Aquí hice parte de mis prácticas.

Glass se disponía a preguntar por qué hacían prácticas allí los guardias pero se guardó los interrogantes para sí. Siempre olvidaba que Luke ya estudiaba para mecánico antes de que lo reclutasen para el cuerpo de ingenieros. Él casi nunca hablaba de aquella parte de su vida. Ahora, volviendo la vista atrás, Glass se avergonzó de no haber insistido más en conocer el mundo de Luke; no le extrañaba que hubiera buscado consuelo en Camille.

Luke se detuvo junto a una enorme máquina y, frunciendo el ceño para concentrarse, pulsó una serie de botones.

—¿Qué es eso? —preguntó Glass cuando la máquina emitió un zumbido amenazador.

—Un cortador láser —repuso Luke sin alzar la vista.

Glass se llevó la muñeca al pecho con gesto protector.

—Ni hablar.

Él la miró con una expresión entre socarrona e impaciente.

—No discutas. Cuanto antes te quitemos esa cosa, más probabilidades habrá de que no te encuentren.

—¿Y no podemos buscar un modo de forzar la pulsera sin cortarla?

Luke negó con la cabeza.

—Hay que cortarla —al ver que Glass no se movía, tendió la mano con un suspiro—. Ven aquí, Glass —dijo, acompañando las palabras con un gesto.

Los pies de ella se negaban a moverse. Aunque se había pasado los últimos seis meses imaginando que Luke le suplicaba eso mismo, jamás se le había pasado por la cabeza que la escena incluiría una máquina asesina. Luke enarcó una ceja.

—¿Glass?

Asustada, avanzó un paso. En realidad, no tenía nada que perder. Siempre sería mejor que Luke le cortara la muñeca a que le pusieran una inyección letal en la vena.

Luke dio unos golpecitos en la superficie plana que había en el centro de la máquina.

—Pon la mano aquí.

Pulsó un interruptor y el cacharro empezó a vibrar.

Glass tembló cuando su piel rozó el frío metal.

—Todo irá bien —le aseguró Luke—. Te lo prometo. Tú no te muevas.

Glass asintió, demasiado asustada para responder. El zumbido siguió sonando, acompañado poco después de un agudo gemido.

Luke hizo unos cuantos ajustes más y luego se colocó junto a Glass.

—Lista.

Ella tragó saliva, nerviosa.

—Sí.

Luke sujetó el brazo de Glass con la mano izquierda y, con la derecha, procedió a mover una palanca hacia ella. Horrorizada, Glass atisbó un fino haz de luz roja que se proyectaba hacia su mano con una energía peligrosa.

Se echó a temblar, pero él le aferró el brazo con más fuerza.

—Todo va bien —murmuró—. No te muevas.

La luz se acercaba. Glass notaba el calor en la piel. Con el entrecejo arrugado de la concentración, Luke clavó los ojos en la muñeca de Glass mientras el láser avanzaba implacable hacia ella.

Cerró los ojos y se preparó para notar un dolor insoportable, el horrible grito de sus nervios al ser seccionados.

—Perfecto —la voz de Luke se abrió paso entre todo aquel terror.

Al bajar la vista, Glass descubrió que el brazalete yacía cortado en dos junto a su muñeca desnuda.

Lanzó un suspiro entrecortado.

—Gracias.

—De nada.

Luke sonrió, sin soltarle el brazo.

Ninguno de los dos habló mientras salían del taller y salvaban escaleras y recodos en dirección al puente estelar.

—¿Qué pasa? —susurró él mientras doblaban una esquina para ascender un nuevo tramo de escaleras, más angosto y oscuro que ninguno de los que había en Fénix.

—Nada.

En el pasado, Luke se habría acercado, le habría cogido la barbilla con la mano y la habría mirado a los ojos hasta que ella hubiera soltado una risita. «Mientes fatal, Rapunzel», le habría dicho, refiriéndose al cuento de hadas sobre la niña cuyo pelo crecía un palmo cada vez que soltaba una trola. Aquella vez, sin embargo, la mentira de Glass se esfumó en el aire.

—¿Y qué? ¿Cómo te han ido las cosas? —preguntó ella por fin, cuando no pudo seguir soportando el peso del silencio.

Luke la miró por encima del hombro y enarcó una ceja.

—Bueno, ya sabes, el amor de mi vida me dejó y a mi mejor amigo lo ejecutaron por una infracción de mierda pero, aparte de eso, bastante bien.

Glass se encogió cuando las palabras le golpearon el pecho. Luke jamás le había hablado con tanta amargura.

—Suerte que tenía a Camille…

Ella asintió, pero al mirar de reojo aquel perfil que tan bien conocía, fragmentos de rabia, agudos y peligrosos, se arremolinaron en su mente. ¿Por qué pensaba él que la habían confinado? ¿Por qué no mostraba sorpresa o curiosidad? ¿Acaso la había considerado siempre una persona horrible, capaz de cometer crímenes espantosos?

Luke se paró en seco y Glass tropezó con él.

—Lo siento —musitó mientras intentaba recuperar el equilibrio.

—¿Tu madre sabe lo que ha pasado? —le preguntó Luke, volviéndose a mirarla.

—No —repuso Glass—. O sea, sabe que me confinaron, pero seguro que no se ha enterado de lo de la misión a la Tierra.

El canciller había dejado muy claro que se trataba de una operación de máximo secreto. Los padres de los participantes no serían informados hasta que se tuviera la certeza de que sus hijos habían sobrevivido al viaje; o hasta que el Consejo supiera que jamás volverían.

—Tienes suerte de poder verla.

Glass no respondió. Sabía que Luke estaba pensando en su propia madre, que había muerto cuando el chico tenía diecisiete años, motivo por el cual había acabado viviendo con su vecino Carter, de dieciocho.

—Sí —dijo Glass con voz temblorosa. Tenía muchas ganas de ver a su madre pero, aun sin el brazalete, los guardias no tardarían en encontrarla. ¿Qué era más importante? ¿Despedirse o ahorrarle a su madre el dolor de ver cómo se llevaban a su hija para ejecutarla?—. Deberíamos continuar.

Cruzaron el puente en silencio. Glass no podía dejar de mirar las estrellas. No se había dado cuenta de lo mucho que amaba las vistas desde el puente hasta que la encerraron en una celda minúscula y sin ventanas. Echó un vistazo a Luke, sin saber si sentirse aliviada o herida por que no la mirara siquiera.

—Deberías volver —le dijo Glass cuando llegaron al puesto de control de Fénix, que, tal como Luke le había prometido, estaba vacío—. No me pasará nada.

Luke apretó los dientes y sonrió con amargura.

—¿Eres una fugitiva y aún no me consideras digno de conocer a tu madre?

—No lo he dicho por eso —protestó ella, pensando en el rastro que Luke ya había dejado tras de sí—. Corres peligro al ayudarme. No puedo permitir que arriesgues la vida. Ya has hecho demasiado.

Él cogió aire como para decir algo, pero luego cambió de idea.

—Vale.

Glass forzó algo parecido a una sonrisa, haciendo esfuerzos por no llorar.

—Gracias por todo.

La expresión de Luke se suavizó una pizca.

—Buena suerte, Glass.

Se inclinó hacia ella, y Glass, por costumbre, levantó la cabeza para ofrecerle los labios… pero entonces Luke retrocedió un paso y despegó los ojos de ella con un esfuerzo casi físico. Sin decir nada más, se dio media vuelta y se alejó en silencio por donde habían venido. Con los labios entumecidos por la ausencia de aquel beso de despedida que nunca volverían a compartir, Glass lo miró marchar.

Cuando llegó a la puerta de su casa, levantó la mano y llamó con suavidad. La puerta se abrió y su madre, Sonja, se asomó. Una sinfonía de emociones asomó a su rostro al instante: sorpresa, alegría, confusión y miedo.

—¿Glass? —jadeó mientras tendía las manos hacia su hija, como si no acabara de creerse que de verdad estuviera allí. Ella se hundió agradecida en el abrazo de su madre, aspirando el aroma de su perfume—. Pensaba que nunca volvería a verte.

Estrechó a Glass una vez más antes de arrastrarla al interior y cerrar la

puerta. Sonja retrocedió un paso y se quedó mirando a su hija.

—No he dejado de contar los días —ahora hablaba en susurros—. Cumples dieciocho dentro de tres semanas.

Glass tomó la húmeda mano de su madre y la acompañó al sofá.

—Iban a enviarnos a la Tierra —le explicó—. A cien chicos y chicas —inspiró profundamente—. En teoría, yo era una de ellos.

—¿A la Tierra? —repitió Sonja despacio, como si mantuviera la palabra a distancia para verla mejor—. Oh, Dios mío…

—Hubo un altercado durante el despegue. El canciller… —perdió el hilo de las ideas al recordar la escena de la plataforma de despegue. Rezó en silencio, rogando que Wells estuviera a salvo allá en la Tierra, que Clarke lo apoyara y no tuviera que pasar el duelo a solas—. Escapé aprovechando la confusión —prosiguió Glass. Los detalles no importaban en aquel momento—. Solo he venido a decirte que te quiero.

La madre abrió unos ojos como platos.

—Ya veo… Fue así como dispararon al canciller. Oh, Glass —susurró, abrazando a su hija.

Unos pasos resonaron en el pasillo y Glass dio un respingo. Miró la puerta angustiada antes de volverse hacia su madre.

—No me puedo quedar —dijo temblando antes de ponerse en pie.

—¡Espera! —Sonja se levantó de un salto y cogió a su hija por el brazo para obligarla a sentarse otra vez. Le apretó la muñeca con fuerza—. El canciller sobrevive conectado a una máquina y el vicecanciller Rhodes ha tomado el mando. No deberías marcharte aún —guardó silencio un instante—. Rhodes tiene un criterio distinto de… lo que significa gobernar. Es posible que te perdone. Podemos convencerlo —Sonja se levantó y esbozó una sonrisa que a duras penas iluminó sus ojos vidriosos—. Espera aquí.

—¿Te tienes que ir? —preguntó Glass con un hilo de voz. No soportaba la idea de volver a despedirse. No si cada adiós que pronunciaba podía ser definitivo.

La madre se inclinó para besar a su hija en la frente.

—No tardaré.

Glass observó cómo su madre se aplicaba carmín a toda prisa y salía al pasillo, aún desierto. Luego dobló las rodillas y se las abrazó con fuerza, como si quisiera evitar que se desbordase todo lo que llevaba dentro.

Glass no estaba segura de cuánto tiempo había dormido, pero allí, acurrucada en los cojines que aún recordaban la forma de su cuerpo, casi le parecía posible que los últimos seis meses hubieran sido una pesadilla. Que no la hubieran encarcelado en una celda vacía salvo por dos catres de metal, una antipática compañera arcadia y los fantasmas de sollozos que seguían flotando mucho después de que las lágrimas se hubieran secado.

Cuando abrió los ojos, su madre estaba sentada en el sofá, acariciando la enmarañada melena de Glass.

—Todo está arreglado —dijo con suavidad—. Te han indultado.

Glass se dio la vuelta para mirar a su madre a los ojos.

—¿Cómo? —preguntó. La sorpresa la arrancó del sueño e hizo esfuerzos por ahuyentar las imágenes de Luke que llevaba impresas en la retina—. ¿Por qué?

—La gente está inquieta —le explicó su madre—. Ninguno de los jóvenes condenados ha sobrevivido al segundo juicio este último año, de modo que, hoy por hoy, el sistema judicial está en entredicho. Tú serás la excepción: la prueba viviente de que el sistema funciona como debería, de que aquellos que deben construir la sociedad de futuro aún tienen la oportunidad de reinsertarse. Me ha costado un poco convencerlo, pero al final el vicecanciller Rhodes ha compartido mi punto de vista —concluyó la madre de Glass mientras se apoltronaba en el sofá, exhausta pero aliviada.

—Mamá… No puedo… No sé… Gracias.

Glass no sabía qué más decir. Sonrió, se incorporó para sentarse y apoyó la cabeza en el hombro de su madre. ¿Era libre? Ni siquiera podía asimilar el significado de la palabra.

—No tienes que darme las gracias, cielo. Haría cualquier cosa por ti —Sonja le recogió un mechón de cabello detrás de la oreja y sonrió—. Solo recuerda que no debes hablarle a nadie de la misión a la Tierra. Lo digo en serio.

—Pero ¿qué ha sido de los demás? ¿Wells está bien? ¿Puedes averiguarlo?

Sonja negó con la cabeza.

—Por lo que a ti concierne, no hay misión que valga. Lo que importa es que estás a salvo. Te han concedido una segunda oportunidad —murmuró la madre de Glass—. Prométeme que no harás ninguna tontería.

—Lo prometo —dijo Glass por fin, sacudiendo la cabeza con gesto de

incredulidad—. Lo prometo.

Capítulo 9
Clarke

Cruzó la entrada de la tienda que habían convertido en hospital de campaña y salió al claro. Aun sin ventanas, había notado que se acercaba el amanecer. El cielo era una explosión de color y el aire seco despertaba en su cerebro sentidos que ni siquiera sabía que existían. Deseó con toda el alma haber podido compartir la experiencia con las dos personas que le habían inspirado el anhelo de conocer la Tierra, pero nunca tendría ocasión.

Sus padres habían muerto.

—Buenos días.

Clarke se crispó. Le parecía inconcebible que, hacía solo unos meses, considerara la voz de Wells el sonido más glorioso de todo el universo. Él tenía la culpa de que sus padres hubieran muerto, de que sus cuerpos flotaran sin vida por el espacio infinito, cada vez más lejos de todo cuanto habían conocido y amado. En un momento de debilidad, ella le había confiado un secreto que jamás debería haber compartido. Y aunque Wells había jurado que no se lo diría a nadie, no había esperado ni veinticuatro horas para chivarse a su padre, tan ansioso por ser el hijo perfecto, el niño dorado de Fénix, que había traicionado a la chica a la que decía amar.

Se volvió a mirarlo. Habría podido atizarle allí mismo, pero evitaría cualquier confrontación si eso significaba acercarse a él.

Cuando echó a andar sin mirarlo, Wells la cogió del brazo.

—Espera un momento. Solo quería…

Clarke se dio media vuelta y retiró la mano.

—No me toques —le dijo con rabia.

Wells dio un paso atrás y abrió unos ojos como platos.

—Lo siento —dijo. Su voz era firme, pero Clarke advirtió el dolor en su rostro.

Siempre se le había dado bien interpretar las emociones del chico. Wells no sabía mentir; por eso estaba segura de que, cuando prometió guardar el secreto, había sido sincero. Pero algo le hizo cambiar de idea, y los padres de Clarke habían sido los perjudicados.

Wells no se movió.

—Solo quería asegurarme de que te las arreglas bien —se disculpó con voz queda—. Hoy acabaremos de inspeccionar los restos del accidente. ¿Necesitas algo especial para tus pacientes?

—Sí. Un quirófano estéril. Vías, un escáner de cuerpo entero, médicos de verdad…

—Estás haciendo un trabajo fantástico.

—Lo estaría haciendo aún mejor si hubiera pasado los últimos seis meses haciendo prácticas en el hospital en vez de confinada en una celda.

Aquella vez, Wells estaba preparado para el chasco y la escuchó impertérrito.

El cielo, cada vez más luminoso, bañaba el claro de una luz casi dorada que encendía el paisaje como si la noche lo hubiera pulido. La hierba se diría más verde, y las minúsculas gotas de agua que salpicaban las hojas desprendían un precioso fulgor. Flores violáceas se desplegaban en el que antes parecía un matorral cualquiera. Los pétalos ovalados se alargaban hacia el sol y se mecían al aire como si bailaran al son de una música que solo ellos podían oír.

Wells le leyó la mente.

—Si no te hubieran confinado, no estarías aquí —repuso con suavidad.

Ella giró la cabeza de golpe para encararse con él.

—¿Y debería agradecértelo? He visto a varios colonos morir delante de mí, poco más que niños que no querían venir pero tuvieron que hacerlo porque algún mierda como tú los delató solo por darse importancia.

—No quería decir eso —suspiró Wells, mirándola a los ojos—. Lo siento muchísimo, Clarke. No puedo expresar cuánto lo siento. Pero no lo hice para darme importancia —hizo ademán de avanzar hacia ella, pero se lo pensó mejor y recuperó la postura anterior—. Lo estabas pasando muy mal y quería ayudarte. No soportaba verte así. Solo quería que dejaras de sufrir.

Wells hablaba con tanta ternura que a Clarke se le cayó el alma a los pies.

—Mataron a mis padres —replicó ella en voz baja. A menudo imaginaba

la escena. Su madre a punto de recibir el pinchazo de la aguja, sus órganos desconectándose uno a uno hasta ese horrible instante en que solo el cerebro sigue funcionando. ¿Les habrían ofrecido la última comida de rigor? A Clarke se le encogía el corazón al imaginar el cuerpo sin vida de su padre en la escotilla de liberación, los dedos manchados de rojo por las bayas que habría saboreado a solas—. Un dolor como ese nunca se supera.

Se clavaron la mirada unos instantes y el silencio adquirió peso y entidad. Por fin, Wells rompió el contacto visual y volvió la cabeza hacia los árboles que se erguían sobre ellos. De repente, el aire transportó unos sonidos vagamente musicales, procedentes de las copas.

—¿Lo oyes? —susurró Wells sin mirarla.

El canto era obsesivo y alegre al mismo tiempo, las primeras notas de una elegía por las estrellas que se apagan. Y justo cuando Clarke habría jurado que aquel milagro agridulce iba a romperle el corazón, la melodía aumentó de intensidad para anunciar el despuntar del alba.

Pájaros. Pájaros de verdad. No los veía, pero sabía que estaban allí. Se preguntó si los primeros colonos habrían oído el canto de los pájaros cuando se disponían a emprender el último viaje. ¿Les dedicaron las aves una canción de despedida? ¿O quizá, a esas alturas, unieron sus voces más bien para entonar un réquiem por la Tierra agonizante?

—Es increíble —exclamó Wells, y se volvió a mirarla con una sonrisa que ella reconoció de otro tiempo.

Clarke se estremeció. Tenía la sensación de estar viendo un fantasma, el espectro del chico al que había entregado su corazón como una tonta.

A Clarke se le escapó una sonrisa cuando vio que Wells desplazaba el peso de una pierna a otra, plantado a la puerta de su casa. Nunca le había gustado besarla en público, pero la cosa había empeorado desde que había empezado a entrenarse para oficial. La idea de enrollarse con su novia mientras iba de uniforme parecía incomodarle, y era una pena, porque Clarke, cuando lo veía tan elegante, se lo habría comido a besos.

—Nos vemos mañana —se dio media vuelta para presionar el escáner con el pulgar.

—Espera —dijo Wells, que miró por encima del hombro antes de cogerle el brazo.

Clarke suspiró.

—Wells —empezó a decir a la vez que intentaba apartarle la mano—. Tengo que irme.

Él sonrió y la sujetó con más fuerza.

—¿Tus padres están en casa?

—Sí —Clarke señaló la puerta con la cabeza—. Llego tarde a cenar.

Él la miró esperanzado. Prefería mil veces cenar con la familia de Clarke que sentarse a comer en silencio con su padre, pero ella no podía invitarlo. Esta noche no.

Wells ladeó la cabeza.

—Prometo no poner cara de asco, por más porquerías que le añada tu padre a la pasta de proteínas. He practicado —esbozó una cómica sonrisa y asintió con convicción—. Caray. ¡Está delicioso!

Clarke apretó los labios un momento antes de responder.

—Es que tengo que hablar con ellos en privado.

Wells dejó de hacer el payaso.

—¿Qué pasa? —soltó el brazo de Clarke y le cogió la mejilla—. ¿Va todo bien?

—Claro.

Ella dio un paso a un lado y giró la cara para que sus ojos no delataran el malestar que ocultaba aquella mentira. Tenía que interrogar a sus padres sobre sus experimentos, y no podía postergarlo más.

—Muy bien, pues —dijo Wells despacio—. ¿Nos vemos mañana?

En vez de darle un beso en la mejilla, Wells sorprendió a Clarke rodeándole la cintura con los brazos y atrayéndola hacia sí. La besó en los labios y, por un instante, ella se olvidó de todo salvo del calor de aquel cuerpo. En cuanto cerró la puerta, el hormigueo del miedo reemplazó el estremecimiento que le había provocado el abrazo de Wells.

Los padres de Clarke estaban sentados en el sofá. Se volvieron a mirarla.

—Clarke —su madre se levantó, sonriendo—. ¿Era Wells el que estaba contigo? ¿No quiere quedarse a cen…?

—No —replicó ella con más brusquedad de la que pretendía—. ¿Puedes volverte a sentar? Tengo que hablar con vosotros —cruzó la habitación y se acomodó en una silla, de cara a sus padres. Se había echado a temblar, presa de dos violentos sentimientos que pugnaban por el control de su cuerpo: una furia incontenible y una injustificada esperanza. Quería que sus padres reconocieran la culpa para sentir que su rabia estaba justificada, pero también rezaba para que tuvieran una buena excusa—. He averiguado la contraseña —se limitó a decir—. He entrado en el laboratorio.

Su madre abrió unos ojos como platos y se dejó caer contra el respaldo del sofá. Luego inspiró profundamente y, por un momento, Clarke creyó que le iba a dar una explicación, y que sus palabras lo devolverían todo a su lugar. En cambio, susurró la frase que Clarke más temía.

—Lo siento.

El padre tomó la mano de su esposa, sin apartar los ojos de Clarke.

—Lamento que hayas tenido que ver eso —se disculpó con voz queda—. Sé que es… impresionante. Pero no sufren. Nos aseguramos de que sea así.

—¿Cómo habéis podido? —la pregunta sonó inconsistente, incapaz de soportar el peso de la acusación, pero Clarke no sabía qué otra cosa decir—. Estáis experimentando con personas. Con niños.

Al decirlo en voz alta, se le revolvieron las tripas. Notó un regusto a bilis en la garganta.

Su madre cerró los ojos.

—No tuvimos elección —dijo con un hilo de voz—. Llevamos años intentando medir los niveles de radiación mediante otros sistemas; ya lo sabes. Cuando informamos al vicecanciller de que no era posible obtener pruebas concluyentes sin investigar con seres humanos, pensamos que comprendería que habíamos llegado a un callejón sin salida. Pero insistió en que… —se le rompió la voz. No hizo falta que terminara la frase—. No tuvimos elección —repitió en tono desesperado.

—Siempre hay elección —objetó Clarke, temblando—. Podríais haber dicho que no. Yo me habría dejado matar antes que acceder a algo así.

—Pero es que no amenazó con matarnos.

El padre de Clarke hablaba con una calma insufrible.

—Y entonces ¿por qué demonios lo estáis haciendo? —preguntó Clarke a voz en grito.

—Amenazó con matarte a ti.

El canto de los pájaros se fue apagando, dejando tras de sí un silencio distinto, como si la música, al sumirse en la quietud, hubiera impregnado el aire de melodía.

—Guau —dijo Wells impresionado—. Ha sido alucinante.

Seguía mirando los árboles, pero tendió el brazo hacia Clarke, como si lo extendiera a través del tiempo para tomar la mano de la chica que un día lo amó.

La magia se había roto. Clarke se irguió y, sin pronunciar palabra, volvió a entrar en el hospital de campaña.

Reinaba la oscuridad en el interior de la tienda. Clarke entró a trompicones, recordándose a sí misma que debía cambiarle el vendaje de la pierna a un chico y rehacer los chapuceros puntos de sutura que le había practicado a la chica del corte en el muslo. Había recuperado por fin un contenedor con vendas de verdad e hilo de sutura, pero no podría hacer mucho más hasta que encontraran el botiquín. Puesto que no había aparecido entre los restos, era muy probable que hubiera salido despedido durante el aterrizaje y se hubiera destruido.

Thalia yacía en un camastro. Seguía dormida, y al parecer el nuevo apósito aguantaba bien. Clarke ya se lo había cambiado tres veces desde que se había topado con ella tras el aterrizaje. Su amiga tenía una herida muy fea en el costado que sangraba profusamente.

Se le hizo un nudo en el estómago al recordar en qué circunstancias le había suturado el corte y rezó para que su amiga no lo recordase. Thalia se había desmayado del dolor, y desde entonces entraba y salía de la consciencia. Clarke se arrodilló y le apartó un mechón de pelo húmedo de la frente.

—Hola —dijo cuando los párpados de Thalia aletearon—. ¿Cómo te encuentras?

Abriendo los ojos, la herida se forzó a sonreír, un gesto que pareció agotar todas sus energías.

—De maravilla —repuso, pero hizo una mueca de dolor al pronunciar las palabras.

—Antes mentías mucho mejor.

—Yo nunca miento —su amiga estaba afónica, pero se las arregló para

fingir indignación—. Solo le dije al guardia que tengo un problema de cervicales y que necesitaba una almohada más.

—Y luego lo convenciste de que un poco de whisky del mercado negro te ayudaría a no cantar en sueños —añadió Clarke con una sonrisa.

—Sí… Lástima que Lise no me siguiera la corriente.

—O que seas incapaz de afinar ni aunque te vaya la vida en ello.

—¡Esa era la gracia! —protestó Thalia—. El guardia nocturno habría accedido a cualquier cosa con tal de hacerme callar.

Clarke meneó la cabeza con una sonrisa.

—Y luego dices que las chicas de Fénix están piradas —señaló con un gesto la fina manta que cubría a su amiga—. ¿Puedo?

Thalia asintió, y Clarke la retiró. Adoptando una expresión profesional, despegó el vendaje. La piel de alrededor de la herida estaba enrojecida e hinchada, y había pus en el espacio entre los puntos. La herida en sí misma no era el problema. Aunque tenía mal aspecto, un corte como ese no habría quitado el sueño a nadie en un centro médico. La auténtica amenaza era la infección.

—¿Tan mal está? —preguntó Thalia con voz queda.

—Qué va, está mucho mejor —mintió Clarke con naturalidad. Sin querer, se quedó mirando el camastro vacío en el que un chico aún agonizaba la noche anterior.

—Tú no tuviste la culpa —dijo Thalia con suavidad.

—Ya lo sé —suspiró—. Es que me gustaría que no hubiera estado solo.

—Y no fue así. Wells estaba con él.

—¿Qué? —preguntó Clarke, confundida.

—Vino a verlo unas cuantas veces. Creo que la primera vez entró a buscarte, pero vio que el pobre estaba malherido y…

—¿En serio? —insistió, sin fiarse de las impresiones de una persona que había pasado el día semiinconsciente.

—Era él, te lo aseguro —gritó otra voz. Clarke se volvió a mirar y vio a Octavia sentada en el catre, con una sonrisa traviesa en el rostro—. Nunca olvidaré el día que Wells Jaha se sentó en mi cama.

Clarke la miró con incredulidad.

—¿Y tú de qué conoces a Wells?

—Hace unos años visitó con su padre el centro de cuidados. Las chicas se pasaron semanas hablando de ello. Es una supernova.

El argot de Walden hizo sonreír a Clarke mientras Octavia proseguía.

—Le pregunté si se acordaba de mí. Dijo que sí, pero es demasiado educado como para reconocer que no —la chica lanzó un suspiro teatral y se llevó la mano a la frente—. Qué desgracia la mía. He perdido mi única oportunidad de conocer el amor.

—Eh, ¿y qué pasa conmigo?

Un joven que Clarke creía dormido miró a Octavia con cara de pena y ella le sopló un beso.

Clarke negó con la cabeza y se giró otra vez hacia Thalia. Luego devolvió la vista a la herida infectada.

—No tiene buen aspecto, ¿verdad? —preguntó su amiga en voz baja, arrastrando las palabras con fatiga.

—Podría ser peor.

—Tú también estás perdiendo la capacidad de mentir. ¿Qué pasa? ¿El amor te ha ablandado?

Molesta, Clarke soltó la manta de Thalia.

—¿Ahora deliras? —miró por encima del hombro y se alegró de ver a Octavia absorta en la conversación con el chico arcadio—. Ya sabes lo que me hizo —se le revolvieron las tripas y tuvo que callar un momento—. Lo que les hizo a mis padres.

—Claro que lo sé —Thalia miró a Clarke con una mezcla de tristeza y frustración—. Pero también sé el riesgo que ha corrido viniendo aquí —sonrió—. Te quiere, Clarke. Te quiere con la clase de amor que la mayoría de la gente se pasa la vida buscando.

Clarke suspiró.

—Pues espero, por tu bien, que tú nunca lo encuentres.

Capítulo 10
Bellamy

Era alucinante lo mucho que aquel lugar cambiaba a lo largo del día. Por la mañana, todo parecía nuevo y fresco. Incluso el aire era más seco. Por la tarde, en cambio, la luz se amortiguaba y los colores se suavizaban. De momento, eso era lo que más le gustaba de la Tierra: que fuera tan imprevisible. Como una de esas chicas que siempre te tienen en ascuas. A Bellamy le atraían aquellas que no se dejaban conocer del todo.

Una carcajada llegó a sus oídos, procedente del otro lado del claro. Bellamy se dio la vuelta y vio a dos chicas encaramadas a una rama baja, que soltaban risitas mientras empujaban a un chico que intentaba unirse a ellas. Allí cerca, un grupo de waldenitas se pasaba el zapato de una chica arcadia, que resbalaba descalza por la hierba, muerta de risa. Por un momento, le dolió que Octavia aún no estuviera lo bastante recuperada como para unirse a ellos; se había divertido tan poco en su vida… Por otra parte, a lo mejor era preferible que no se encariñase con nadie. En cuanto se le curara el tobillo, Bellamy y ella se marcharían para siempre.

Rompió la envoltura de un abollado paquete nutritivo, se metió la mitad en la boca y se guardó el resto en el bolsillo, bien envuelto. Tras inspeccionar los restos del accidente, habían descubierto lo que todos temían: no había más paquetes nutritivos que los que habían encontrado al aterrizar, apenas para unas pocas semanas. O bien el Consejo suponía que les bastaría un mes para aprender a vivir de la Tierra… o bien no creían que sobreviviesen tanto tiempo.

Graham había obligado a la mayoría a entregar los paquetes rapiñados al principio y, por lo que decía, había puesto a un arcadio llamado Asher a cargo de la distribución, pero ya existía un incipiente mercado negro: la gente cambiaba paquetes nutritivos por mantas o recibía raciones extra de agua a cambio de los mejores sitios en las atestadas tiendas. Wells se había

pasado el día intentando que todo el mundo accediese a colaborar en una organización más racional pero, aunque algunos estaban de acuerdo, Graham no había tardado mucho en hacerlo callar.

Bellamy se giró al oír que las risas mudaban en gritos.

—¡Dámela! —chillaba un waldenita, tratando de quitarle algo a otro chico.

Al acercarse corriendo, Bellamy se dio cuenta de que discutían por un hacha. Sosteniéndola por el mango con ambas manos, el primero intentaba ponerla fuera del alcance del otro, que alargaba los brazos hacia la hoja.

Otros chicos y chicas echaron a correr hacia ellos, pero en lugar de separar a los contendientes como cabía esperar, se desperdigaron entre los árboles para recoger distintos objetos. Había herramientas esparcidas por la tierra: más hachas, cuchillos e incluso lanzas. Bellamy sonrió cuando sus ojos se posaron en un arco con sus flechas.

Aquella misma mañana había visto huellas de algún animal: auténticas pisadas, maldita sea, que se internaban en la arboleda. El descubrimiento había provocado una gran conmoción. En determinado momento, un mínimo de treinta personas se había congregado por la zona, dos haciendo observaciones la mar de útiles e inteligentes del tipo «no creo que sea un pájaro» o «debe de tener cuatro patas». Por fin, Bellamy había señalado que eran huellas de cascos, no de garras, y que por lo tanto debía de ser un herbívoro, un animal que podrían cazar para alimentarse. Tenía la esperanza de encontrar algo que pudiera usar como arma y ahora, en el primer golpe de suerte que tenía desde su llegada a la Tierra, acababa de dar con ello. Si todo iba bien, Octavia y él se habrían marchado para cuando los paquetes nutritivos se agotaran, pero no pensaba correr riesgos.

—Esperad un momento —una voz se elevó por encima del jaleo. Bellamy alzó la vista justo cuando Wells alcanzaba el lindero del bosque—. No podemos dejar que la gente se apropie de las armas al azar. Tenemos que clasificarlas y luego decidir quién las lleva.

Un revuelo de bufidos y miradas desafiantes brotó del gentío.

—Ese chico tomó al canciller como rehén —prosiguió Wells señalando a Bellamy, que ya se había colgado el arco y las flechas al hombro—. A saber lo que es capaz de hacer. ¿Queréis que alguien como él vaya por ahí pertrechado con un arma mortal? —el hijo del canciller levantó la barbilla—. Como mínimo, deberíamos someterlo a votación.

Bellamy se echó a reír sin poder evitarlo. ¿Quién diablos se creía que era

aquel niñato? Se agachó, cogió un cuchillo del suelo y echó a andar hacia Wells.

Este se quedó donde estaba, y Bellamy se preguntó si le estaba costando sudor y lágrimas mantener su posición; o quizá no fuera el pelele que él pensaba. Justo cuando parecía que se disponía a apuñalar a Wells en el pecho, Bellamy dio la vuelta al arma y, apuntando al otro con el mango, se la puso en la mano.

—Últimas noticias, niño bonito —Bellamy le guiñó un ojo—. Aquí todos somos criminales.

Antes de que Wells tuviera tiempo de responder, Graham llegó hasta ellos. Esbozó una sonrisa indolente mientras los miraba primero a uno y luego al otro.

—Estoy de acuerdo con el honorable minicanciller —dijo—. Deberíamos guardar las armas a buen recaudo.

Bellamy retrocedió un paso.

—¿De qué vas? ¿Y dejarte a ti a cargo de ellas también? —pasó un dedo por el arco—. Ni soñarlo. Yo me propongo cazar.

Graham bufó.

—¿Y qué cazabas en Walden exactamente, aparte de chicas con mal gusto y cero autoestima?

Bellamy irguió la espalda, pero no dijo nada. Morder el anzuelo de Graham sería una pérdida de tiempo. A pesar de todo, se le crisparon los dedos sin poder evitarlo.

—O puede que ni siquiera tuvieras que cazarlas —continuó el otro—. Supongo que esa es la ventaja de tener una hermana.

Con un horrible chasquido, el puño de Bellamy se estrelló contra la mandíbula de Graham. Este retrocedió unos pasos, demasiado aturdido para protegerse antes de que Bellamy le atizara otro puñetazo. Sin embargo, se rehízo enseguida y propinó al otro un buen derechazo en la barbilla. Bellamy se dobló hacia delante y usó el peso de su propio cuerpo para empujar a Graham, que aterrizó en la tierra con un fuerte golpe. Pero justo cuando Bellamy estaba a punto de patearlo, Graham se giró y golpeó las piernas de su contrincante desde abajo.

Bellamy rodó sobre sí mismo e intentó sentarse a tiempo de rechazar a su oponente, aunque no fue lo bastante rápido. Graham lo sujetaba contra el suelo y sostenía algo por encima de su cara, un objeto que destellaba al sol. Un cuchillo.

—Ya basta —gritó Wells. Cogió a Graham por el cuello y lo apartó de Bellamy, que se giró a un lado, resollando.

—Pero ¿qué diablos? —vociferó Graham mientras se levantaba a trompicones.

Haciendo una mueca de dolor, Bellamy se arrodilló. Luego, despacio, se puso en pie y caminó hasta el arco. Echó un vistazo a Graham, que estaba demasiado ocupado fulminando a Wells con la mirada como para advertir que Bellamy recogía el arma.

—Solo por que el canciller te arropara por las noches no significa que estés al mando —escupió Graham—. Me da igual lo que te dijera papá antes de partir.

—No tengo ningún interés en ponerme al mando. Solo quiero asegurarme de que no acabemos todos muertos.

Graham intercambió una mirada con Asher.

—Si eso es lo que te preocupa, te sugiero que te metas en tus propios asuntos —se agachó para recoger el cuchillo—. No quiero que tengamos que lamentar algún accidente.

—No es así como vamos a hacer las cosas por aquí —afirmó Wells, sin ceder a la amenaza.

—¿Ah, no? —Graham enarcó las cejas—. ¿Y qué te hace pensar que tú tienes algo que decir al respecto?

—Porque no soy un idiota. Pero si te has propuesto convertirte en el primer asesino de la Tierra en varios siglos, adelante.

Bellamy suspiró mientras cruzaba el claro en dirección a la zona donde había descubierto huellas de animal. No le apetecía nada ponerse a jugar a ver quién mea más lejos, no si había comida que buscar. Se colgó el arco al hombro y se internó en el bosque.

Como había aprendido a muy temprana edad, si quieres algo, tienes que conseguirlo tú mismo.

Bellamy tenía ocho años cuando los visitaron por primera vez.

Su madre no estaba en casa, pero le había explicado al detalle lo que debía hacer. Los guardias rara vez inspeccionaban su unidad. Muchos se habían criado allí cerca, y aunque era verdad que a los nuevos reclutas les gustaba presumir de uniforme y molestar a sus antiguos rivales, les parecía de mal gusto revisar las casas de sus vecinos. Por desgracia, saltaba a la vista que el oficial a cargo de aquel regimiento no era de por allí. No solo por el acento engolado. También por la expresión con que miraba su diminuta vivienda, una mezcla de sorpresa y asco, como si se preguntara cómo era posible que en aquella pocilga vivieran seres humanos.

Había entrado sin llamar, cuando Bellamy estaba fregando los platos del desayuno. Solo tenían agua corriente unas pocas horas al día, por lo general mientras su madre trabajaba en los campos solares. Se había asustado tanto, que había dejado caer la taza que tenía en las manos. Horrorizado, la había visto rebotar en el suelo y luego rodar hacia el armario.

Los ojos del oficial se movían de lado a lado; estaba leyendo algo en su registro de córnea.

—¿Bellamy Blake? —preguntó con su extraño acento de Fénix, como si tuviera la boca llena de pasta nutritiva.

El niño asintió despacio.

—¿Está tu madre en casa?

—No —dijo él, haciendo lo posible por hablar con seguridad, tal como había practicado.

Otro guardia cruzó el umbral. El oficial le hizo una seña, y el recién llegado empezó a hacer preguntas en un tono robótico, como si hubiera repetido el mismo discurso muchas veces aquel día.

—¿Tiene usted el equivalente a más de tres comidas en su residencia? —preguntó en tono inexpresivo. Bellamy negó con la cabeza—. ¿Tiene usted alguna fuente de energía aparte de…?

El corazón de Bellamy latía tan desbocado que casi no oía la voz del guardia. Aunque su madre y él habían ensayado aquella escena y otras muchas en incontables ocasiones, nunca se había imaginado que el oficial tendría una mirada tan despierta y penetrante. Cuando los ojos del tipo se posaron en la taza caída para desplazarse al armario después, Bellamy pensó que el corazón le iba a estallar.

—¿No vas a contestar a la pregunta?

Bellamy alzó la vista y descubrió que los dos hombres lo miraban fijamente. El oficial fruncía el ceño con impaciencia, el otro solo parecía aburrido.

Intentó disculparse, pero su «lo siento» sonó más bien como un jadeo.

—¿Vive aquí algún inquilino permanente aparte de las dos personas registradas en esta unidad?

Bellamy inspiró hondo.

—No —respondió con firmeza.

Por fin se había acordado de adoptar la expresión de fastidio que su madre le había obligado a practicar ante el espejo.

El oficial enarcó una ceja.

—No sabes cuánto lamento hacerte perder tu precioso tiempo —dijo con falsa cordialidad.

Echando una última ojeada al piso, salió a toda prisa seguido del guardia, que cerró la puerta tras ellos.

Bellamy se dejó caer de rodillas, demasiado aterrorizado para responder a la pregunta que le aporreaba la mente: ¿qué habría pasado si hubieran abierto el armario?

Capítulo 11
Glass

Mientras seguía a Cora y a Huxley de camino al Intercambio, Glass lamentó que su madre no hubiera esperado unos días antes de hacer correr la voz de su indulto. Al principio, se había vuelto loca de contento al reencontrarse con sus amigas. Cuando habían ido a visitarla por la mañana, las tres se habían echado a llorar. Pero ahora, al observar cómo Cora y Huxley intercambiaban sonrisas cómplices al pasar junto a un chico que Glass no conocía, se sentía más sola de lo que jamás se había sentido en su celda.

—Apuesto a que tienes montones de créditos ahorrados —le dijo Huxley entrelazando el brazo con el de Glass—. Me muero de celos.

—Lo único que tengo es lo que mi madre me ha transferido esta mañana —Glass sonrió con desmayo—. Suprimieron todo lo demás cuando me arrestaron.

Huxley se estremeció con un gesto dramático.

—Aún no me lo puedo creer —bajó la voz—. Nunca nos dijiste por qué te confinaron.

—No quiere hablar de ello —replicó Cora, mirando nerviosa por encima del hombro.

No, eres tú la que no quiere hablar de ello, pensó Glass mientras doblaban hacia el pasillo principal de la cubierta B, un pasaje largo y despejado flanqueado por ventanas panorámicas a un lado y bancos intercalados con plantas artificiales al otro. Era mediodía, y casi todos los bancos estaban ocupados por mujeres de la edad de la madre de Glass que charlaban y tomaban té de raíz de girasol. En teoría, el té se pagaba con créditos, pero Glass no recordaba la última vez que le habían pedido que colocase el pulgar en el escáner. Era uno de los pequeños lujos reservados a los habitantes de Fénix, que Glass siempre había dado por sentados hasta

que empezó a pasar tiempo con Luke.

Recorriendo el pasillo junto a sus amigas, Glass advirtió que muchos ojos se volvían a mirarla. Con un nudo en el estómago, se preguntó qué era más desconcertante: haber sido confinada o indultada. Levantó la barbilla e intentó aparentar seguridad. Supuestamente, Glass era el ejemplo viviente de la justicia que reinaba en la colonia, y tendría que guardar las apariencias como si le fuera la vida en ello. Porque así era.

—¿Crees que hay alguna posibilidad de que indulten también a Clarke? —preguntó Huxley. Cora le lanzó una mirada de advertencia—. ¿Os visteis y tal mientras estabais confinadas?

—Oh, Dios mío, Huxley, ¿no vas a parar? —la reprendió Cora a la vez que tocaba el brazo de Glass como para darle ánimos—. Tendrás que perdonarla —dijo—. Es que cuando sentenciaron a Clarke justo después de tu juicio, nadie se lo podía creer: ¿dos chicas de Fénix en unos pocos meses? Y luego, a tu regreso, corrieron ciertos rumores…

—No pasa nada —la tranquilizó Glass, forzando una sonrisa para dar a entender que no le importaba hablar del tema—. A Clarke la aislaron enseguida, así que casi no la vi. Y no sé si la indultarán —mintió al recordar la orden de su madre de no mencionar la misión a la Tierra—. No estoy segura de lo que pasará cuando cumpla los dieciocho. Mi caso fue reevaluado porque casi había alcanzado la edad.

—¡Es verdad! ¡Tu cumpleaños! —gritó Huxley, batiendo palmas—. Había olvidado que será muy pronto. Tendremos que buscarte un regalo en el Intercambio.

Cora asintió, encantada de que la conversación discurriera por derroteros menos peliagudos. En aquel momento, las chicas llegaron a su destino.

El Intercambio de Fénix era un gran salón situado al fondo de la cubierta B. Además de las ventanas panorámicas, contaba con una enorme lámpara de araña que, al parecer, había sido rescatada de la Ópera de París horas antes de que la primera bomba cayera en la Europa occidental. Cada vez que Glass oía aquel relato, se le encogía el corazón pensando en la gente que se podría haber salvado en su lugar, pero no podía negar que la lámpara era una maravilla. Acariciada por la luz que se filtraba por el techo y las ventanas, parecía un pequeño racimo de estrellas, una galaxia en miniatura que girase y titilase en lo alto.

Huxley soltó el brazo de Glass y corrió a un expositor de cintas, sin darse cuenta de que la llegada de Glass enmudecía a un grupo de chicas.

Esta se sonrojó y se apresuró a seguir a Cora, que andaba pendiente de un puesto textil del fondo.

Aguardó incómoda junto a Cora, mientras su amiga curioseaba entre las telas. La ordenada pila pronto quedó reducida a una maraña de paños mientras la waldenita que atendía el mostrador sonreía sin ganas.

—Menuda mierda —murmuró Cora, dejando caer a un lado un trozo de arpillera y unas cuantas hebras de lana.

—¿Qué estás buscando? —le preguntó Glass a la vez que acariciaba un retal de seda rosada. Era precioso, a pesar de las manchas de óxido y de humedad que le amarilleaban los bordes, pero ni en sueños encontraría la suficiente para confeccionar un bolso, y mucho menos un vestido.

—Llevo un millón de años coleccionando retales de satén azul, y por fin tengo tela suficiente para una túnica, pero tendría que cubrirla con una capa de otra cosa para disimular las costuras —Cora arrugó la nariz mientras examinaba una gran pieza de vinilo claro—. ¿Qué vale esto?

—Seis —respondió la mujer de Walden.

—No hablará en serio —Cora miró a Glass poniendo los ojos en blanco —. Es una cortina de ducha.

—Fabricada en la Tierra.

Cora soltó una risilla.

—¿Y quién lo certifica?

—¿Qué me dices de esto? —preguntó Glass, que sostenía un trozo de malla azul. En su día, debió de ser una bolsa de almacenaje, pero nadie lo diría una vez unida al vestido.

—Oooh —exclamó Cora, arrebatándosela—. Me gusta —la sostuvo contra su cuerpo para comprobar la longitud y luego sonrió a Glass—. Me alegro de que el confinamiento no haya afectado a tu buen gusto —Glass se sintió molesta pero no dijo nada—. Bueno, ¿y tú qué te vas a poner?

—¿Para qué?

—Para la fiesta de avistamiento —dijo con infinita paciencia, como si hablara con un niño pequeño—. Del cometa.

—No sé.

Glass se encogió de hombros. Al parecer, haber pasado seis meses confinada no era excusa para no estar al día de lo que se cocía en Fénix.

—¿Tu madre no te lo dijo cuando volviste? —prosiguió Cora, que ahora se ceñía la malla alrededor de la cintura como si fuera una enagua—. Va a pasar un cometa junto a la nave. Ninguno ha pasado tan cerca desde la

fundación de la colonia.

—¿Y se va a celebrar una fiesta de avistamiento?

Cora asintió.

—En el observatorio. Harán toda clase de excepciones para que haya comida, bebida, música, de todo. Yo iré con Vikram —sonrió, pero su expresión se apagó al instante—. Seguro que no le importa que vengas con nosotros. Sabe que hay, bueno, circunstancias atenuantes —dirigió a Glass una sonrisa compasiva y se volvió a mirar a la waldenita—. ¿Cuánto?

—Nueve.

De repente, a Glass le dolía la cabeza. Murmuró una excusa a Cora, que seguía regateando con la distribuidora, y se alejó a mirar la exposición de joyas de un mostrador cercano. Pasó los dedos distraída por su cuello desnudo. Siempre había llevado un collar con un chip, el artilugio que algunas chicas de Fénix escogían como alternativa a los auriculares o al registro de córnea. Estaba de moda llevar el chip engarzado en una joya, si tenías la suerte de poseer una reliquia familiar o si encontrabas algo en el Intercambio.

Observaba la brillante colección cuando un destello dorado captó su mirada: un medallón ovalado unido a una delicada cadena. Glass ahogó una exclamación cuando una angustiosa mezcla de pesar y melancolía la inundó. Supo que debía dar media vuelta y alejarse de allí, pero no pudo evitarlo.

Temblando, Glass cogió la gargantilla. Los contornos del objeto se emborronaron cuando se le saltaron las lágrimas. Pasó el dedo con cuidado por la inicial grabada en el dorso. Supo, sin tener que mirarla, que era una florida G cursiva.

—¿Estás segura de que no te importa pasar tu cumpleaños en Walden? —le preguntó Luke, apoyando la cabeza en el respaldo del sofá y mirando a Glass de reojo. Parecía tan preocupado que ella estuvo a punto de echarse a reír.

—¿Cuántas veces te lo tengo que decir? —levantó las piernas para apoyarlas en el regazo de Luke—. No quiero estar en ninguna otra parte.

—Pero ¿tu madre no te había preparado una fiesta?

Glass ladeó la cabeza.

—Sí, pero ¿para qué quiero una fiesta si tú no estás allí?

—No quiero que renuncies a toda tu vida solo porque yo no puedo formar parte de ella —le acarició el brazo, súbitamente serio—. ¿Nunca has lamentado que te detuviera aquella noche?

Como miembro de la prestigiosa unidad de ingeniería mecánica, a Luke no solían asignarle guardias en los puestos de control, pero lo habían convocado la noche que Glass se quedó estudiando con Wells hasta pasado el toque de queda.

—¿Me tomas el pelo? —Glass irguió la cabeza y le dio un beso en la mejilla. El mero roce de la piel de Luke en los labios le provocaba un hormigueo en todo el cuerpo. Deslizó la boca hacia abajo y resiguió la mandíbula hasta llegar a su oreja—. Saltarme el toque de queda aquel día fue la mejor decisión que he tomado en mi vida —susurró. Sonrió al notar que Luke se estremecía.

En Fénix, el toque de queda no se observaba a rajatabla, pero una pareja de guardias la había detenido. Uno de ellos la había tomado con Glass, obligándola a someterse al escáner de pulgar e interrogándola después con hostilidad. Por fin, el segundo guardia había intervenido y había insistido en escoltarla el resto del camino.

—Acompañarte a casa fue la mejor decisión que he tomado en mi vida —murmuró Luke—. Aunque tuve que hacer auténticos esfuerzos para no besarte aquella noche. Fue una tortura.

—Bueno, pues será mejor que recuperemos el tiempo perdido —coqueteó Glass, ofreciéndole los labios.

Cuando Luke le cogió la cabeza con la mano y le enredó los dedos en el pelo, el beso se hizo más apasionado. Glass se desplazó hasta casi encaramarse a su regazo y él la sujetó de la cintura para que no perdiera el equilibrio.

—Te quiero —le susurró Luke al oído.

Por más veces que Glass oyera aquellas palabras, siempre le ponían la piel de gallina.

Ella se apartó, solo lo justo para musitar:

—Yo también te quiero.

Volvió a besarlo y le metió la mano debajo de la camisa, por encima del cinturón.

—Deberíamos ir más despacio —dijo Luke, apartándole la mano con suavidad.

Cada vez les costaba más reprimirse para que las cosas no llegaran demasiado lejos.

—No quiero —Glass esbozó una sonrisa recatada y devolvió los labios a su oreja—. Y es mi cumpleaños.

Luke se echó a reír. Gimiendo, la cogió en brazos y la levantó.

—¡Bájame! —se rio ella, agitando los pies en el aire—. ¿Qué haces?

Él avanzó unos pasos.

—Llevarte al Intercambio. Te voy a cambiar por una chica que no se empeñe en meterme en líos.

—Eh —resopló ella fingiendo indignación. Luego empezó a golpearle el pecho con los puños —. Bájame.

Luke se dio media vuelta en dirección opuesta a la puerta.

—¿Te vas a comportar?

—¿Qué? Yo no tengo la culpa si eres tan guapo que no puedo tener las manos quietas.

—Glass —insistió él.

—Vale. Sí, te lo prometo.

—Bien —Luke se dirigió al sofá y la dejó caer con suavidad—. Porque sería una pena que no pudiera darte mi regalo.

—¿Qué es? —preguntó Glass, incorporándose.

—Un cinturón de castidad —repuso él muy serio—. Para mí. Lo he encontrado en el Intercambio. Me ha costado una fortuna, pero la consideraré bien empleada si…

Glass le palmeó el pecho. Luke se rio y la abrazó.

—Lo siento —dijo con una sonrisa. Se metió la mano en el bolsillo y la dejó allí—. No está envuelto ni nada.

—Tranquilo.

Se sacó la mano del bolsillo y tendió el brazo hacia ella. Un colgante de oro brilló en su palma.

—Luke, es precioso —susurró Glass, cogiendo el medallón. Sus ojos se agrandaron cuando pasó los dedos por los delicados cantos—. Esto está fabricado en la Tierra —alzó la vista para mirarlo, sorprendida.

Él asintió.

—Sí. Al menos debería estarlo, según los documentos —se lo cogió—. ¿Puedo?

Glass asintió, y Luke se colocó detrás de ella para abrochárselo. Ella se estremeció al notar un roce en el cuello cuando él le apartó el pelo a un lado. No podía ni imaginar cuánto debía de haberle costado algo así: sin duda había gastado todos sus ahorros. A nadie le sobraban los créditos, ni siquiera a los guardias.

—Me encanta —dijo Glass. Recorriendo la cadena con un dedo, se volvió a mirarlo.

El rostro de Luke resplandecía.

—Me alegro mucho —dijo. Le acarició el cuello y luego dio la vuelta al medallón para mostrarle la G grabada en el oro.

—¿Lo has hecho tú? —quiso saber Glass.

Luke asintió.

—Quiero que la gente sepa que te perteneció, por mucho tiempo que pase —presionando el medallón con el dedo, lo hundió contra la piel de Glass—. Ahora debes llenarlo de recuerdos.

Glass sonrió.

—Ya sé con qué recuerdo me gustaría empezar.

Alzó la vista, pensando que Luke pondría los ojos en blanco, pero él la miró muy serio. Los ojos de ambos se encontraron y se hizo un silencio, roto tan solo por los latidos de sus corazones.

—¿Estás segura? —preguntó él frunciendo apenas el ceño mientras le acariciaba el interior del brazo.

—Nunca en toda mi vida he estado tan segura de nada.

Cuando Luke le tomó la mano, una corriente eléctrica atravesó a Glass. Él le apretó los dedos y, sin pronunciar palabra, la llevó al dormitorio.

Lo ha cambiado, cómo no, se dijo Glass. Sería absurdo conservar un objeto tan valioso, sobre todo después de que ella le rompiera el corazón. Sin embargo, la idea de que el medallón se pudriese en el Intercambio le dolía tanto que temió que el alma se le hiciese añicos. Un cosquilleo en la nuca arrancó a Glass de sus pensamientos. Se preparó para afrontar la mirada curiosa de algún otro conocido. En cambio, cuando se dio media vuelta, descubrió tras ella a alguien distinto.

Luke.

El chico la miró en silencio tanto rato que Glass se sonrojó. El hechizo se rompió cuando los ojos de él se posaron en la mesa. Al ver el medallón, su mirada adquirió una expresión extraña.

—Me sorprende que nadie lo haya robado aún —dijo con voz queda—. Es tan hermoso… —dejó caer el brazo y se volvió hacia ella con una sombra de sonrisa—. Claro que lo más hermoso es lo que te hace llorar.

—Luke —empezó a decir Glass—. Yo…

En aquel momento, advirtió la presencia de una figura familiar. Tras el mostrador de textos en papel, Camille observaba atentamente a Glass.

Luke miró por encima del hombro y luego se volvió otra vez hacia su antigua novia.

—Camille ha sustituido a su padre. Está enfermo.

—Lo siento —dijo Glass. Pero antes de que tuviera tiempo de decir nada más, el sonido de una fuerte discusión captó su atención.

Glass se dio media vuelta y descubrió que Cora le estaba gritando a la waldenita.

—Si se niega a cobrarme un precio razonable, no tendré más remedio que denunciarla por fraude.

La mujer palideció y dijo algo que Glass no pudo oír, pero debió de ser del agrado de Cora, porque sonrió y le tendió el pulgar a la mujer para que se lo escanease.

Glass hizo una mueca, avergonzada de la conducta de su amiga.

—Lo siento… Tengo que irme.

—No —suplicó Luke, rozándole el brazo—. Estaba preocupado por ti —bajó la voz—. ¿Qué haces aquí? ¿Es seguro?

Parecía tan preocupado por ella que las grietas más pequeñas desaparecieron de su alma, pero no las suficientes para disipar su dolor.

—Es seguro. La verdad es que me han indultado —explicó Glass, haciendo muchos esfuerzos para que no le temblase la voz.

—¿Indultado? —los ojos de Luke se agrandaron—. Caray. Nunca creí que… Es increíble —se interrumpió, como si no supiera qué decir a continuación—. Mira, para empezar, nunca me has dicho por qué te confinaron.

Glass miró al suelo, luchando contra una necesidad apremiante de decirle la verdad. *Merece ser feliz,* se recordó con firmeza. *Ya no te pertenece.*

—No tiene importancia —contestó al fin—. Solo quiero dejar atrás todo aquello.

Luke la miraba fijamente, y por un momento Glass se preguntó si no sería capaz de leerle el pensamiento.

—Bueno, cuídate —dijo él por fin.

Glass asintió.

—Lo haré.

Sabía que, por una vez, estaba haciendo lo correcto. Solo lamentaba que le doliera tanto.

Capítulo 12
Clarke

Sentada en la penumbra del hospital de campaña, Clarke observaba nerviosa cómo Thalia se revolvía en sueños. Le había subido la fiebre por culpa de la infección.

—¿Qué crees que estará soñando?

Se volvió a mirar y vio a Octavia sentada en la cama, observando a Thalia con los ojos muy abiertos.

—No estoy segura —mintió.

Sabía, por la expresión de angustia de su amiga, que otra vez estaba soñando con su padre. La habían pillado intentando robar medicinas para él, después de que el Consejo le denegase los medicamentos; dada la insuficiencia de recursos médicos, habían considerado que sus escasas probabilidades de mejora no justificaban el tratamiento. Thalia ignoraba qué había sido de él, si había sucumbido a la enfermedad después de que la confinasen o si aún se aferraba a la vida, rezando para volver a ver a su hija algún día.

Thalia gimió y se acurrucó, igual que hacía Lilly si pasaba una mala noche, cuando Clarke se colaba a hurtadillas en el laboratorio para hacer compañía a su amiga. Aunque nadie le impedía ahora ayudar a Thalia, sentía la misma angustia, la misma impotencia. Si no encontraba los medicamentos perdidos, no podría hacer nada para aliviar su sufrimiento.

La tienda se inundó de luz y de un aire frío y seco cuando Bellamy cruzó la entrada a trompicones. Llevaba un arco colgado al hombro y le brillaban los ojos.

—Buenas tardes, señoritas —dijo sonriendo, mientras caminaba con brío hacia el camastro de su hermana.

Una vez allí, le alborotó el pelo. Octavia aún llevaba la bonita diadema roja.

Clarke tenía a Bellamy tan cerca que pudo oler el leve tufo a sudor que emanaba su piel, además de otro aroma que no supo identificar pero que recordaba al bosque.

—¿Qué tal va ese tobillo? —le preguntó a Octavia a la vez que se lo examinaba desde todos los ángulos posibles con ademanes muy exagerados.

La niña lo movió con cuidado.

—Mucho mejor —se volvió a mirar a Clarke—. ¿Puedo marcharme ya?

Ella titubeó. El tobillo de Octavia aún no estaba curado, y no tenía modo de entablillárselo adecuadamente. Si lo forzaba, se provocaría un nuevo esguince o algo peor.

Octavia suspiró e hizo un puchero.

—Por favor… No he viajado hasta la Tierra para quedarme sentada en una tienda.

—Tú no tenías elección —dijo Bellamy—. Pero te aseguro que yo no me he jugado el cuello viniendo hasta aquí para ver cómo te lo gangrenas.

—¿Qué sabes tú de gangrenas? —le preguntó Clarke sorprendida.

Nadie había sufrido nunca aquel tipo de infección en la colonia, y no se podía creer que alguien, aparte de ella, dedicara las horas de ocio a leer antiguos textos de medicina.

—Me decepciona usted, doctora —Bellamy enarcó una ceja—. No creí que fuera de esas.

—¿De cuáles?

—De esas fenixienses que consideran a los waldenitas unos incultos.

Octavia puso los ojos en blanco y se giró hacia Bellamy.

—No hace falta que te lo tomes todo como un insulto, ¿sabes?

Su hermano abrió la boca, pero luego se lo pensó mejor y se limitó a sonreír con aire de suficiencia.

—Será mejor que te cuides o me marcharé sin ti.

Se ajustó el arco al hombro.

—No me dejes —le suplicó ella muy en serio—. Ya sabes lo mucho que detesto sentirme encerrada.

Una extraña expresión cruzó el semblante de Bellamy y Clarke se preguntó qué le había pasado por la cabeza. Por fin, el chico sonrió.

—Vale. Te llevaré afuera, pero solo un ratito. Quiero volver a salir de caza antes de que anochezca —se volvió a mirar a Clarke—. O sea, si a la doctora le parece bien.

Clarke asintió.
—Pero ve con cuidado —perpleja, se volvió hacia Bellamy—. ¿De verdad crees que vas a poder cazar algo? Nadie ha visto ningún mamífero, y mucho menos lo ha matado, claro.
—Alguien tiene que hacerlo. Al paso que vamos, los paquetes nutritivos no van a durar ni una semana.
Clarke sonrió.
—Bueno, pues te deseo toda la suerte del mundo —se acercó al camastro de Octavia y ayudó a Bellamy a ponerla en pie.
—Estoy bien —protestó la niña, guardando el equilibrio sobre un pie a la vez que se cogía del brazo de su hermano. Dio un salto hacia delante, tirando de él en dirección a la entrada—. ¡Vamos!
Bellamy torció el cuerpo para mirar por encima del hombro.
—Por cierto, Clarke, he encontrado restos de la nave en el bosque. ¿Te interesaría inspeccionarlos mañana?
Clarke ahogó un grito y notó cómo se le aceleraba el corazón.
—¿Crees que podría ser el equipo que falta? —dio un paso adelante—. Vamos ahora mismo.
Bellamy negó con la cabeza.
—Están demasiado lejos. Nos pillaría el anochecer. Iremos mañana.
Clarke se volvió a mirar a Thalia, cuya cara seguía contraída de dolor.
—Vale. A primera hora.
—Mejor esperamos hasta la tarde. Quiero ir de caza por la mañana. A primera hora, los animales salen a buscar agua.
Clarke se aguantó las ganas de preguntarle dónde había aprendido eso, aunque no pudo ocultar un gesto de sorpresa.
—¿Hasta mañana, pues? —preguntó Bellamy, y Clarke asintió—. Genial —sonrió él—. Es una cita.
Clarke los vio salir torpemente de la tienda. Enseguida devolvió la atención a Thalia. Los ojos de su amiga se abrieron con un parpadeo.
—Hola —dijo con un hilo de voz.
—¿Cómo te encuentras? —le preguntó Clarke, disponiéndose a comprobar sus constantes vitales.
—Genial —repuso su amiga, afónica—. Preparada para unirme a Bellamy en su próxima expedición de caza.
Clarke sonrió.
—Pensaba que estabas durmiendo.

—Lo estaba. Ahora sí y ahora no.

—Voy a echar un vistazo rápido, ¿vale? —propuso Clarke, y Thalia asintió.

Retiró la manta y levantó la camisa de Thalia. Una telaraña roja se extendía desde la supurante herida, lo que sugería que la infección se abría paso hacia el torrente sanguíneo.

—¿Te duele?

—No —dijo su amiga con un hilo de voz. Ambas sabían que estaba empeorando.

—¿No te parece increíble que sean hermanos? —preguntó Clarke para cambiar de tema mientras volvía a tapar a Thalia con la manta.

—Sí, es una locura —la voz de Thalia había recuperado algo de energía.

—Lo que es una locura es armar un jaleo como ese en la plataforma de despegue —opinó Clarke—, pero fue un gesto muy valiente por su parte. Lo habrían matado de haberlo capturado —guardó silencio un instante—. Lo matarán cuando aterricen.

—Se ha arriesgado mucho por cuidar de ella —asintió Thalia, que apartó la cara para ocultar el rictus cuando un calambre le recorrió el cuerpo—. Te quiere mucho, ¿sabes?

—¿Quién? ¿Bellamy? —preguntó Clarke, sorprendida.

—No. Wells. Ha venido a la Tierra por ti, Clarke.

Ella apretó los labios.

—Yo no se lo pedí.

—Todos hemos hecho cosas de las que no estamos orgullosos —alegó Thalia en voz baja.

Clarke se estremeció y cerró los ojos.

—Yo no espero que nadie me perdone.

—No me refiero a eso, y lo sabes —Thalia se interrumpió para tomar aliento. El esfuerzo de hablar la estaba dejando agotada.

—Necesitas descansar —la cortó Clarke, inclinándose para taparle los hombros con la manta—. Ya hablaremos mañana.

—¡No! —exclamó—. Clarke, tú no tuviste la culpa de lo que pasó.

—Claro que la tuve —evitó la mirada de su amiga. Ella era la única que sabía lo que había hecho Clarke, y no se sentía con fuerzas de afrontarlo ahora mismo, no quería revivir la imagen en los ojos oscuros y expresivos de Thalia—. Además, ¿eso qué tiene que ver con Wells?

Thalia cerró los ojos y suspiró, sin hacer caso de la pregunta.

—Tienes que concederte la oportunidad de ser feliz. Si no, ¿qué sentido tiene todo?

Clarke abrió la boca para replicar, pero se calló al ver que Thalia se doblaba sobre sí misma para toser.

—Todo irá bien —susurró mientras le acariciaba el pelo empapado de sudor—. Te pondrás bien.

Aquella vez, las palabras no fueron una plegaria sino una promesa. Clarke se negaba a dejar que Thalia muriese, y nada la detendría. No permitiría que su mejor amiga se uniese al coro de fantasmas que la seguía a todas partes.

Capítulo 13
Wells

Wells levantó la vista para mirar el firmamento tachonado de estrellas. Jamás había imaginado que sentiría tal añoranza al contemplar la escena a cientos de kilómetros de su hogar. Era inquietante ver la luna tan pequeña y sosa, como levantarte una mañana y descubrir que el rostro de tus familiares se había difuminado.

A su alrededor, sentados en torno a la hoguera, sus compañeros rezongaban. Llevaban menos de una semana en la Tierra y las porciones de alimento habían menguado de un modo crítico. La falta de medicinas era preocupante, pero hoy por hoy el problema más urgente era el de la alimentación. O bien la colonia había calculado mal las provisiones, o bien Graham y sus amigos habían acaparado más de lo que Wells había advertido. En cualquier caso, los efectos de la escasez empezaban ya a pasarles factura. Y no estaba pensando solo en las mejillas chupadas; el hambre que reflejaban los ojos de sus compañeros lo aterrorizaba. No debía olvidar que todos habían sido confinados por alguna razón, que hasta el último de los chicos y chicas que lo rodeaban había puesto en peligro la colonia de un modo u otro.

Wells más que nadie.

En aquel momento, Clarke salió de la enfermería y se dirigió hacia la hoguera, inspeccionando la zona en busca de un sitio libre. No había nadie sentado junto a Wells, pero la mirada de la chica resbaló sobre él. Se sentó junto a Octavia, que reposaba con la pierna estirada.

Wells suspiró y echó un vistazo a los alrededores. El reflejo de las llamas bailaba sobre las siluetas oscuras de las tres estructuras principales —el hospital de campaña, una tienda que hacía las veces de almacén y la favorita de Wells: un dique para recoger agua en caso de que lloviera—. Como mínimo, el campamento no había resultado un completo desastre. El

padre de Wells se quedaría pasmado cuando se reuniese con ellos en la Tierra.

Eso si alguna vez se reunía con ellos. Cada día que pasaba le costaba más convencerse de que su padre estaba bien, de que la herida de bala era solo superficial. Se le encogió el pecho al imaginar a su padre aferrado a duras penas a la vida en una cama de hospital o, lo que era peor, su cadáver flotando en el espacio. Las palabras del canciller aún resonaban en sus oídos: «Si hay alguien capaz de sacar adelante esta misión, eres tú». Tras toda una vida presionando a Wells para que trabajara más y mejor, el chico se preguntaba si no habría sido aquella la última orden que su padre llegaría a pronunciar.

Sonó un extraño ruido procedente del bosque. Wells se irguió, aguzando todos los sentidos. Se oyó un crujido, seguido de un murmullo. Los rumores que se elevaban alrededor de la hoguera se convirtieron en gritos contenidos cuando una figura surgió de entre las sombras, mitad humana y mitad animal, como algo salido de los antiguos mitos.

Wells se puso en pie. Justo entonces, la criatura se perfiló contra la luz del claro.

Bellamy caminaba con una pieza de caza echada sobre los hombros, dejando un reguero de sangre a su paso.

Un ciervo. Los ojos de Wells recorrieron el animal sin vida; distinguió el suave pelaje pardo, las esbeltas patas, las delicadas orejas en punta. Conforme Bellamy avanzaba, la cabeza exánime del ciervo se balanceaba adelante y atrás… sin llegar a trazar el arco completo, porque chocaba contra algo más.

Era una segunda cabeza, que oscilaba al extremo de otro esbelto cuello. *El ciervo tenía dos cabezas.*

Wells se quedó de piedra mientras todos sus compañeros se ponían en pie. Algunos avanzaron un paso para ver mejor, otros retrocedieron horrorizados.

—¿Es seguro? —preguntó una chica.

—Sí —la voz de Clarke surgió de entre las sombras. Poco después, su forma se internó en el anillo de luz—. La radiación debió de provocar mutaciones en el material genético hace cientos de años, pero hoy por hoy ya no debería quedar rastro de contaminación.

Todo el mundo guardó silencio mientras la chica tendía la mano para acariciar la piel del animal. Nunca había estado tan bella como en aquel

momento, de pie bajo los rayos de luna.

Clarke se volvió a mirar a Bellamy con una sonrisa que retorció las entrañas de Wells.

—No vamos a morir de hambre.

A continuación, Clarke dijo algo que Wells no distinguió. Vio que Bellamy asentía.

El hijo del canciller exhaló un suspiro, tratando de ahogar el resentimiento. Respiró profundamente otra vez antes de echar a andar hacia Bellamy y Clarke. Ella se crispó al verlo, pero Wells clavó la mirada en Bellamy, impertérrito.

—Gracias —dijo Wells—. Esto alcanzará para alimentar a mucha gente.

Mirándolo con desconfianza, Bellamy cambió de postura.

—Lo digo en serio —le aseguró Wells—. Gracias.

Por fin, Bellamy asintió. Wells regresó a su lugar junto al fuego. Los otros dos se quedaron hablando en tono quedo, con las cabezas muy juntas.

El observatorio estaba desierto. Mirando el inconmensurable océano de estrellas, a Wells no le costaba imaginar que eran los dos únicos seres vivos de todo el universo. Estrechó con más fuerza los hombros de Clarke, que recostó la cabeza en su pecho y suspiró. Cuando el aire abandonó su cuerpo, se acurrucó aún más contra él. Como dispuesta a dejar que Wells respirase por los dos.

—¿Qué tal te ha ido hoy?

—Bien —repuso Wells, sin saber muy bien por qué se molestaba en mentir teniendo a Clarke pegada contra su pecho. Ella interpretaba los latidos de su corazón como si fueran código Morse.

—¿Qué te pasa? —le preguntó con una sombra de preocupación en los grandes ojos verdes.

El entrenamiento para convertirse en oficial requería que realizase viajes periódicos a Walden y a Arcadia para observar a los guardias en acción. Aquel día los había visto prender a una mujer que había llevado adelante un embarazo no registrado. No había la menor posibilidad de indulgencia. Sería confinada hasta que diera a luz, el niño pasaría a la tutela del Consejo y la madre sería ejecutada. La ley era implacable en esos casos, aunque necesaria. La nave solo podía admitir un número determinado de pasajeros, y si alguien rompía el delicado equilibrio, la humanidad al completo corría peligro. A pesar de todo, no podía apartar de su pensamiento el terror que reflejaban los ojos de la mujer cuando los guardias se la habían llevado a rastras.

Por raro que fuese, había sido su padre quien le había ayudado a entender el significado de lo que había visto. Aquella noche, a la hora de la cena, se había dado cuenta de que a su hijo le pasaba algo y Wells le había relatado el incidente, tratando de adoptar un tono marcial y distante. Sin embargo, el canciller había leído entre líneas y, con un gesto poco frecuente en él, había tendido la mano para posarla sobre la de su hijo.

«Lo que hacemos no es fácil —le dijo—, pero sí crucial. No podemos dejar que los sentimientos nos impidan cumplir con nuestro deber: mantener con vida a la raza humana».

—Deja que lo adivine —dijo Clarke, interrumpiendo sus pensamientos—. Has arrestado a algún genio loco por robar libros de la biblioteca.

—Pues no —Wells le recogió un mechón de pelo detrás de la oreja—. Sigue en activo. Ahora

mismo están creando un cuerpo especial para atraparla.

Ella sonrió, y las motas doradas de sus ojos titilaron. Wells no podía imaginar un color más bello.

Devolvió la atención a la enorme ventana. Aquella noche, las nubes que rodeaban la Tierra no parecían un sudario; le recordaban más bien a una manta normal y corriente. El planeta no había muerto, solo se había sumido en un sueño encantado hasta que llegara el momento de volver a arropar a la humanidad en su seno.

—¿En qué piensas? —le preguntó Clarke—. ¿En tu madre?

—No —dijo él, despacio—. En realidad, no —con gesto distraído, Wells le cogió un rizo y se lo enrolló al dedo. Luego volvió a dejarlo caer en el hombro de Clarke—. Aunque supongo que, en cierto sentido, siempre estoy pensando en ella.

Le costaba creer que de verdad se hubiese ido.

—Solo quiero estar seguro de que se siente orgullosa de mí, allá donde esté —prosiguió. Con un estremecimiento, devolvió la vista a las estrellas.

Clarke le apretó la mano para transmitirle su apoyo.

—Pues claro que está orgullosa de ti. Cualquier madre estaría orgullosa de un hijo como tú.

Wells se volvió a mirarla con una sonrisa.

—¿Solo una madre?

—Supongo que podemos incluir a los abuelos también —asintió ella con solemnidad, pero soltó una risita cuando él le palmeó el hombro haciéndose el ofendido.

—Me gustaría que alguien más se sintiera orgullosa de mí.

Clarke enarcó una ceja.

—Pues que se ande con cuidado —dijo, tendiendo las manos para tomar la cara de Wells—. Porque no se me da nada bien compartir.

Sonriendo, cerró los ojos y se inclinó hacia ella. Le rozó los labios con un amago de beso antes de desplazar la boca hacia su cuello.

—A mí tampoco —le susurró al oído. Clarke se estremeció al notar el soplo del aliento.

Ella lo atrajo hacia sí, y el contacto disipó la tensión de Wells hasta borrar de su mente aquella jornada y el hecho de que al día siguiente, y al otro, tendría que afrontar otra igual. La chica que estrechaba entre sus brazos era lo único que le importaba en el mundo.

El aroma a ciervo asado era extraño y embriagador. No había carne en la colonia, ni siquiera en Fénix. Todo el ganado había sido sacrificado a mediados del siglo I.

—¿Cómo sabremos cuándo está listo? —le preguntó a Wells una arcadia llamada Darcy.

—Cuando la piel empiece a chisporrotear y el interior adquiera un tono rosado —gritó Bellamy sin volverse a mirarlos.

Graham resopló, pero Wells asintió.

—Creo que tienes razón.

Cuando la carne se enfrió, la cortaron en piezas más pequeñas y procedieron a repartirla. Wells llevó algunos trozos al otro lado del corro y se ocupó de distribuirla entre los allí congregados.

Le tendió una pieza a Octavia, que la cogió mirando a Wells.

—¿Ya la has probado?

Wells negó con la cabeza.

—Aún no.

—Pues eso no es justo —Octavia enarcó las cejas—. ¿Y si sabe fatal?

Él miró a su alrededor.

—Todo el mundo se la está comiendo.

Octavia hizo un mohín.

—Yo no soy como todo el mundo —clavó la vista en Wells, como invitándolo a decir algo. Luego sonrió y le acercó la pieza de carne a los labios—. Mira, da tú el primer bocado y me dices qué te parece.

—No, gracias —repuso Wells—. Quiero estar seguro de que todo el mundo…

—Venga —Octavia soltó una risilla e intentó meterle la carne en la boca —. Da un mordisco.

Wells echó un vistazo a su alrededor para asegurarse de que Clarke no estaba mirando. No era así; parecía absorta en una conversación con Bellamy.

Volvió a mirar a Octavia.

—Vale —dijo, cogiéndole la pieza de carne de la mano.

A ella le molestó no poder darle de comer, aunque Wells no le hizo caso. Dio un bocado. La piel estaba dura, pero cuando empezó a masticar, la carne desprendió una explosión de sabores distinta a todo cuanto había probado anteriormente, salada, ahumada y dulzona al mismo tiempo. Masticó un poco más antes de tragar, preparado para que su estómago rechazase aquella sustancia extraña. En cambio, solo notó un gran alivio.

Los chicos que ya habían acabado de comer se habían levantado. Ahora pululaban de un lado a otro por el claro y, durante unos minutos, el tenue rumor de su conversación se fundió con el crepitar de las llamas. De repente, unos murmullos confusos se impusieron a todo lo demás. Wells notó un escalofrío en la nuca. Se levantó y se acercó al lugar donde se había congregado un grupo de chicos y chicas, junto al bosque.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Mira.

Una de ellas señaló en dirección a los árboles.

—¿Qué?

Wells escudriñó la oscuridad.

Por un instante, pensó que le estaban tomando el pelo, pero entonces

algo captó su mirada. Un destello de luz, tan breve que se preguntó si se lo habría imaginado. Un segundo destello siguió al primero, y luego otro, este último algo más arriba. Dio un paso hacia el borde del claro, que ahora estaba inundado de luces, como si unas manos invisibles hubieran decorado la escena para una fiesta. Sus ojos se posaron en la esfera más cercana: una bola brillante que colgaba de la rama más baja de un árbol cercano.

Algo se movía en el interior. Un bicho. Era alguna clase de insecto, con el cuerpo diminuto y unas delicadas alas desproporcionadamente grandes. La palabra aleteó en los labios de Wells. *Mariposa.*

Algunos de los presentes lo habían seguido. A su lado, contemplaban la escena maravillados. Clarke tenía que ver aquello. Wells despegó los ojos y se dio media vuelta, a punto de echar a correr para ir a buscarla, pero ella ya estaba allí.

Clarke se encontraba a pocos pasos de él, transfigurada. Un leve resplandor le iluminaba las facciones, y aquella expresión tensa y preocupada que le crispaba los rasgos desde que habían aterrizado había desaparecido de su cara.

—Eh —dijo Wells con suavidad, temeroso de romper el silencio.

Esperaba que Clarke frunciera el ceño, que lo hiciera callar o se alejara, pero ella no se marchó. Se quedó donde estaba, contemplando las mariposas de luz.

Wells no se atrevió a moverse ni a decir nada más. La chica que creía perdida seguía allí, en alguna parte, y en aquel instante lo supo: conseguiría que volviera a amarle.

Capítulo 14
Bellamy

Bellamy no entendía por qué los antiguos seres humanos se molestaban en drogarse. ¿Qué sentido tenía inyectarse basura en la vena si caminar por el bosque provocaba el mismo efecto? Cada vez que cruzaba el lindero del bosque, algo se transformaba en su interior. Ahora, mientras se alejaba del campamento al romper el alba, de camino a otra partida de caza, inspiró profundamente. Cada vez que lo hacía, su corazón bombeaba con latidos firmes y constantes, sus órganos adoptaban el pulso de la tierra. Se sentía como si alguien le hubiera pirateado el cerebro y hubiera ajustado sus sentidos a un escenario que ni siquiera sabía que existiese.

Y sin embargo, lo mejor era la quietud. En la nave nunca reinaba un silencio absoluto. Siempre se oía un ligero rumor de fondo: el ronroneo de los generadores, el zumbido de las luces, el eco de unos pasos en los pasillos. La primera vez que se había internado en el bosque, la imposibilidad de acallar sus propios pensamientos lo había aterrado, pero cuanto más tiempo pasaba allí, más silenciosa se volvía su mente.

Bellamy oteó el terreno, pasando los ojos de las rocas a las zonas húmedas en busca de alguna pista. A diferencia del día anterior, no había rastros que seguir, pero el instinto le dijo que torciera a la derecha y se aventurara aún más en el boscaje, allá donde los árboles eran más frondosos y proyectaban extrañas sombras en la tierra. Si él fuera un animal, sería allí adonde iría.

Doblando el brazo por encima del hombro, alcanzó una flecha de su improvisado carcaj. Aunque detestaba verlos morir, su puntería había mejorado mucho y estaba seguro de que los animales no sufrían demasiado. Jamás olvidaría el dolor y el miedo que reflejaron los ojos de aquel primer ciervo cuando agonizaba en el bosque. Además, disparar a un animal no era un crimen tan terrible como algunas de las cosas que habían

hecho los demás para acabar allí. Y si bien es verdad que acortaba los días de aquellos animales, Bellamy se consolaba pensando que habían disfrutado de una vida entera en libertad.

A los cien prisioneros les habían prometido lo mismo, pero Bellamy sabía que a él no le concederían ese privilegio, no después de lo que le había hecho al canciller. Si seguía en el campamento cuando aterrizase la próxima nave, lo más probable es que el primero en bajar le disparase allí mismo.

Bellamy había acabado con todo aquello: con los castigos, con los controles, con el sistema. No pensaba volver a acatar las reglas de nadie. Estaba harto de tener que luchar para sobrevivir. Tal vez la vida en el bosque no fuera fácil, pero como mínimo Octavia y él serían libres.

Extendiendo los brazos a los lados para mantener el equilibrio, medio patinó, medio resbaló pendiente abajo, procurando no hacer ningún ruido que pudiera ahuyentar a los animales. Aterrizó al fondo de la ladera y chapoteó en el barro con sus zarrapastrosas botas. Bellamy hizo una mueca cuando el agua se filtró por los agujeros de las suelas. Iba a ser muy engorroso volver andando al campamento con los calcetines mojados, algo que sabía por propia experiencia. No entendía por qué no mencionaban eso en ninguno de los libros que había leído. ¿Qué sentido tenía aprender a construir una trampa a base de enredaderas o qué plantas emplear para curar quemaduras si no podías andar?

Tendió los calcetines en una rama y a continuación hundió los pies en el arroyo. Había subido la temperatura desde que salió del campamento y el agua fresca le sentó de maravilla. Se arremangó los pantalones hasta las rodillas y se metió un poco más, sonriendo como un bobo al notar cómo el agua se arremolinaba alrededor de sus pantorrillas. Aquella era una de las cosas que más le gustaban de la Tierra, el hecho de que algo tan cotidiano como lavarte los pies fuera toda una experiencia.

La vegetación no era tan densa junto al arroyo y el sol brillaba con fuerza. De repente, Bellamy sintió un calor insoportable en la cara y en los brazos. Se quitó la camiseta, la arrugó y la tiró a la hierba antes de coger agua con el cuenco de las manos y salpicarse el rostro con ella. Sonrió al descubrir, pasmado, que en realidad el agua tenía sabor. En la nave, corrían bromas escatológicas sobre el suministro de agua reciclada y el hecho de que, básicamente, te estuvieras bebiendo el pis de tu tatarabuelo. Ahora comprendía que siglos de filtraje y purificación habían reducido el agua a

un mero grupo de moléculas de hidrógeno y oxígeno. Se agachó y recogió un poco más. Si tuviera que describirla, diría que sabía a una mezcla de tierra y cielo… y luego le atizaría un puñetazo a cualquiera que se burlara de él por haber hecho un comentario tan cursi.

Sonó un crujido en el interior del bosque. Bellamy se dio media vuelta tan de repente que perdió el equilibrio y cayó hacia atrás con un chapoteo. Se puso en pie rápidamente y, notando cómo las piedras y el barro se desplazaban bajo sus pies descalzos, se giró para investigar el origen del sonido.

—Lo siento, no pretendía asustarte.

Bellamy se echó el pelo hacia atrás y vio a Clarke plantada en la hierba. Le inquietaba ver a otra persona en el bosque, que había llegado a considerar de su exclusiva pertenencia. Intentó sentirse irritado, pero renunció.

—No podías esperar hasta la tarde, ¿eh? —le preguntó a Clarke caminando hacia la orilla.

Clarke se ruborizó.

—Necesitamos las medicinas —dijo, apartando la vista del pecho desnudo.

Era tan dura la mayor parte del tiempo que uno tendía a olvidar que había crecido en un mundo de conciertos de lujo y conferencias. Sonriendo, Bellamy sacudió la cabeza, provocando una ducha de gotas plateadas.

—Eh —gritó Clarke, saltando hacia atrás para no mojarse—. Aún no hemos analizado ese arroyo. El agua podría ser tóxica.

—¿Desde cuándo nuestra implacable cirujana se ha vuelto tan finolis?

Bellamy se sentó en una zona de hierba bañada por el sol y dio unas palmadas en el suelo para invitar a Clarke a hacer lo mismo.

—¿Finolis? —Clarke se dejó caer al suelo con un bufido—. Pero si ayer por la noche apenas podías sostener el cuchillo, de tanto que te temblaba la mano.

—Eh, que yo maté al ciervo. Creo que estuve a la altura. Además —siguió diciendo mientras se tendía de espaldas sobre la hierba—, eres tú la que tiene práctica rajando cuerpos.

—La verdad es que no.

Bellamy recostó la cabeza en las manos y dejó que el sol le bañara la cara. Suspiró cuando los rayos le caldearon la piel. Se sentía casi tan bien como cuando compartía la cama con alguna chica. Puede que mejor,

porque el sol nunca le preguntaría en qué estaba pensando.

—No quería insultarte —dijo alargando las palabras; un agradable sopor se iba adueñando de su cuerpo—. Ya sé que eres médico, no una carnicera.

—No, me refiero a que me confinaron antes de que pudiera acabar las prácticas.

La sombra de tristeza que proyectó la voz de Clarke resonó de un modo extraño en su pecho. Bellamy esbozó una sonrisa apagada.

—Bueno, pues para ser un matasanos, estás haciendo un gran trabajo.

Ella lo miró fijamente y, por un momento, Bellamy temió haberla ofendido. Pero Clarke asintió y se levantó.

—Tienes razón —dijo—. Y por eso tenemos que encontrar los medicamentos. Vamos.

El chico se incorporó con un gemido, se puso los zapatos y los calcetines y se echó la camiseta al hombro.

—Te aconsejo que te pongas eso.

—¿Por qué? ¿Temes no ser capaz de controlarte? Porque si te preocupa mi integridad, debo decirte que no soy…

—Lo que quiero decir —lo interrumpió ella con una sonrisilla— es que por aquí hay plantas venenosas que podrían provocarte erupciones purulentas en esa espalda tan bonita que tienes.

Bellamy se encogió de hombros.

—Eso será problema tuyo, doctora. Me arriesgaré.

Clarke se rio por primera vez —Bellamy estaba seguro— desde que había llegado a la Tierra. Experimentó un orgullo momentáneo al saberse responsable del acontecimiento.

—Vale —dijo en tono alegre. Se pasó la camiseta por la cabeza y sonrió para sí al sorprender la mirada de Clarke en su abdomen—. Los restos del accidente están en dirección oeste. Vamos allá —echó a andar cuesta arriba y se volvió a mirar a Clarke—. Rumbo a la puesta de sol.

Ella correteó unos pasos para alcanzarlo.

—¿Has aprendido todo eso tú solo?

—Supongo. Hay muchísimos textos sobre geografía terrestre en Walden —no lo dijo en el tono de pulla que solía adoptar cuando hablaba con Wells o con Graham—. Siempre me han interesado esas cosas, y cuando supe que planeaban enviar a Octavia a la Tierra… —se interrumpió, sin saber cuánto podía revelar sin correr riesgos. Clarke, por su parte, lo miraba como animándole a continuar, con aquellos ojos verdes rebosantes

de curiosidad y de algo más que no sabía definir—. Supuse que, cuanto más supiese, más opciones tendría de mantenerla con vida.

Llegaron a la cima de la colina, pero en lugar de dirigirse de vuelta al campamento, Bellamy se internó aún más en los bosques. Los árboles crecían tan juntos que las hojas tapaban casi por completo la luz del sol. Los pocos rayos que se filtraban salpicaban el suelo de manchas doradas. Bellamy sonrió al advertir que Clarke los esquivaba, igual que un niño evitaría pisar las líneas al cruzar el puente estelar.

—Siempre imaginé que el bosque de Sherwood sería algo así —comentó ella en tono reverente—. No me extrañaría ver salir a Robin Hood de detrás de un árbol.

—¿Robin Hood?

—Ya sabes —se detuvo para mirarlo—. ¿El príncipe exiliado que robaba medicinas para dárselas a los huérfanos? —Bellamy la miró sin comprender—. ¿El del arco y las flechas encantados? Ahora que lo pienso, me recuerdas a él —añadió Clarke con una sonrisa.

Bellamy acarició una rama envuelta en hiedra que rutilaba a la pálida luz.

—No hay costumbre de contar cuentos en Walden —dijo enfurruñado, pero cambió de tono enseguida—. Tenemos pocos libros, así que yo inventaba cuentos de hadas para Octavia cuando era pequeña. Su favorito era el de un cubo de basura encantado —resopló—. Hacía lo que podía.

Clarke volvió a sonreír.

—Has sido muy valiente siguiéndola hasta aquí.

—Ya, bueno, te diría lo mismo, pero tengo la sensación de que no has tenido elección.

Ella exhibió el monitor de pulsera que, como al resto de los viajeros, le ceñía la muñeca.

—¿Cómo lo has adivinado?

—Estoy seguro de que se lo merecía —dijo Bellamy sonriendo.

En vez de reírle la gracia, Clarke se dio media vuelta. Bellamy solo pretendía hacer una broma, pero debería haber sabido que no podía hablar por hablar con ella. Con ninguno de los que estaban allí, de hecho. Todos ocultaban algo y Bellamy más que nadie.

—Eh, perdona —se disculpó. Lo hacía tan rara vez que, en sus labios, la palabra «perdón» sonaba extraña—. Encontraremos ese botiquín. ¿Qué contiene, por cierto?

—De todo. Gasas estériles, analgésicos, antibióticos… Cosas que podrían hacer mucho bien a… —se mordió la lengua—. A los heridos.

Bellamy comprendió que estaba pensando en esa chica con la que pasaba tanto rato, su amiga.

—Le tienes mucho cariño, ¿verdad?

Le ofreció la mano a Clarke para ayudarla a salvar un tronco cubierto de musgo que se interponía en el camino.

—Es mi mejor amiga —repuso Clarke, aceptando la mano tendida—. La única persona en la Tierra que me conoce de verdad.

Sonrió avergonzada, pero Bellamy asintió.

—Entiendo lo que quieres decir.

Octavia era la única persona del mundo que lo conocía realmente. La única, de hecho, que le importaba volver a ver.

Pero al ver a Clarke allí agachada, con la melena dorada destellando al sol, aspirando la fragancia de una flor de color rosa intenso, ya no estuvo tan seguro.

Capítulo 15
Clarke

Bellamy condujo a Clarke por una cuesta empinada, flanqueada de esbeltos árboles cuyas ramas se entrelazaban hasta formar una especie de bóveda. El silencio poseía una cualidad antigua, como si nada, ni siquiera el viento, hubiese perturbado la soledad de aquellos árboles desde hacía siglos.

—No estoy seguro de haberte dado las gracias por haber ayudado a Octavia —dijo Bellamy, rompiendo el hechizo.

—¿Es tu forma de decir «gracias»? —se burló ella.

—Me parece que es lo máximo que vas a conseguir —Bellamy la miró de reojo—. Estas cosas no se me dan muy bien.

Clarke abrió la boca para replicar, pero antes de que pudiera decir nada tropezó con una piedra.

—Eh, cuidado —dijo él con una carcajada. Le dio la mano para ayudarla a recuperar el equilibrio—. Y por lo que parece, a ti no se te da muy bien andar.

—Esto no es andar. Esto es una excursión; algo que ningún humano había hecho desde hace años, así que no te metas conmigo.

—No pasa nada. En eso consiste la división de trabajos. Tú te encargas de mantenernos con vida y yo me encargo de mantenerte en pie.

Bellamy apretó la mano de Clarke en plan amistoso y ella notó el hormigueo del rubor en la cara. No se había dado cuenta de que sus manos seguían unidas.

—Gracias —dijo ella, separándose de él.

Bellamy se detuvo al llegar a una zona donde el terreno volvía a ser llano.

—Por aquí —dijo, y señaló a la izquierda—. ¿Y qué, cómo acabaste por dedicarte a la medicina?

Clarke frunció el ceño, confundida.

—Bueno, era lo que más me gustaba. ¿Tú no escogiste dedicarte a…? —se mordió la lengua al darse cuenta, avergonzada, de que no tenía ni idea de a qué se dedicaba Bellamy allá en la nave. No era guardia, desde luego.

Él la miró fijamente, como intentando leer en su semblante si hablaba en serio o en broma.

—En Walden, las cosas no funcionan así —dijo con aire meditabundo, mientras se internaba aún más en las sombras verdosas—. Si tienes un expediente impecable y algo de suerte, puedes llegar a ser guardia. En caso contrario, te limitas a hacer lo mismo que tus padres.

Clarke procuró que su rostro no reflejase sorpresa. Sabía que los waldenitas solo podían acceder a ciertos trabajos, claro, pero no había caído en la cuenta de que no tenían ninguna elección en absoluto.

—¿Y a qué te dedicabas tú?

—Yo era… —Bellamy apretó los labios—. ¿Sabes qué? Da igual cuál fuera mi trabajo allí.

—Lo siento —se apresuró a decir Clarke—. No pretendía…

—Tranquila —la interrumpió él, dando un paso adelante.

Siguieron andando, ahora en un silencio más tenso.

—Espera —susurró Bellamy, y tendió un brazo para detenerla.

Con un rápido movimiento, sacó una flecha del carcaj y levantó el arco. Enfocó los ojos en un punto donde la vegetación era tan frondosa que los matorrales apenas se diferenciaban de las sombras. En aquel instante, ella lo vio: un rápido movimiento, el destello de un ojo. Clarke contuvo el aliento al ver salir a un animal de entre las hojas, pequeño y marrón, con largas orejas en punta, que correteaba arriba y abajo. Un conejo.

Mientras lo miraban, el animalillo brincó hacia delante y, parpadeando curioso, agitó un rabo que medía dos veces su cuerpo. *¿No se supone que los conejos tienen el rabo pequeño y esponjoso?,* se preguntó Clarke. Pero antes de que pudiera recordar sus viejos apuntes de Biología terrestre, advirtió que el codo de Bellamy retrocedía y dejó de pensar.

Ahogó un grito cuando la flecha surcó el aire antes de clavarse en el pecho del animal. Por un segundo, Clarke se preguntó si estaría a tiempo de salvarlo: de correr hacia él, retirarle la flecha y aplicarle unos puntos de sutura.

Bellamy la cogió del brazo y se lo apretó, solo lo justo para detenerla e infundirle tranquilidad. Aquel conejo contribuiría a mantenerlos con vida, Clarke lo sabía. Le devolvería a Thalia algo de fuerza. Intentó cerrar los

ojos, pero no podía despegarlos del animal.

—Todo va bien —dijo Bellamy en voz baja—. Le he dado en el corazón. Casi no sufrirá.

Tenía razón. El conejo dejó de retorcerse y se desplomó despacio. Luego se quedó inmóvil. Bellamy se volvió a mirar a Clarke.

—Lo siento. Ya sé que resulta desagradable ver sufrir a alguien.

La recorrió un escalofrío que no tenía nada que ver con el conejo muerto.

—¿A alguien?

—A algo —se corrigió él, encogiéndose de hombros—. A lo que sea.

Clarke observó cómo Bellamy corría hacia el conejo y se lo echaba al hombro.

—Por aquí —dijo él a continuación, haciendo un gesto con la cabeza.

La tensión parecía haberse disipado. La sencilla captura había mejorado visiblemente el humor de Bellamy.

—¿Y qué os pasa a Wells y a ti? —preguntó a la vez que se cambiaba de hombro la pieza.

Clarke intentó sentirse indignada, pero lo dejó correr.

—Estuvimos saliendo unos meses, hace un tiempo, pero la cosa no salió bien.

Bellamy rio por lo bajo.

—Sí, bueno, eso ya lo he deducido —aguardó a que Clarke se explicase —. ¿Y bien? —insistió—. ¿Qué pasó?

—Hizo algo imperdonable.

En vez de tomarle el pelo o aprovechar la ocasión para meterse con Wells, Bellamy se puso muy serio.

—No creo que nada sea imperdonable —dijo en voz baja—. No si se hace con buena intención.

Clarke no respondió, pero no pudo evitar preguntarse si se refería a lo que había provocado el confinamiento de Octavia o a alguna otra cosa.

Bellamy alzó la vista, como si las copas de los árboles hubieran captado su atención. Luego volvió a mirar a Clarke.

—No digo que no hiciera algo terrible. Me refiero a que entiendo más o menos cómo se siente —acarició con el dedo el musgo amarillento que se ensortijaba alrededor de un tronco—. Wells y yo somos los únicos que estamos aquí por propia elección, que hemos venido por un motivo.

Clarke se dispuso a replicar, pero se dio cuenta de que no sabía bien qué

decir. A primera vista, los dos eran muy distintos: Wells, cuya fe en el ordeno y mando había provocado la ejecución de sus padres, y Bellamy, el impulsivo waldenita que había retenido al canciller a punta de pistola. A pesar de todo, ambos estaban dispuestos a hacer lo que hiciera falta para salirse con la suya. Para proteger a las personas que amaban.

—A lo mejor tienes razón —reconoció en voz baja, sorprendida de que Bellamy fuera tan perspicaz.

Él se detuvo y luego aceleró el paso, emocionado de repente por algo que había visto.

—Estaba aquí arriba —dijo, guiándola hacia un claro en pendiente. Flores blancas salpicaban toda la hierba, salvo por una zona chamuscada hacia el centro del prado. Trozos de nave yacían esparcidos como huesos. Clarke echó a correr.

Oyó que Bellamy la llamaba pero no se molestó en volverse a mirar. Avanzando a trompicones, notó cómo la esperanza nacía en su pecho.

—Venga, venga, venga —musitaba para sí mientras inspeccionaba los restos como si se hubiera trastornado.

De repente, las vio. Las cajas de metal que en su día fueron blancas pero que habían perdido el color como consecuencia del polvo y las llamas. Cogió la que tenía más cerca y la sostuvo en alto. Tenía el pulso tan acelerado que apenas podía respirar. Clarke toqueteó el cierre deformado. La caja no se abrió. El calor había soldado las bisagras. Nerviosa a más no poder, agitó la caja, rezando para que los medicamentos hubieran sobrevivido.

Nunca en su vida había oído un sonido tan glorioso como el tintineo de los frascos.

—¿Es el botiquín? —preguntó Bellamy sin aliento al llegar a su lado.

—¿Puedes abrirlo?

Clarke le plantó la caja en el pecho.

Él la levantó para examinar el cierre.

—A ver.

Se sacó un cuchillo del bolsillo y, con unos cuantos movimientos rápidos, forzó la cerradura del botiquín.

La euforia se adueñó de Clarke. Antes de saber lo que estaba haciendo, rodeó a Bellamy con los brazos. Tambaleándose hacia atrás, él se echó a reír. Le pasó los brazos por la cintura, la levantó en vilo y la hizo girar en el aire. Los colores del claro se fundieron en un borrón verde, dorado y

azul hasta que no quedó nada más en el mundo que la sonrisa de Bellamy y sus ojos luminosos.

Por fin, él la dejó en tierra con cuidado. Pero no la soltó; la estrechó con más fuerza y antes de que Clarke tuviera tiempo de tomar aliento, la besó con mucha suavidad.

Una vocecilla interna le decía a Clarke que se retirase mientras estaba a tiempo, pero el aroma de la piel de Bellamy y la energía de su contacto la embriagaron.

Sintió que se derretía en sus brazos, que se perdía a sí misma en el interior de aquel beso.

Bellamy sabía a alegría, y la alegría era aún más dulce allí en la Tierra.

Capítulo 16
Glass

—No sé… —musitó Sonja despacio, mientras observaba a su hija en la penumbra del dormitorio—. ¿Y si descosemos la falda de este y la combinamos con el corpiño negro?

Glass respiró profundamente para tranquilizarse. Llevaba dos horas probándose vestidos, y no estaban más cerca que al principio de escoger uno para la fiesta de avistamiento.

—Lo que a ti te parezca mejor, mamá —dijo forzando una sonrisa. No quería que su madre se diera cuenta de que estaba harta.

—No estoy segura —la madre de Glass suspiró—. Tendremos que trabajar mucho para terminarlo a tiempo, pero haremos lo que podamos.

Glass se recordó que su madre solo quería ayudarla. Pensaba que la fiesta de avistamiento sería la ocasión ideal para reinsertar a su hija en la vida social de Fénix, pertrechada con su indulto oficial y vestida de punta en blanco. Ella sabía que el vicecanciller estaría allí y debía representar su papel a la perfección: le habían restituido su vida a cambio de que mejorase la imagen del hombre, lo cual le parecía un trato más que justo. Por otra parte, a Glass la ponía nerviosa saber que sería el centro de atención.

—¿O qué te parece si optamos por el tul? —Sonja señaló con un gesto el montón de vestidos descartados—. Póntelo otra a vez a ver si…

Una señal de aviso procedente de la cocina la interrumpió.

—Yo voy —se apresuró a decir Glass, y salió disparada de la habitación antes de que su madre pudiera protestar.

El mensaje no sería para ella, claro que no. Glass y sus amigos solo se ponían en contacto a través de los chips; los mensajes de pantalla solían limitarse a noticias sin interés sobre la limpieza o a avisos algo más inquietantes del Consejo. Pero al menos le serviría para descansar un poco

del asunto de los vestidos. Glass proyectó la lista de mensajes en el aire.

Se quedó sin aliento cuando vio el nombre que parpadeaba en lo alto. Era de Luke.

Querida señorita Sorenson:

Seguridad ha recuperado un artículo que le pertenece cerca de los campos solares. Puede recogerlo en el punto de control hasta las 1600 del día de hoy.

Glass tuvo que leerlo varias veces para poder descifrarlo. Luke y ella habían ideado aquel sistema hacía tiempo, antes de que ella tuviera su propio chip, por si a su madre le daba por curiosear sus mensajes. El chico quería que se reuniera con él en los campos solares aquella misma tarde.

—¿Glass? —la llamó Sonja desde la otra habitación—. ¿Qué es?

Ella borró el mensaje rápidamente.

—Un recordatorio del avistamiento del cometa. ¡Como si pudiéramos olvidarlo!

Echó un vistazo al reloj y suspiró. Solo eran las 1015. Las horas siguientes se le iban a hacer aún más eternas que cuando estaba confinada.

—Oh —la madre de Glass dio un respingo cuando su hija volvió a entrar en el dormitorio—. Quizá ese sea el mejor, después de todo. Estás preciosa.

Insegura, Glass se miró en el espejo. Comprendía a qué se refería su madre, pero no era el vestido. Se había ruborizado y le brillaban los ojos de la emoción.

Parecía una chica enamorada.

A las 1540, Glass trepó por la interminable escalera que conducía a los campos solares, situados en la azotea de Walden. Si bien el acceso a las plantas propiamente dichas estaba limitado a los científicos y a los recolectores, había allí una pequeña cubierta cerrada con vistas a los campos. Debían de haberla construido para supervisar a los trabajadores, pero había caído en desuso y casi siempre estaba vacía.

Cuando llegó a lo más alto, Glass avanzó hasta el borde de la plataforma y se sentó en el pasamanos, con las piernas colgando a un lado. La visión de las filas y filas de plantas que extendían las hojas hacia los paneles

solares la relajó. Una enorme ventana dominaba el fondo del campo, de tal modo que las plantas parecían alimentarse de las mismas estrellas. No hacía tanto que aquel era su lugar de encuentro. De no haber quedado allí, Luke habría tenido que colarse en Fénix, o Glass haberse desplazado hasta la unidad residencial de él. Los campos solares eran la opción más segura.

Se volvió a mirar y vio a Luke plantado tras ella, incómodo. Hizo amago de levantarse pero él negó con la cabeza.

—¿Puedo sentarme contigo?

Ella asintió y apartó las piernas para hacerle sitio. Luke se sentó en el suelo.

—Gracias por venir —dijo nervioso—. Tu madre no sospecha nada, ¿verdad?

—Nada. Está demasiado ocupada rebuscando entre mis vestidos.

Se quedó pasmada al ver que Luke sonreía. Luego carraspeó.

—Glass… No dejo de pensar en lo que pasó —dijo. Ella lo escuchó muy tensa y se aseguró de no levantar la vista del suelo—. O sea, qué pudo hacer alguien como tú para ser confinada. Pero entonces me acordé de que… unos meses después de que rompiéramos, oí el rumor de que una chica de Fénix había sido confinada por… —se le quebró la voz y no pudo terminar la frase. Glass se volvió a mirarlo y advirtió que le brillaban los ojos—. Las fechas coincidían. Pero yo nunca creí que pudieras ser tú —Luke miraba al frente, como si buscara algo a lo lejos—. Me dije a mí mismo que tú nunca me habrías ocultado algo así. Necesitaba creer que confiabas en mí lo suficiente como para no esconderme nada.

Glass se mordió el labio, tratando de cerrar el paso al chorro de palabras que le subían por la garganta. Se moría por decírselo, pero ¿de que serviría admitir la verdad? Era preferible que la considerara una estúpida niñata de Fénix que le había roto el corazón. Luke parecía encantado de estar con Camille ahora mismo… y merecía ser feliz.

Sin embargo, cuando Luke se inclinó y le sujetó la barbilla con el cuenco de la mano, todos aquellos pensamientos se esfumaron.

Glass despertó sonriendo. Aunque hacía ya varias semanas que Luke y ella habían dormido juntos, no paraba de pensar en ello. Justo cuando se disponía a revivir para sí lo sucedido, la asaltaron las náuseas.

Se levantó de la cama a trompicones y se tambaleó por el pasillo hacia el baño, aliviada de que las luces funcionasen por una vez, seguramente gracias al nuevo «amigo» de su madre, el capitán del comité de recursos.

Glass se dejó caer al frío suelo del baño y cerró a toda velocidad la puerta a su espalda mientras su cerebro intentaba ganarle la batalla a su estómago. Se forzó a respirar para tranquilizarse. Lo último que quería era que su madre la obligase a acudir al centro médico.

El estómago salió vencedor y Glass se inclinó sobre el retrete justo a tiempo. Vomitó con lágrimas en los ojos y volvió a sentarse contra la pared. No podría comer con Wells, aunque le sabía fatal dejarlo plantado otra vez. Pasaba todo el tiempo con Luke y no le había hecho mucho caso a Wells en los últimos tiempos. Lo echaba de menos. Él nunca le reprochaba sus plantones, lo cual la hacía sentir aún peor. Sobre todo teniendo en cuenta que había perdido a su madre y que Clarke, al parecer, se comportaba de un modo raro últimamente… Tenía que quedar con él, en serio.

—¿Glass? —la llamó su madre al otro lado de la puerta—. ¿Qué pasa ahí dentro?

—Nada —respondió Glass, fingiendo un tono desenfadado.

—¿Estás enferma?

Glass lanzó un suave gemido. En el piso nuevo, no tenía ninguna intimidad. Echaba de menos la vieja y espaciosa vivienda, con aquellas ventanas que daban a las estrellas. Seguía sin entender que las hubiesen degradado tan solo porque su padre había tomado la horrible decisión de romper su contrato matrimonial y largarse a otra parte, algo que rara vez se veía.

—Voy a entrar —gritó su madre.

Glass se secó la boca rápidamente e intentó ponerse en pie, pero volvió a caer al suelo cuando la asaltó una nueva oleada de náuseas. La puerta se abrió y Glass vio a su madre vestida para salir aunque no eran ni las doce del mediodía. Antes de que pudiera preguntarle adónde iba —o de dónde venía— la mujer agrandó los ojos y palideció bajo la generosa capa de colorete.

—¿Qué te pasa?

—Nada —repuso Glass, que intentaba recuperar la capacidad de pensar, al menos el tiempo suficiente para discurrir una explicación que contentara a su madre. Los virus estomacales eran poco frecuentes en Fénix, y cualquier enfermedad que pudiera ser contagiosa requería cuarentena durante todo el proceso—. Estoy bien.

—¿Has… —Sonja miró el retrete y bajó la voz, lo cual era absurdo puesto que no había nadie más en el piso— vomitado?

—Sí, pero me encuentro bien. Solo…

—Oh, Dios mío —se lamentó su madre, cerrando los ojos.

—No estoy enferma, te lo prometo. No necesito guardar cuarentena. Me entran náuseas por la mañana desde hace unos días, pero se me pasan al cabo de un rato.

Cuando su madre abrió los ojos, no parecía más tranquila. Todo empezó a dar vueltas alrededor de Glass, y la voz de Sonja se amortiguó, como si hablara desde muy lejos. Glass apenas distinguió la pregunta, algo de cuándo había sido la última vez que le había venido la…

De repente, la confusión de Glass mudó en terror. Alzó la vista para mirar a su madre y leyó la espantosa realidad en sus ojos.

—Glass —dijo Sonja con un hilo de voz—. Estás embarazada.

Mirando el semblante de Luke, rebosante de cariño y comprensión, Glass notó que perdía el poco autocontrol que le quedaba.

—Lo siento —la garganta le ardió cuando intentó ahogar un sollozo—. Debería habértelo dicho pero… no tenía sentido que muriéramos los dos.

—Oh, Glass —Luke la estrechó entre sus brazos. Ella se acurrucó en aquel abrazo tan familiar y le empapó de lágrimas la chaqueta del

uniforme—. No me lo puedo creer —murmuró—. No me puedo creer que pasaras por todo eso tú sola. Sabía que eras valiente, pero jamás pensé… ¿Qué pasó? —preguntó por fin, y ella supo enseguida de qué hablaba. A quién se refería.

—Él…

Tragó saliva, haciendo esfuerzos por respirar. Creyó que se le partiría el corazón, incapaz de contener la pena y el alivio que se agolpaban en su pecho. Por fin, negó con la cabeza. No había palabras.

—Oh, Dios mío —susurró él. Le tomó la mano y entrelazó los dedos con los de Glass, apretando con fuerza—. Lo siento —suspiró—. ¿Por qué no me contaste nada la noche que escapaste? No tenía ni idea.

Cerró los ojos como para ahuyentar el recuerdo.

—Estabas con Camille. Sé que sois buenos amigos y supuse… que por fin habías encontrado a alguien que te hacía feliz —Glass sonrió y se enjugó las lágrimas que aún corrían por su cara—. Te lo merecías, después de lo mucho que te había hecho sufrir.

Luke le recogió un mechón de cabello detrás de la oreja.

—Solo existe una persona en todo el universo capaz de hacerme feliz, y está aquí sentada, a mi lado —la miró fijamente, como si quisiera empaparse de ella—. Desde que volví a verte, supe que no podía estar con Camille. Es una buena amiga y siempre lo será, pero hoy por hoy no significa nada más para mí y se lo he dicho. Te quiero, Glass. Nunca he dejado de quererte. Y nunca lo haré.

Luke se inclinó hacia ella y la besó en los labios, tímidamente al principio, como si quisiera conceder a las bocas tiempo para reencontrarse. Por un instante, tuvieron la sensación de que volvían a besarse por primera vez. Pero solo hizo falta un momento.

Luke la atrajo hacia sí y abrió los labios para hundir la boca en la de Glass. Ella apenas era consciente de la mano de Luke, que se enredaba en su cabello y bajaba luego por la espalda para estrecharla con fuerza, ciñéndole la cintura con el otro brazo.

Por fin, Glass se echó hacia atrás, apartando una pizca los labios.

—Te quiero —susurró. Necesitaba decírselo, desesperadamente.

Te quiero te quiero te quiero . La frase palpitaba en el cuerpo de Glass cuando Luke sonrió y la envolvió de nuevo.

Capítulo 17
Wells

Era casi mediodía, y Clarke llevaba horas ausente. Una chica arcadia la había visto dirigirse al bosque por la mañana, y Wells había tenido que recurrir a todo su autocontrol para no salir corriendo a buscarla. La idea de que se aventurase sola en la foresta dejaba campo libre para que la imaginación lo machacara. A pesar de todo, tenía que reconocer que, de todas las personas del campamento, Clarke era la más capaz de cuidar de sí misma. También sabía lo mucho que necesitaban las medicinas. Ayer mismo habían cavado otra tumba.

Deambuló hacia el cementerio improvisado, cuya extensión aumentaba por momentos en el extremo más alejado del claro. A lo largo de los días pasados, Wells había clavado postes de madera para colocarlos sobre cada montículo, algo que recordaba de viejas fotografías. Le habría gustado grabar los nombres en las cruces, pero solo conocía a tres de los cinco chicos que yacían bajo tierra, y no le parecía bien dejar las otras en blanco.

Dio la espalda a las tumbas con un estremecimiento. Al principio, la idea de enterrar a los muertos le había parecido repulsiva, pero no se le había ocurrido ninguna alternativa. La posibilidad de incinerar los cuerpos era todavía peor. Además, aunque la costumbre de liberar los cadáveres en el espacio fuera más higiénica, reunir a los difuntos en un mismo lugar resultaba tranquilizador. Aun en la muerte, estaban acompañados.

Aunque sonase incomprensible, también lo consolaba tener un lugar al que acudir, donde decir cosas que no te atrevías a decir a los vivos. Alguien, quizá la chica de Walden que había visto deambulando entre los árboles, había recogido ramas caídas y las había depositado entre las tumbas. Por la noche, los capullos todavía se iluminaban, proyectando una suave luz sobre el cementerio que le otorgaba una belleza casi sobrenatural. Ojalá en la nave hubiera tenido un lugar al que acudir para

hablar con su madre sin sentirse raro.

Wells echó un vistazo al cielo del ocaso. No tenía ni idea de si la colonia había perdido el contacto con la cápsula de transporte tras el accidente, pero esperaba que las pulseras siguieran transmitiendo datos sobre la composición de su sangre y el ritmo cardiaco. Ya debían de haber reunido la información suficiente para demostrar que la Tierra era segura, y muy pronto empezarían a enviar grupos de ciudadanos. Se preguntó esperanzado si su padre y Glass estarían entre ellos.

—¿Qué haces aquí?

Wells se dio media vuelta y vio a Octavia, que avanzaba despacio hacia él. Se estaba recuperando deprisa y su cojera parecía más bien una forma de andar.

—No lo sé. Presentando mis respetos, supongo —señaló las tumbas con un gesto—. Pero ya me iba —añadió rápidamente, cuando vio que Octavia se echaba la melena a un lado—. Me toca a mí ir a buscar agua.

—Te acompaño —Octavia sonrió y Wells desvió la mirada, incómodo. Las largas pestañas que le daban ese aire tan inocente cuando dormía en la enfermería otorgaban ahora un brillo salvaje a sus enormes ojos azules.

—¿Estás segura de que es buena idea, tal como tienes el tobillo? Hay que andar mucho.

—Estoy bien —repuso ella con infinita paciencia mientras echaba a andar a su lado—. Aunque eres muy amable por preocuparte. ¿Sabes? —prosiguió a la vez que apretaba el paso para no quedar rezagada—, es absurdo que todo el mundo le haga tanto caso a Graham. Tú sabes mucho más que él.

Wells cogió una de las garrafas que se alineaban junto a la tienda de suministros y enfiló hacia el bosque. Habían descubierto un arroyo no muy lejos del campamento, y todas las personas lo bastante fuertes para cargar con un contenedor lleno se turnaban para ir a por agua. O, más bien, se suponía que se turnaban. Hacía días que Wells no veía a Graham cargado con una garrafa.

Octavia se detuvo cuando Wells cruzó el lindero del bosque.

—¿No vienes? —le preguntó él, volviéndose a mirarla.

Ella echó la cabeza hacia atrás y se quedó mirando las oscuras siluetas de los árboles a la luz del ocaso.

—Voy —Octavia bajó la voz mientras se apresuraba a reunirse con Wells—. Es la primera vez que entro ahí.

Wells se ablandó. Incluso a él, que había pasado gran parte de su vida soñando con viajar a la Tierra, le asustaba el bosque de vez en cuando: la inmensidad, los sonidos extraños, la sensación de que podía haber cualquier cosa agazapada más allá del campamento iluminado. Y eso que él había tenido tiempo para mentalizarse. Apenas podía imaginar cómo debían de sentirse los demás, que habían sido arrancados de sus celdas y empujados a una cápsula de transporte sin apenas tiempo para asimilar la idea de que los enviaban a un planeta extraño, un lugar que, para ellos, no era más que una palabra sin significado.

—Cuidado —dijo Wells, señalando una maraña de raíces ocultas bajo un montón de hojas moradas—. El terreno es desigual en esta zona.

Tomó la pequeña mano de Octavia y la ayudó a salvar un tronco caído. Parecía imposible que algo sin pulso pudiera morir, pero aquella corteza seca y descompuesta tenía todo el aspecto de un cadáver.

—Entonces, ¿es verdad? —preguntó Octavia mientras descendían por la pendiente que conducía al arroyo—. ¿Hiciste que te confinaran para poder estar con Clarke?

—Supongo que sí.

Ella lanzó un suspiro melancólico.

—Es lo más romántico que he oído en mi vida.

Wells esbozó una sonrisa irónica.

—Créeme, no lo es.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Octavia, ladeando la cabeza. En la penumbra del bosque, volvía a parecer casi una niña.

Wells apartó la vista, incapaz, de repente, de mirarla a los ojos. Taciturno, se preguntó qué diría Octavia si supiera la verdad.

No era un valiente caballero que había acudido al rescate de una princesa, sino el culpable de que la hubieran encerrado en el calabozo.

Por enésima vez desde que se había sentado, hacía dos minutos, Wells echó una ojeada al chip de su collar. El mensaje era inquietante, y Clarke llevaba varias semanas comportándose de un modo extraño. Él apenas la había visto y las pocas veces que había logrado dar con ella, la chica prácticamente se retorcía de nervios.

Wells tenía miedo de que hubiera decidido romper con él. Y si aún no se le había perforado el estómago de la inquietud, era porque sabía que ella no habría escogido la biblioteca para dejarlo. Habría sido una crueldad por su parte elegir precisamente el lugar que más amaban. Clarke no le haría eso.

Al oír unos pasos, se puso en pie. En aquel momento, los focos del techo se encendieron. Llevaba tanto rato sentado que la biblioteca había olvidado su presencia. Solo las tenues luces de

seguridad seguían brillando en el suelo. Clarke se acercó, aún vestida con la ropa del hospital. Wells casi siempre sonreía cuando la veía de esa guisa —le encantaba que no dedicara horas y horas a acicalarse como casi todas las chicas de Fénix—, pero no aquella vez; la camisa y el pantalón azules le colgaban por todas partes y tenía grandes ojeras.

—Eh —dijo, avanzando un paso para saludarla con un beso. Ella no se apartó, pero tampoco le devolvió el saludo—. ¿Te encuentras bien? —le preguntó, aunque saltaba a la vista que no.

—Wells —empezó a decir ella, y se le quebró la voz. Parpadeó para contener las lágrimas.

Él abrió unos ojos como platos, asustado. Clarke nunca lloraba.

—Eh —murmuró. La rodeó con el brazo para llevarla al sofá. Las piernas apenas la sostenían —. Todo irá bien, te lo prometo. Tú dime qué te pasa.

Ella lo miró fijamente, y Wells advirtió que Clarke se debatía entre el miedo y la necesidad de confiarse.

—Tienes que prometerme que no le contarás esto a nadie.

Él asintió.

—Claro.

—Hablo en serio. Esto no es un rumor. Es real, una cuestión de vida o muerte.

Wells le apretó la mano.

—Clarke, sabes que me lo puedes contar todo.

—He averiguado… —respiró profundamente, cerró los ojos y volvió a empezar—. Ya sabes que mis padres están investigando los efectos de la radiación —él asintió.

Los padres de Clarke estaban a cargo de un importante experimento cuyo objetivo era determinar cuándo, de ser posible algún día, podrían volver a la Tierra los seres humanos sin correr peligro. Cada vez que su padre hablaba de una misión a la Tierra, Wells daba por supuesto que hablaba de una posibilidad remota, más de una esperanza que de un auténtico proyecto. Por otra parte, sabía lo importante que era el trabajo de los Griffin para el canciller y para el conjunto de la colonia.

—Están haciendo pruebas con humanos —le reveló Clarke en voz baja. A Wells se le puso la piel de gallina, pero no dijo nada; se limitó a apretarle la mano con más fuerza—. Están experimentando con niños —concluyó ella, casi en susurros.

Hablaba en un tono apático, como si llevara tanto tiempo dándole vueltas a la idea que la frase hubiera perdido su significado.

—¿Qué niños? —preguntó él. Necesitaba tiempo para asimilar la información.

—Niños no registrados —dijo Clarke. Un destello de ira asomó a sus ojos llorosos—. Niños del centro de cuidados cuyos padres han sido ejecutados por violar las leyes de población.

Wells reparó en la acusación implícita. *Víctimas de tu padre*.

—Son tan pequeños…

Clarke no terminó la frase. Se desplomó de nuevo en el sofá y pareció encoger, como si aquella realidad le hubiera arrebatado una parte de sí misma.

Wells la rodeó con el brazo, y ella, en vez de apartarse como llevaba haciendo varias semanas, se inclinó hacia él y le apoyó la cabeza en el pecho.

—Todos están muy enfermos —las lágrimas de Clarke le empapaban la camisa—. Algunos ya han muerto.

—Lo siento mucho, Clarke —murmuró Wells mientras discurría qué podía decir, cómo librarla de aquel dolor—. Estoy seguro de que tus padres hacen lo posible para asegurarse de que sea… —se interrumpió. Nada de lo que dijera podría consolarla. Tenía que hacer algo, detener aquello antes de que el horror y el sentimiento de culpa la destruyeran—. ¿Qué quieres que haga yo? —preguntó en tono más firme.

Ella se incorporó de golpe y lo miró fijamente, ahora con otra clase de miedo en los ojos.

—Nada —replicó con una energía que pilló a Wells por sorpresa—. Tienes que prometerme que no harás nada. Mis padres me han hecho jurar que no se lo diría a nadie. Ellos no quieren

hacerlo, Wells. No ha sido su decisión. El vicecanciller Rhodes los ha obligado. Los amenazó —tomó las manos de Wells—. Prométeme que no dirás nada. Es que… —se mordió el labio—. No podía seguir ocultándotelo. Tenía que contárselo a alguien.

—Lo prometo —dijo Wells, aunque notaba que la furia le encendía la piel. Aquel cerdo hipócrita no tenía derecho a tomar una decisión como esa por su cuenta. Pensó en su padre, cuyo sentido del bien y el mal quedaba más allá de toda duda. El canciller jamás habría aprobado que se experimentara con seres humanos. Él pondría fin a aquello de inmediato.

Clarke lo miraba sin parpadear, escudriñando sus ojos, y por fin esbozó una sonrisa temblorosa que se esfumó nada más nacer.

—Gracias.

Volvió a apoyar la cabeza en el pecho de Wells, y él la abrazó.

—Te quiero —susurró.

Una hora más tarde, después de acompañar a Clarke a casa, Wells se dirigió a solas al observatorio. Tenía que hacer algo. Si las cosas no cambiaban pronto, los remordimientos la destruirían. Y él se negaba a quedarse de brazos cruzados.

Wells nunca había roto una promesa. Era algo que su padre le había inculcado a muy temprana edad: un líder jamás falta a su palabra. Pero al pensar en las lágrimas de Clarke, supo que no tenía elección.

Dio media vuelta y echó a andar hacia el despacho del canciller.

Llenaron la garrafa de agua del arroyo y pusieron rumbo al campamento. Después de responder varias veces seguidas con monosílabos, Wells había conseguido que Octavia dejara de preguntarle por Clarke, pero ahora la niña caminaba a su lado enfurruñada, y él se sentía culpable. Era muy mona y seguro que tenía buen corazón. ¿Cómo había acabado allí?

—Y bien —dijo Wells, rompiendo el silencio—. ¿Qué hiciste tú para que te confinaran?

Octavia lo miró sorprendida.

—¿No te lo ha contado mi hermano? —sonrió nerviosa—. Va por ahí diciendo que me pillaron robando comida para los niños pequeños del centro de cuidados, donde siempre había algún abusón dispuesto a quitarles la ración, y que los monstruos del Consejo me confinaron sin pestañear siquiera.

Algo en el tono de voz de Octavia hizo recelar a Wells.

—¿Fue eso lo que sucedió en realidad?

—¿Y qué más da? —respondió ella con un hastío impropio de una niña —. Cada cual pensará lo que quiera de los demás. Si eso es lo que Bellamy quiere creer, yo no voy a contradecirle.

Wells se detuvo para cambiarse de mano la pesada garrafa. Sin saber cómo, habían ido a parar a una parte distinta del bosque. Los árboles crecían más juntos allí, y veía lo suficiente para saber que se habían

equivocado de camino.

—¿Nos hemos perdido? —Octavia miró a ambos lados. Aunque había poca luz, Wells se dio cuenta de que estaba aterrorizada.

—Tranquila. Solo tenemos que… —calló al oír algo a lo lejos.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Octavia—. ¿Estamos…?

Wells la hizo callar y dio un paso adelante. Había sonado como el chasquido de una ramilla al romperse, lo que significaba que algo se movía detrás de los árboles. Se maldijo a sí mismo por no haber llevado un arma. Le habría encantado volver al campamento cargado con una pieza cobrada para demostrar que Bellamy no era el único que sabía cazar. El sonido se repitió y la frustración de Wells dio paso al miedo. De cazar la cena, nada; si no llevaban cuidado, Octavia y él serían la cena de algún otro.

Estaba a punto de coger a la niña de la mano para echar a correr cuando atisbó algo. Un destello entre dorado y rojizo. Wells dejó la garrafa en el suelo y avanzó unos pasos.

—Quédate ahí —le susurró a Octavia.

Más adelante, avistó un espacio abierto detrás de los árboles. Una especie de claro. Estaba a punto de gritar el nombre que le cosquilleaba los labios cuando se detuvo en seco, helado.

De pie en la hierba, Clarke abrazaba nada más y nada menos que a Bellamy. Cuando la vio ofrecer los labios al waldenita, Wells se quiso morir. La rabia le hirvió en el pecho hasta alcanzar su corazón desbocado.

Sin saber cómo, consiguió despegar los ojos de la escena y se internó dando traspiés en los árboles mientras todo le daba vueltas. Se cogió a una rama para mantener el equilibrio y boqueó, haciendo esfuerzos por coger aire. La chica por la que había arriesgado la vida no solo estaba besando a otro; estaba besando al terrorista que tal vez hubiera matado a su padre.

—Hala —dijo Octavia desde atrás—. Su paseo parece mucho más divertido que el nuestro.

Pero Wells ya se había dado media vuelta y había echado a andar en dirección opuesta. Notaba vagamente la presencia de Octavia, que correteaba tras él y le preguntaba algo del botiquín, pero el rugido de la sangre en sus oídos ahogaba la voz. Le daba igual si habían encontrado o no los medicamentos perdidos. No existía una medicina capaz de curar un corazón roto.

Capítulo 18
Clarke

Cuando Clarke y Bellamy regresaron al campamento con el botiquín, ya había oscurecido. Clarke solo había pasado unas horas en el bosque, pero cuando pisó el claro tuvo la sensación de que hacía una eternidad que se había marchado.

Hicieron el camino de vuelta casi en silencio, pero cada vez que el brazo de Clarke rozaba el de Bellamy sin querer, un cosquilleo eléctrico le recorría la piel. Se había sentido fatal después del beso y había dedicado los siguientes cinco minutos a balbucear disculpas mientras él la miraba sonriendo. Al final, Bellamy la cortó con una carcajada y le dijo que no se preocupase.

—Ya sé que no eres de esas chicas que se lo montan con cualquiera en el bosque —la tranquilizó con una sonrisa maliciosa—, pero a lo mejor deberías planteártelo.

Cuando avistaron el claro, la oscura silueta del hospital de campaña alejó al instante sus obsesivas dudas sobre aquel beso. Sujetando el botiquín bajo el brazo, Clarke apuró el paso.

La tienda estaba vacía salvo por Thalia, que empezaba a delirar de la fiebre, y Octavia, que por raro que fuera se había vuelto a acomodar en su antiguo camastro.

—Es que la otra tienda es demasiado pequeña —explicó enseguida, pero Clarke no pudo hacer nada más que asentir.

Dejó el botiquín en el suelo, llenó una jeringuilla y clavó la aguja en el brazo de Thalia. Luego se volvió hacia el botiquín y buscó analgésicos. Le administró una dosis a su amiga y sonrió cuando vio que se relajaba en sueños.

Clarke se arrodilló junto a la enferma durante unos minutos. Lanzó un gran suspiro cuando advirtió que su pulso se apaciguaba. Por un momento,

al mirar la pulsera que le rodeaba la muñeca, se preguntó si allá en el cielo habría alguien controlando su propio ritmo cardiaco. El doctor Lahiri tal vez, o algún otro preeminente médico de la colonia, que examinaría sus constantes vitales como quien lee las noticias del día. Ya se habrían dado cuenta de que habían muerto cinco personas… ¿Atribuirían las muertes a la radiación y se replantearían la colonización o serían lo bastante listos como para deducir que habían fallecido como consecuencia del abrupto aterrizaje? No estaba segura de cuál de las dos posibilidades prefería. Desde luego, no tenía ninguna gana de que el Consejo expandiese su jurisdicción a la Tierra. Por otra parte, su madre y su padre habían dedicado la vida a trabajar para que la humanidad pudiera volver a casa. Un asentamiento permanente implicaría que, en cierto sentido, su sueño se había hecho realidad. Que no habían muerto en vano.

Por fin, volvió a guardar el medicamento en el botiquín y dejó el cofre en una esquina de la tienda. Al día siguiente buscaría un lugar seguro pero, de momento, solo podía pensar en descansar. Y si de verdad había alguien en el espacio controlando el recuento de supervivientes, se aseguraría de que no bajaran de noventa y cinco.

Dio unos pasos temblorosos y se desplomó en su catre sin molestarse en quitarse los zapatos.

—¿Se va a poner bien? —preguntó Octavia. Su voz sonaba muy lejana.

Clarke murmuró que sí. Apenas podía levantar los párpados.

—¿Qué otras medicinas contiene?

—De todo —repuso Clarke. O, como mínimo, intentó decirlo. Cuando las palabras llegaron a sus labios, el cansancio le había embotado el cerebro. La última sensación que tuvo antes de caer en un sueño profundo fue la de oír cómo Octavia se levantaba de la cama.

Cuando Clarke despertó al día siguiente, Octavia se había ido y una luz brillante se colaba por la rendija de las lonas de entrada.

Thalia yacía a su lado, todavía dormida. Clarke se levantó con un gemido; tenía agujetas de la caminata del día anterior. Por suerte era uno de esos dolores que te hacen sentir bien; había caminado por un bosque que los seres humanos no habían pisado desde hacía trescientos años. Se le hizo un nudo en el estómago cuando reparó en que, sin darse cuenta, se había apuntado otro récord: el suyo había sido el primer beso en la Tierra desde

el Cataclismo.

Clarke sonrió y se acercó a Thalia a toda prisa. No podía esperar a que estuviera mejor para contárselo. Posó el dorso de la mano en la frente de su amiga y comprobó aliviada que estaba más fresca que el día anterior. Con cuidado, apartó la manta para mirarle el vientre. La piel seguía mostrando signos de infección pero la inflamación no se había extendido. Siempre y cuando completara el tratamiento, se recuperaría por completo.

No podía saberlo con exactitud, pero a juzgar por la intensidad de la luz debían de haber pasado ocho horas desde que le había administrado la primera dosis. Se dio la vuelta y caminó hacia el rincón en el que había dejado el botiquín la noche previa. Clarke frunció el ceño al descubrir que estaba abierto. Se agachó y ahogó una exclamación. Luego parpadeó para asegurarse de que no la engañaba la vista.

El botiquín estaba vacío.

Los antibióticos, los analgésicos, incluso las jeringuillas… todo había desaparecido.

—No —susurró Clarke. Allí dentro no había nada—. No —repitió mientras se ponía en pie.

Corrió hacia el catre más cercano y apartó las sábanas. Luego se dirigió a su propia cama para hacer lo mismo.

Sus ojos se posaron en el jergón de Octavia, y el terror fue reemplazado por sospecha. Se acercó a toda prisa y empezó a hurgar entre el montón de mantas.

—Venga —murmuró para sí, pero cuando acabó de mirar sus manos seguían vacías—. No.

Dio una patada al suelo. Los medicamentos no se encontraban en la tienda, eso estaba claro, pero quien los hubiese cogido no podía haber ido muy lejos. Había menos de cien personas en todo el planeta, y Clarke no descansaría hasta pillar al ladrón que estaba poniendo en peligro la vida de Thalia. No tendría que buscar mucho.

Después de inspeccionar rápidamente la vivienda para asegurarse de que sus padres no estaban en casa, Clarke corrió hacia la puerta del laboratorio e introdujo el código. No entendía por qué sus padres no cambiaban la contraseña; o bien no se imaginaban que visitaba a los niños tan a menudo o bien no querían impedírselo. A lo mejor se alegraban de que Clarke les hiciera compañía.

De camino a la cama de Lilly, Clarke fue sonriendo a los demás enfermos, pero se le encogió el corazón al descubrir que muy pocos estaban despiertos. Casi todos habían empeorado, y el

número de lechos vacíos había aumentado desde su última visita.

Al ver a Lilly a lo lejos, intentó alejar la idea de su pensamiento, pero cuando se acercó a su amiga no pudo contener el temblor de manos.

Lilly se estaba muriendo. Apenas pudo abrir los ojos cuando Clarke susurró su nombre y, aunque movía los labios, no emitía sonido alguno.

Las pústulas de su piel habían aumentado, aunque pocas sangraban ya, sobre todo porque la pobre no tenía fuerzas para rascarse. Clarke se quedó allí sentada, observando la irregular respiración de su amiga y reprimiendo las náuseas a duras penas. Lo peor de todo era saber que solo estaba presenciando el principio. La agonía de los demás se había prolongado durante semanas, con síntomas cada vez más horribles conforme el veneno de la radiación se extendía por sus organismos.

Clarke se planteó por un momento la idea de llevar a Lilly al centro médico, donde al menos podría administrarle algún analgésico potente, aunque fuera demasiado tarde para salvarla. Pero eso equivaldría a pedirle al vicecanciller que ejecutara a sus padres. Y luego le encargaría a alguien que terminara lo que ellos habían comenzado. Clarke solo podía rezar para que los resultados de la investigación fueran concluyentes. De ser así, los experimentos cesarían y aquellos sujetos de prueba no habrían muerto en vano.

Los translúcidos párpados de Lilly aletearon.

—Eh, Clarke —la saludó con voz ronca. Un atisbo de sonrisa revoloteó en su cara antes de que un nuevo calambre se lo borrara.

Clarke le cogió la mano y se la apretó.

—Eh —susurró—. ¿Cómo te encuentras?

—Bien —mintió Lilly, que intentó sentarse entre fuertes dolores.

—Tranquila —le apoyó una mano en el hombro—. No hace falta que te sientes.

—No, quiero hacerlo —dijo con voz estrangulada.

Con cuidado, Clarke la ayudó a incorporarse y luego le arregló las almohadas. Cuando rozó la espalda de Lilly, reprimió un estremecimiento. Se le notaba hasta la última vértebra a través de la delgadísima piel.

—¿Te gustó la antología de Dickens? —le preguntó a la vez que echaba un vistazo debajo de la cama, donde guardaban los libros que Clarke robaba de la biblioteca.

—Solo he leído la primera historia, la de Oliver Twist —Lilly esbozó una sombra de sonrisa—. Los ojos ya no… —no terminó la frase. Ambas sabían que los problemas de visión anunciaban el principio del fin—. Pero de todas formas no me ha gustado. Me recuerda demasiado al centro de cuidados.

Clarke no le había hecho preguntas sobre su vida antes de ser ingresada. Tenía la sensación de que Lilly no quería hablar de ello.

—¿Tan mal estabas? —preguntó con delicadeza.

Lilly se encogió de hombros.

—Cuidábamos los unos de los otros. No teníamos a nadie más. Bueno, salvo una chica que tenía un hermano. Un verdadero hermano mayor —bajó la vista, con súbita timidez—. Era muy simpático… Le traía cosas: comida, cintas de tela…

—¿En serio? —Clarke le apartó a Lilly un mechón de la sudorosa frente, fingiendo que se había tragado el cuento de la chica que tenía un hermano.

Incluso en aquel estadio de la enfermedad, su amiga tenía tendencia a exagerar.

—Qué mono —siguió diciendo Clarke sin comprometerse. Las calvas que aumentaban en la cabeza de Lilly atraían su mirada.

—Da igual —repuso esta. Intentó adoptar un tono alegre—. Háblame de tu cumpleaños. ¿Qué te vas a poner?

Clarke casi había olvidado que dentro de una semana cumplía años. No estaba de humor para celebraciones.

—Bueno, ya sabes, mi mejor pijama médico —repuso con desenfado—. Prefiero mil veces estar aquí contigo que celebrar una estúpida fiesta.

—Oh, Clarke —graznó Lilly, fingiendo exasperación—. Tienes que hacer algo. Empiezas a ser una tía aburrida. Además, quiero conocer hasta el último detalle de tu vestido.

Arrugó la cara de dolor, doblada sobre sí misma.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Clarke, posando la mano en el frágil brazo de la enferma.

—Duele —jadeó ella.

—¿Quieres que te traiga algo? ¿Un vaso de agua?

Lilly abrió los ojos para mirar a la doctora en prácticas con expresión suplicante.

—Tú puedes hacer que pare, Clarke —se interrumpió con un gemido—. Por favor, haz que pare. Solo es cuestión de tiempo.

Clarke giró la cabeza para que Lilly no viera sus lágrimas.

—Todo irá bien —susurró, forzándose a sonreír—. Te lo prometo.

Lilly gimoteó antes de sumirse en el silencio. Volvió a echarse en la cama y cerró los ojos.

Clarke le tapó el pecho con las mantas, pugnando por ignorar el demonio que se abría paso con uñas y dientes hasta su consciencia. Sabía lo que le estaba pidiendo Lilly. Y no le resultaría muy difícil. Su estado era tan frágil que bastarían unos cuantos analgésicos bien combinados para hacerla entrar en coma. Sería una muerte indolora.

Pero ¿qué estoy pensando?, se reprendió a sí misma a la vez que retrocedía horrorizada. La sangre que manchaba las manos de sus padres se había extendido hasta las suyas. Toda aquella pesadilla la había contagiado, había hecho de ella un ser monstruoso. O tal vez sus padres no tuvieran la culpa. Puede que Clarke siempre hubiera llevado dentro aquella oscuridad, esperando el momento apropiado para manifestarse.

Justo cuando estaba a punto de marcharse, Lilly volvió a hablar.

—Por favor —le suplicó—. Si me quieres, por favor —hablaba en voz baja, pero con un tono de espantosa desesperación—. Haz que acabe todo.

Bellamy cortaba madera en el extremo más alejado del claro. Aunque la mañana era fresca, su camiseta ya estaba empapada de sudor. Clarke intentó no fijarse en cómo se le adhería al musculoso pecho. Cuando la vio correr hacia él, Bellamy dejó caer el hacha al suelo y la recibió con una sonrisa.

—Eh, hola —saludó a Clarke cuando ella se detuvo y se quedó allí plantada, esperando a recuperar el aliento—. Ya no aguantabas más, ¿verdad?

Bellamy dio un paso adelante y cogió la cintura de Clarke, pero ella le apartó el brazo de un manotazo.

—¿Dónde está tu hermana? —preguntó—. No la encuentro por ninguna parte.

—¿Por qué? —él abandonó el tono jocoso al reparar en la expresión de agobio que traía Clarke—. ¿Qué pasa?

—Los medicamentos que encontramos ayer han desaparecido —

inspirando hondo, Clarke cogió fuerzas para pronunciar la siguiente frase —. Creo que Octavia los ha cogido.

—¿Qué? —Bellamy entornó los ojos.

—No había nadie más en la tienda ayer por la noche, y parecía muy interesada en las medicinas…

—No —la cortó él—. Con todos los delincuentes que hay en este maldito planeta, ¿y tú piensas que *mi hermana* es la ladrona? —clavó en Clarke una mirada incendiaria, pero siguió hablando en tono tranquilo—. Creí que eras distinta. Pero me equivocaba. Solo eres otra estúpida zorra de Fénix que se cree superior a los demás.

Bellamy pateó el mango del hacha y empezó a alejarse, empujando a Clarke al pasar.

Ella se quedó un momento pegada al suelo, demasiado impresionada por el comentario como para moverse. De repente, algo en su interior se hizo añicos y echó a correr hacia los árboles. Tambaleándose, se internó en la sombra del bosque. Se desplomó en el suelo con el corazón en un puño y se rodeó las rodillas con los brazos para impedir que la angustia la desbordase.

A solas en el boscaje, se apuntó un nuevo récord en la Tierra. Fue la primera en echarse a llorar.

Capítulo 19
Bellamy

Bellamy se detuvo para recolocarse al hombro el ave que había cazado. La discusión con Clarke lo había alterado tanto que había cogido el arco y había echado a correr hacia los bosques como alma que lleva el diablo. Solo después de haber abatido un ave junto al arroyo empezó a tranquilizarse. Era una buena pieza —su primera ave, mucho más difícil que los animales terrestres— y las plumas le vendrían de maravilla para rematar las flechas que estaba confeccionando y que pensaba llevar consigo cuando Octavia y él se separasen del grupo. Ahora, de vuelta en el campamento, reparó en que no había visto a Octavia desde primera hora de la mañana. Se inquietó. Debería haber hablado con ella antes de marcharse.

La hoguera ya estaba encendida y varias caras se volvieron a mirar a Bellamy cuando se acercó. Pero nadie sonreía. Se cambió la pieza de hombro para que la vieran mejor. ¿Por qué demonios lo miraban con esas caras?

El sonido de un grito airado atrajo su atención hacia el grupo que se había congregado en el extremo más alejado del claro, cerca de los restos del accidente. Estaban apiñados alrededor de algo tendido en el suelo. Jadeó al darse cuenta de que la figura se movía.

Cuando la reconoció, su confusión mudó en la explosión de rabia más intensa que había sentido en su vida.

Era Octavia.

Tiró el ave al suelo y echó a correr.

—¡Apartaos! —gritó Bellamy, abriéndose paso hasta el centro del corro.

Octavia yacía en tierra, llorando a lágrima viva. Graham y unos cuantos arcadios se agolpaban sobre ella con un brillo demente en los ojos.

—¡Dejadla en paz! —bramó.

Se abalanzó hacia su hermana, pero antes de que pudiera alcanzarla, un

brazo le rodeó el cuello como un torno de acero. Él resolló y miró a su alrededor, desesperado. Plantado ante él, Wells lo observaba con una expresión fría e implacable.

—¿Qué diablos? —farfulló Bellamy—. ¡Apartaos!

Al ver que Wells no se movía, el waldenita apretó los dientes e intentó embestirlo, pero la persona que lo tenía sujeto se lo impidió.

—¡Soltadme! —escupió. Dio un codazo hacia atrás, tan violento que su captor lo soltó con un gruñido.

Octavia seguía en el suelo. Con los ojos muy abiertos del miedo, paseaba la vista de Bellamy a Graham, que estaba plantado ante ella.

—Será mejor que me digáis ahora mismo qué está pasando —ordenó Bellamy entre dientes.

—Hace un rato, te he oído hablar con Clarke sobre las medicinas perdidas —explicó Wells con una tranquilidad insufrible—. Nadie, aparte de Octavia, conocía su existencia.

—Yo no he cogido nada —sollozó la niña. Se enjugó la cara con el dorso de la mano y sorbió—. Todos se han vuelto locos.

Octavia se levantó temblando y dio un paso hacia Bellamy.

—Tú no vas a ninguna parte —le espetó Graham, que la cogió por la muñeca para retorcérsela a la espalda.

—¡Suéltala! —gritó Bellamy. Se lanzó contra Graham, pero Wells se interpuso y, esta vez, le tocó a Bellamy que le retorcieran el brazo—. ¡Soltadme!

Forcejeó para liberarse, pero varias manos se apresuraron a sujetarlo.

—Mirad —prosiguió Bellamy, que intentaba en vano no alzar la voz—, mi hermana lleva herida desde que aterrizamos. ¿De verdad creéis que está en condiciones de robar unas medicinas y sacarlas del campamento?

—Ayer me siguió a los bosques —repuso Wells sin alterarse—. Caminamos un buen trecho los dos juntos.

Bellamy intentó zafarse de los brazos que lo apresaban, incapaz de contenerse al comprender lo que Wells insinuaba. Si se atrevía a ponerle una mano encima a su hermana…

—Tranquilízate —dijo Wells.

Le hizo un gesto a un chico de Walden, que se acercó con un trozo de cuerda.

—Pues dile a ese mierda que aparte sus asquerosas manos de mi hermana —replicó Bellamy.

Clarke apareció de repente, abriéndose paso entre la multitud.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó. Abrió unos ojos como platos al ver a Octavia—. ¿Te encuentras bien?

La niña negó con la cabeza, hecha un mar de lágrimas.

—Solo queremos que Octavia nos diga dónde están los medicamentos —repuso Wells con calma—. Luego decidiremos qué hacer.

—No los tengo —insistió ella con voz ronca.

—Sabemos que mientes —intervino Graham. Octavia gritó cuando este le retorció aún más la muñeca. Bellamy volvió a forcejear—. Así solo conseguirás empeorar las cosas.

—¿Y qué vais a hacer? —le preguntó Bellamy a Wells con rabia—. ¿Atarnos a los dos?

—Exacto —respondió Wells apretando los dientes—. Encerraremos a Octavia hasta que nos diga dónde están las medicinas o hasta que encontremos algún indicio que apunte a otra persona.

—¿Encerrarla? —Bellamy miró a su alrededor con ademanes teatrales—. ¿Y dónde, si se puede saber?

Clarke dio un paso adelante, con expresión crispada.

—Yo paso casi todo el día en la enfermería —dijo en tono hosco—. Octavia se puede quedar allí. Le echaré un ojo para asegurarme de que no se larga.

—¿Hablas en serio? —bufó Graham—. ¿Te roba los medicamentos en las narices y lo único que se te ocurre es echarle un ojo?

Clarke se volvió hacia Graham, enfurruñada.

—Si no te parece bien, Graham, puedes montar guardia en el exterior.

—Esto es absurdo —Bellamy se echó a temblar, a medida que la ira se transformaba en cansancio—. Miradla —dijo casi sin fuerzas—. ¿De verdad os parece tan peligrosa? Desatadla y prometo no perderla de vista.

Escudriñó a la multitud que se había congregado en torno a ellos en busca de alguna cara amable. Tenía que haber alguien que se diese cuenta de que todo aquello eran chorradas. Pero la gente evitó su mirada.

—Estáis todos locos —miró a Graham con cara de asco—. Le has tendido una trampa. Has sido tú el que ha robado los medicamentos.

Graham soltó una risilla y echó una ojeada a Asher.

—Ya te he dicho que saldría con esas.

Caía la tarde y las nubes habían tejido un manto gris en lo alto. Bellamy suspiró con fuerza.

—Muy bien. Pensad lo que queráis. Pero desatad a Octavia y dejadnos marchar. Abandonaremos el campamento para siempre. No tocaremos vuestro precioso equipo —se volvió a mirar a su hermana, que no parecía muy conforme con la idea; se había quedado de piedra—. No volveréis a vernos.

Una expresión de dolor traicionó a Clarke, que enseguida volvió a escudarse tras su máscara de chica dura. *Lo superará,* pensó Bellamy con amargura. *Encontrará a otro con el que retozar por el bosque.*

—Ni soñarlo —objetó Graham, con una sonrisa cruel—. No hasta que hayamos recuperado los medicamentos. No podemos permitir que nadie muera, solo por que tu hermana sea una drogadicta.

Bellamy creyó estallar de rabia al oír la acusación. Apenas podía contener las ganas de estrujar el cuello de Graham entre los dedos.

—Ya basta —los interrumpió Clarke. Levantando una mano, sacudió la cabeza en dirección a Graham—. Yo soy la primera que quiere recuperar las medicinas, pero así no nos ayudas.

—De acuerdo —replicó Bellamy—, pero *yo* la llevaré a la tienda. Y *nadie* volverá a ponerle las manos encima.

Se zafó de sus captores y echó a andar hacia Octavia. Cogiéndola de la mano, miró a los ojos a Graham.

—Te arrepentirás de esto —dijo en tono bajo y amenazante.

Bellamy rodeó con el brazo a su temblorosa hermana. Mientras la conducía al hospital de campaña, se juró algo a sí mismo.

No se detendría ante nada con tal de proteger a su hermana. Como había hecho siempre.

Era la tercera vez que los visitaban los guardias en pocos meses. Aquel año, las visitas habían aumentado y Octavia se estaba haciendo mayor. Bellamy no quería pensar en lo que pasaría la próxima vez, pero era consciente de que no podrían esconderla para siempre.

—No me puedo creer que hayan mirado en el armario —dijo su madre con un hilo de voz. Contemplaba fijamente a Octavia, que descansaba en el sofá—. Gracias a Dios que no se ha echado a llorar.

Bellamy observó a su hermana pequeña. Todo en ella era minúsculo, desde los diminutos pies cubiertos por los peúcos, hasta aquellos dedos en miniatura. Todo salvo los mofletes y los enormes ojos, siempre brillantes de lágrimas que no llegaba a derramar. ¿Era normal que una niña de dos años fuera tan silenciosa? ¿Presentía quizá lo que le pasaría si la encontraban?

El niño se acercó al sofá y se sentó junto a Octavia, que se volvió a mirarlo con sus ojos de un azul intenso. Bellamy cogió entre los dedos uno de aquellos bucles oscuros y relucientes. Era idéntica a la cabeza de muñeca que había encontrado rebuscando entre las reliquias del almacén. Había estado a punto de llevársela a Octavia, pero luego había pensado que necesitaban más los

créditos que le darían por ella en el Intercambio. Tampoco estaba seguro de que una cabeza sin cuerpo fuera un regalo apropiado para un bebé, ni siquiera una tan bonita como esa.

Sonrió cuando Octavia le aferró el dedo con su puñito.

—Eh, devuélvemelo —le dijo, fingiendo que le hacía daño.

La niña sonrió pero no se rio. Bellamy no recordaba haber oído nunca una carcajada de su hermana.

—Ha estado demasiado cerca —murmuraba su madre para sí mientras se paseaba de un lado a otro—. Demasiado cerca… demasiado cerca… demasiado cerca.

—Mamá. ¿Te encuentras bien? —le preguntó Bellamy, otra vez muy asustado.

La mujer se acercó a la pila, que rebosaba platos sucios, aunque aquella misma mañana habían dispuesto de una hora de agua. Bellamy no había tenido tiempo de lavarlos todos antes de que llegaran los guardias. Pasarían otros cinco días antes de que volvieran a dar el agua.

Se oyó un ligero golpe procedente del pasillo, seguido de una carcajada. La mujer ahogó un grito y miró a su alrededor.

—Métela en el armario.

Bellamy tendió un brazo para proteger a Octavia.

—No pasa nada —tranquilizó a su madre—. Los guardias se han marchado hace un momento. Tardarán un tiempo en volver.

Ella dio un paso adelante. Abría los ojos de par en par, con cara de espantada.

—¡Sácala de aquí!

—No —replicó Bellamy, que se levantó del sofá y se colocó delante de Octavia—. Ni siquiera eran los guardias. Ha sido alguien haciendo el tonto. No hace falta que vuelvas a meterla allí dentro.

Octavia gimoteó pero guardó silencio en cuanto su madre clavó en ella su mirada desorbitada.

—Oh, no, no, no —musitaba la mujer a la vez que se mesaba el despeinado cabello con expresión extraviada. Apoyó la espalda contra la pared y se dejó caer hasta desplomarse en el suelo con fuerza.

Bellamy echó un vistazo a Octavia antes de caminar despacio hacia su madre. Se arrodilló a su lado con delicadeza.

—¿Mamá? —un tipo de miedo distinto al que había sentido durante la inspección se adueñó de él. Aquel terror era frío y parecía manar de su estómago hacia la sangre, que se le helaba por momentos.

—No lo entiendes —le dijo ella casi sin voz, con la mirada perdida en el infinito—. Me van a matar. A ti se te llevarán y a mí me matarán.

—¿Me llevarán a dónde? —preguntó el chico, temblando.

—No puedes tener las dos cosas —susurró ella, agrandando los ojos—. No puedes tener las dos cosas —parpadeó y enfocó la mirada en Bellamy—. No puedes tener una madre y una hermana.

Capítulo 20
Glass

Glass subió el último tramo de escaleras y tomó el pasillo camino de su casa. No le preocupaba que los guardias le dieran el alto por haberse saltado el toque de queda. Se sentía como si flotara. Ligera como una pluma, se deslizaba en silencio por el corredor. Se llevó la mano a los labios, buscando el recuerdo del beso de Luke, y sonrió.

Eran poco más de las tres de la mañana; la nave estaba desierta y las luces iluminaban el pasillo con un tenue fulgor. Separarse de Luke le provocaba un dolor casi físico, pero no quería arriesgarse a que la pillara su madre. Si se dormía enseguida, a lo mejor podía enredar a su mente para hacerle creer que el cuerpo cálido de Luke estaba allí, acurrucado a su lado.

Apretó la almohadilla de la puerta con el pulgar y entró sin hacer ruido en su casa.

—Hola, Glass.

Su madre la estaba esperando en el sofá.

Glass ahogó un grito y empezó a farfullar:

—Hola… Yo… estaba… —tropezando con las palabras, buscaba una excusa plausible que explicara por qué había salido en mitad de la noche. Pero no podía mentir; ya no, no sobre aquello.

Guardaron silencio unos instantes, y aunque Glass no distinguía la expresión de su madre, notaba la rabia y la confusión que irradiaba.

—Has estado con *él*, ¿verdad? —preguntó Sonja por fin.

—Sí —respondió Glass, aliviada de decir la verdad por una vez—. Mamá, le quiero.

La mujer dio un paso adelante, y Glass advirtió que aún llevaba puesto un vestido de noche negro. También tenía restos de carmín en los labios y emanaba un leve tufo de perfume rancio.

—¿Y tú adónde has ido esta noche? —le preguntó Glass con cansancio.

Se estaba repitiendo la misma historia del año pasado. Desde que su padre se había marchado, la mujer apenas estaba en casa; salía hasta altas horas de la noche y a veces dormía durante el día. A Glass ya no le quedaban fuerzas para sentir vergüenza ajena por la conducta de su madre, ni siquiera para enfadarse. Lo único que sentía era una vaga tristeza.

Los labios de Sonja se torcieron con una horrible sombra de sonrisa.

—No tienes ni idea de lo que he tenido que hacer para protegerte —se limitó a decir—. Debes mantenerte alejada de ese chico.

—¿Ese *chico?* —Glass se encogió—. Ya sé que lo consideras…

—Basta —la cortó su madre—. ¿No te das cuenta de la suerte que tienes de estar aquí? No dejaré que mueras por culpa de un mugriento waldenita que seduce a las chicas de Fénix y luego las deja tiradas.

—¡Él no es así! —exclamó Glass casi chillando—. Ni siquiera le conoces.

—No le importas lo más mínimo. Estabas dispuesta a morir para salvarlo. Y seguro que, mientras andabas confinada, ni se acordó de ti.

Glass hizo una mueca de dolor. Era verdad que Luke había empezado a salir con Camille mientras ella se encontraba confinada. Pero no podía culparlo. No después de todas las barbaridades que le había dicho cuando rompió con él, desesperada por mantenerlo a salvo.

—Glass —la voz de Sonja temblaba, de tanto que se esforzaba por conservar la calma—. Siento ser tan dura contigo. Pero mientras el canciller siga con vida, tienes que ir con cuidado. Si llegase a despertar y encontrase la menor excusa, la más mínima, para revocar tu indulto, lo haría —suspiró—. No permitiré que vuelvas a poner en peligro tu vida. ¿Has olvidado ya lo que pasó la última vez?

Glass no lo había olvidado, claro que no. El recuerdo era tan imborrable como las cicatrices que la pulsera le había dejado en la muñeca, algo que la acompañaría el resto de su vida.

Y su madre ni siquiera sabía toda la verdad.

Glass no hizo ni caso de las miradas raras que le lanzaron los guardias cuando cruzó el punto de control y echó a andar por el puente estelar de camino a Walden. Que pensaran que iba a buscar drogas, si querían. Ningún castigo le dolería más que lo que estaba a punto de hacer.

Era más de media tarde y, por suerte, no había nadie por los pasillos. Luke ya habría terminado el turno matutino, pero Carter seguiría en el centro de distribución, donde trabajaba clasificando paquetes nutritivos. Glass sabía que era una tontería —Carter la odiaba, y la odiaría aún más cuando supiera que le había roto el corazón a Luke—, pero no soportaba la idea de

romper con su novio sabiendo que Carter estaba en la otra habitación.

Se detuvo ante la puerta y se llevó la mano al vientre por acto reflejo. Tenía que hacerlo. Ya lo había aplazado demasiadas veces. Tomaba la decisión de romper con él pero luego, cuando estaba a punto de pronunciar las palabras fatales, le fallaban las fuerzas. *La próxima vez,* se prometía siempre. *Solo necesito verlo una vez más.*

Pero la barriga empezaba a traicionarla. Aun limitando sus raciones a la mitad, cada vez le costaba más disimular el aumento de peso bajo aquellos vestidos holgados que arrancaban risillas burlonas a Cora. Pronto empezaría a notarse. Y cuando así fuera, le harían preguntas. El Consejo querría saber quién era el padre. Si Glass seguía en contacto con Luke, él lo averiguaría y se delataría a sí mismo en un gesto heroico que los condenaría a ambos.

Le estás salvando la vida, se dijo. Mientras llamaba a la puerta, reparó en que nunca más volvería a estar allí. Aquella sería la última vez que vería sonreír a Luke como si ella fuera la única chica del universo. Sus propias palabras de aliento le sonaban vacías.

Pero no fue Luke quien abrió la puerta, sino Carter, que solo llevaba encima unos pantalones de trabajo.

—No está aquí —gruñó, entornando los ojos al darse cuenta de que Glass se ruborizaba.

—Ah, lo siento —dijo ella, retrocediendo un paso instintivamente—. Volveré más tarde.

Se quedó de piedra cuando Carter la cogió del brazo y le apresó la muñeca con fuerza.

—¿Qué prisa tienes? —le preguntó con una sonrisa que helaba la sangre—. Espéralo aquí. Seguro que se ha entretenido.

Con un gesto de dolor, Glass se frotó la muñeca mientras seguía a Carter al interior. Había olvidado lo alto que era.

—¿No has ido a trabajar? —le preguntó con su tono más educado. Se sentó al borde del sofá en el que Luke y ella solían arrellanarse. Con el corazón en un puño, comprendió que nunca volvería a acurrucarse contra su hombro ni a enredarle los rizos con su cabeza apoyada en el regazo.

—No me apetecía —respondió Carter encogiéndose de hombros.

—Ah —dijo Glass, que tuvo que morderse la lengua para no hacer un comentario. Si Carter no llevaba cuidado, volverían a degradarlo, y por debajo del centro de distribución solo quedaba el servicio de limpieza—. Lo siento —añadió, porque no sabía bien qué decir.

—No, no lo sientes —observó Carter mientras daba un trago a una botella sin etiqueta. Glass frunció la nariz. Whisky del mercado negro—. Eres igual que todos los cabrones de Fénix. Solo te preocupas por ti misma.

—¿Sabes qué? Mejor me voy —dijo Glass, y echó a andar hacia la puerta—. Dile a Luke que pasaré más tarde.

—Espera —gritó Carter.

Glass no le hizo caso y cogió el pomo sin girarse, pero antes de que pudiera abrirla del todo, Carter alargó una manaza y volvió a cerrarla.

—Déjame salir —le ordenó Glass, dándose media vuelta.

La sonrisa del otro se ensanchó, y ella notó un escalofrío en la nuca.

—¿A qué viene eso? —preguntó Carter a la vez que le frotaba los brazos con las manos—. Ambos sabemos lo mucho que te gusta visitar los barrios bajos. No te hagas la estrecha.

—¿De qué hablas? —le escupió Glass. Agobiada, intentó apartarse de él sin conseguirlo.

Él frunció el ceño y le aferró los brazos con más fuerza.

—Vas de tía rebelde solo porque te escondes por ahí con Luke. Pero conozco a un montón de chicas de Fénix como tú. Todas sois iguales.

Sujetándole un brazo, Carter usó la otra mano para hurgarle la cintura del pantalón.

—Para —dijo Glass, forcejeando. El terror ya corría por sus venas—. ¡Para! ¡Suéltame! —le ordenó en voz más alta.

—Tranquila —murmuró Carter mientras la atraía hacia sí y le retorcía los brazos por encima de

la cabeza.

Glass intentó empujarlo. Por desgracia, Carter pesaba más del doble que ella y no pudo liberarse. Se debatió con fuerza y trató de hincarle la rodilla en el vientre, pero estaba atrapada.

—No te preocupes —susurró Carter, soplándole un aliento rancio en el oído—. A Luke no le importará. Me lo debe, después de todo lo que he hecho por él. Además, lo compartimos todo.

Glass intentó gritar, pero Carter le aplastaba el pecho y no tenía aire en los pulmones. Empezó a ver puntitos negros; se iba a desmayar.

En aquel momento, la puerta se abrió y Carter saltó hacia atrás como una flecha. Glass perdió el equilibrio y cayó al suelo.

—¿Glass? —preguntó Luke al entrar—. ¿Te encuentras bien? ¿Qué pasa aquí?

Ella intentó recuperar el aliento, pero antes de que pudiera responder, Carter habló desde el sofá, donde ya se había apoyado con un calculado aire de indiferencia.

—Tu novia me estaba enseñando el baile de moda en Fénix —resopló—. Me parece que necesita practicar un poco más.

Luke intentó captar la mirada de Glass, pero ella desvió la vista. La rabia y el subidón de adrenalina inducido por el miedo le habían desbocado el corazón.

—Siento llegar tarde… Me he entretenido charlando con Bekah y Ali —se disculpó Luke mientras tendía una mano para ayudarla a levantarse. Bekah y Ali eran dos amigos suyos del cuerpo de ingenieros que siempre habían tratado bien a Glass—. Eh, ¿qué pasa? —preguntó con voz queda al ver que ella no respondía a su gesto.

Después de lo que había sucedido, lo único que deseaba Glass era arrojarse a los brazos de Luke, dejar que el calor de su cuerpo la convenciera de que todo iba bien. Pero había ido allí con un propósito. No podía aceptar su consuelo.

—¿Te encuentras bien? ¿Hablamos mejor en mi cuarto?

Glass echó una ojeada a Carter para que le hirviese la sangre de furia y odio. Se levantó.

—No quiero ir a tu cuarto —declaró en un tono gélido que ella misma no reconoció—. Nunca más.

—¿Qué dices? Pero ¿qué te pasa? —insistió Luke. Le tomó la mano con suavidad, pero ella la retiró—. ¿Glass?

A ella se le encogió el corazón al verlo tan confundido.

—Hemos terminado —dijo, sorprendida de su propia frialdad. Un extraño sopor se apoderó de ella, como si sus nervios se hubieran desconectado para protegerla de una tristeza mortífera—. ¿De verdad pensabas que esto iba a durar?

—Glass —Luke hablaba en un tono bajo y desmayado—. No estoy seguro de lo que intentas decirme, pero ¿te importa que sigamos hablando en mi habitación?

Intentó cogerle el brazo y ella retrocedió.

—No —fingió un estremecimiento de horror y desvió la mirada para que él no viera cómo se le saltaban las lágrimas—. Para empezar, no me puedo creer que te siguiera allí.

Luke guardó silencio, y Glass no pudo resistirse a mirarlo un momento. La observaba fijamente con expresión herida. Siempre le había preocupado no estar a la altura de Glass, estar privándola de una vida mejor en Fénix. Y ahora allí estaba ella, utilizando aquellos miedos a los que siempre había quitado importancia para asegurarse de que Luke la detestase.

—¿De verdad piensas eso? —le preguntó por fin—. Pensaba que nosotros… Glass, te quiero —dijo con impotencia.

—Yo nunca te he querido —le costó tanto pronunciar aquellas palabras que, cuando lo hizo, tuvo la sensación de que le arrancaban el alma de cuajo—. ¿No te das cuenta? Para mí, esto siempre ha sido un juego. Quería saber cuánto tiempo podía alargarlo sin que me pillasen. Pero ya estoy harta. Me aburro.

Luke le cogió la barbilla y le empujó la cara hacia arriba para obligarla a mirarlo a los ojos. Buscaba alguna señal de que la verdadera Glass seguía allí dentro, escondida.

—No hablas en serio —a Luke se le rompió la voz—. No sé qué pasa, pero esta no eres tú. Glass, háblame. Por favor.

Por un breve instante, Glass vaciló. Podía decirle la verdad. Luke la comprendería, seguro; le perdonaría todas las barbaridades que acababa de decirle. Ella apoyaría la cabeza en su hombro y fingiría que todo iba a ir bien. Lo afrontarían juntos.

Al momento recordó que Luke sería ejecutado. Pensó en la inyección letal que le hundirían en la carne antes de lanzarlo al frío vacío espacial.

El único modo de salvar el corazón de Luke era rompiéndolo:

—Ni siquiera me conoces —dijo ella, apartándose. Un dolor caliente y afilado le atravesó el pecho—. Toma —concluyó. Parpadeando para ahuyentar las lágrimas, se llevó las manos a la nuca para desabrocharse la gargantilla—. Ya no la quiero.

Cuando la depositó en la mano de Luke, él la miró de hito en hito, con una expresión horrorizada y conmocionada.

Casi sin darse cuenta, Glass salió corriendo del apartamento y cerró de un portazo a su espalda. Siguió corriendo hasta llegar al puente estelar, concentrada en el ruido de sus pasos contra el suelo. Izquierda, derecha, izquierda, derecha. *Solo tienes que llegar a casa,* se decía. *Solo tienes que llegar a casa. Cuando estés allí, ya llorarás.*

Sin embargo, en cuanto dobló un recodo, trastabilló y se desplomó en el suelo, apretándose el vientre con las manos.

—Lo siento —susurró Glass con suavidad, sin saber si le hablaba al bebé, a Luke o a su propio corazón roto.

Capítulo 21
Clarke

La tensión en el hospital de campaña era tan palpable que Clarke apenas si podía respirar.

Rondaba en silencio el lecho de Thalia, tratando en vano de detener la infección que ya se había apoderado de sus riñones y avanzaba implacable hacia su hígado. Mientras tanto, maldecía en silencio el egoísmo de Octavia. ¿Cómo podía estar allí sentada, viendo cómo Thalia entraba y salía de la consciencia, y no devolver los medicamentos robados?

En aquel instante, echó un vistazo al rincón donde Octavia yacía acurrucada. Los carnosos mofletes y las espesas pestañas acentuaban su aspecto aniñado, y la rabia de Clarke se transformó en duda y remordimiento. ¿Y si no había sido Octavia? Pero entonces, ¿quién?

Miró la pulsera que llevaba clavada a la muñeca. Si Thalia aguantaba hasta que llegara la próxima remesa de colonos, se pondría bien. Por desgracia, no había modo de saber cuánto faltaba para eso. El Consejo esperaría a tener datos concluyentes sobre los niveles de radiación, al margen de lo que sucediese en la Tierra.

El Consejo, Clarke lo sabía, concedería tan poca importancia a la muerte de Thalia como a la de Lilly. Los huérfanos y los criminales no contaban.

Mientras veía a Thalia respirar trabajosamente, una furia repentina estalló en su interior. Se negaba a quedarse allí sentada esperando a que su amiga muriese. ¿Acaso los seres humanos no llevaban milenios curando enfermedades antes del descubrimiento de la penicilina? Tenía que haber algo allá en el bosque capaz de detener una infección. Trató de recordar lo poco que había aprendido sobre plantas en clase de Biología terrestre. A saber si aquellas plantas seguían existiendo siquiera; todo parecía haber mutado tras el Cataclismo. Pero como mínimo debía intentarlo.

—Vuelvo enseguida —le susurró a su amiga dormida. Sin dar ninguna

explicación al chico arcadio que hacía guardia junto a la tienda, Clarke abandonó el hospital a toda prisa y enfiló en dirección al bosque, sin molestarse en coger nada de la tienda almacén; no quería llamar la atención. Sin embargo, no había avanzado ni diez metros cuando una voz familiar rechinó en sus tímpanos.

—¿Adónde vas? —le preguntó Wells a la vez que echaba a andar junto a ella.

—A buscar plantas medicinales —estaba demasiado cansada para mentirle, y de todos modos daba igual; él siempre pillaba sus mentiras. Por alguna razón, la santurronería que lo había cegado a verdades como puños no le impedía leer en los ojos de Clarke todos sus secretos.

—Te acompaño.

—Prefiero ir sola, gracias —repuso Clarke apretando el paso, como si eso pudiera detener al chico que había cruzado el sistema solar para estar con ella—. Quédate aquí por si alguna turba necesita un líder.

—Tienes razón. La cosa se desmadró un poco ayer por la tarde —dijo él frunciendo el ceño—. No quería que le hiciesen nada a Octavia. Solo pretendía ayudar. Sé que necesitas esa medicina para curar a Thalia.

—*Solo pretendía ayudar*. Me suena esa frase —Clarke se volvió bruscamente a mirarle. No tenía ni tiempo ni fuerzas para hacer que se sintiera mejor en aquellos momentos—. ¿Pues sabes qué, Wells? Esta vez también has conseguido que alguien acabara confinado.

Él se detuvo en seco y Clarke giró la cabeza, incapaz de afrontar su expresión herida. Sin embargo, no pensaba sentirse culpable. Nada de lo que pudiera decirle podría causarle ni una milésima parte del daño que él le había hecho.

Con la mirada al frente, Clarke se internó en el bosque, esperando a medias oír unos pasos tras ella. En esta ocasión, sin embargo, solo oyó silencio.

Cuando llegó al arroyo, la desesperación había reemplazado la furia que se había llevado al bosque. La científica que había en ella se avergonzaba de su propia ingenuidad. Había sido una boba al pensar que podría reconocer alguna de las plantas que le habían descrito hacía seis años, y aún más al creer que tendrían el mismo aspecto después de tanto tiempo. Pero se negaba a volver, en parte por orgullo y en parte porque deseaba evitar a

Wells el máximo tiempo posible.
Hacía demasiado frío para vadear la corriente, así que trepó por la quebrada y caminó por la cresta de la montaña para bajar por el otro lado. Nunca se había alejado tanto. Aquel lugar parecía diferente; incluso el aire emanaba un aroma distinto al que desprendía cerca del campamento. Cerró los ojos, pensando que así le costaría menos identificar la extraña mezcla de fragancias que no tenía palabras para describir. Era como evocar un recuerdo que nunca te ha pertenecido.
El terreno era más llano allí que en ninguna otra zona del bosque. Más adelante, los árboles crecían separados entre sí, tanto que parecían cederle el paso, como si notaran la presencia de Clarke y se hubieran retirado a ambos lados para facilitarle el camino.
Clarke se disponía a arrancar una hoja en forma de estrella cuando un destello la detuvo. Algo encajado entre dos enormes árboles reflejaba la luz poniente.
Con el corazón desbocado, dio un paso adelante.
Era una ventana.
Despacio, Clarke echó a andar hacia ella. Se sentía como en mitad de un sueño. La ventana estaba flanqueada por dos árboles, que debían de haber crecido entre las ruinas de algún edificio. Al acercarse, descubrió que la ventana estaba compuesta de muchos cristales de colores y, todos juntos, creaban una imagen, aunque las grietas le impedían distinguir el motivo.
Tendiendo la mano, acarició el cristal con cuidado. Se estremeció cuando el frío de la superficie caló en sus dedos. Por un instante, se sorprendió a sí misma ansiando que Wells estuviera con ella. Por mucho rencor que le guardase, jamás lo privaría de la posibilidad de admirar una de las ruinas con las que había soñado toda su vida.
Se dio media vuelta y rodeó uno de los grandes árboles. Había otra ventana, pero estaba rota y los fragmentos de cristal brillaban en el suelo. Se aproximó al hueco y se agachó para mirar adentro. La irregular abertura era casi lo bastante grande como para cruzarla. El sol empezaba a ponerse y sus rayos anaranjados parecían proyectarse justo a través del hueco para iluminar algo semejante a un suelo de madera. El instinto le gritaba que se alejara de allí, pero Clarke no pudo detenerse.
Con mucho cuidado para que el cristal no le arañase la piel, introdujo la mano por el hueco de la ventana y tocó la madera. Nada. Cerró el puño y le dio unos golpes. Al instante se elevó una nube de polvo que la hizo toser,

pero parecía sólida. Se puso a pensar. El edificio había sobrevivido todo aquel tiempo. Seguro que el suelo soportaba su peso.

Con cuidado, pasó una pierna y luego la otra por la abertura. Contuvo el aliento pero todo siguió en su sitio.

Al mirar arriba y a su alrededor, Clarke ahogó un grito.

Las paredes se elevaban por los cuatro costados hasta converger en un techo situado a varios metros de su cabeza, más alto incluso que el tejado de los campos solares. La oscuridad no era tan cerrada como ella esperaba. Había ventanas a lo largo de la pared opuesta, intactas, que no se veían desde el exterior. Los rayos de luz se filtraban por los cristales e iluminaban los millones de partículas de polvo que bailaban en el aire.

Clarke se puso en pie despacio. Atisbó una barandilla ante ella, a la altura de su cadera, que discurría en paralelo al suelo. Se hallaba de pie sobre un palco que daba a un espacio enorme. Debajo, reinaba una oscuridad casi absoluta, seguramente porque gran parte del edificio había quedado enterrado, pero distinguía el contorno de los bancos. No se atrevió a acercarse a la barandilla para ver mejor, pero a medida que sus ojos se adaptaban a la oscuridad, empezó a distinguir otras formas perfiladas en la penumbra.

Cuerpos.

Al principio se dijo que todo era obra de su imaginación, que la oscuridad le había jugado una mala pasada. Cerró los ojos y se reprendió a sí misma por ser tan mema, pero cuando volvió a mirar, las formas seguían allí.

Había dos esqueletos tapados sobre uno de los bancos y otro más pequeño que yacía a sus pies. Aunque no podía saber si alguien había tocado los huesos, se diría que aquellas personas habían muerto abrazadas. ¿Intentaban conservar el calor mientras los cielos se oscurecían y el invierno nuclear se adueñaba del planeta? ¿Cuánta gente quedaría viva a aquellas alturas?

Clarke dio otro pasito adelante, pero esta vez la madera emitió un peligroso crujido. Se detuvo en seco y empezó a retroceder muy despacio. Un fuerte chasquido rompió el silencio y el suelo se desplomó a sus pies.

Agitando las manos con desesperación, se cogió al borde del balcón justo cuando la barandilla y el suelo se precipitaban hacia abajo. Se quedó con las piernas colgando en el enorme espacio abierto mientras los trozos de madera se estrellaban estrepitosamente contra la piedra.

Clarke lanzó un grito agudo que se elevó hacia el techo y se extinguió, uno más de todos aquellos ecos fantasma que aún perduraban entre el polvo. Sus dedos empezaron a resbalar.

—¡Socorro!

Recurriendo a todas sus fuerzas, intentó darse impulso hacia arriba, los brazos temblándole del esfuerzo, aunque los dedos no la sostenían. Se puso a gritar otra vez, pero ya no le quedaba aire en los pulmones y la palabra murió en sus labios antes de que Clarke se diese cuenta de que intentaba aullar el nombre de Wells.

Capítulo 22
Wells

El grito de Clarke alertó hasta el último nervio de su cuerpo. De inmediato, Wells echó a correr. Le había costado mucho seguirla por los bosques, sobre todo porque había tenido que hacerlo a distancia; se habría puesto furiosa si lo hubiera visto.

—¡Clarke! —gritó mientras introducía la cabeza por el hueco del cristal roto.

Estaba muy oscuro en el interior de la ruina, pero no tenía tiempo de sacar la linterna. Distinguió a duras penas unos dedos que se aferraban a una orilla desigual. Agachado, Wells cruzó la abertura y fue a parar a una plataforma de madera. Se deslizó a rastras hacia delante. Cuando llegó al borde de la estructura, se cogió a la pared de piedra y aferró la muñeca de Clarke.

—¡Te tengo! —dijo.

Había hablado demasiado pronto. Cuando la otra mano de la chica perdió apoyo, Wells tuvo que sostener todo el peso. Empezó a deslizarse hacia el borde.

—¡Clarke! —volvió a chillar—. ¡Aguanta!

Gruñendo por el esfuerzo, consiguió sentarse y apoyar un pie contra la pared. Mientras, los dedos de Clarke se deslizaban entre su mano sudorosa.

—¡Wells! —aulló ella. El eco de su voz resonó en el cavernoso espacio, como si hubiera cien chicas en peligro.

Wells apretó los dientes y tiró de ella. Jadeando de alivio y cansancio, vio cómo la otra mano de Clarke se asía al borde del palco.

—Ya casi estás. Venga.

Clarke apoyó los codos en la plataforma de madera, y él se inclinó para cogerla por los brazos. Tiró de ella hasta que vio asomarse el resto de su cuerpo. Por fin, cayeron amontonados contra la pared de piedra.

Llorando, Clarke intentaba recuperar el aliento.

—Todo va bien —le dijo Wells, rodeándola con los brazos—. Ya estás a salvo.

Supuso que ella se apartaría. En cambio, Clarke se recostó contra él. Wells la estrechó con más fuerza.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó ella con la voz ahogada por el abrazo —. Pensaba… Tenía la esperanza de que…

—Te he seguido… Estaba preocupado —explicó Wells, que hablaba contra la cabeza de Clarke—. Siempre cuidaré de ti. Pase lo que pase.

Wells había hablado sin pensar, pero en cuanto hubo pronunciado las palabras se dio cuenta de que era verdad. Aunque algún día besara a otra chica —aunque le gustara otra— Clarke siempre podría contar con él.

Ella no respondió, pero tampoco deshizo el abrazo.

Wells la retuvo contra sí, temiendo que si hablaba se rompiera el hechizo. Su alivio creció hasta transformarse en alegría. A lo mejor aún podía recuperarla. Quizás allí, en las ruinas del viejo mundo, pudieran construir algo nuevo.

Capítulo 23
Bellamy

Empezaría por dejar que aquellos cerdos se murieran de hambre. Luego, quizá cuando estuvieran tan famélicos que se arrastraran ante él suplicando perdón, saldría de caza. Pero tendrían que conformarse con una ardilla o alguna otra pieza pequeña; ni en sueños pensaba cazar otro ciervo para ellos.

Bellamy se había pasado la noche en vela, vigilando el hospital de campaña para asegurarse de que nadie se acercaba a su hermana. Ahora que ya había amanecido, decidió caminar un poco por el perímetro del campamento. Tenía energía que quemar.

Cruzó el lindero del bosque y su cuerpo se relajó al instante cuando las sombras lo rodearon. A lo largo de las semanas pasadas, había descubierto que prefería la compañía de los árboles a la presencia de otras personas. Se estremeció cuando un viento frío le azotó la nuca y alzó la vista. Los claros de cielo visibles entre las ramas se habían teñido de gris, y el aire poseía una cualidad distinta; casi húmeda. Agachó la cabeza y siguió andando. A lo mejor la Tierra se había hartado de sus chorradas y estaba preparando un segundo invierno nuclear.

Dio media vuelta y deambuló hacia el arroyo, donde solía encontrar rastros de animales. Sin embargo, un aleteo a pocos metros de allí captó su atención y se detuvo a mirar.

Algo de un rojo intenso ondeaba al viento. Puede que fuera una hoja, pero no había nada más cerca de aquella sombra. Bellamy forzó la vista y, notando un extraño hormigueo en la nuca, avanzó unos pasos. Era la cinta de Octavia. No sabía qué hacía allí —hacía días que su hermana no se internaba en el bosque—, pero la reconoció perfectamente. Hay cosas que nunca se olvidan.

Los pasillos estaban a oscuras cuando Bellamy subió a toda prisa las escaleras que conducían a su vivienda. Había valido la pena saltarse el toque de queda, siempre y cuando no lo pescasen. Usando un viejo conducto de ventilación, demasiado estrecho para que nadie salvo un niño lo utilizase, se había colado en un almacén abandonado de la cubierta C del que le habían hablado. Estaba atestado de toda clase de tesoros: un sombrero de ala ancha coronado por un extraño pájaro, una caja con una inscripción que rezaba ABDOMINALES EN OCHO MINUTOS (a saber lo que significaba), una cinta roja enrollada al mango de una bolsa con ruedas. Bellamy había cambiado casi todos sus hallazgos por créditos, pero se había quedado la cinta, aunque les habría proporcionado comida para un mes. Quería regalársela a Octavia.

Presionó el escáner con el pulgar y abrió la puerta despacio. Se quedó helado. Alguien se movía en el interior. A esas horas, su madre solía dormir. Avanzó en silencio, solo lo suficiente para oír mejor, y se relajó cuando un sonido familiar llegó a sus oídos. Su madre cantaba la canción de cuna favorita de Octavia, algo que hacía constantemente. Se sentaba en el suelo y entonaba la nana a través de la puerta del armario hasta que Octavia se dormía. Suspiró aliviado. No parecía que su madre fuera a gritarle o, lo que era peor, a sufrir una de sus lloreras, tan inconsolables que a Bellamy le daban ganas de esconderse en el armario con Octavia.

El niño sonrió cuando, al entrar en la habitación principal, vio a su madre sentada en el suelo.

—Duerme, mi niño, no llores más, que una estrella un día tendrás, y si la estrella no puede cantar, un trozo de luna te dará mamá —otro sonido flotó hacia él en la oscuridad, como un soplido. ¿Sería el sistema de ventilación, que se había vuelto a estropear? Bellamy avanzó un paso—. Y si la luna deja de brillar, un pajarillo…

Bellamy volvió a escuchar aquel ruido, aunque esta vez sonó más como un resuello.

—¿Mamá? —el niño dio otro paso. Su madre estaba acuclillada delante de algo—. ¡Mamá! —gritó, abalanzándose hacia ella.

La mujer rodeaba el cuello de Octavia con las manos y, a pesar de la oscuridad, Bellamy advirtió que su hermana tenía la cara amoratada. Empujó a su madre a un lado y cogió a Octavia en brazos. Por una milésima de segundo, pensó que estaba muerta, pero el bebé se agitó enseguida y empezó a toser. Bellamy jadeó. El corazón le latía a toda velocidad.

—Solo estábamos jugando —dijo la madre con un hilo de voz—. No podía dormir. Solo estábamos jugando.

Bellamy acunó a Octavia contra su pecho, haciendo ruiditos para tranquilizarla. Se quedó mirando la pared mientras una extraña sensación se apoderaba de él. No estaba seguro de lo que se proponía su madre, pero no le cabía duda de que volvería a intentarlo.

Bellamy se puso de puntillas y tendió la mano hacia la cinta. Rodeó con los dedos la famosa tira de satén, pero cuando la estiró para cogerla se dio cuenta de que no estaba enganchada a la rama; la habían atado.

¿Habría encontrado alguien la diadema y la habría anudado para que no se perdiera? ¿No sería más lógico que la hubieran llevado al campamento? Pasó la mano por la rama con ademán distraído, acariciando la áspera corteza, y luego continuó tronco abajo. De repente, se quedó de una pieza. Acababa de notar un vacío, como un hueco en el tronco del que sobresalía un trozo de madera. ¿Un nido, tal vez?

Cuando Bellamy cogió el extremo y estiró, observó horrorizado cómo

los medicamentos que Clarke y él habían encontrado se precipitaban al exterior. Pastillas, jeringuillas, frascos… Todo se desperdigó por la hierba, a sus pies. Su cerebro buscó una explicación a toda prisa, algo que pusiese freno al pánico que se agolpaba en su pecho.

Cayó de rodillas con un gemido y cerró los ojos.

Era verdad. Octavia había robado los medicamentos. Los había escondido en el tronco y luego había marcado el árbol con la cinta, para poder encontrarlos más tarde. Pero no entendía por qué lo había hecho. ¿Acaso le preocupaba lo que pudiera pasarles si uno de los dos caía enfermo? A lo mejor tenía pensado llevarse las medicinas cuando se separaran del grupo.

De repente, las palabras de Graham resonaron en su mente. «No podemos permitir que nadie muera, solo porque tu hermana sea una drogadicta».

El chico encargado de hacer guardia a la puerta del hospital de campaña se había dormido. No le dio tiempo ni a ponerse en pie y murmurar a toda prisa un «eh, no puedes entrar ahí» antes de que Bellamy cruzara la cortina de entrada. Miró rápidamente a ambos lados para cerciorarse de que no hubiera nadie más presente, aparte de la amiga de Clarke, y avanzó a grandes zancadas hacia el catre de Octavia, donde su hermana, sentada con las piernas cruzadas, se trenzaba el pelo.

—Pero tú ¿de qué vas? —le susurró con rabia.

—¿De qué estás hablando? —repuso Octavia en un tono entre fastidiado y aburrido, como si le estuviera preguntando por los deberes, como hacía cuando iba a visitarla al centro de cuidados.

Bellamy le tiró la cinta al camastro y se quiso morir cuando contempló la expresión horrorizada de Octavia.

—Yo no he… —tartamudeó la chica—. Yo no estuve…

—Corta ya, O —le espetó su hermano—. Y sigue trenzándote el pelo mientras una chica se muere delante de ti.

Octavia echó una ojeada a Thalia y luego bajó la vista.

—No sabía que estuviera tan enferma —se excusó en voz baja—. Clarke ya le había inyectado el medicamento. Cuando comprendí que necesitaba más, era demasiado tarde. Se pusieron como fieras, ya los viste. Parecían capaces de cualquier cosa —cuando volvió a alzar la vista, sus ojos azules

estaban inundados de lágrimas—. Hasta tú me odias, y eso que eres mi hermano.

Bellamy suspiró y se sentó junto a Octavia.

—No te odio —le tomó la mano y se la apretó—. Es solo que no lo entiendo. ¿Por qué lo has hecho? Y quiero la verdad esta vez, por favor.

La niña guardó silencio y Bellamy pudo sentir cómo la piel de su hermana se humedecía al tiempo que comenzaba a temblar.

—¿Octavia? —Bellamy le soltó la mano.

—Los necesito —repuso ella con un hilo de voz—. No puedo dormir si no tomo algo —se interrumpió y cerró los ojos—. Al principio, solo tomaba las medicinas por la noche. Tenía unas pesadillas horribles, y la enfermera del centro de cuidados me dio una pastilla para dormir, pero entonces todo empeoró. A veces ni siquiera podía respirar; tenía la sensación de que el universo entero se me caía encima y me aplastaba. Y por mucho que le suplicaba, la enfermera no quería darme más pastillas, así que empecé a robarlas. Era lo único que me aliviaba.

Bellamy no le quitaba ojo.

—¿Era eso lo que robabas cuando te detuvieron? —preguntó despacio. Poco a poco, se hacía la luz en su mente—. No cogías comida para los niños del centro de cuidados. Robabas pastillas.

Octavia asintió en silencio, deshecha en lágrimas.

—O —suspiró Bellamy—, ¿por qué no me lo dijiste?

—Sé lo mucho que te preocupas por mí —la niña inspiró profundamente —. Haces lo posible por protegerme, todo el tiempo. No quería que pensases que habías fracasado.

A Bellamy se le hizo trizas el corazón. No sabía qué le hacía más daño: saber que su hermana era adicta a las drogas o comprender que no le había dicho la verdad porque lo consideraba incapaz de ver nada que no fuera su necesidad de protegerla. Cuando por fin habló, estaba punto de echarse a llorar.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó. Por primera vez en su vida, no tenía ni idea de cómo ayudar a su hermana—. ¿Qué será de ti cuando devolvamos los medicamentos?

—Estaré bien. Aprenderé a vivir sin ellos. Todo es más fácil aquí — tendió la mano para coger la de su hermano mientras le lanzaba una mirada extraña, casi suplicante—. ¿Preferirías no haber venido aquí conmigo?

—No —replicó Bellamy con seguridad, mientras negaba con la cabeza

—. Solo necesito un poco de tiempo para asimilar todo esto —se puso en pie y de nuevo clavó los ojos en su hermana—. Pero tienes que devolverle los medicamentos a Clarke. Y debes ser tú la que le explique lo sucedido. Hablo en serio, O.

—Ya lo sé —Octavia asintió. Se volvió a mirar a Thalia, alicaída—. Lo haré esta noche.

—Vale.

Con un suspiro, Bellamy abandonó la tienda y se internó en el claro. Cuando llegó al límite de los árboles, inspiró a fondo, dejando que el aire húmedo barriera aquel dolor que casi le impedía respirar. Echó la cabeza hacia atrás, para que el viento le refrescara la ardiente piel del rostro. Allí en el claro, donde los árboles no tapaban la vista, el cielo se veía aún más oscuro, casi negro. De repente, una luz zigzagueante cruzó el cielo, seguida de un tremendo estallido que sacudió la tierra misma. Bellamy dio un respingo y el claro se llenó de gritos, que pronto fueron ahogados por una segunda explosión ensordecedora, aún más fuerte que la primera, como si el cielo estuviera a punto de desplomarse sobre sus cabezas.

En aquel momento, algo empezó a caer del cielo. Eran gotas de agua, que le resbalaban por la piel, mojaban su cabello y le empapaban rápidamente la ropa. *Lluvia*, comprendió Bellamy. Lluvia de verdad. Echó la cabeza hacia atrás y, por un momento, la gloriosa sensación le hizo olvidar todo lo demás: lo enfadado que estaba con Graham, Wells y Clarke; lo mucho que le preocupaba su hermana; los chillidos de aquellos idiotas que ignoraban que la lluvia es inofensiva. Cerró los ojos y dejó que el agua arrastrara el sudor y el polvo que le ensuciaban la cara. Por un segundo, se concedió el lujo de imaginar que las gotas podían limpiarlo todo: la sangre, las lágrimas, el hecho de que Octavia y él se hubieran fallado el uno al otro. Podían empezar de cero, volver a intentarlo.

Bellamy abrió los ojos. Aquello no tenía ningún sentido, y lo sabía. La lluvia no era sino agua, y los nuevos comienzos no existen. Es el problema de los secretos; los llevas contigo por siempre, mal que te pese.

Capítulo 24
Glass

Mientras cruzaba el puente estelar, la horrible certeza de que su madre tenía razón pesaba en el corazón de Glass. No podía correr el menor riesgo; no solo por sí misma sino tampoco por Luke. ¿Y si el canciller despertaba y revocaba su indulto, y luego Luke hacía alguna tontería como reconocer la verdad acerca del embarazo? La historia se repetía, pero Glass sabía que siempre haría la misma elección. Optaría una y otra vez por proteger al chico que amaba.

Llevaba varios días evitando a Luke, aunque lo convocaban tan a menudo para hacer turnos de emergencia que dudaba mucho de que él se hubiera dado cuenta siquiera. Por fin habían quedado en que Glass pasaría por su casa aquella noche, y se le encogía el corazón solo de pensar que la recibiría con aquella sonrisa suya. Por lo menos, esta vez no habría engaños ni mentiras. Se limitaría a decirle la verdad, por muy terrible que fuera. Puede que Luke volviese a buscar consuelo en Camille, y de ese modo el círculo se cerraría. La mera idea le partía el alma, pero ignoró la sensación y siguió andando.

Cuando se acercaba al final del puente, se fijó en un pequeño grupo que se había reunido cerca del punto de control. Unos cuantos guardias hablaban en corro mientras que un buen grupo de civiles susurraban entre sí, mirando algo situado al otro lado de la ventana con vistas a las estrellas que flanqueaba el pasillo. Glass conocía a algunos de los guardias: era el equipo de Luke, miembros del cuerpo de ingenieros de élite. La mujer del cabello canoso que hacía rápidos gestos, manipulando el holograma que flotaba ante ella, era Bekah. A su lado estaba Ali, un chico de piel oscura y brillantes ojos verdes, que observaba con atención la imagen creada por Bekah.

—¡Glass! —exclamó Ali con cariño al verla aproximarse. Se acercó a un

trote ligero y le cogió las manos—. Me alegro mucho de verte. ¿Cómo estás?

—Estoy… bien —farfulló ella, desconcertada.

¿Qué sabían exactamente? ¿Saludaban a la ex de Luke, a la niñata de Fénix que le había roto el corazón, o a la novia fugitiva? Fuera como fuese, Ali la había recibido con mucha más amabilidad de la que merecía.

Bekah saludó a Glass con una sonrisa rápida y volvió a sus diagramas. Frunciendo el ceño, hizo girar un indescifrable esquema tridimensional.

—¿Dónde está Luke? —preguntó Glass mirando a ambos lados. Si su equipo seguía de servicio, seguro que no había llegado aún a casa.

Ali señaló la ventana con una sonrisa.

—Mira afuera.

Glass se dio media vuelta despacio y tuvo la sensación de que se le helaba hasta el último átomo del cuerpo. Ya sabía lo que iba a ver. Dos figuras enfundadas en sendos trajes espaciales flotaban en el exterior, unidas a la nave por finos cordones. Llevaban los equipos de herramientas atados a la espalda y avanzaban junto al puente estelar ayudándose con las manos enguantadas.

Glass se movió como en trance hasta pegar la cara al cristal. Observó horrorizada cómo las dos figuras intercambiaban un asentimiento y luego desaparecían bajo el puente. La unidad de Luke se encargaba de las reparaciones más delicadas, pero el año anterior, cuando Glass y él habían empezado a salir, Luke era un miembro de rango inferior. Sabía que lo habían ascendido, pero ¿quién iba a imaginar que tardaría tan poco en salir al espacio?

La idea de que Luke estuviera allí fuera, de que nada salvo un ridículo cordón y un traje presurizado lo separaran de la fría inmensidad, le producía vértigo. Glass se cogió a la barandilla para sosegarse y elevó una silenciosa plegaria a las estrellas, pidiéndoles que cuidaran de él.

Llevaba dos semanas sin salir de casa. Ni siquiera las prendas más holgadas ocultaban ya la redondez de su vientre, que crecía con alarmante rapidez. Glass no sabía cuánto tiempo más podría su madre inventar excusas para explicar su ausencia. Ya no respondía los mensajes de sus amigos y, por fin, estos habían renunciado a contactar con ella. Todos excepto Wells, que le escribía a Glass cada día sin falta.

Desplegó la lista de mensajes para releer la nota que su mejor amigo le había enviado aquella misma mañana.

Sé que algo va mal, y espero que sepas que siempre podrás contar conmigo para lo que necesites. Y aunque no me contestes (o no puedas contestarme) seguiré enviando mis rollos a tu correo, pase lo que pase, porque eres mi mejor amiga y nunca dejaré de echarte de menos.

Wells proseguía el mensaje hablando de lo mucho que le disgustaba el entrenamiento para oficial, y concluía con algunos comentarios crípticos en relación a Clarke. Glass esperaba que no tuvieran problemas graves; Clarke tenía que darse cuenta de lo afortunada que era. En todo Fénix, no había un chico más dulce y listo que Wells, aunque le correspondiese a Luke el honor de ser el más dulce y listo de la colonia. Luke, que ya no formaba parte de su vida.

Lo único que impedía que Glass se volviera loca era la presencia de aquel ser que crecía en su interior. Se llevó la mano al vientre y le susurró una vez más lo mucho que lo quería. Estaba segura de que era un chico.

De repente, alguien llamó a la puerta. Se levantó a toda prisa para correr a su cuarto y encerrarse dentro. Los guardias, por desgracia, ya habían irrumpido en la casa.

—Glass Sorenson —ladró uno de ellos. Bajó los ojos a la barriga de la chica, hinchada a más no poder—. Queda usted arrestada por haber violado la Doctrina Gaia.

—Por favor, dejen que les explique —Glass jadeó, presa de un pánico incontenible. Sintió que le faltaba el aire. La cabeza le daba vueltas y le costaba discernir qué palabras salían de su boca y cuáles sencillamente se amontonaban frenéticas en su pensamiento.

Rápido como el rayo, un guardia le aferró las muñecas y se las retorció a la espalda para que otro le pusiera las esposas.

—No —suplicó ella—. Por favor. Fue un accidente.

Glass hincó los pies en el suelo, pero no le sirvió de nada. Los guardias ya la sacaban a rastras de la habitación.

En aquel momento, un instinto primario y salvaje se apoderó de ella. Abalanzándose contra el guardia que la sujetaba, Glass le pateó las espinillas con fuerza y le clavó el codo en la garganta. Él la sujetó aún más fuerte sin dejar de arrastrarla por el pasillo, hacia la escalera.

Un sollozo nació de sus entrañas al comprender que nunca volvería a ver a Luke. El pensamiento la golpeó con la fuerza de un martillo. De repente, le fallaron las piernas. Tratando de impedir que cayera, el guardia que la apresaba se tambaleó hacia atrás mientras ella se desplomaba.

Puedo hacerlo, pensó Glass, que sacó partido de aquel descuido momentáneo para embestir con fuerza hacia delante. Por un instante breve y maravilloso, notó que la esperanza se abría paso entre el pánico. Aquella era su oportunidad. Escaparía.

Pero entonces el guardia la agarró por detrás y ella perdió pie. Se golpeó el hombro contra el rellano y, de repente, notó que caía por aquella escalera estrecha y mal iluminada.

El mundo desapareció.

Cuando volvió a abrir los ojos, le dolía todo el cuerpo. Las rodillas, la espalda, la barriga…

La barriga. Intentó mover las manos para palparse el vientre, pero las tenía atadas. No, esposadas, comprendió con un horror creciente. Claro, era una convicta.

—Ah, cielo, estás despierta —la saludó una voz dulce.

Tratando de enfocar la mirada, distinguió a duras penas una forma que se acercaba. Era una enfermera.

—Por favor —suplicó Glass con voz ronca—. ¿Está bien? ¿Puedo cogerlo?

La mujer se detuvo y antes de que abriese la boca Glass supo lo que iba a decir. Sentía en su interior la horrible y dolorosa ausencia.

—Lo siento —dijo la enfermera en un susurro. Glass no le veía la boca y tuvo la impresión de que la voz procedía de alguna otra parte—. No hemos podido salvarlo.

Se dio media vuelta en la cama, sin importarle que el frío metal de las esposas le mordiera la carne, indiferente al dolor. Cualquier sensación sería mejor que aquella, esa pena inconsolable

que la acompañaría el resto de su vida.

Por fin, las dos figuras reaparecieron por debajo del puente. Glass suspiró con fuerza a la vez que apoyaba la mano en el cristal. ¿Cuánto tiempo llevaba conteniendo el aliento?

—¿Te encuentras bien? —le preguntó una voz de mujer y, por un momento, pensó horrorizada que volvía a estar en la habitación del hospital, con la enfermera. Pero solo era la guardia amiga de Luke, Bekah, que la miraba preocupada.

Cayó entonces en la cuenta de que tenía la cara mojada. Estaba llorando. Ni siquiera le dio vergüenza, tal fue el alivio que sintió cuando volvió a ver a Luke sano y salvo al otro lado del cristal.

—Gracias —balbuceó. Cogió el pañuelo que Bekah le ofrecía y se secó las lágrimas.

En el exterior, Luke había emprendido el regreso cogido a la cuerda. Colocaba una enguantada mano delante de la otra en dirección a la esclusa.

Alrededor de Glass, varios curiosos aplaudieron y entrechocaron las palmas, pero ella se quedó junto a la ventana, con los ojos fijos en el lugar donde había visto a Luke por última vez. Todo aquello que pensaba al llegar al puente estelar le parecía tan lejano como los restos de un sueño. Jamás cortaría el lazo que los unía igual que no podía cortar el cordón que lo ataba a la nave. Sin Luke, la vida sería algo tan frío y solitario como el espacio estelar.

—Eh, tú —dijo una voz a su espalda, y Glass se giró rápidamente para arrojarse en sus brazos. La camiseta térmica de Luke estaba empapada de sudor, sus rizos húmedos y sucios, pero a ella no le importó.

—Estaba preocupada por ti —farfulló contra la tela.

Él se rio y, abrazándola con más fuerza, le dio un beso en la coronilla.

—Qué agradable sorpresa.

Glass lo miró, sin preocuparse de sus ojos hinchados ni de su nariz mocosa.

—No pasa nada —dijo Luke, que intercambió una mirada divertida con Ali antes de volverse hacia Glass—. Es parte del trabajo.

Aún tenía el pulso demasiado acelerado como para hablar así que se limitó a asentir. Esbozó una sonrisa avergonzada en dirección a Bekah, Ali y los demás.

—Vamos —dijo Luke a la vez que la cogía de la mano para bajar del puente.

Cuando llegaron a Walden, la respiración de Glass por fin había vuelto a la normalidad.

—No me puedo creer que hagas eso —comentó en voz baja—. ¿No te mueres de miedo?

—Impresiona, pero también es muy emocionante. Todo es tan… inmenso allí fuera. Sé que suena un poco cursi —se interrumpió, y Glass negó con la cabeza. Ambos sabían mucho de espacios cerrados y de lo que significaba sentirse atrapado, aunque fuera en un lugar tan grande como la nave.

—Me alegro de que todo haya ido bien —dijo.

—Sí, ha ido bien. Bueno, más o menos —Luke aflojó los dedos que sostenían la mano de Glass y su voz sonó algo más tensa—. Hemos localizado un fallo en la esclusa de aire. Se debe de haber aflojado una válvula porque la nave perdía oxígeno.

—Pero lo habéis arreglado, ¿no?

—Claro. Para eso hemos estudiado —Luke le apretó la mano.

De repente, Glass se detuvo en seco, se giró hacia Luke y se puso de puntillas para besarlo, allí, en mitad del concurrido pasillo. Le traía sin cuidado que los vieran. Pasara lo que pasase, pensó mientras lo besaba con un ansia casi desesperada, no permitiría que nada volviera a separarlos.

Capítulo 25
Bellamy

El murmullo de la conversación se mezclaba con el chisporroteo de la hoguera mientras Bellamy contemplaba las temblorosas llamas. Habían pasado unas cuantas horas desde que había hablado con Octavia y de momento su hermana no había aparecido por allí. Esperaba que no demorara la devolución de los medicamentos. Sabía que no podía obligarla a entregarlos. Si lo hacía, su relación con ella se deterioraría sin remedio. Debía demostrarle que confiaba en ella, y Octavia tendría que hacer lo correcto para ser digna de esa misma confianza.

Había dejado de llover, pero la tierra seguía mojada. Las pocas rocas que rodeaban la hoguera, consideradas zona VIP tras el chaparrón, habían provocado algunas escaramuzas, pero, en general, todo el mundo parecía dispuesto a soportar la hierba encharcada con tal de poder sentarse junto al calor de las llamas. Unas cuantas chicas habían optado por una solución alternativa y ahora descansaban sobre el regazo de otros tantos chicos, que parecían encantados con el arreglo.

Echó un vistazo al corro, buscando a Clarke. Había mucho más humo que de costumbre, seguramente por la humedad de la leña, y tardó un poco en localizar el destello cobrizo de su melena. Escudriñó la zona y se dio cuenta, sorprendido, de que Wells estaba sentado a su lado. No se tocaban, ni siquiera hablaban, pero algo había cambiado entre los dos. La crispación que ella mostraba cada vez que el hijo del canciller se le acercaba había desaparecido, mientras que Wells, en vez de lanzar miradas furtivas a Glass con cara de pena cuando creía que no lo veía, contemplaba el fuego tan tranquilo, con expresión satisfecha.

Un ramalazo de resentimiento cruzó el vientre de Bellamy. Debería haberse imaginado que solo era cuestión de tiempo el que Clarke se abalanzara de nuevo a los brazos de Wells. No debería haberla besado

aquel día en el bosque. Solo una chica le había importado antes que ella, y en aquella ocasión también había salido malparado.

Las nubes impedían el paso a la luz de las estrellas, pero Bellamy echó la cabeza hacia atrás de todos modos, preguntándose si observarían alguna señal de advertencia antes de que aterrizara la siguiente nave. ¿La verían surcar el cielo rumbo a la Tierra? ¿Atisbarían un resplandor en el cielo?

En ese momento, sus ojos se posaron en una silueta que emergía de la oscuridad hacia la hoguera: la vaga figura de una chica minúscula que caminaba con la cabeza alta. Bellamy se puso en pie cuando Octavia penetró en el halo de luz que proyectaban las inquietas llamas. Una corriente de susurros se extendió por el corro.

—Oh, por el amor de Dios —gimió Graham—. ¿Quién diablos se suponía que la vigilaba esta noche?

Wells echó una ojeada a Clarke y luego se levantó para encararse con Graham.

—No pasa nada —dijo—. Puede sentarse con nosotros.

Octavia se detuvo, pasando la vista de Wells a Graham, que se fulminaban el uno al otro con la mirada. Pero antes de que ninguno de los dos dijera nada, inspiró a fondo y dio un paso adelante.

—Tengo algo que decir —anunció. Estaba temblando, aunque hablaba con decisión.

Los susurros nerviosos y los murmullos de confusión se fueron apagando a medida que casi un centenar de cabezas se volvía a mirar a Octavia. A la parpadeante luz del fuego, Bellamy advirtió que su hermana estaba asustada, y sintió el impulso de acercarse a ella para tomarle la mano. Sin embargo, forzó a sus pies a quedarse donde estaban. Había dedicado tanto tiempo a cuidar de ella, todavía una niña en su mente, que no se había molestado en conocer a la persona en la que se había convertido. Ahora mismo, Octavia debía afrontar esto sola.

—Yo cogí los medicamentos —declaró. Se interrumpió, para dejar que los presentes asimilaran la información. Acto seguido inspiró y prosiguió, mientras un murmullo de «lo sabía» y «te lo dije» crecía como un trueno.

Octavia narró al grupo una versión parecida a la historia que le había contado a Bellamy aquel mismo día: lo duro que era crecer en un centro de cuidados y cómo su dependencia de las pastillas se había convertido en adicción.

Los murmullos cesaron cuando a Octavia se le quebró la voz.

—Allá en la colonia, nunca pensé que estuviera perjudicando a nadie. Robar me parecía la forma más lógica de conseguir lo que merecía. Supuse que todo el mundo debía tener la oportunidad de dormir por las noches. De despertar sin tener la sensación de que las pesadillas te habían dejado cicatrices en el pensamiento —inspiró hondo y cerró los ojos. Cuando los abrió, Bellamy advirtió el leve brillo de las lágrimas—. He sido tan egoísta y estaba tan asustada… Pero no quería hacerle daño a Thalia ni a nadie —se volvió a mirar a Clarke y se tragó el sollozo que le subía por la garganta—. Lo siento mucho. Sé que no merezco que me perdonéis, pero os pido que me deis la oportunidad de volver a empezar —levantó la barbilla y pasó la mirada por el corro. Cuando vio a Bellamy, esbozó una leve sonrisa—. Igual que queréis hacer todos los que estáis aquí. Sé que muchos de nosotros hemos hecho cosas de las que no estamos orgullosos, pero nos han dado la oportunidad de comenzar de cero. Soy consciente de que he estado a punto de causar un daño irreparable, pero me gustaría volver a empezar; convertirme en una persona mejor, contribuir a hacer de la Tierra ese mundo en el que todos queremos vivir.

El corazón de Bellamy se hinchó de orgullo. Las lágrimas le empañaban la vista, aunque si alguien se lo hubiera señalado, lo habría atribuido al humo. Su hermana había vivido en unas condiciones espantosas desde el principio. Había cometido errores —igual que él—, pero aún era capaz de sacar fuerzas de flaqueza.

Por un momento, todo el mundo guardó silencio. Incluso el crepitar del fuego disminuyó, como si la misma Tierra contuviera el aliento. Entonces, la voz de Graham rompió la quietud.

—Chorradas.

Bellamy se crispó y una chispa de rabia prendió en su pecho, pero apretó los dientes. Graham tenía que reaccionar como el capullo que era, claro que sí… pero eso no significaba que el discurso de Octavia no hubiese conmovido al resto. Sin embargo, en vez de provocar bufidos y murmullos de desaprobación, las palabras de Graham desataron una marea de asentimientos que rápidamente se transformaron en gritos. Este miró a su alrededor antes de proseguir.

—¿Por qué íbamos a matarnos a trabajar todo el día, cortando madera, cargando agua, haciendo lo necesario para que todo el mundo sobreviva, solo para que una drogadicta psicópata nos pisotee? Es como ser…

—Vale, ya basta —lo interrumpió Bellamy. Echó una ojeada a Octavia.

El labio inferior le había empezado a temblar al ver las expresiones de los allí reunidos—. Todos te hemos entendido. Pero aquí hay otras noventa y cuatro personas con opiniones propias, y no hace falta que tú les digas lo que deben pensar.

—Yo estoy de acuerdo con Graham —gritó una chica. Bellamy se giró a mirar y vio a una waldenita de pelo corto, que lanzaba cuchillos a Octavia con la mirada—. Todos teníamos vidas de mierda en la colonia, pero no he visto robar a nadie más —entornó los ojos—. A saber qué se llevará la próxima vez.

—Que todo el mundo se tranquilice —Clarke se levantó—. Se ha disculpado. Tenemos que darle una segunda oportunidad.

Bellamy la miró sorprendido, dispuesto a dejarse invadir por la indignación. Al fin y al cabo, Clarke había sido la primera en acusar a Octavia. En cambio, por más que la mirase, solo sentía gratitud.

—No —intervino Graham en tono implacable. Miró a su alrededor y en sus ojos destelló algo más que el reflejo del fuego. Se giró hacia Wells, que seguía junto a Clarke, pero sentado—. Tú mismo lo dijiste. Tenemos que imponer algún tipo de orden o no saldremos adelante.

—¿Y qué sugieres? —preguntó el aludido.

Graham sonrió, y Bellamy sintió una corriente de agua helada en la espalda. Fulminando a Graham con la mirada, corrió hacia Octavia y la rodeó con el brazo.

—Todo irá bien —le susurró.

—Lo siento —dijo Graham, volviéndose a mirar a Bellamy y a Octavia —, pero no tenemos elección. Ha puesto en peligro la vida de Thalia. No podemos correr riesgos. Octavia tiene que morir.

—¿Qué? —farfulló Bellamy—. ¿Te has vuelto loco?

Giró la cabeza de lado a lado, con la esperanza de ver un mar de semblantes indignados. Por desgracia, aunque unos cuantos miraban a Graham con incredulidad, muchos de los presentes asentían.

Bellamy se plantó ante Octavia, que temblaba violentamente, con ademán protector. Reduciría el maldito planeta a cenizas antes de dejar que nadie se acercara a su hermana.

—¿Lo sometemos a votación? —Graham levantó la barbilla y asintió en dirección a Wells—. Fuiste tú quien propuso la idea de volver a instaurar la democracia en la Tierra. Es lo justo.

—Yo no me refería a esto —replicó Wells. Su rostro había perdido toda

circunspección; sus rasgos se contraían con rabia—. No vamos a votar si matamos a alguien o no.

—¿No? —Graham enarcó una ceja—. ¿Tu padre puede hacerlo pero nosotros no?

Al oír gritos de asentimiento entre la multitud, Bellamy cerró los ojos, horrorizado. Aquella era exactamente la réplica que él mismo le habría dado en esa situación, solo que Bellamy la habría formulado para fastidiar a Wells. Él jamás se había propuesto matar a nadie.

—El Consejo no ejecuta a nadie por diversión —la voz de Wells temblaba de furia—. Mantener con vida a la humanidad en el espacio requiere medidas drásticas. A veces crueles —Wells guardó silencio un instante—. Pero nosotros tenemos la oportunidad de hacerlo mejor.

—¿Y entonces qué? —gruñó Graham—. ¿Le vas a dar a la chica una palmada en la mano y les pedirás a todos que entrecrucen los meñiques y juren no romper las normas?

Se oyeron unas cuantas risas.

—No —Wells negó con la cabeza—. Tienes razón. Habrá consecuencias —inspiró profundamente—. Los expulsaremos del campamento —hablaba en tono firme, pero cuando se volvió a mirar a Bellamy, su expresión reflejaba una extraña mezcla de angustia y alivio.

—¿Expulsarlos? —repitió Graham—. ¿Para que puedan volver cuando les parezca y robar más suministros? Vaya memez.

Bellamy abrió la boca para hablar, pero un murmullo de voces, cada vez más alto, se lo impidió. Por fin, una chica que Bellamy recordaba vagamente de Walden, se levantó.

—Me parece justo —dijo a voz en grito para hacerse oír por encima de la multitud, que se fue acallando conforme las cabezas se volvían a mirarla—. Siempre y cuando prometan no volver nunca.

Bellamy estrechó con fuerza a Octavia, que se había quedado helada. Asintió.

—Nos marcharemos al alba.

Volviéndose hacia Octavia, le sonrió. Era lo que tenían planeado desde el principio. Entonces, ¿por qué sentía más inquietud que alivio?

El fuego se extinguió y la oscuridad cayó sobre el campamento como un manto. Los pasos se amortiguaron y las voces se apagaron a medida que las

vagas figuras desaparecían en el interior de las tiendas o transportaban mantas a los márgenes del campamento.

Bellamy improvisó un camastro para Octavia en el extremo más corto del claro, cerca de los restos de la nave. No lo habían dicho en voz alta, pero ambos sabían que ninguno de los dos quería dormir en una tienda aquella noche.

Octavia se acurrucó en su manta y cerró los ojos, aunque era obvio que no dormía. La caminata a los bosques con Clarke para recuperar los medicamentos había estado dominada por la tensión. Nadie había roto el silencio, aunque Bellamy, que encabezaba la marcha, había notado los ojos de Clarke fijos en su espalda.

Ahora estaba sentado junto a Octavia, con la espalda apoyada en un árbol y la mirada perdida en la oscuridad. Le costaba hacerse a la idea de que al día siguiente se marcharían para siempre.

Una figura surgió de entre las sombras. Wells. Llevaba el arco de Bellamy colgado al hombro.

—Eh —dijo Wells en voz baja mientras Bellamy se ponía en pie—. Siento lo que ha pasado. Sé que un destierro es una medida muy drástica, pero no sabía qué otra cosa proponer —suspiró—. Por un momento he temido que Graham los convenciera de que… —dejó la frase inacabada, posando los ojos en Octavia—. No lo habría permitido, pero solo somos dos y ellos son muchos.

Bellamy estuvo a punto de replicar con sarcasmo, pero se lo pensó mejor. Wells había hecho cuanto había podido, dadas las circunstancias.

—Gracias.

Se miraron a los ojos unos instantes y, acto seguido, Bellamy carraspeó.

—Oye, debería… —se interrumpió—. Siento lo de tu padre —Bellamy respiró profundamente y se forzó a buscar la mirada de Wells—. Espero que esté bien.

—Gracias —repuso este con suavidad—. Yo también —guardó silencio un momento. Cuando siguió hablando, adoptó un tono firme—. Sé que solo querías proteger a tu hermana. Yo habría hecho lo mismo —sonrió—. Supongo que lo hice, más o menos.

Wells le tendió la mano.

—Espero que todo vaya bien ahí fuera.

Bellamy se la estrechó y esbozó una sonrisa triste.

—No creo que encontremos nada peor que Graham. No lo pierdas de

vista.

—No lo haré —asintió Wells. Dio media vuelta y se internó en la oscuridad.

Bellamy regresó a la manta y se quedó mirando el claro. Distinguía a duras penas la silueta del hospital de campaña, donde Clarke le estaría administrando a Thalia la preciosa medicina. Con el corazón en un puño, recordó la escena que se había desplegado en torno al fuego, el titilar de las llamas en el decidido semblante de Clarke. Nunca había conocido a una chica tan hermosa y tan intensa al mismo tiempo.

Bellamy se recostó con un suspiro y cerró los ojos, preguntándose cuánto tiempo tendría que pasar para que el rostro de Clarke dejara de ser la última imagen que evocara antes de quedarse dormido.

Capítulo 26
Clarke

Los antibióticos hacían efecto. Aunque habían pasado pocas horas desde que entrara corriendo en la tienda cargada con los medicamentos, a Thalia ya le había bajado la fiebre y parecía más despierta de lo que había estado en varios días.

Se sentó el borde del camastro de Thalia, que parpadeó hasta abrir los ojos del todo.

—Bienvenida —le dijo Clarke sonriendo—. ¿Cómo te encuentras?

Thalia observó a su alrededor antes de mirar a su amiga.

—Esto no es el cielo, ¿verdad?

Clarke negó con la cabeza.

—Por Dios, espero que no.

—Bien. Porque siempre había dado por supuesto que habría chicos allí. Chicos que no utilizarían los cortes de agua como excusa para no ducharse —Thalia se las arregló para sonreír—. ¿Ha construido alguien la primera ducha de la Tierra mientras estaba inconsciente?

—Pues no. No te has perdido gran cosa.

—No sé por qué, pero me cuesta creerlo —Thalia levantó los hombros como si quisiera sentarse, pero se dejó caer otra vez con un gemido. Clarke le colocó una manta enrollada detrás de la espalda—. Gracias —musitó, y escudriñó el semblante de la otra antes de volver a hablar—. Vale, ¿qué pasa?

Clarke esbozó una sonrisa perpleja.

—¡Nada! Solo que estoy encantada de ver que te encuentras mejor.

—Por favor. No me puedes ocultar nada. Sabes que siempre te arranco tus secretos —le espetó Thalia, sin inmutarse—. Puedes empezar por decirme dónde encontraste los medicamentos.

—Los tenía Octavia —respondió Clarke antes de resumir rápidamente lo

sucedido—. Bellamy y ella se marcharán por la mañana —concluyó—. Es parte del trato que hizo Wells con el grupo. Sé que parece increíble, pero estaban a un paso de lincharla —negó con la cabeza—. No sé qué habría pasado si Wells no hubiera intervenido.

Thalia observaba a Clarke con curiosidad.

—¿Qué? —dijo esta última.

—Nada, es solo que… es la primera vez que te oigo pronunciar su nombre sin tener la sensación de que estás a punto de dar un puñetazo a la pared.

—Es verdad —reconoció Clarke con una sonrisa.

Suponía que sus sentimientos hacia él habían cambiado. O al menos habían empezado a cambiar.

—¿Y bien?

Clarke se puso a toquetear los frascos de pastillas. Era reacia a contarle a Thalia lo que había sucedido en el bosque, por si su amiga se sentía culpable; al fin y al cabo, había partido en busca de plantas que pudieran ayudarla y casi había muerto en el intento.

—Hay algo que no te he contado. No me parecía importante, estando tú tan enferma, pero…

Inspiró y le narró por encima cómo Wells la había rescatado en las ruinas.

—¿Te siguió hasta allí?

Clarke asintió.

—Lo más curioso es que, mientras estaba allí colgada, convencida de que iba a morir, solo podía pensar en él. Y cuando apareció, ni siquiera me molestó que me hubiera seguido. Solo sentí alivio de que hubiera salido a buscarme, a pesar de todas las cosas horribles que le había dicho.

—Te quiere. Nada de lo que hagas o digas cambiará eso.

—Ya lo sé —Clarke cerró los ojos, aunque le asustaba afrontar las imágenes que sin duda emergerían de entre las sombras—. Tengo la sensación de que, incluso cuando estaba confinada y te dije que me gustaría ver sus entrañas esparcidas por el espacio, una parte de mí lo seguía amando. Y eso no hacía sino aumentar todavía más el dolor.

Thalia la miraba con una expresión entre indulgente y comprensiva.

—Ya es hora de que dejes de castigarte a ti misma, Clarke.

—Querrás decir de castigarlo a él.

—No. Me refiero a que es hora de que dejes de castigarte a ti misma por

quererle. No estás traicionando a tus padres.

Clarke se crispó.

—Tú no los conociste. No sabes lo que pensarían.

—Sé que querrían lo mejor para ti. Accedieron a hacer algo terrible, sabiendo que estaba mal, solo por protegerte —guardó silencio un momento—. Igual que Wells.

Clarke suspiró y se sentó en la cama de Thalia con las piernas recogidas, como solía hacer en la celda que compartían.

—A lo mejor tienes razón. No sé si puedo seguir huyendo de lo que siento. Odiarle es agotador.

—Deberías hablar con él.

Clarke asintió.

—Lo haré.

—No, me refiero a que deberías hablar ahora —los ojos de Thalia brillaban de la emoción—. Ve a hablar con él.

—Pero ¿qué dices? Es muy tarde.

—Estoy segura de que está completamente despierto, pensando en ti.

Clarke desplegó las piernas y se puso en pie.

—Muy bien —dijo—, si me prometes que así te quedarás tranquila y descansarás.

Clarke se alejó. Antes de apartar la lona de la entrada, se volvió a mirar a su amiga y puso los ojos en blanco con ademán teatral. Cuando llegó al claro, se detuvo un momento, preguntándose si no estaría cometiendo un error.

Sin embargo, era tarde para echarse atrás. El corazón le latía tan desenfrenadamente como si tuviera vida propia y le estuviera enviando un frenético mensaje a Wells a través de la oscuridad. *Ya voy*.

Capítulo 27
Wells

Wells miraba el cielo. Nunca se había sentido cómodo en las atestadas tiendas y, después de lo sucedido aquella noche, la idea de apiñarse con un montón de gente que había considerado la opción de cortar a Octavia en pedazos le horrorizaba. A pesar del frío, le gustaba dormirse contemplando las mismas estrellas que veía desde la cama de su casa. Disfrutaba con esos momentos en los que la luna desaparecía detrás de una nube y la oscuridad se hacía tan cerrada que ni siquiera podías distinguir la silueta de los árboles. Entonces, el cielo parecía extenderse hasta el suelo, creando la impresión de que no estabas en la Tierra sino allá arriba, entre las estrellas. Siempre se entristecía un poco cuando abría los ojos por la mañana y descubría que los astros se habían esfumado.

Por desgracia, aquella noche, ni el mismo cielo era capaz de apaciguar la mente de Wells. Se incorporó y, molesto, arrancó las piedras y las ramas que se habían quedado pegadas a la manta. Un susurro entre las hojas de un árbol cercano captó su atención. Se levantó y alargó el cuello para ver mejor.

Wells observó maravillado cómo un árbol, del que no había brotado ni una mísera flor desde que habían aterrizado, florecía ante sus ojos. Trémulos pétalos de un rosa intenso surgieron de unas vainas en las que no había reparado hasta entonces, como dedos que se extendieran en la oscuridad. Wells se puso de puntillas, levantó los brazos y arrancó un tallo.

—¿Wells?

Se dio media vuelta y vio a Clarke a pocos metros de allí.

—¿Qué estás haciendo?

Él estaba a punto de formular la misma pregunta, pero en lugar de hacerlo caminó en silencio hacia ella y le deslizó la flor en la mano. Ella se la quedó mirando, y por un instante el chico pensó que se la iba a devolver.

Comprobó aliviado que, por el contrario, Clarke alzaba la vista y sonreía.

—Gracias.

—De nada —se miraron a los ojos un momento—. ¿Tú tampoco podías dormir? —preguntó, y ella negó con la cabeza.

Wells buscó asiento en una raíz superficial que ofrecía espacio suficiente para los dos y le indicó a Clarke por gestos que se sentara a su lado.

Ella se acomodó al cabo de un segundo, dejando unos milímetros de separación entre ambos.

—¿Qué tal está Thalia? —preguntó Wells.

—Mucho mejor. Doy gracias de que Octavia haya dado la cara —Clarke miró al suelo y acarició la flor con un dedo—. No me puedo creer que mañana vayan a irse.

Su voz contenía una nota de pesar que anudó el estómago de Wells.

—Pensaba que te alegrarías de verla marchar, después de lo mucho que has sufrido por su culpa.

Clarke guardó silencio un instante.

—Las buenas personas también cometen errores —alzó la vista para mirar a Wells a los ojos—. No por eso dejan de importarte.

Se quedaron largos instantes escuchando el murmullo del viento entre las hojas y el silencio se impregnó de todo aquello que no habían dicho. De esas disculpas que jamás serían capaces de expresar lo mucho que lamentaba Wells todo lo sucedido.

El juicio a los dos científicos más famosos de Fénix se había convertido en el acontecimiento del año. Había más gente reunida en la cámara del Consejo de la que se había congregado jamás para un discurso o para cualquier otro evento que no fuera la Ceremonia de Conmemoración.

Wells, sin embargo, apenas prestaba atención al público. El asco que le inspiraba la curiosidad morbosa de los presentes —como romanos ansiosos por ver correr la sangre en el Coliseo— se esfumó en cuanto sus ojos se fijaron en la única persona que ocupaba la primera fila. No había vuelto a ver a Clarke desde la noche que ella le había confiado el secreto de los Griffin. Wells se lo había contado a su padre, que había sopesado la información con mucho interés. Como Wells sospechaba, el canciller no sabía nada sobre los experimentos y de inmediato había mandado abrir una investigación. Sin embargo, las averiguaciones habían dado un terrible giro que Wells no se esperaba y ahora los padres de Clarke tenían que enfrentarse al Consejo acusados de un delito criminal. Aterrado y muerto de remordimientos, Wells llevaba toda la semana tratando de contactar con Clarke, pero su avalancha de mensajes no había recibido respuesta, y cuando acudió a su casa, encontró la vivienda cerrada y custodiada.

Con expresión indescifrable, Clarke observaba cómo los miembros del Consejo tomaban asiento. De repente, se volvió hacia Wells. Fijó la mirada en él con un odio tan intenso que el hijo del canciller notó un regusto a bilis en la garganta.

Wells se encogió en su asiento de la tercera fila. Solo pretendía que el canciller cerrara la investigación, que pusiera fin al sufrimiento de Clarke. Jamás imaginó que sus padres serían sometidos a un juicio a vida o muerte.

Dos guardias escoltaron a la madre de Clarke hasta el banquillo de los acusados. Pasó la vista por el Consejo con la cabeza alta, pero cuando vio a su hija se hundió.

Clarke se levantó de un salto y dijo algo que él no distinguió. Daba igual. La triste sonrisa de la mujer ya había partido el corazón de Wells en dos.

Otra pareja de guardias escoltó al padre de Clarke hasta el estrado, y el juicio comenzó.

Un miembro femenino del Consejo abrió la sesión ofreciendo un resumen de la investigación. Según los Griffin, informó, el vicecanciller Rhodes había ordenado someter a seres humanos a pruebas de radiación, algo que Rhodes negaba rotundamente.

Un extraño sopor se apoderó de Wells cuando vio que el vicecanciller se levantaba y, con mucha circunspección, explicaba que, aunque era verdad que había accedido a proporcionarles el nuevo laboratorio que habían solicitado, jamás había sugerido a los Griffin que experimentasen con niños.

Las voces sonaban muy lejanas; los fragmentos de las preguntas que formulaban los miembros del Consejo y las réplicas de los acusados le llegaban distorsionados, como ondas sonoras de una galaxia distante. Wells oyó que la multitud ahogaba un grito antes de que su cerebro pudiera procesar lo que había provocado aquella reacción.

Y entonces, de repente, el Consejo votó.

La palabra *culpables* se abrió paso entre la niebla que se había instalado sobre Wells. Se volvió a mirar a Clarke, que seguía sentada, rígida e inmóvil.

—Culpables.

No, pensó Wells. *No, por favor.*

—Culpables.

La palabra resonó por la mesa hasta que le tocó el turno a su padre. Carraspeó y, por un breve instante, Wells creyó que había esperanza. Que su padre discurriría un modo de reconducir aquello.

—Culpables.

—¡No! —el grito angustiado de Clarke se elevó sobre los ensordecedores murmullos de sorpresa y los susurros satisfechos. Se puso en pie—. No pueden hacer eso. Ellos no tuvieron la culpa —arrugaba la cara con rabia cuando señaló al vicecanciller—. Usted. Usted les obligó a hacerlo, maldito cabrón embustero.

Dio un paso adelante y de inmediato los guardias la redujeron.

El vicecanciller Rhodes lanzó un largo suspiro.

—Me temo que se le da mucho mejor experimentar con niños inocentes que mentir, señorita Griffin —se volvió a mirar al padre de Wells—. Sabemos, por los registros de seguridad, que visitaba a esos niños regularmente. Conocía las atrocidades que estaban cometiendo sus padres y no hizo nada para impedirlo. Es muy posible que los ayudase.

Wells jadeó con tanta fuerza que le dolieron las costillas. Estaba seguro de que su padre haría callar a Rhodes con su mejor mirada de desdén, pero advirtió horrorizado que el canciller observaba a Clarke con expresión sombría. Al cabo de un momento, apretó los dientes y se volvió hacia los demás miembros del Consejo.

—Por lo expuesto, propongo al Consejo la aprobación de la siguiente moción, consistente en juzgar a Clarke Griffin por el crimen de cómplice de traición.

No. Las palabras del canciller se clavaron en Wells como una inyección de anestésico. Se le paró el corazón.

Wells veía a los miembros del Consejo mover los labios, pero no distinguía lo que decían. Hasta el último átomo de su cuerpo estaba concentrado en elevar una plegaria a cualquier dios olvidado que pudiera estar escuchando. *Dejad que se vaya,* suplicaba. *Haré lo que sea.* Era

verdad. Estaba dispuesto a ofrecer su propia vida a cambio de la de Clarke.

Llevadme a mí en su lugar.

El vicecanciller se inclinó para susurrarle algo al padre de Wells.

Me da igual si sufro una muerte dolorosa.

El canciller adoptó una expresión aún más grave si cabe.

Empujadme por la escotilla de liberación para que mi cuerpo implosione en el vacío.

La persona que estaba sentada junto a Wells se estremeció por algo que había dicho el canciller.

Dejad que se vaya.

Wells tuvo la desagradable sensación de que el mundo había recuperado el sonido cuando un coro de gritos ahogados se elevó del público. Dos guardias cogían a Clarke y se la llevaban a rastras.

La chica que quería proteger a toda costa pronto sería sentenciada a la pena capital. Y tendría todo el derecho del mundo a odiarle hasta la muerte.

Wells era el culpable de todo.

—Lo siento —susurró Wells, como si eso, de algún modo, pudiera mejorar las cosas.

—Lo sé —repuso ella con suavidad.

Wells se quedó paralizado y, por un instante, no se atrevió a mirarla, temiendo ver cómo la pena manaba de una herida que nunca se curaría. Pero cuando por fin se volvió hacia ella, advirtió que Clarke sonreía a través de las lágrimas.

—Aquí me siento más cerca de ellos —dijo, alzando la vista hacia los árboles—. Dedicaron la vida a buscar el modo de traernos de vuelta a casa.

Wells no sabía qué decir sin romper la magia, así que guardó silencio. En cambio, se inclinó hacia ella y la besó, conteniendo el aliento hasta que vio cómo aquellas pestañas tocadas por las lágrimas se cerraban.

Al principio, fue muy suave. La boca de Wells rozó apenas los labios de ella, pero pronto notó que Clarke le devolvía el beso y el contacto prendió hasta la última célula de su cuerpo. La familiaridad de su piel, el sabor del beso, liberó algo en su interior. La atrajo hacia sí.

Clarke se hundió en él, los labios pendientes de su boca, la piel fundida con la suya, los alientos entremezclados. El mundo que los rodeaba se fue desvaneciendo, al mismo tiempo que la Tierra se convertía en un remolino de fuertes fragancias y aire húmedo que encendía el deseo de Wells. El blando suelo los acunó cuando se deslizaron del tronco. Wells tenía tantas cosas que decirle, pero las palabras se perdían en la distancia que separaba sus labios de la piel de Clarke, en el tramo que discurría de su boca al cuello.

En aquel momento, no hubo nadie más. Eran las dos únicas personas sobre la faz de la Tierra. Tal como él había imaginado siempre.

Capítulo 28
Glass

Aquel año, la música sonó dos veces en Fénix. El Consejo había aprobado aquel hecho excepcional y, por primera vez desde que nadie tenía recuerdo, los instrumentos terrestres se extrajeron de las cámaras de preservación y fueron trasladados como oro en paño al observatorio para la fiesta de avistamiento.

Debería haber sido una de las noches más mágicas de toda la vida de Glass. La población de Fénix al completo había acudido en manada a la cubierta observatorio, ataviada con sus mejores galas, y la elegante multitud bullía de emoción. Alrededor de Glass, la gente hablaba y reía mientras se acercaba a las enormes ventanas con sus copas de vino tinto espumoso bien sujetas en la mano.

Ella aguardaba junto a Huxley y Cora, que charlaban animadamente. Sin embargo, aunque veía cómo movían los labios, no distinguía las palabras. Hasta la última célula de su cuerpo estaba pendiente de los músicos, que ahora tomaban asiento en silencio al otro extremo del observatorio.

Cuando los músicos empezaron a tocar, Glass cambió de postura, cada vez más inquieta. No podía dejar de pensar en Luke. Sin él, aquella música que solía dejarla traspuesta le sonaba hueca. Las melodías que antes parecían expresar los más hondos secretos de su alma seguían siendo hermosas, pero le rompía el corazón saber que la única persona con la que quería compartirlas estaba en otra parte.

Echó un vistazo a la cubierta y vio a su madre, que lucía un vestido de noche gris y los guantes de la familia, de cabritillo, uno de los pocos pares que quedaban en la nave, deslucidos por el paso del tiempo pero aún infinitamente preciosos. Hablaba con alguien ataviado con el uniforme del canciller, pero no era Jaha. Sobresaltada, Glass comprendió que aquel hombre era el mismísimo vicecanciller Rhodes. Aunque solo lo había visto

unas cuantas veces antes de aquella, reconoció la nariz afilada y la sonrisa burlona.

Sabía que debía acercarse, presentarse, sonreír al vicecanciller y alzar la copa para brindar con él. Debería darle las gracias por el indulto, poner cara de felicidad mientras la gente los miraba y cuchicheaba. Eso era lo que su madre habría querido, lo que debería hacer, si en algo apreciaba su vida. Sin embargo, al mirar los odiosos ojos oscuros de Rhodes, se dio cuenta de que no tenía fuerzas para hacer el paripé.

—Toma, quédate esto. Necesito tomar el aire —dijo Glass, y le tendió a Cora su copa de vino, todavía llena.

Cora enarcó las cejas pero no protestó; tenían asignada una sola copa por persona aquella noche. Echando un último vistazo a su madre para asegurarse de que no estaba pendiente de ella, Glass se abrió paso entre el gentío y salió al pasillo. No se cruzó con nadie mientras se dirigía rápidamente a su casa, donde se cambió el vestido por unos pantalones sosos y ocultó la melena bajo una gorra.

En Walden no habían designado un observatorio especial para la ocasión, pero sí había varios pasillos con ojos de buey por la parte de estribor, la zona por la que, en teoría, aparecería el cometa. Los waldenitas que no tenían turno aquel día pululaban por allí desde primera hora de la mañana para reservar los mejores sitios. Cuando Glass llegó, los pasillos ya estaban muy concurridos de gente que charlaba nerviosa y se apiñaba junto a las ventanas. Algunos niños esperaban ansiosos con la cara pegada al cristal de cuarzo o encaramados a hombros de sus padres.

Al doblar una esquina, Glass se fijó en un grupo en particular, que se apretujaba junto a una ventana situada a pocos metros de donde estaba ella: tres mujeres y cuatro niños. Se preguntó si el cuarto chiquillo sería el hijo de algún vecino o quizá un huérfano que habían llevado consigo.

La más pequeña se bamboleó hacia Glass y le dedicó una sonrisa tímida.

—Hola —le dijo Glass, y se agachó para ponerse a la altura de la niña—. ¿Tienes ganas de ver el cometa?

La pequeña no respondió. Fijó sus grandes ojos oscuros en la cabeza de Glass.

Ella, cohibida, se palpó la coronilla e hizo una mueca al darse cuenta de que se le había soltado el pelo. Quiso volver a esconderlo a toda prisa, pero la niña tendió la mano para estirarle un mechón.

—Posy, deja a la señorita en paz —Glass alzó la vista y descubrió que

una de las mujeres caminaba hacia ellas—. Lo siento —le dijo a Glass, riendo—. Es que le gusta tu pelo.

Ella sonrió pero se mordió la lengua. Aunque había aprendido a disimular el acento de Fénix, cuanto menos hablara, mejor.

—Venga, Pose —decía ahora la mujer, cogiendo a la niña por el hombro para alejarla de allí.

Pasaban de las 2100. El cometa aparecería en cualquier momento. Allá en Fénix, el observatorio al completo estaría esperando en un reverente silencio. Aquí, en cambio, los niños reían y saltaban, y una pareja de adolescentes recitaba a viva voz la cuenta atrás.

Glass miró a ambos lados del pasillo, pero no vio a Luke por ninguna parte.

—¡Mirad! —chilló una niña. Una línea blanca asomó por detrás de la luna. En lugar de extinguirse como la mayoría de los cometas, la luz se hizo más intensa; la cola del cometa se expandía resplandeciente a través del espacio. Hasta las estrellas palidecían a su lado.

Glass dio un paso adelante por acto reflejo, y la pareja que miraba por la ventana más próxima se echó a un lado para dejarle sitio. Era precioso, pensó maravillada. Y aterrador. Crecía y crecía hasta llenar por completo las vistas, como si viajara directamente hacia ellos.

¿Habrían calculado mal? Se aferró al saliente con tanta fuerza que se hizo daño en las palmas de las manos. A su alrededor, la gente empezó a retroceder entre murmullos frenéticos y gritos asustados.

Glass cerró los ojos. No podía mirar.

Un brazo la rodeó. Supo, sin volverse a mirar, que pertenecía a Luke. Conocía su aroma y el tacto de su mano como si fueran una segunda piel.

—Te estaba buscando —dijo Glass, y se dio media vuelta.

Aunque el acontecimiento astronómico más importante de su vida se estaba desplegando allí mismo, Luke solo tenía ojos para ella.

—Esperaba que vinieras —le susurró el chico al oído.

La inquieta multitud estalló en gritos de admiración cuando el cometa pasó de largo por encima de la nave dejando tras de sí una lluvia de fuego. Luke la estrechó con más fuerza y Glass se recostó contra su pecho.

—No soportaba la idea de verlo sin ti —le dijo.

—¿No has tenido problemas para escapar?

—No, en realidad no —a Glass se le encogió el estómago al recordar a su madre charlando con el vicecanciller—. Pero me gustaría no andar

siempre escondiéndome.

Acarició la mejilla de Luke con los dedos.

Él le tomó la mano y se la besó.

—A lo mejor podemos hacer que tu madre cambie de idea —opinó en tono grave—. Podría hablar con ella. Ya sabes, demostrarle que no soy ningún salvaje. Que me preocupo por el futuro… nuestro futuro. Que voy en serio contigo.

Glass sonrió con tristeza.

—Ojalá fuera tan fácil.

—No, lo digo de veras —le estrechó ambas manos—. Ella está convencida de que soy un waldenita cateto que intenta aprovecharse de ti. Tiene que saber que lo nuestro no es un rollo. Que es real.

—Ya lo sé —repuso ella, apretándole la mano—. Ya lo sé.

—No, me parece que no lo sabes —dijo Luke, y se sacó algo del bolsillo.

Volvió a mirarla con una expresión muy intensa en la cara.

—Glass —empezó a decir, con los ojos muy brillantes—. No quiero pasar ni un solo día lejos de ti. Quiero dormir todas las noches contigo y despertar cada mañana junto a ti. No quiero nada más; solo estar a tu lado durante el resto de mi vida.

Abrió la mano, en la que brillaba un pequeño objeto dorado. Era el medallón de Glass.

—Ya sé que no es exactamente un anillo, pero…

—Sí —se limitó a responder ella, porque no había nada más que decir, nada más que hacer salvo ponerse el medallón y besar a aquel chico al que amaba más que a sí misma. El cometa, al fondo, inundó de oro el firmamento.

Capítulo 29
Bellamy

Bellamy no podía dormir. Los pensamientos se arremolinaban en su mente, cada cual más acuciante, tanto que no podía distinguir dónde terminaba uno y dónde empezaba el otro.

Mirando las estrellas, intentó imaginar qué estaría pasando en la nave. No se podía creer que la vida siguiera como siempre a cientos de kilómetros de allí: los waldenitas y los arcadios deslomándose a trabajar mientras los habitantes de Fénix lucían sus modelitos en la cubierta observatorio e ignoraban las estrellas. Era lo único que añoraba de la colonia: las vistas. Antes del despegue, había oído decir que un cometa estaba a punto de llegar; el espectáculo desde la nave sería alucinante.

Escudriñando la oscuridad, trató de calcular cuántos días llevaban en la Tierra. Si sus cálculos eran correctos, el cometa cruzaría el cielo aquella misma noche. Seguro que habría una elegante fiesta de avistamiento en Fénix y reuniones menos formales en Walden y en Arcadia. Bellamy se sentó para observar el firmamento. Desde el claro no se veía nada —los árboles tapaban buena parte del cielo— pero desde la sierra tendría mejores vistas.

Octavia dormía tranquilamente a su lado, con su cabello brillante desparramado alrededor de la cabeza y la cinta roja atada a la muñeca.

—Vuelvo enseguida —le susurró antes de echar a correr por el claro.

El denso enramado del bosque impedía el paso a la luz de las estrellas, pero, gracias a sus muchas expediciones, conocía bien aquella zona del bosque: era capaz de prever cada pendiente, cada recodo y cada tronco del camino. Cuando por fin llegó a la cresta, se detuvo para recuperar el aliento. El aire frío le aclaró las ideas y las molestias en las piernas lo distrajeron de sus preocupaciones.

La bóveda celeste tenía el mismo aspecto que cualquier otra noche en la

Tierra, y sin embargo daba una sensación distinta; las estrellas latían con un pulso eléctrico, como si supieran que algo estaba a punto de suceder. Y entonces, de repente, ocurrió. El cometa surcó el espacio, un rayo dorado contra la plata del firmamento, iluminando cuanto lo rodeaba, incluso el suelo.

Notó un hormigueo en la piel, como si las chispas del astro corrieran también por sus venas y hubieran impregnado sus células de algo más que energía: de esperanza. Al día siguiente, Octavia y él se marcharían para siempre. Al día siguiente, dejarían atrás la colonia y nadie volvería a decirles lo que debían hacer o qué clase de personas tenían que ser.

Cerró los ojos e imaginó la sensación. Ser libre de todo y de todos… incluso del pasado. Incluso, quizás, de los recuerdos que lo habían atormentado toda su vida.

Bellamy corrió por el pasillo, sin hacer caso de las protestas de sus vecinos y de las inútiles amenazas que proferían unos guardias demasiado perezosos como para perseguir a un niño de nueve años particularmente rápido solo para echarle la bronca. Sin embargo, a medida que se iba acercando a su hogar, todo aquel ímpetu se esfumó. Desde aquella terrible noche que había pillado a su madre tratando de matar a Octavia, lo ponía nervioso volver en casa.

Abrió la puerta y entró como un vendaval.

—¿Mamá? —gritó. Cerró la puerta tras él con cuidado antes de decir nada más—. ¿Octavia? —esperó, pero nadie respondió—. ¿Mamá? —volvió a llamarla.

Cruzó la sala principal y abrió unos ojos como platos al ver los muebles volcados. Todo indicaba que a su madre se le habían vuelto a cruzar los cables. Caminó despacio hacia la cocina, con el estómago tan encogido que le habría cabido en el ombligo.

Alguien gimió, y Bellamy cruzó la puerta a toda prisa. Encontró a su madre en el suelo de la cocina, tendida sobre un charco de sangre. Un cuchillo yacía a su lado.

Ahogó un grito y corrió hacia ella para sacudirle el hombro, desesperado.

—Mamá —chilló—. Despierta. Mamá.

La mujer pestañeó apenas y emitió otro leve gemido. Bellamy se puso en pie y jadeó al darse cuenta de que se había manchado de sangre los pantalones. Tenía que encontrar a alguien. Buscar ayuda.

Regresó a la habitación principal y, justo cuando estaba a punto de salir para avisar a un guardia, un ruido lo detuvo en seco. Volvió la vista al armario, que estaba entreabierto, un jirón de oscuridad que acechaba entre la puerta y la pared. Cuando se acercó, una carita llorosa asomó del interior.

—¿Estás bien? —susurró Bellamy a su hermana, cogiéndola de la mano—. Vamos —pero la niña volvió a meterse en el armario, temblando. El miedo que Bellamy sentía por su madre se esfumó al mirar a esa niña que había aprendido a temer la luz—. Ven, Octavia —la persuadió, y ella, indecisa, volvió a asomar la cabeza.

Por fin, salió a gatas del armario y miró a su alrededor con los ojos abiertos de par en par.

—Ven —repitió Bellamy. Cogió del suelo del armario la cinta roja que le había regalado y le ató los rizos negros con algo parecido a un lazo—. Estás guapísima.

La tomó de la mano, y se le aligeró el corazón cuando los deditos de su hermana se la

apretaron. La llevó al dormitorio de su madre, la subió a la cama y se acurrucó a su lado, rezando para no tener que oír más ruidos procedentes de la cocina.

Sentados en el lecho, esperaron muy callados hasta que los gemidos de su madre cesaron y se hizo el silencio.

—Todo va bien, O —dijo Bellamy, estrechando a su hermana pequeña contra el pecho—. Todo va bien. Nunca más tendrás que esconderte.

Cuando la cola del cometa desapareció en la negrura, Bellamy bajó corriendo por la ladera, preocupado por si Octavia despertaba y lo echaba en falta. Pero al doblar la curva y buscar con la mirada el familiar despliegue de tiendas, solo vio llamas.

El campamento estaba ardiendo.

Bellamy se detuvo en seco y jadeó cuando la primera bocanada de humo llegó a sus pulmones. Durante un momento, solo pudo atisbar llamas y sombras, pero luego empezó a distinguir figuras. Gente que corría en todas direcciones, algunos saliendo de las tiendas en llamas, otros huyendo hacia los árboles.

Mientras volaba como una flecha hacia las mantas donde se había tendido junto a su hermana, sin dejar de escudriñar la oscuridad en busca de la silueta tendida de Octavia, solo tenía una idea en la cabeza. El terror que le arrebató el aliento no hizo sino confirmar lo que ya sabía: Octavia no estaba allí.

Gritó su nombre, mirando como loco a ambos lados y rezando para oír su vocecilla llamándole desde el borde del claro, adonde quizás había corrido para ponerse a salvo.

—¡Octavia! —chilló de nuevo, volviendo la cabeza en todas direcciones y forzando la vista para ver a través del humo. *No te dejes llevar por el pánico,* se dijo, pero no le sirvió de nada. Las llamas se abrían paso entre la oscuridad y Octavia no estaba por ninguna parte.

Bellamy acababa de contemplar el cielo solo para caer después en lo más profundo del infierno.

Capítulo 30
Clarke

Durante un rato —minutos, horas, Clarke no estaba segura— no oyeron nada más que el latido de sus corazones, el susurro de sus alientos entremezclados. De pronto, un grito procedente del claro se interpuso entre ellos. Clarke y Wells se levantaron de un salto. Clarke se apoyó en Wells para no perder el equilibrio mientras el mundo se perfilaba espantoso ante ella.

Wells le tomó la mano y juntos echaron a correr hacia el claro. Clarke oyó más gritos, pero ninguno era tan aterrador como aquel rugido capaz de desquiciarte.

Las llamas devoraban las tiendas, algunas de las cuales ya se habían convertido en restos carbonizados, como cadáveres de los antiguos campos de batalla. Figuras indefinidas corrían hacia el amparo del bosque, perseguidas por los tentáculos de las voraces llamas.

Thalia, pensó Clarke, horrorizada, y salió corriendo como alma que lleva el diablo. Su amiga estaba aún demasiado débil para salir de la tienda por su propio pie.

—¡No! —gritó Wells, forzando la voz para hacerse oír entre el griterío —. ¡Clarke, no es seguro!

Pero las palabras flotaron sobre ella como un soplo de ceniza. Clarke corría en línea recta al hospital de campaña, medio ahogada por el humo, parpadeando para ver a través de las llamas.

Con un abrazo de acero, Wells la aferró por la cintura y la arrastró contra su voluntad al refugio de los árboles.

—Suéltame —chilló ella mientras se debatía con todas sus fuerzas.

Sin embargo, Wells la sujetaba con firmeza, impidiéndole hacer nada más que observar impotente cómo el fuego engullía el hospital de campaña a menos de cien metros de donde estaban. Las llamas habían alcanzado un

lateral de la tienda. El toldo de plástico que la cubría ya se había derretido y el humo se filtraba por la rendija de la parte delantera.

—Déjame.

Clarke sollozaba, forcejeando para quitárselo de encima.

Wells la cogió por las piernas y empezó a arrastrarla hacia atrás.

—¡No! —gritó ella. Con la garganta en carne viva, lo golpeaba impotente con los puños—. Tengo que sacarla de ahí.

Clavó los talones en el suelo, pero Wells era más fuerte y no le sirvió de nada.

—¡Thalia!

—Clarke, lo siento mucho —le susurró Wells al oído. Estaba llorando, pero a ella le daba igual—. Morirás si entras ahí. No lo permitiré.

La palabra *morirás* liberó las pocas energías que le quedaban. Clarke apretó los dientes y se dio impulso hacia delante, lo que le permitió escapar momentáneamente del abrazo de Wells. Todo su ser se había reducido a un único y desesperado pensamiento: salvar a la única amiga que le quedaba en el mundo.

Gritó al notar que le cogían el brazo por la espalda y se lo retorcían.

—Suéltame —aquella vez, la palabra fue más una súplica que una orden —. Te lo ruego. Suéltame.

—No puedo —dijo Wells, que ya volvía a rodearla con los brazos. Le temblaba la voz—. No puedo.

El claro estaba vacío. Todo el mundo había huido a los bosques, llevándose consigo el equipo que habían podido transportar. Pero a nadie se le había ocurrido rescatar a la pobre chica que se estaba quemando viva a pocos metros de allí.

—¡Socorro! —gritó Clarke—. ¡Socorro, por favor, que alguien me ayude!

No recibió respuesta, salvo el rugido del fuego.

Las llamas que devoraban el hospital se hicieron más altas y las paredes se desplomaron la una contra la otra, como si el fuego se hubiera tragado la tienda y todo cuanto contenía.

—No.

Sonó un chasquido, y las llamaradas crecieron aún más. Clarke chilló horrorizada al ver que una tormenta de fuego devoraba la tienda al completo y luego, despacio, la reducía a cenizas.

Ya no podía hacer nada.

Cuando salió del centro médico, Clarke tuvo la sensación de que el vial latía en su bolsillo, como el corazón de la vieja historia que Wells había encontrado en la biblioteca hacía poco. Se había ofrecido a leérsela, pero ella se había negado en redondo. Escuchar un relato de terror previo al Cataclismo era lo que menos le apetecía del mundo. Ya había bastantes escenas de horror en su vida.

El vial que llevaba en el bolsillo no podía tener pulso, sino todo lo contrario. Contenía un cóctel de medicamentos creado con el fin de detener para siempre un corazón.

Cuando Clarke llegó a casa, sus padres habían salido. Aunque ambos pasaban casi todo el día en el laboratorio, en los últimos tiempos buscaban excusas para marcharse justo antes de que ella volviera de las prácticas y rara vez regresaban mucho antes de que se fuera a la cama. Seguramente era mejor así. Desde que Lilly había empeorado, Clarke apenas podía mirar a sus padres sin morirse de rabia. Sabía que no era justo; en cuanto alguien protestase, el vicecanciller los mataría y confinaría a Clarke. Aun así, saber eso no la ayudaba a mirarlos a los ojos.

En el laboratorio reinaba el silencio. Mientras Clarke se abría paso entre el laberinto de camas vacías, solo oía el zumbido del sistema de ventilación. El suave murmullo de la conversación se había ido desvaneciendo a medida que más y más cuerpos eran retirados en secreto.

Lilly parecía aún más delgada que el día anterior. Clarke caminó despacio hasta su cama y le acarició el brazo con delicadeza, estremeciéndose al notar la descamación de su piel. Se metió la otra mano en el bolsillo y rodeó el vial con los dedos. Sería tan fácil… Nadie se enteraría nunca.

En aquel momento, los delgados párpados de Lilly aletearon hasta abrirse y Clarke se quedó helada. Al mirar a su amiga a los ojos, una ola de terror y repulsión la invadió. ¿En qué estaba pensando? Sintió el impulso de destruir el vial, y tuvo que inspirar a fondo para no estrellarlo contra la pared.

Lilly movía los labios, pero no emitía sonido alguno. Clarke se inclinó hacia ella y le sonrió con tristeza.

—Lo siento, no te he oído, Lil —bajó la cabeza para acercar el oído a los labios de su amiga—. ¿Qué has dicho?

Al principio, Clarke solo notó el soplido mudo en la piel, como si Lilly no tuviera suficiente aire en los pulmones para articular las palabras. Por fin, los agrietados labios emitieron un gemido.

—¿Lo has traído?

Clarke levantó la cabeza para mirar los aterrados ojos castaños. Asintió despacio.

—Ahora.

La palabra fue casi inaudible.

—No —protestó Clarke con voz temblorosa—. Es demasiado pronto —parpadeó para contener las lágrimas que le inundaban los ojos—. Aún podrías mejorar —dijo, pero la mentira le sonó vacía incluso a ella.

Lilly hizo una mueca de dolor y Clarke le tomó la mano.

—Por favor —se le quebraba la voz.

—Lo siento —Clarke apretó la frágil manita de Lilly, dejando ya que las lágrimas corrieran por sus mejillas—. No puedo.

Su amiga abrió unos ojos como platos, y Clarke jadeó asustada.

—¿Lil?

Lilly guardó silencio, mirando algo que solo ella podía ver. Algo que la aterrorizaba. Los dolores eran terribles, Clarke lo sabía, pero las alucinaciones, esos demonios que nunca la dejaban en paz, resultaban aún peores.

—Basta.

Clarke cerró los ojos. La tristeza y el remordimiento que pudiera llegar a sentir jamás podrían

compararse al sufrimiento de Lilly. Sería una egoísta si, por miedo, se negara a darle a su amiga la paz que tanto deseaba; el descanso que merecía.

Temblaba tanto que casi no pudo sacarse el vial del bolsillo y aún menos llenar la jeringa. Se colocó junto a la cama y sujetó el brazo de Lilly con una mano mientras con la otra le buscaba la vena.

—Que duermas bien, Lil —susurró.

La enferma asintió y esbozó una sonrisa que atormentaría a Clarke el resto de su vida.

—Gracias.

Clarke le sostuvo la mano durante los minutos que Lilly tardó en partir. Luego se levantó y presionándole el cuello, todavía cálido, le buscó el pulso con los dedos.

Había muerto.

Clarke se desplomó en la tierra húmeda, resollando conforme sus pulmones luchaban por respirar aire puro. Luego se acurrucó de lado. A través de las lágrimas que emborronaban su vista, distinguía las formas de las personas que la rodeaban, aquellas siluetas oscuras y difusas, quietas y calladas.

Había perdido a su mejor amiga, a la única persona que de verdad la conocía, que sabía lo que le había hecho a Lilly y la quería a pesar de todo. Aquella noche, Thalia le había pedido que hiciera las paces con Wells; y el propio Wells le había impedido ayudarla mientras la veían morir.

—Lo siento mucho, Clarke —decía Wells, buscando su mano. Ella la apartó.

—No te creo —replicó en un tono gélido. La rabia le oprimía el pecho, como si llevara un rescoldo en su interior esperando a que la furia y la pena lo avivasen.

—Era imposible sacarla de allí —balbuceó Wells—. Yo… no podía dejarte ir. Habrías muerto.

—Y has dejado que muriera Thalia en mi lugar. Porque tú decides quién vive y quién muere —él intentó protestar, pero Clarke, temblando de rabia, siguió hablando—. Lo que ha pasado esta noche entre nosotros ha sido un error. Destruyes todo lo que tocas.

—Clarke, por favor, yo…

Ella se limitó a levantarse, mientras se sacudía la ceniza de la ropa, y se internó en el bosque sin mirar atrás.

Todos tenían ceniza en los pulmones y lágrimas en los ojos. Pero Wells, además, se había manchado las manos de sangre.

Capítulo 31
Glass

—Te regalaré un anillo en cuanto encuentre uno en el Intercambio —le prometió Luke mientras, con la mano en la cintura de Glass, la guiaba de vuelta a Fénix por los concurridos pasillos. Casi todos los que habían acudido a ver el cometa volvían a sus unidades residenciales de las cubiertas inferiores, lo que dificultaba su avance hacia el puente. Pero ella no sabía ni por dónde iba. El corazón le brincaba de alegría y se aferraba temblorosa a la mano de Luke.

—No necesito ningún anillo —cogió el medallón, que notaba cálido contra la piel. Las cosas llevarían su tiempo. Aunque cumplía dieciocho años dentro de pocas semanas, no podrían casarse hasta que el canciller despertase y confirmase el indulto… o hasta que lo desahuciasen de una vez por todas. Su madre acabaría por aceptar la situación, cuando comprendiera lo mucho que Luke amaba a Glass. Algún día se casarían y pedirían permiso para formar una familia, pero de momento le bastaba con la promesa de un futuro en común—. Esto es perfecto.

Dejaron atrás la escalera y se internaron en el pasillo que desembocaba en el puente estelar. Luke se paró en seco y atrajo a Glass hacia sí cuando una docena de guardias pasó corriendo. Y aunque varias mangas rozaron a Glass al pasar, ninguno se volvió a mirarla. Ella se estremeció y se pegó aún más a Luke, que los miraba extrañado.

—¿Tú sabes lo que pasa? —le preguntó Glass.

—Seguro que no es nada —se apresuró a decir él, aunque, a juzgar por el gesto de su mandíbula, no las tenía todas consigo. Levantó las manos entrelazadas de ambos y besó la de Glass—. Vamos.

Cuando echaron a andar otra vez, ella sonrió. Los pisotones de los guardias ya se habían extinguido, y tenían todo el pasillo para ellos solos. De repente, Luke se detuvo y alzó el brazo de Glass en el aire. Antes de que

ella pudiera preguntarle qué estaba haciendo, la hizo girar sobre sí misma como en un baile y luego la dejó caer hacia atrás.

Glass se echó a reír cuando Luke le rodeó la cintura con un brazo y la arrastró por el espacio vacío.

—¿Qué te ha dado?

Él se detuvo para atraerla aún más hacia sí. Se inclinó hacia ella y le murmuró al oído.

—Oigo música cuando estoy contigo.

Glass sonrió antes de cerrar los ojos y dejarse llevar de un lado a otro por el pasillo.

Por fin, Luke se separó.

—Casi es la hora del toque de queda —dijo señalando el puente estelar.

—Ya —asintió ella, suspirando.

Caminaron de la mano hacia el puente, intercambiando miradas cómplices que a Glass le provocaban un hormigueo de emoción en cada célula del cuerpo. A la entrada de Fénix, se detuvieron, sin ganas de decirse adiós. Luke pasó un dedo por la cadena del medallón.

—Te quiero —dijo. Le apretó la mano y luego la empujó en plan de broma—. Avísame cuando llegues a casa. Mañana me presentaré para hablar con tu madre.

—Vale —asintió ella—. Mañana.

Por fin, Glass se dio media vuelta para recorrer el puente. No había llegado al final cuando una estridente señal de alarma resonó por el paso desierto. Miró a su alrededor, asustada. El grupo de guardias que vigilaba la frontera de Fénix se separó, y Glass oyó que uno de ellos gritaba órdenes al resto. Se quedó de una pieza al oír que la señal aumentaba de volumen, como si la emergencia fuera apremiante. Glass se volvió a mirar a Luke, que dudaba si dirigirse hacia ella.

—Se va a cerrar el puente —anunció por los altavoces una voz robótica —. Por favor, despejen la zona —se hizo un silencio momentáneo y luego el mensaje se repitió—. Se va a cerrar el puente. Por favor, despejen la zona.

Glass ahogó un grito al ver que una barrera empezaba a descender en el punto de control de Fénix. Echó a correr y vio que Luke corría también, pero los separaba demasiada distancia.

La chica alcanzó la mampara de separación justo cuando rozaba el suelo. Frustrada, la golpeó con la mano. Luke se detuvo al otro lado. Decía algo,

pero aunque lo veía mover los labios, Glass no podía oírlo.

A punto de echarse a llorar, vio a Luke golpear la mampara con los puños. Glass no entendía nada. El puente estelar no había vuelto a cerrarse desde el brote de peste del siglo I. Si lo estaban sellando ahora, era muy posible que no volviera a abrirse.

—¡Luke! —gritó, pero la palabra se estrelló contra la pantalla.

Posó las manos en la superficie transparente y las dejó allí. Se miraron a los ojos.

—Te quiero —dijo Glass.

Luke apoyó su propia mano en la mampara y, por un instante, ella casi pudo notar el calor de su piel. *Yo también te quiero,* articuló él con los labios. Luego sonrió con tristeza y le indicó por gestos que echara a andar, pero se quedó allí; no quería separarse de Luke hasta saber qué estaba pasando, cuándo volvería a verlo. La alarma seguía pitando.

Vete, vocalizó Luke, muy serio.

Glass asintió y dio media vuelta, forzándose a mirar al frente. Sin embargo, antes de doblar por el pasillo que la alejaría del puente estelar, echó una última mirada por encima del hombro. Luke no se había movido. Seguía allí, con la mano apretada contra la pantalla.

Glass corrió hacia su casa, abriéndose paso entre civiles asustados y guardias con expresión pétrea.

—Ay, gracias a Dios —dijo Sonja al ver que Glass entraba corriendo en la vivienda—. Estaba muy preocupada —le plantó una jarra de agua en la mano—. Llena esto en el baño. No tardarán en cortar el agua.

—Pero ¿qué pasa? —preguntó Glass—. Han cerrado el puente estelar.

—¿Qué hacías en el puente? —le preguntó su madre, y luego parpadeó, al reparar en el atuendo de Glass—. Ah —dijo con frialdad mientras se hacía la luz en su mirada cansada—. Estabas ahí.

—¿Qué pasa? —repitió Glass, sin hacer caso del reproche silencioso de su madre.

—No estoy segura, pero tengo la sensación… —dejó la frase incompleta y luego apretó los labios—. Creo que ya está. El día que tanto temíamos ha llegado.

—¿De qué estás hablando?

La madre tomó la jarra de las manos de Glass y se dirigió hacia el grifo.

—Siempre supimos que la nave tenía fecha de caducidad. Solo era cuestión de tiempo que empezara a deteriorarse.

El recipiente ya estaba lleno y ahora el agua se derramaba por los bordes, pero Sonja no se movía.

—¿Mamá?

Por fin, la mujer cerró el grifo y se volvió a mirar a Glass.

—Se trata de la esclusa de aire —explicó con voz queda—. Ha habido una fuga —se oyó un grito procedente del pasillo, y Sonja echó una breve ojeada a la puerta. Forzó una sonrisa y siguió hablando—. Pero no te preocupes. Fénix cuenta con una reserva de oxígeno. Estaremos bien hasta que discurran qué hacer. Te lo prometo, Glass, lo superaremos.

Cuando Glass asimiló la noticia, se le encogió el corazón.

—¿Y eso qué tiene que ver con el puente? —preguntó en voz muy baja, casi en susurros.

—En Arcadia y Walden ya casi se ha acabado el oxígeno. Ha sido necesario tomar precauciones para estar seguros de que…

—No —jadeó Glass—. ¿El Consejo ha decidido dejarlos morir?

Sonja dio un paso hacia su hija y le apretó el brazo con cariño.

—Algo tenían que hacer o nadie habría sobrevivido —estaba diciendo, pero Glass apenas oía sus palabras—. Es el único modo de proteger la colonia.

—Tengo que encontrarle —dijo Glass, temblando.

Retrocedió un paso. Las palabras y las imágenes se arremolinaban en su cabeza, incoherentes y terroríficas.

—Glass —le dijo su madre con un tono casi compasivo—. Lo siento, pero no puedes. Es imposible. Todas las entradas están selladas —dio un paso adelante y abrazó a su hija. Ella se retorció para soltarse, pero Sonja la estrechó con más fuerza—. No podemos hacer nada.

—Le quiero —sollozó, temblando de pies a cabeza.

—Lo sé —la mujer tomó su mano—. Y estoy segura de que él también te quiere. Pero puede que esto sea para bien —esbozó una sonrisa triste, que hizo estremecer a Glass—. Así por lo menos no tendrás que pasar por el trance de despedirte.

Capítulo 32
Wells

Wells contempló cómo Clarke se internaba en el bosque, mientras se sentía como si le perforaran el esternón para arrancarle un trozo de corazón. Apenas oía el rugido de las llamas que devoraban alegremente las provisiones, las tiendas… y a quienquiera que tuviera la desgracia de seguir dentro. A su alrededor, unos cuantos de sus compañeros caían de rodillas, resollando o temblando horrorizados. Pero casi todos permanecían muy juntos, contemplando el infierno, callados y quietos.

—¿Todo el mundo está bien? —preguntó Wells con voz ronca—. ¿Falta alguien?

El sopor que lo había invadido tras la discusión con Clarke se estaba esfumando, reemplazado por una energía frenética. Se asomó al borde de la arboleda y se protegió los ojos para escudriñar a través de la muralla de fuego. Como nadie respondía, cogió aire y gritó:

—¿Todo el mundo está sano y salvo?

Esta vez, una corriente de vagos asentimientos se elevó del grupo.

—¿Tenemos que alejarnos más? —preguntó una chica bajita de Walden que, temblando, dio unos pasos hacia el bosque.

—No parece que vaya a extenderse a los árboles —repuso un arcadio con voz ronca. Estaba de pie junto a unas cuantas garrafas de agua machacadas y contenedores requemados que había logrado sacar del campamento.

El chico tenía razón. El anillo de tierra desnuda que bordeaba el claro era lo bastante ancho como para que las llamas que habían destruido las tiendas bailotearan a cierta distancia de las ramas más bajas.

Wells se dio media vuelta y escudriñó la oscuridad, buscando alguna señal de Clarke. Pero las sombras se la habían tragado. Casi podía notar el latido de su pena propagarse por la oscuridad. Hasta la última célula del

cuerpo le gritaba que fuera tras ella, pero sabía que sería inútil.

Clarke tenía razón. Wells destruía cuanto tocaba.

—Pareces cansado —comentó el canciller, que observaba a Wells desde el otro lado de la mesa.

El chico alzó la vista del plato y asintió secamente.

—Estoy bien.

En realidad, llevaba varios días sin dormir. No podía quitarse de la cabeza la mirada de odio que le había lanzado Clarke, y cada vez que cerraba los ojos veía el terror que reflejaba su rostro cuando los guardias se la habían llevado. Su grito de angustia llenaba los silencios entre latido y latido de su corazón.

Después del juicio, Wells le había rogado a su padre que retirara los cargos. Le había jurado que Clarke no tenía nada que ver con la investigación, que el sentimiento de culpa había estado a punto de acabar con ella. El canciller, por desgracia, le había asegurado que no dependía de él.

Incómodo, Wells se revolvió en la silla. Apenas podía soportar la idea de viajar en la misma nave que su padre, y menos aún de sentarse con él a cenar, pero debía guardar mínimamente las formas. Si daba rienda suelta a la rabia, su padre lo acusaría de portarse como un crío impertinente, incapaz de comprender las leyes.

—Sé que estás enfadado conmigo —dijo el canciller, y tomó un sorbo de agua—. Pero no puedo fallar en contra de la votación. Para eso existe el Consejo, para impedir que una sola persona acapare demasiado poder —echó un vistazo al chip que parpadeaba en su muñeca, luego otra vez a Wells—. La Doctrina Gaia ya es bastante dura en sí misma. Debemos defender con uñas y dientes los últimos restos de libertad que nos quedan.

—¿Me estás diciendo que, aunque Clarke sea inocente, debemos sacrificarla para mantener viva la democracia?

El canciller clavó una mirada en Wells que, hacía solo unos días, lo habría hundido en la silla.

—Creo que la inocencia es un concepto relativo. No se puede negar que conocía la existencia de los experimentos.

—Rhodes los obligó a llevarlos a cabo. ¡Es él quien debería ser castigado!

—Ya basta —le espetó el canciller en un tono tan gélido que la rabia de Wells se apagó casi por completo—. Me niego a escuchar semejante monstruosidad en mi propia casa.

Wells estuvo a punto de replicar, pero el sonido del timbre se lo impidió. Su padre lo hizo callar con una última mirada de reconvención antes de abrir la puerta y hacer pasar al mismísimo vicecanciller.

El odio invadió a Wells cuando Rhodes lo saludó con un breve asentimiento. Lo vio seguir a su padre a su despacho, tan pagado de sí mismo como de costumbre. Cuando los hombres cerraron la puerta tras ellos, Wells se levantó de la mesa. Lo correcto habría sido meterse en su habitación y cerrar la puerta, como hacía siempre que su padre celebraba reuniones en casa.

Pocos días atrás, lo habría hecho. Pocos días atrás, no se habría atrevido a escuchar a hurtadillas una conversación privada. Pero ahora le daba igual. Se deslizó en silencio hacia la puerta y pegó la oreja a la hoja.

—Las cápsulas de transporte están listas —empezó a decir Rhodes—. No hay razón para esperar.

—Hay cientos de razones para esperar —el canciller parecía irritado, como si hubieran mantenido aquella misma discusión muchas veces—. Aún no estamos seguros de que los niveles de radiación sean seguros.

Wells ahogó una exclamación y luego contuvo el aliento para no delatar su presencia al otro lado de la puerta.

—Precisamente por eso estamos evacuando el centro de detención. ¿Por qué no sacar partido a

los convictos?

—Hasta los confinados merecen una oportunidad, Rhodes. Por eso los juzgamos por segunda vez cuando cumplen los dieciocho.

El vicecanciller resopló.

—Sabes que ninguno será absuelto. No podemos permitirnos desperdiciar recursos. Aun así, se nos acaba el tiempo.

¿Qué significa que se nos acaba el tiempo?, se preguntó Wells, pero antes de que pudiera meditarlo a fondo, su padre intervino.

—Las conclusiones de esos informes son exageraciones. Nos queda oxígeno para unos cuantos años, como mínimo.

—¿Y luego qué? ¿Meterás a la colonia al completo en una nave de evacuación y cruzarás los dedos?

—Enviaremos a los jóvenes del centro de detención, tal como sugeriste. Pero todavía no. No hasta que no nos quede más remedio. A menos que la brecha del sector C14 empeore, aún tenemos tiempo. Los primeros prisioneros partirán dentro de un año.

—Si te parece lo más conveniente…

Wells oyó cómo el vicecanciller se levantaba de su silla y, en un abrir y cerrar de ojos, echó a correr hacia su habitación y se tumbó en la cama. Se quedó mirando al techo, intentando dar sentido a lo que acababa de oír. La colonia estaba en las últimas. Sus años de vida en el espacio estaban contados.

De repente, todo encajaba. Ahora entendía por qué declaraban culpables a todos los condenados: la nave carecía de recursos suficientes para albergar a toda la población. Era una idea terrible, pero no tan espantosa como otra que poco a poco se abría paso hasta su consciencia. Dentro de seis meses, Clarke cumpliría dieciocho años. Wells sabía que jamás convencería a su padre de que la perdonara. En cambio, si la enviaban a la Tierra, tendría una segunda oportunidad. Por desgracia, pensaban esperar un año antes de mandar la primera expedición. A menos que Wells hiciera algo, Clarke iba a morir.

Si quería salvar a Clarke, tenía que conseguir que adelantaran la misión, que el primer grupo partiera de inmediato.

Una plan aterrador empezó a cobrar forma en su mente, y se le encogió de miedo el corazón al comprender lo que tendría que hacer. Pero Wells sabía que no había más remedio. Para salvar a la chica que amaba, tendría que poner en peligro a toda la humanidad.

Capítulo 33
Bellamy

Bellamy descendió por el tronco del árbol y saltó al suelo al llegar abajo. Se sentía tan vacío como la chamuscada carcasa de la cápsula de transporte. Llevaba horas buscando a Octavia, inspeccionando el bosque y gritando su nombre hasta quedarse afónico, pero el monte no le ofrecía respuesta alguna, salvo un silencio para volverse loco.

—Eh —una voz cansada interrumpió sus pensamientos. Bellamy se dio media vuelta y vio a Wells, que caminaba despacio hacia él. Tenía la cara manchada de hollín y un gran arañazo en el antebrazo izquierdo—. ¿Has tenido suerte?

Bellamy negó con la cabeza.

—Lo siento —Wells apretó los labios y, durante unos instantes, su mirada se perdió en el infinito—. Si te sirve de consuelo, no creo que estuviera allí. Hemos inspeccionado el claro a conciencia. Todo el mundo pudo escapar salvo…

No terminó la frase.

—Ya lo sé —repuso Bellamy con voz queda—. Lo siento mucho, tío. Estoy seguro de que hiciste lo que pudiste.

Wells adoptó una expresión afligida.

—Ya ni siquiera sé lo que significa eso —Bellamy lo miró sin entender a qué se refería, pero antes de que pudiera preguntar, Wells esbozó una leve sonrisa—. Octavia aparecerá pronto. No te preocupes.

Se dio media vuelta y echó a andar con parsimonia hacia el claro, donde unos cuantos chicos y chicas revolvían las cenizas, buscando cualquier cosa que hubiese sobrevivido al incendio.

A la luz rosada del alba, Bellamy casi podía fingir que lo sucedido a lo largo de las últimas horas no había sido más que una pesadilla. Las llamas se habían extinguido hacía rato, y aunque gran parte de la hierba se había

quemado, la tierra estaba húmeda. El fuego no había alcanzado los árboles, cuyas flores se desplegaban hacia la luz, alegremente ajenas —o indiferentes— a la tragedia que se desarrollaba en el suelo. Así es el dolor, Bellamy lo sabía. Uno no debe esperar que los demás compartan su sufrimiento. Cada cual carga con el suyo.

Había oído a unos cuantos chicos discutir sobre qué podía haber desencadenado el incendio: o bien el viento había transportado una chispa de la hoguera que había prendido una tienda, o bien alguien había hecho una estupidez.

Pero a Bellamy le importaba un cuerno la causa del incendio. Lo único que le preocupaba era Octavia. ¿Se había perdido al echar a correr para escapar del fuego o había abandonado el campamento antes de que se declarase el incendio? Y, en este último caso, ¿por qué lo había hecho?

Se incorporó temblando y se cogió al tronco de un árbol para mantener el equilibrio. No podía descansar, no ahora, sabiendo que, cuantas más horas pasaban, mayor era el peligro que corría Octavia. Le costaría menos encontrarla a la luz del día. Se internaría aún más en el bosque. Dedicaría el tiempo que hiciera falta. Caminaría hasta dar con ella.

El sol brillaba con descaro, y en cuanto se sumió en las sombras suspiró aliviado de dejarlo atrás. De estar a solas. Justo entonces avistó una figura que zigzagueaba hacia él. Se detuvo para escudriñar la penumbra verdosa. Era Clarke.

—Eh —la llamó con un hilo de voz. Se le encogió el corazón al ver su semblante pálido y derrotado—. ¿Estás bien?

—¿Thalia ha muerto? —Clarke lo dijo más bien en tono de pregunta, como si aún tuviera la esperanza de que le dijese que no.

Bellamy asintió despacio.

—Lo siento —Clarke se echó a temblar y él, sin pensar, la estrechó entre sus brazos. Se quedaron un buen rato en esa postura: Bellamy abrazándola con fuerza y ella temblando—. Lo siento muchísimo —susurró acariciándole la cabeza con los labios.

Por fin, Clarke se irguió y se apartó con un suspiro. Aunque seguía llorando, sus ojos habían recuperado algo de brillo y un toque de color volvía a teñir sus mejillas.

—¿Dónde está tu hermana? —preguntó ella, a la vez que se secaba la nariz con el dorso de la mano.

—No lo sé. Llevo horas buscándola, pero estaba muy oscuro. Voy a salir

otra vez.

—Espera —Clarke se metió la mano en el bolsillo—. He encontrado esto en el bosque. Más allá del arroyo, por la zona de los peñascos —colocó algo en la mano de Bellamy. Él ahogó una exclamación al palpar con los dedos esa tira de satén tan familiar. La cinta roja de Octavia.

—¿Estaba atada a un árbol? —preguntó con debilidad, sin saber qué respuesta prefería oír.

—No —la cara sucia de Clarke adoptó una expresión amable—. Estaba en el suelo. Se le debe de haber caído en algún momento. La llevaba ayer por la noche, ¿verdad?

—Creo que sí —repuso Bellamy, mientras su cerebro buscaba como loco algún recuerdo, por borroso que fuera—. Sí. La llevaba cuando se fue a dormir.

—Bien —dijo ella, algo más animada—. Eso significa que se marchó del campamento antes de que empezara el incendio. Mira —añadió al advertir que Bellamy la interrogaba con la mirada—, no está manchada de ceniza. Nada indica que estuviera cerca de las llamas.

—Es posible que tengas razón —reconoció Bellamy en voz baja, palpando la cinta—. Es que no entiendo qué la incitó a marcharse, si no fueron las llamas —alzó la vista para mirar a Clarke—. Tú saliste del hospital anoche, ¿verdad? ¿No viste nada raro?

Con una expresión súbitamente indescifrable, Clarke negó con la cabeza.

—Me alejé durante un rato —aclaró con tono tenso—. Lo siento.

—Da igual —dijo Bellamy, y se guardó la cinta en el bolsillo—. Te debo una disculpa. Tú tenías razón sobre O desde el principio. Lo siento —Clarke respondió con un asentimiento—. Gracias por darme la cinta. Me voy a buscarla.

Hizo ademán de marcharse, pero Clarke lo cogió por la muñeca.

—Te acompaño.

—Eres muy amable, pero no sé cuánto tiempo estaré fuera. Esto no va a ser como la excursión que hicimos en busca de los medicamentos. Podría tardar mucho en volver.

—Te acompaño —repitió ella. Lo dijo con firmeza, y los ojos le brillaban con tanta intensidad que Bellamy no se atrevió a contradecirla.

—¿Estás segura? —enarcó una ceja—. A Wells no le va a hacer ninguna gracia.

—Yo no se lo pienso contar. Hemos terminado.

En el pensamiento de Bellamy bulleron infinidad de preguntas que no llegó a formular.

—Vale, pues —dio un paso adelante e indicó a Clarke por gestos que lo siguiera—. Pero te lo advierto… Es probable que en un momento u otro me quite la camiseta.

Miró por encima del hombro y vio que una sonrisa bailaba en los labios de Clarke, tan incipiente que bien pudo ser un efecto de la luz que se filtraba por el frondoso follaje.

Capítulo 34
Glass

En la colonia reinaba un silencio sobrenatural, incluso para ser la una de la madrugada. Glass no vio a nadie más mientras corría por los oscuros pasillos, iluminados tan solo por las débiles luces de emergencia que marcaban el camino en el suelo.

En cuanto su madre se había acostado, Glass se había escabullido y ahora intentaba no pensar en la cara que pondría Sonja cuando despertase y descubriese que Glass se había marchado. Sus delicados rasgos se contraerían de dolor y espanto, igual que tantas otras veces a lo largo de los dos últimos años. Glass jamás se perdonaría el daño que le iba a hacer a su madre, pero no tenía elección.

Debía llegar a Walden, reunirse con Luke.

Se detuvo en el descansillo de la cubierta F y aguzó los oídos por si sonaban pasos, pero no escuchó nada salvo el resuello de su propia respiración entrecortada. O bien los guardias estaban patrullando por alguna otra parte de Fénix, o bien los habían desterrado a todos a Walden y Arcadia, para que no consumiesen el aire destinado a los fenixienses.

Glass corrió como una flecha por aquel pasillo que no conocía y forzó la vista, buscando el brillo plateado de algún conducto de ventilación. Ubicada casi al fondo de la nave, la cubierta F se destinaba sobre todo al almacenaje. El conducto que había usado para escapar de la cápsula de transporte conducía a la cubierta F de Walden. Esperaba que la distribución en Fénix fuera la misma. Reduciendo el paso, inspeccionó las paredes en busca de una abertura. Su miedo crecía a cada paso. ¿Y si se equivocaba en sus suposiciones? O también era posible que en su día hubiera existido un conducto de ventilación entre Walden y Fénix pero que ya estuviera sellado.

En aquel momento, un brillo metálico captó su atención y el peso que le

oprimía el corazón cedió el paso a la emoción y el alivio. Se puso de puntillas rápidamente para alcanzar la rejilla, pero estaba demasiado alta. Lanzó un suspiro de frustración y se dio media vuelta para inspeccionar la zona. Ninguna de las puertas estaba señalizada, pero tampoco parecían protegidas por escáneres de retina. Probó el pomo de la más cercana, que se abrió con un chirrido. Un armario de utensilios.

Glass encontró un pequeño barril y lo sacó rodando a la cubierta. Usándolo como apoyo, retiró la rejilla y se encaramó al oscuro conducto.

Dedicó un momento a recordar cómo se había sentido la última vez que se había arrastrado por un conducto de ventilación, la sensación de que las paredes de metal se cerraban sobre ella. Estremeciéndose, se palpó el bolsillo trasero. Por lo menos aquella vez había llevado una linterna. Apuntó la débil luz hacia delante, pero no vio nada salvo el túnel, que se extendía hasta el infinito.

Desembocaría en alguna parte, eso estaba claro. Solo rezaba para no quedarse sin aire antes de llegar allí. Si tenía que morir, quería hacerlo en los brazos de Luke.

La escena que encontró en Walden no se parecía a la que ella esperaba. Las luces funcionaban con normalidad, y no vio a ningún guardia mientras se dirigía a casa de Luke. Por un momento, renació en ella la esperanza. A lo mejor su madre se había equivocado. Puede que el pánico que reinaba en Fénix no fuera sino un malentendido. Pero al subir las escaleras notó un extraño ahogo en el pecho, que aumentó cuando se detuvo a coger aliento. Podría haber atribuido el pulso acelerado a lo impaciente que estaba por ver a Luke, pero Glass sabía que no podía obviar la verdad. El oxígeno empezaba a escasear en Walden.

Al doblar hacia la planta de Luke, se forzó a avanzar despacio, respirando con cuidado: inhalaciones superficiales que le garantizasen un pulso estable. Vio a muchos adultos pululando por el pasillo. Hablaban en voz baja mientras miraban preocupados a los niños desperdigados por el corredor, tan emocionados de seguir levantados a esas horas de la noche que apenas advertían la falta de aire. Glass quiso decirles a los padres que tranquilizasen a los niños para ahorrar oxígeno, pero el comentario solo habría servido para desatar el pánico y, de todos modos, no podían hacer nada.

Apenas tuvo tiempo de llamar a la puerta de Luke antes de que él la arrastrara al interior de su casa y la estrechara entre sus brazos. Durante

unos instantes, ella solo fue consciente del calor de aquel cuerpo y de la fuerza de su abrazo. Luego, él se apartó, y ella leyó sorpresa y preocupación en su semblante más allá de la alegría de sus ojos.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Luke mientras le acariciaba la mejilla con la mano, como si quisiera asegurarse de que Glass no era una alucinación. Echó un vistazo a la puerta cerrada y prosiguió, bajando la voz —: No es seguro.

—Lo sé —repuso ella en tono quedo, tomándole la mano.

—No sé cómo has llegado, pero tienes que marcharte —declaró Luke, negando con la cabeza—. Tienes más posibilidades de sobrevivir en Fénix.

—No iré a ninguna parte sin ti.

Suspirando, él la guio hasta el sofá y la hizo sentar en su regazo.

—Óyeme bien —le ordenó, enrollándose un rizo de Glass al dedo—. Si los guardias nos pillan tratando de huir a Fénix, me dispararán y luego seguramente te dispararán a ti también —cerró los ojos e hizo una mueca de dolor—. Es para eso para lo que nos han entrenado. Nunca nos lo han dicho claramente, pero… todos teníamos la sensación de que algo terrible estaba a punto de pasar, y hemos practicado una y otra vez lo que hay que hacer —cuando volvió a mirarla, una expresión de fría furia desconocida en él inundaba sus ojos. Luke debió de darse cuenta de que había asustado a Glass, porque sus rasgos se suavizaron—. Pero tú no tienes que preocuparte por eso. Estarás bien. Y eso es lo único que me importa.

—No —replicó ella, sorprendida de su propia vehemencia—. No estaré bien —Luke frunció el ceño y abrió la boca para hablar, pero Glass lo interrumpió—. Me moriré si sé que tú estás aquí solo. Me moriré —repitió desesperada, y luego jadeó por la falta de aire—. Y si tengo que morir, quiero que sea aquí, contigo.

—Chist —murmuró Luke acariciándole la cabeza—. Vale, vale —sonrió con tristeza—. Lo peor que podemos hacer es malgastar oxígeno discutiendo.

—¿Tienes miedo? —le preguntó Glass tras unos instantes de silencio.

Luke se volvió hacia ella y negó con un gesto.

—No —le cogió la barbilla con un dedo y se la levantó, para que lo mirase a los ojos—. Nunca tengo miedo cuando estoy contigo —se inclinó hacia ella y la besó con suavidad. Glass se estremeció al notar el aliento de Luke en la piel.

Se despegó de él con una sonrisa.

—¿Y esto no es desperdiciar oxígeno?

—Todo lo contrario —susurró Luke, empujándola hacia atrás—. Lo estamos ahorrando.

Buscó la boca de Glass. Cuando el beso se hizo más intenso, ella abrió los labios.

Glass le acarició el brazo y sonrió al ver que él se estremecía. Sin separarse, empezó a desabrocharle la camisa, atribuyendo a las caricias el acelerado pulso de Luke. Se detuvo al llegar a su pecho. El chico llevaba unos números tatuados en la zona de las costillas. Dos series de cifras que le pusieron la piel de gallina.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Luke, incorporándose.

Ella bajó el dedo hasta el tatuaje y luego lo retiró, como si le diese miedo tocar la tinta.

—¿Qué es eso?

—Ah —Luke frunció el ceño y bajó la vista—. Pensaba que te lo había dicho. Quería hacer algo en recuerdo de Carter —adoptó un tono ensimismado—. Son las fechas de su cumpleaños y del día que fue ejecutado.

Reprimiendo a duras penas un estremecimiento, Glass volvió a mirar la segunda serie de números. A ella no le hacía falta un tatuaje para recordar el día que Carter había muerto. La fecha estaba grabada en su mente con tanta claridad como en la piel de Luke.

Abrazándose las rodillas, Glass gimió. Las sábanas del jergón no eran más que una maraña empapada de sudor. Se moría por beber algo, pero faltaban varias horas para que le trajeran la bandeja de la cena con la ración de agua nocturna. Recordó con remordimiento todos esos años que había vivido en la inopia, sin saber siquiera que toda la colonia salvo Fénix tenía el agua racionada.

Oyó una señal estridente, seguida de unos pasos. Con una mueca de dolor, Glass levantó la cabeza y vio una figura en el umbral. No era un guardia. Era el canciller.

Se sentó con esfuerzo y se apartó un mechón húmedo de la cara. Mirando a los ojos del hombre que había ordenado su arresto, se preparó para que le hirviera la sangre, pero lo que vio entre una nube de malestar y cansancio no fue el rostro del jefe del Consejo, sino la cara del padre de su mejor amigo, que la miraba preocupado.

—Hola, Glass —el canciller señaló los pies de la cama—. ¿Puedo?

Ella asintió con desgana.

El canciller se sentó con un suspiro.

—Siento mucho lo que ha pasado —Glass nunca lo había visto tan demacrado, más aún que cuando su esposa agonizaba—. Jamás he querido que te hicieran daño.

Glass se llevó la mano al vientre por acto reflejo.

—No es a mí a quien han hecho daño.

El canciller cerró los ojos un momento y se frotó las sienes. Siempre evitaba demostrar frustración o fatiga en público, pero Glass conocía el gesto de las pocas veces que lo había visto trabajando en el despacho de su casa.

—Espero que comprendas que no tenía elección —hablaba en tono firme—. Juré defender las leyes de la colonia, y no puedo permitirme el lujo de hacer la vista gorda solo porque la infractora sea la mejor amiga de mi hijo.

—Comprendo que esa es la excusa que se da a sí mismo —replicó Glass en tono grave.

La expresión del canciller se endureció.

—¿Me vas a decir quién es el padre?

—¿Y por qué iba a hacerlo? ¿Para que pueda encerrarlo aquí conmigo?

—Porque la ley lo exige —el hombre se levantó y dio unos pasos hacia Glass—. Porque no es justo que el padre se libre del castigo. Y porque mis investigadores no tardarán mucho en revisar los archivos de los escáneres para averiguar a quién has estado frecuentando últimamente. Lo encontraremos de un modo u otro. Pero si nos ayudas, tienes muchas más probabilidades de ser absuelta en el segundo juicio.

Sus miradas se encontraron, y Glass apartó la vista, horrorizada al imaginar que arrastraban a Luke en mitad de la noche y que este, aterrorizado, suplicaba a los guardias que le dijeran a qué venía todo eso. ¿Le revelarían ellos la verdad, dándole tiempo para asimilar el dolor antes de clavarle la aguja en el pecho? ¿O moriría creyendo que había sido víctima de un terrible error?

No podía permitirlo.

Sin embargo, el canciller tenía razón. El Consejo no pararía hasta averiguar quién era el cómplice del crimen. Al final, uno de los guardias rastrearía los movimientos de Glass hasta Walden, hasta la planta de Luke… quizás hasta su casa.

Despacio, se volvió a mirar al canciller. De repente, sabía lo que tenía que hacer. Cuando habló por fin, lo hizo en un tono tan frío como si pronunciase una sentencia de muerte.

—Carter Jace. Él es el padre.

Oyeron un fuerte crujido procedente el pasillo. Glass se sentó y aguzó el oído en la oscuridad. Notó que los tentáculos del miedo reptaban por su pecho. Había sonado casi como si la nave estuviera gimiendo.

—Oh, Dios mío —susurró Luke, y se puso rápidamente en pie. El sonido se repitió, seguido de un rumor que sacudió las paredes—. Vamos.

El pasillo estaba atestado, aunque ahora incluso los niños guardaban silencio. Las luces empezaron a parpadear. Luke estrechaba la mano de Glass con fuerza mientras se abría paso entre la multitud hacia la puerta de su vecina. Esta le susurró algo que Glass no llegó a oír, pero estaba muy seria y seguro que no había dicho nada bueno. De repente, otra figura se materializó junto a ellos, y Glass ahogó una exclamación.

Era Camille, que la miraba entornando los ojos.

Glass se dio media vuelta, incapaz de enfrentarse a Camille ahora mismo. No podía evitar sentirse culpable por el giro que habían dado los acontecimientos. Ni la culpaba por odiarla.

Un grupo de niños se había acurrucado en el suelo junto a sus padres,

que hablaban en tono quedo y preocupado. A una niña se le habían amoratado los labios y el niño que le sostenía la mano respiraba con resuellos.

Las luces chisporrotearon una vez más antes de apagarse. Un coro de gritos se elevó en la oscuridad, súbita y densa. A diferencia de Fénix, Walden no contaba con luces de emergencia.

Luke rodeó con el brazo la cintura de Glass y la atrajo hacia sí.

—Todo irá bien —le susurró al oído.

En aquel momento, otra voz surgió de entre las sombras. Camille se había acercado a hurtadillas hasta colocarse al otro lado de Glass.

—¿Se lo vas a decir tú o se lo digo yo? —le espetó, en voz demasiado baja como para que Luke la oyera.

Glass se volvió a mirarla, sobresaltada, pero no distinguía la expresión de Camille.

—¿De qué estás hablando?

—Merece saber la verdad. Que tú provocaste la muerte de su amigo.

Glass se estremeció, y aunque no veía la sonrisa de Camille, la adivinaba en su voz.

—Conozco tu secreto. Sé lo que le hiciste a Carter.

Capítulo 35
Clarke

Llevaban horas andando, trazando una espiral a través de los bosques, tratando de cubrir hasta el último centímetro de terreno. A Clarke le dolían las piernas, pero la sensación resultaba agradable: el dolor físico la ayudaba a distraerse de sus pensamientos. Las llamas devorando los laterales del hospital de campaña. Las manos de Wells como esposas en sus muñecas. El horrible crujido cuando las paredes se habían desplomado.

—Eh, mira esto.

Se dio media vuelta y vio a Bellamy arrodillado en la tierra, cerca del sitio donde ella había encontrado la cinta de Octavia, mirando fijamente algo que parecían huellas. Clarke no sabía seguir rastros, pero las señales de lucha eran inconfundibles. Quienquiera que hubiera dejado las huellas, no estaba dando un paseo por el bosque.

—Parece como si alguien estuviera huyendo, o como si hubiera tenido lugar una pelea —dijo Clarke con voz queda. Se mordió la lengua para no terminar la frase: «Casi como si se hubieran llevado a alguien a rastras». Habían dado por supuesto que Octavia había huido… pero ¿y si se la habían llevado?

Adivinó, por el ceño de Bellamy, que el chico había seguido su mismo hilo de pensamientos, y se arrodilló a su lado.

—No puede andar muy lejos —le dijo con sinceridad—. La encontraremos.

—Gracias —mientras se levantaba, Bellamy asintió. Siguieron andando —. Me… me alegro de que estés aquí conmigo.

Marcharon por el bosque durante lo que les pareció una eternidad. El sol se alzó y luego se hundió en el cielo. A medida que fueron ampliando los círculos, Clarke comprendió que se acercaban a la otra orilla del bosque. Cuando atisbó un claro más allá de la arboleda, frenó en seco. Allí también

había árboles, pero no se parecían a los del monte. Estos tenían troncos grandes y retorcidos, y gruesas ramas frondosas que se combaban con el peso de unas frutas rojas y redondeadas. Manzanas.

Clarke se acercó a los manzanos, con Bellamy pegado a sus talones.

—Qué raro —observó ella, despacio—. Los árboles crecen de forma ordenada. Casi como si fuera un huerto —caminó hacia el más cercano—. Pero no puede haber sobrevivido todos estos años, ¿verdad?

Aunque el árbol se erguía enorme ante ella, la rama más baja no estaba lejos del suelo. Poniéndose de puntillas, no le costó nada arrancar una manzana. Le dio unas vueltas en la mano para examinarla a fondo antes de lanzársela a Bellamy y alargar el brazo para coger otra.

Clarke se la acercó a la cara. Cultivaban fruta en los campos solares de la nave, pero las manzanas de la colonia eran muy distintas. El color rojo de estas tenía matices rosados y blancos, y desprendían un aroma que no se parecía a nada que hubiera olido antes. La mordió y ahogó una exclamación cuando el jugo le resbaló por la barbilla. ¿Cómo era posible que algo tuviera un sabor tan dulce y tan ácido al mismo tiempo? Durante unos instantes, se dio el lujo de olvidar cuanto había sucedido en la Tierra para disfrutar de la sensación.

—¿Estás pensando lo mismo que yo? —le preguntó Bellamy, y Clarke se volvió a mirarlo.

Mientras ella estaba absorta en la manzana, él se había puesto a coger ramas caídas para medir la distancia entre los árboles.

—Para ser sincera, no estaba pensando en nada más que en este alucinante sabor —reconoció Clarke.

Una sonrisa bailó en los labios de Bellamy, pero no se rio ni se burló de ella. Siguió observando la posición de los árboles.

—Estos árboles no han sobrevivido al Cataclismo, y tampoco han crecido al azar —señaló despacio, en un tono que delataba asombro y temor a partes iguales. Antes de que terminara de hablar, Clarke supo lo que iba a decir. El miedo le heló la sangre—. Alguien los ha plantado.

Capítulo 36
Wells

—¿Mejor?

Wells se dio media vuelta para mirar a Asher, el chico arcadio, que señalaba el tronco que estaba cortando. El suelo se hallaba cubierto de virutas y trozos de madera descartados, pero aquel no tenía mala pinta.

—Ya lo creo —asintió Wells al tiempo que se arrodillaba junto al tronco y pasó los dedos por las muescas—. Asegúrate de que todas tengan la misma profundidad. En caso contrario, los troncos no encajarán.

Cuando volvía a levantarse, Graham se acercó. Transportaba un jirón de lona chamuscada al montón de suministros rescatados que aumentaba por momentos en mitad del claro. Wells se irguió un poco más, preparado para recibir una pulla o una indirecta, pero Graham siguió mirando al frente y pasó junto a él sin decir ni pío.

El fuego había destruido las tiendas, pero casi todas las herramientas se habían salvado, así como los medicamentos. Había sido Wells quien había tenido la idea de construir estructuras permanentes de madera. Era mil veces más difícil de lo que parecía en los libros, pero poco a poco lo estaban consiguiendo.

—¡Wells! —una chica de Walden se acercó corriendo—. ¿Cómo vamos a colgar las hamacas? Eliza dice que hay que atarlas a las vigas del techo, pero no estarán listas hasta dentro de varios días, ¿verdad? Se me ha ocurrido…

—Enseguida vuelvo, ¿vale? —la interrumpió Wells. La chica lo miró como si se sintiera ofendida—. Estoy seguro de que Eliza y tú estáis haciendo un buen trabajo —añadió, esbozando apenas una sonrisa—. No tardo nada.

Ella asintió y se alejó a toda prisa evitando al pasar un montón de varillas que aún parecían al rojo vivo.

Wells miró por encima del hombro y echó a andar hacia el lindero del bosque. Necesitaba quedarse un momento a solas para poder pensar. Avanzó despacio, como si el peso que le oprimía el corazón se hubiera extendido a sus piernas para convertir cada paso en un suplicio. Al llegar a la arboleda se detuvo, inspiró profundamente el aire fresco del bosque y cerró los ojos. En aquel lugar había besado a Clarke por primera vez en la Tierra… y por última vez en su vida, seguro.

Pensaba que ya no podría sentir más dolor —saber que Clarke le odiaba, que no podía ni mirarle a la cara—, pero se equivocaba. Cuando la había visto partir con Bellamy, se quiso morir. Clarke había fingido que Wells no estaba allí cuando se había acercado a coger lo que quedaba de su equipaje. Había saludado al resto del grupo con un asentimiento antes de seguir a Bellamy al bosque.

Si ella supiera lo que había hecho en realidad por traerla a la Tierra… Lo había arriesgado todo. Por nada.

Los guardias casi no miraron a Wells cuando el chico alzó los ojos hacia el escáner de retina y cruzó las puertas. La entrada al sector C14 estaba estrictamente restringida, pero su uniforme de oficial, su paso decidido y su rostro conocido le granjeaban el acceso a casi cualquier zona de la colonia. Nunca se había aprovechado de sus privilegios, hasta aquel momento. Después de oír la conversación de su padre con el vicecanciller, su mundo se había venido abajo.

El plan que había concebido era temerario, estúpido e increíblemente egoísta, pero le daba igual. Tenía que asegurarse de que Clarke fuera enviada a la Tierra y no a la cámara de ejecución.

Wells descendió a toda prisa las estrechas escaleras, iluminadas tan solo por las luces de emergencia del suelo. No había razón para que alguien bajase a la esclusa de aire salvo para una inspección de rutina, y Wells ya había pirateado los archivos de mantenimiento para comprobar los horarios. Estaría completamente solo.

La esclusa de aire C14 formaba parte del diseño original de la nave. Y pese a los esfuerzos de los ingenieros por mantenerla en condiciones, después de trescientos años sometida a las temperaturas extremas y a los rayos UV del espacio, había empezado a deteriorarse. El borde se había llenado de minúsculas grietas y se advertían parches brillantes allí donde las habían reparado.

Wells sacó los alicates que llevaba escondidos en la cintura del pantalón. *Todo irá bien*, se dijo, aunque le temblaban los brazos. En cualquier caso, los evacuarían a todos muy pronto. Él solo iba a acelerar el proceso. Sin embargo, muy en el fondo sabía que no había cápsulas de transporte para todos. Y no tenía ni idea de lo que pasaría cuando llegara el momento de usarlas.

Pero aquello era problema de su padre, no suyo.

Se agachó y empezó a hurgar el borde de la deteriorada esclusa. Se encogió asustado cuando oyó un leve soplido. Enseguida se dio media vuelta y echó a correr hacia las escaleras, haciendo esfuerzos por ahuyentar el horror que le estrujaba el estómago. No quería ni pensar en lo que acababa de hacer pero, mientras volaba escaleras arriba, se dijo que había hecho lo que debía.

Se puso en pie con dificultad. Empezaba a oscurecer y había mucho trabajo pendiente en las nuevas cabañas. Tenían que terminar unos cuantos refugios, como mínimo, antes de la siguiente tormenta. Cuando se acercaba al campamento, preguntándose si Clarke se habría llevado consigo mantas suficientes, si no pasaría frío cuando bajasen las temperaturas, Asher corrió hacia él y volvió a freírlo a preguntas. Sosteniendo uno de los troncos recortados, parecía interesado en saber qué opinaba Wells de la forma y el tamaño de la muesca.

Por su parte, él estaba demasiado absorto en sus propios pensamientos como para oír lo que el otro le decía. Mientras caminaban juntos hacia las tiendas, veía al chico mover la boca, pero no distinguía las palabras.

—Mira —empezó a decir Wells, pensando en pedirle a Asher que lo dejaran para el día siguiente.

En aquel momento, algo pasó zumbando junto a su cara. Un desagradable chasquido restalló en el aire y Asher salió disparado hacia atrás. La sangre borboteaba en su boca cuando cayó al suelo.

Wells se desplomó sobre las rodillas.

—Asher —gritó al mismo tiempo que sus ojos se esforzaban por entender la imagen que tenían delante. El chico yacía con una flecha clavada al cuello.

Al principio, su mente enloquecida atribuyó el acto a Bellamy. Era el único que sabía disparar así.

Gritando, Wells se dio media vuelta, pero no era Bellamy quien estaba tras él. Una fila de figuras en sombras se erguía al pie de la colina, recortada contra el sol del ocaso. De repente, supo quién había prendido fuego al campamento y quién se había llevado a Octavia. No había sido ninguno de los colonos.

Tal vez los cien hubieran sido los primeros en pisar la Tierra después de trescientos años, pero no estaban solos.

Algunas personas jamás la abandonaron.

Agradecimientos

Mi más inmensa gratitud a Joelle Hobeika, que no solo soñó la premisa de *Los 100,* sino cuya imaginación, perspicacia editorial y tenacidad fueron esenciales para que el libro cobrara vida. Lo mismo se aplica a Katie McGee, Elizabeth Bewley y Farrin Jacobs, cuyas incisivas preguntas e inteligentes sugerencias modelaron el libro a todos los niveles. Doy gracias también al inteligentísimo grupo de Alloy, en particular a Sara Shandler, Josh Bank y Lanie Davis, y a los incansables equipos de Little, Brown, y Hodder & Stoughton.

Gracias a mis excelentes amigos de las dos orillas del río Este, el canal Gowanus, el Misisipí y el Atlántico por los ánimos y el apoyo. Un saludo muy especial a mis confidentes y coconspiradores de ambos lados de la 557 de Broadway, la gente de Crossroads, que me iniciaron en la ciencia ficción, y a Rachel Griffiths por llegar miles de años luz más allá de lo que era su deber para ayudarme a crecer como escritora y como editora.

Por encima de todo, doy las gracias a mi familia: a mi padre, Sam Henry Kass, cuya obra rebosa un ingenio sin parangón y un corazón inmenso; a mi madre, Marcia Bloom, cuyas obras de arte irradian la sabiduría de una filósofa y el alma de una esteta; a mi brillante hermano, Petey Kass, que me hace reír hasta perder el aliento; a mis inspiradores abuelos, Nance, Peter, Nicky y David; y a los clanes Kass/Bloom/Greenfield, que consiguen hacerte sentir como en casa en mil lugares distintos.

Sobre la autora

Kass Morgan estudió Literatura en la Universidad de Boston. Ávida lectora de literatura fantástica, *Los 100* es su primera novela, pero ya ha sido llevada a la televisión. Actualmente vive en Brooklyn y escribe la secuela para esta novela.



Título original: *The 100*
© Del texto: 2014, Kass Morgan
© De la traducción: 2014, Victoria Simó
De la cubierta: Key Artwork © Warner Bros. Entertainment Inc. All Rights Reserved.
© De esta edición:
2014, Santillana Ediciones Generales, S. L.
Avenida de los Artesanos, 6
28760 Tres Cantos - Madrid
Teléfono 91 744 90 60
Telefax 91 744 92 24
www.librosalfaguarajuvenil.com

ISBN ebook: 978-84-204-1761-5
Conversión ebook: Javier Barbado

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).



Alfaguara Juvenil es un sello editorial del Grupo Santillana

www.librosalfaguarajuvenil.com

Argentina
www.librosalfaguarajuvenil.com/ar
Av. Leandro N. Alem, 720
C 1001 AAP Buenos Aires
Tel. (54 11) 41 19 50 00
Fax (54 11) 41 19 50 21

Bolivia
www.librosalfaguarajuvenil.com/bo
Calacoto, calle 13, n° 8078
La Paz
Tel. (591 2) 277 42 42
Fax (591 2) 277 10 56

Chile
www.librosalfaguarajuvenil.com/cl
Dr. Aníbal Ariztía, 1444
Providencia
Santiago de Chile
Tel. (56 2) 384 30 00
Fax (56 2) 384 30 60

Colombia
www.librosalfaguarajuvenil.com/co
Carrera 11A, nº 98-50, oficina 501
Bogotá DC
Tel. (571) 705 77 77

Costa Rica
www.librosalfaguarajuvenil.com/cas
La Uruca
Del Edificio de Aviación Civil 200 metros Oeste

San José de Costa Rica
Tel. (506) 22 20 42 42 y 25 20 05 05
Fax (506) 22 20 13 20

Ecuador
www.librosalfaguarajuvenil.com/ec
Avda. Eloy Alfaro, N 33-347 y Avda. 6 de Diciembre
Quito
Tel. (593 2) 244 66 56
Fax (593 2) 244 87 91

El Salvador
www.librosalfaguarajuvenil.com/can
Siemens, 51
Zona Industrial Santa Elena
Antiguo Cuscatlán - La Libertad
Tel. (503) 2 505 89 y 2 289 89 20
Fax (503) 2 278 60 66

España
www.librosalfaguarajuvenil.com/es
Avenida de los Artesanos, 6
28760 Tres Cantos - Madrid
Tel. (34 91) 744 90 60
Fax (34 91) 744 92 24

Estados Unidos
www.librosalfaguarajuvenil.com/us
2023 N.W. 84th Avenue
Miami, FL 33122
Tel. (1 305) 591 95 22 y 591 22 32
Fax (1 305) 591 91 45

Guatemala
www.librosalfaguarajuvenil.com/can
26 avenida 2-20
Zona nº 14
Guatemala CA

Tel. (502) 24 29 43 00
Fax (502) 24 29 43 03

Honduras
www.librosalfaguarajuvenil.com/can
Colonia Tepeyac Contigua a Banco Cuscatlán
Frente Iglesia Adventista del Séptimo Día, Casa 1626
Boulevard Juan Pablo Segundo
Tegucigalpa, M. D. C.
Tel. (504) 239 98 84

México
www.librosalfaguarajuvenil.com/mx
Avenida Río Mixcoac, 274
Colonia Acacias
03240 Benito Juárez
México D. F.
Tel. (52 5) 554 20 75 30
Fax (52 5) 556 01 10 67

Panamá
www.librosalfaguarajuvenil.com/cas
Vía Transísmica, Urb. Industrial Orillac,
Calle segunda, local 9
Ciudad de Panamá
Tel. (507) 261 29 95

Paraguay
www.librosalfaguarajuvenil.com/py
Avda. Venezuela, 276,
entre Mariscal López y España
Asunción
Tel./fax (595 21) 213 294 y 214 983

Perú
www.librosalfaguarajuvenil.com/pe
Avda. Primavera 2160
Santiago de Surco

Lima 33
Tel. (51 1) 313 40 00
Fax (51 1) 313 40 01

Puerto Rico
www.librosalfaguarajuvenil.com/mx
Avda. Roosevelt, 1506
Guaynabo 00968
Tel. (1 787) 781 98 00
Fax (1 787) 783 12 62

República Dominicana
www.librosalfaguarajuvenil.com/do
Juan Sánchez Ramírez, 9
Gazcue
Santo Domingo R.D.
Tel. (1809) 682 13 82
Fax (1809) 689 10 22

Uruguay
www.librosalfaguarajuvenil.com/uy
Juan Manuel Blanes 1132
11200 Montevideo
Tel. (598 2) 410 73 42
Fax (598 2) 410 86 83

Venezuela
www.librosalfaguarajuvenil.com/ve
Avda. Rómulo Gallegos
Edificio Zulia, 1º
Boleita Norte
Caracas
Tel. (58 212) 235 30 33
Fax (58 212) 239 10 51